

IMPLICÁTE

Serie Mac 3



SONIA LÓPEZ SOUTO

Implícate

Sonia López Souto

Vale más actuar exponiéndose a arrepentirse de ello, que arrepentirse de no haber hecho nada.

Giovanni Boccaccio

1

—Por aquí —grito por encima del ruido para hacerme oír—. Vamos.

Las balas no dejan de silbar por encima de nuestras cabezas y se escuchan explosiones cada vez más cerca. No tenemos mucho tiempo antes de que nos den alcance, pero apenas hay donde esconderse y los refuerzos tardarán todavía en llegar. Estamos solos en esto. Miro a mis compañeros y veo miedo en los ojos de algunos. No son más que críos que querían jugar a ser soldados, sin saber realmente dónde se metían. Ahora tengo que velar por sus vidas y no sé si seré capaz de salvarlos a todos.

Nos adentramos en las ruinas de lo que una vez fue una casa. Allí vivía una familia. Tenía una historia, tal vez no la mejor, pero era la suya. No hay más que escombros y sueños rotos. La guerra les ha arrebatado todo cuanto poseían y espero que no la vida. Pero ahora mismo no puedo pensar en los inocentes que pagan por la ambición de sus gobernantes, pues tengo mis propios problemas. Como intentar llevar de regreso al campamento a mis hombres y, a ser posible, de una pieza. Y a juzgar por lo rápido que se acerca el enemigo, diría que son bastante serios.

—¿Has obtenido una respuesta al fin? —le pregunto a Richard. No negaré que estoy deseando escuchar buenas noticias— ¿Ya sabes cuándo llegarán?

—Sigue sin haber señal, señor —responde lo más firme que puede y yo maldigo en mi mente para no preocuparlos más de lo que ya están.

Richard es el más joven del grupo, apenas supera la veintena por un par de años. Esta es su primera misión en tierras extranjeras y se suponía que se quedaría en la base los primeros meses, pero fue asignado a mi grupo cuando mi operador de radio se lesionó un brazo horas antes de partir y no había nadie más disponible. Sé que está asustado y aún así, aguanta el tipo como el que más. Sin embargo, no puedo evitar pensar, una vez más, en que no deberían enviar niños a hacer la guerra, pero no está en mi mano elegirlos. Yo simplemente

tengo que trabajar con lo que me dan.

—Sigue intentándolo —le digo antes de asomarme por una de las ventanas medio enteras que quedan, para comprobar si ya están cerca. Lo menos que necesitamos ahora es que nos acorralen—. Mierda.

Veo varios grupos intentando rodear la zona. Todavía no nos han descubierto, pero no tardarán en hacerlo si nos quedamos aquí. Tenemos que irnos ya, aunque no hay muchos lugares a los que huir. Observo a mis compañeros uno a uno. Algunos sujetan las armas contra el pecho y parecen perdidos en sus pensamientos, otros miran por las demás ventanas que aún les permiten algo de cobertura. Richard continúa intentando contactar por radio para solicitar la extracción inmediata o al menos, apoyo aéreo hasta que lleguen los refuerzos. Noto la tensión, los nervios, el miedo. Nadie les dijo que esto sería así. Seguramente pensaron que pegarían unos cuantos tiros y que regresarían a casa siendo héroes.

Pero no hay nada de heroico en la guerra. No hay nada patriótico en matar a gente que está luchando por su tierra, por su libertad, por su pueblo. Somos los invasores. Por más que el gobierno diga que venimos a mediar para acabar con el conflicto, estamos aquí para matar a todo aquel que se oponga a sus intereses. Esa es la verdadera realidad de la guerra.

Miro una vez más por la ventana y un plan empieza a formarse en mi mente. He ido ascendiendo en el ejército no solo por mis logros, sino por mi capacidad de adaptación ante cualquier tipo de situación. Sobre todo en aquellas que tienen un alto grado de estrés. Yo trabajo mejor bajo presión y eso es lo que valoran mis superiores. Soy el tipo que todos quieren tener a su lado cuando las cosas se ponen feas.

—En pie, soldados —los animo sin vacilar. Es importante que noten mi seguridad al impartir las órdenes para que las obedezcan sin cuestionarlas— debemos llegar a aquella colina antes de que nos descubran.

Comenzamos a movernos con sigilo, intentando ocultarnos entre los escombros. Es una apuesta arriesgada, pero no tenemos más opción porque si nos capturan, será peor. Después de todo lo que les hacemos a los prisioneros, estoy seguro de que ellos no serán más benevolentes con nosotros.

—Cuidado —grita alguien cuando ya estamos cerca de la salvación.

Me giro para buscar el foco del peligro, pero siento cómo alguien me derriba. No lo veo venir y apenas logro evitar que mi cabeza se golpee contra el suelo. Por suerte, el casco amortigua el golpe. Cuando intento levantarme para enfrenarlo, el cañón de un rifle de asalto me apunta. Ni siquiera me da tiempo a

mirarlo a la cara antes de que se prepare para dispararme.

—Muere, escoria extranjera —me dice en su imperfecto inglés justo antes de que el sonido de un disparo retumbe en mis oídos.

Me despierto bañado en sudor y con el corazón a mil. Otra vez la misma pesadilla, que no deja de ser un recuerdo, en realidad. Paso mi mano por la cara, frustrado. Hasta cuándo. Han pasado años de aquello, pero en mi mente sigo recreándolo una y otra vez, como si pudiese cambiar algo de lo que sucedió. Como si pudiese retroceder en el tiempo y evitarlo de alguna forma.

—Eres fuerte. Tu mente es fuerte —me digo—. Supéralo de una vez.

Miro el reloj de la mesa de noche. Las 6 de la mañana. Ya no podré volver a dormir, así que me levanto y me doy una ducha. El agua me relaja y parece que borra los recuerdos de mi mente. *Hasta la próxima noche*, pienso cuando cierro el grifo. Siempre es la misma rutina. Por más que pase el día en perfecto estado, con la noche llegan las pesadillas de nuevo. Puede que en alguna ocasión logre evitarlas, pero siempre regresan. Siempre.

Me visto y desayuno con tranquilidad, pues me sobra el tiempo. Cuando termino y aunque todavía es temprano, me dirijo a casa de mi mejor amigo. Sé que estará despierto también. De hecho, dudo que haya dormido algo. Hoy es un día importante para él, se casa por fin. No soy partidario de ese tipo de ataduras, pero él está deseando pasar por la vicaría. De hecho, lleva más de año y medio esperándolo.

—¿Seguro que quieres llegar hasta el final? —le digo mientras le ayudo a sujetar el pin de su kilt—. Tío, estás a punto de perder tus bolas.

—Casarse no es perder nada, Rory —ríe—. Más bien lo contrario: es ganar y mucho.

Río con él, pero niego con la cabeza. No voy a darle la razón, por más que en su caso sea totalmente cierto. Alec está hecho para el matrimonio, sobre todo desde que conoció a Kath. Tampoco creo en el destino, pero estoy convencido de que con ellos funcionó.

Aún recuerdo la primera vez que la nombró, cuando ni siquiera sabía su nombre. Se había quedado impresionado con sus ojos verdes y su deslumbrante sonrisa. Después de aquel día, sin más, dejó de hablarme de ella. Pensé que no había vuelto a verla, pero ahora sé que fue en ese momento cuando empezó a sentir algo más por ella que simple fascinación. Nos conocemos desde hace bastantes años y siempre ha sido reacio a hablarme de las mujeres que le gustan de verdad porque sabe que siempre veré conspiraciones para llevárselo al altar

en todas partes. O para romperle el corazón. Alec es demasiado bueno y alguien tiene que protegerlo incluso de sí mismo.

Vivian, la madre biológica de su hija, fue una de las peores. Jugó con él cuanto quiso durante su relación y lo abandonó después, sin ningún escrúpulo. Alec sufrió durante meses por su culpa y en más de una ocasión deseé ir en su busca para decirle unas cuantas cosas a esa bruja, pero mi amigo es un santo y no me lo permitió. Aunque, tal vez sabiendo lo que luego supo de ella, no se habría opuesto. Si aquel día no se hubiesen encontrado por casualidad, Alec ni siquiera se hubiese enterado de que esperaba un hijo suyo. La idea de que sus genes se entremezclasen no era algo que me agradase, pero respeté que la obligase a continuar con el embarazo hasta el final. Ahora me alegro de que lo hiciese porque, aunque no soy muy niñoero, Faith se ganó mi corazón en el mismo momento en que me miró con sus impresionantes ojos azules, tan iguales a los de su padre.

—Lo que tú digas, amigo —palmeo su espalda con fuerza—. Te estás condenando, advertido quedas. Luego no me vengas llorando y rogando.

—Será una condena que cumpliré con gusto —ríe de nuevo. Hoy nada enturbiará su buen ánimo, ni siquiera mis bromas de mal gusto—. Llevo mucho tiempo esperando este día.

Le propuso matrimonio a Kath cuando apenas llevaban cuatro meses juntos. Me pareció demasiado pronto, pero supongo que las experiencias cercanas a la muerte aceleran algunas cosas. Cuando Kath estuvo a punto de morir en el accidente, creí que Alec se volvería loco. Nunca lo había visto así por nadie. Durante los dos días en que estuvo inconsciente, no se separó de ella más que para visitar a su hija en Neonatos. Creo que lo único que lo salvó de sucumbir a la desesperación fue Faith. Ahí supe que mi amigo estaba realmente enamorado de Kath.

—Sigo diciendo que deberías esperar un par de años más, solo por si acaso.

Bromeo, por supuesto, pues estos dos están hechos el uno para el otro. Por más trabas que se hayan encontrado en el camino, siempre las han sabido superar juntos. Debo decir que, después de todo lo que han pasado desde que están juntos, si siguen queriéndose como al principio, nada los separará jamás. No soy un romántico, no me van esas cosas, pero no estoy ciego. Alec y Kath forman la pareja perfecta. La eterna calma de mi amigo mantiene a raya los miedos de ella. Y el optimismo de ella al desaparecer sus miedos, aleja los de Alec. Es como una relación de simbiosis. Creo que el uno sin el otro se hundiría, pero juntos son invencibles. Se necesitan para sobrevivir.

Y vaya si se necesitaron, sobre todo cuando descubrieron que Kath estaba embarazada, precisamente porque tuvo un aborto espontáneo. Antes de que pudiesen asimilar que serían padres, les fue arrebatada esa posibilidad. Aunque no era planeado, fue un duro golpe para ellos. Incluso les aconsejaron que intentasen tener otro, pero los cuidados de Faith durante su primer año de vida ocuparon gran parte su tiempo y su energía. Con el dolor de la pérdida y la ardua tarea de cuidarla, fue un año complicado. En más de una ocasión creí que acabarían separándose, pero finalmente lograron superarlo juntos. Y aquí estamos ahora, el día de su boda.

—Si no supiese que en el fondo te alegras por mí —me dice— ya te estaría echando de mi casa. Mata ilusiones.

—Soy realista —me encojo de hombros para provocarlo más.

—Eres imposible.

—Sabes que os considero la pareja perfecta —le digo, ya serio—. Habéis sabido superar todos los obstáculos que os ha impuesto la vida, que no han sido pocos. Os admiro.

—Si quieres a alguien, no dejas que un par de problemas te alejen —intenta restarle importancia a lo que dije, pero ambos sabemos que tengo razón.

—Vámonos —le rodeo los hombros con mi brazo—, antes de que nos pongamos sentimentales. Eso no es de hombres.

—¿Quién lo dice? —me mira divertido.

—Lo digo yo —finjo sentirme ofendido por su pregunta—. Vale que te vayas a castrar de por vida por Kath, pero no creas que me arrastrarás contigo en tu desgracia. Yo no soy de esos.

—Espero con ansias el día en que una mujer te castre a ti —ríe.

—No lo verán tus ojos. Les tengo demasiado cariño a mis...

Me detengo al escuchar abrirse la puerta y ver aparecer una cabeza castaña detrás de ella. Unos impresionantes ojos azules me miran con ilusión y no puedo evitar sonreír. Cuando se trata de ella, no me importa si me llaman sentimental, pues me tiene totalmente enamorado.

—Tío Rory —grita encantada, antes de correr hacia mí.

—Mi pequeña hada —le digo alzándola sobre mi cabeza.

Ríe y grita entusiasmada y mantiene los brazos extendidos como si volase, mientras yo la elevo en el aire. Cuando paro, la cargo en brazos y beso su pelo cuando sus bracitos sujetan firmemente mi cuello. Alec nos observa y tiene esa

expresión de auténtico embeleso. No hay duda de que ama a su hija.

—Es mía —le digo—. Hoy dedícate a tu futura esposa.

—Ven, hija —dice acercándose—. Al menos dame un beso antes de que el tío Rory te acapare por el resto del día.

—Mamá está abajo —le dice después de darle un sonoro beso en la mejilla.

—Y esa es la señal para irnos —digo, haciéndole cosquillas hasta que ríe ruidosamente—. O tu mamá nos cortará las...

—Rory.

—Nos cortará las pestañas —termino—. Tranquilo, papi.

Bajamos todavía riendo. Kath está ya en puerta, ayudando a su futura suegra con el tocado que lleva en el cabello. La mujer está empeñada en hacerlo sola y Kath parece a punto de perder los nervios. Los padres de Alec no querían perderse la boda, a pesar de su avanzada edad, y aparecieron en su casa por sorpresa hace una semana. Fue todo un espectáculo verlos rondar a Faith y a Kath a todas horas, como queriendo recuperar el tiempo perdido o algo por el estilo. Santa paciencia la de Kath con ellos.

Aún recuerdo el día que los conocí, creí que eran los abuelos de Alec. Pero por primera vez en mi vida, me quedé sin palabras y no solo por su edad, sino por lo activos que eran a pesar de ella. Se hacen querer, sin duda. Y son admirables. Aunque admito que me habría gustado que los señores MacNeil viviesen más cerca, solo para ver cómo lidiaría Kath con ellos a diario. ¿Soy malo por ello? Tal vez un poco, pero sería digno de ver.

—Ve a rescatar a tu señora esposa —le susurro a Alec, aunque sé que no hace falta que se lo diga.

Verlos a los cuatro juntos es una bonita estampa. Estoy feliz por ellos, aunque nunca se lo diré. Me recordarían esa debilidad en cada ocasión que tuviesen y no estoy dispuesto a soportarlo, por más que sea cierto. Tengo una reputación que mantener.

Nos repartimos en los coches para irnos a los juzgados. La boda se llevará a cabo allí y será tan sencilla como son ellos. Solo unos pocos amigos durante la ceremonia y algunos compañeros de trabajo después, para el banquete. Kath ni siquiera quería llevar vestido de novia, pero su suegra no le dejó más opción. Después de un par de discusiones y algún que otro cruce de opiniones, lograron ponerse de acuerdo. No es el vestido vaporoso que quería la madre de Alec, pero tampoco es el de calle que quería Kath. Yo solo puedo decir que está preciosa y que mi amigo es afortunado.

—Rumbo al velorio —digo en alto mientras ayudo a Kath a subir al coche. Cuando todos me miran, rio—. Esto... digo... el bodorrio. Perdón. Menudo despiste.

—Lo tuyo no es despiste, Rory. Es mala fe —dice Kath sonriendo—. Pero ya caerás. Y yo estaré en primera fila para verlo.

Rio por su ocurrencia, no porque no pueda pasar, sino porque sencillamente no lo hará. Desde luego que no caeré. Nadie debe entrar en mi vida, pues no sería bueno. Nada bueno.

2

Me levanto con resaca y en una cama que no es la mía. Y lo peor es que no recuerdo cómo llegué a ella. Pocas veces sucede algo así porque no me gusta beber hasta perder el control de mi voluntad. Prefiero saber, en todo momento, lo que hago y con quien lo hago, pero parece que anoche me excedí en la salida de después, porque durante la comida estaba perfectamente. Pasé la tarde jugando y bailando con Faith hasta que se durmió en mis brazos, así que no bebí apenas. Esa niña me tiene embobado y aprovecho cualquier ocasión para disfrutar de su compañía. E incluso soporto las burlas de los demás. No me importa que me digan que tengo ganas de hijos o que debería empezar a pensar en buscarme una mujer para conseguir los míos propios porque Faith es mi pequeña hada y la adoro. Todo lo demás me resbala, mientras sea por ella.

Al terminar el banquete me fui con los compañeros de trabajo y con algunas de las enfermeras que trabajan con Kath y en aquel momento me encontraba perfectamente. Y... Mierda, que no sea la casa de una de las enfermeras. La sola idea de que me haya acostado con una de ella me preocupa. Me prometí a mí mismo no tocarlas porque aprecio demasiado a Kath y no quiero crearle problemas en el trabajo. Además, aunque me guste la compañía femenina y no discrimine a ninguna, tengo un código de honor. Uno que establecí después de unas cuantas malas experiencias. Nunca amigas de mis amigas ni ex de mis amigos.

Me muevo con cuidado de no despertarla y estudio su rostro. Es una mujer muy bella, con unos labios que invitan a ser besados. Tiene rasgos delicados y unas pestañas larguísimas. Su cabello también es largo y tan negro como el azabache. Hago un repaso completo de su persona y puedo intuir un cuerpo de infarto bajo las sábanas. Reviso su rostro de nuevo y compruebo con alivio que no es ninguna de las compañeras de Kath. Al menos no he metido la pata esta vez. Ya lo hice en suficientes ocasiones antes de aprender la lección y crear mis

dos normas básicas.

Mientras continúo observándola, comienzan a venir a mi mente, algunas imágenes perdidas de lo que pasó anoche. Recuerdo estar en el pub, bebiendo con el grupo, cuando mis ojos la descubrieron. Llamó mi atención por su forma de reírse y eso que no podía escucharla, con la música tan alta. Pero me resultó curioso el modo en que se tapaba la cara en cada carcajada, como si se sintiese avergonzada de que la viesen riendo tan despreocupadamente. También recuerdo que me acerqué a ella en cuanto nuestras miradas se cruzaron un par de veces y se le escapó alguna sonrisa hacia mí. Y desde luego recuerdo haberla invitado a tomar algo y empezar a hablar con ella. Pero ahí comienzan mis lagunas mentales y apenas consigo acordarme de lo que nos dijimos.

Curiosamente sí sé lo que sucedió en esta habitación o al menos gran parte de ello. Fue algo realmente intenso, difícil de olvidar. Es una mujer fogosa y con una gran imaginación. Desde luego, hemos hecho de todo aquí, menos aburrirnos. Y aunque algunas partes estén en penumbras, lo que logro recordar es suficiente para que cierta parte de mi cuerpo se despierte, deseando más de eso. Y aunque no me importaría repetir, habida cuenta de las circunstancias, decido que es mejor que me levante ya y me vaya de la casa antes de que se despierte.

Mi ropa está por toda la habitación y me cuesta encontrarla. Me visto con cuidado de no despertarla porque sé, por experiencia, que el día después con una chica con la que me acuesto cuando he bebido tanto que no recuerdo ni cómo llegué a su casa, suele ser bastante incómodo. Por suerte para mí, han sido muy pocas veces las que me ha sucedido eso. Y hacía años de la última. Las constantes broncas de Alec me han servido para mantenerme a raya, pero anoche al parecer volví a las andadas, aunque no sé cómo pudo suceder. No creo haber bebido tanto. Sea como sea, no quiero ver la decepción en su cara cuando descubra que no recuerdo su nombre.

Y mientras termino de vestirme, intento hacer memoria más allá del momento en que me presenté a ella. Soy capaz de enumerar sin vacilación, cada copa que tomé hasta ese momento. Después pedí un par más con ella, que yo sepa. No son suficientes para emborracharme de esta manera, pero al parecer lo hicieron. Ya puedo imaginar la charla que me dará Alec si se entera de lo que pasó. Y lo que más me molesta es que tendrá razón. Aunque por supuesto, nunca lo admitiré delante de él. Si lo hago, dará pie a que le siga la bronca por mi actitud con las mujeres. Hace ya tiempo que me viene molestando con eso, sobre todo desde que conoció a Kath.

En eso no podemos estar más en desacuerdo. Él siempre quiso formar su

propia familia, yo me conformo con tener una mujer en mi cama cada vez que me apetece un poco de acción. En mi defensa, diré que siempre voy de cara con ellas. Nunca he sido de relaciones a largo plazo y se lo dejo claro antes de avanzar en lo que sea que vayamos a tener esa noche. Seré un cabrón por usarlas así, pero les doy la opción a elegir antes de meterlas en la cama. Algo que, por supuesto, Alec dice que no me justifica.

Después de lo que me parece una eternidad, encuentro el otro zapato y descubro que la corbata está perfectamente doblada en su interior. Eso es de lo más curioso, porque aunque no recuerdo cómo nos quitamos la ropa, por lo revuelto que está todo en la habitación, imagino que salió volando de nuestros cuerpos. De todas formas, prefiero no pensar demasiado en ello. Mejor irme cuanto antes, aunque me sepa mal largarme sin más. De todas formas, es lo correcto. Prefiero que piense que fui un cabrón al desaparecer sin despertarla y no que descubra que he olvidado quien es.

—¿Pensabas despedirte al menos, Rory?

—Claro, nena —me giro hacia ella en cuanto acabo de colocar mi zapato. Intento desesperadamente recordar su nombre, pero no lo consigo. Esta es precisamente la situación que quería evitar, pero al parecer me tocará lidiar con su disgusto.

Me acerco mientras se estira perezosamente en la cama. Medio cuerpo queda al descubierto con ese gesto, revelando una piel suave y clara que invita a ser acariciada. Como había supuesto, tiene unas curvas impresionantes. El recuerdo de lo que hicimos invade ahora mi mente y estoy seguro de que eso es lo que ella pretendía. Tiene una sonrisa pícaro en los labios que me da la razón, aún así, no caeré en su trampa. No cuando sigo sin tener un nombre por el que llamarla.

—Me encantaría repetir lo de anoche, preciosa —le digo, dándole un beso corto—, pero llevo algo de prisa esta mañana.

Odio mentir, sobre todo después de la noche que compartimos, pero necesito irme antes de que la cosa empeore. Me siento un cabrón sin corazón cuando sucede algo así, razón por la que no me gusta pasarme con el alcohol. Entre otras.

Admito que me resultaría muy fácil perderme en él para obtener un poco de paz mental. Cuando bebo no tengo pesadillas, lo que lo hace demasiado atractivo para mí. Irresistible hasta el punto de tener que controlarme para no caer en el alcoholismo. Y es por eso que solo me permito beber los sábados por la noche. Desconectar de mi pasado por unas horas y pasarlo bien son dos de los motivos

principales para descontrolar un poco en el fin de semana, pero siempre con moderación, porque no me gustaría convertirme en un despojo humano por culpa de la bebida.

—Anoche no decías eso —hace un mohín y se apoya en sus codos, provocando que la sábana se amolde a sus pechos.

Es realmente una belleza de mujer. Me resulta imposible dejar de contemplarla, aunque trato de aparentar indiferencia para que no vea el interés que me genera. No vaya a creer que puede convencerme para una sesión matutina. Que no me disgustaría la idea, pero mejor no tentar a la suerte.

—Anoche no tenía prisa —le guiño un ojo y sonrío. Estoy dispuesto a irme ya, antes de que todo se complique—. Nos vemos, nena.

Me giro hacia la puerta y camino con decisión, reprendiéndome por haber llegado una vez más a esta situación. Me prometo no repetirla: no más noches de excesos, no más noches en blanco, no más mujeres sin nombre. Si necesito caer en el olvido que me proporciona el alcohol, será en la soledad de mi casa, donde no perjudicaré a nadie.

—No recuerdas mi nombre, ¿verdad? —la escucho justo cuando ya tengo la mano en el pomo de la puerta—. Rory.

Pronuncia el mío con una lentitud exagerada para hacerme ver que ella sí lo recuerda. El enfado tiñe su voz y no puedo culparla por ello. Es más, la entiendo perfectamente. Me encantaría no tener que darle la razón, pero no puedo. Me quedo parado, sin saber si darme la vuelta y enfrentarla como un caballero haría o salir del cuarto y huir como un miserable.

—No importa —continúa, al ver que no me muevo—. Hace tiempo que he asumido que solo soy un buen polvo para vosotros.

—No, nena —me giro hacia ella y me acerco de nuevo. Me siento fatal por haber contribuido a que piense de ese modo—. Eres más que eso. Mucho más.

—¿Y por qué te largas? —frunce el ceño—. Te despides con un *nos vemos, nena*, pero ni siquiera me has pedido el número para llamarme otro día. Los hombres no veis más allá de mi cuerpo y me lo estás demostrando con tu actitud.

—Eres una mujer bella y estoy seguro de que no solo por fuera —me siento a su lado en la cama—, pero en esta ocasión, no has sabido elegir bien al hombre.

—No es por ti, es por mí, ¿verdad? —cruza los brazos sobre su pecho—. Esa es la excusa de los cobardes. Lo he oído suficientes veces ya como para saberlo.

—Pues me temo que lo escucharás una más porque yo no soy hombre de relaciones ni a corto, ni a largo plazo —aclaro la voz antes de continuar—. He disfrutado mucho contigo anoche, pero no puedo ofrecerte más de lo que ya te he dado. No busco novia y lamento no habértelo dicho en su momento. Normalmente...

—Eso es porque no has encontrado todavía a la adecuada —me interrumpe, mientras se coloca de rodillas en la cama, dejando que la sábana se deslice hacia abajo. Ahora puedo admirar todo su cuerpo al desnudo. Debería apartarme, pero me quedo donde estoy, observándola, mientras se acerca peligrosamente a mí—. Déjame demostrarte que puedo darte mucho más que algunas noches de pasión.

—No dudo de que puedas —reacciono apartando con delicadeza sus brazos de mi cuello y levantándome de la cama—. Pero como acabo de decir, no soy hombre de relaciones. Deberías buscarte a quien sepa apreciarte de verdad, preciosa. Mereces algo mejor que un tipo como yo, créeme.

—Eso tendré que decidirlo yo, ¿no te parece?

Se levanta y camina desnuda hacia mí. Sus movimientos son muy sensuales y no puedo evitar que mis ojos la recorran de arriba a abajo. Es un placer para la vista, desde luego. Se cuelga de mi cuello una vez más y besa la comisura de mis labios de manera provocativa. Intenta seducirme, pero soy experto en ese juego y no caeré en la trampa.

—Podrías descubrir que no es tan malo estar con la misma mujer siempre —me susurra al oído—. Tengo mucha imaginación, como recordarás. Conmigo no te aburrirías nunca.

—No te rebajes así, preciosa —retiro sus manos de nuevo, pero me atrapa otra vez—. Si me vendes tu cuerpo para obtener más de mí, le estarás dando la razón a todos esos hombres que solo ven lo de fuera y te estarás menospreciando a ti misma. Vales mucho más que esto.

—Te estoy vendiendo mucho más que mi cuerpo —me susurra y se estira intentando besar mis labios. Me mantengo firme para que no pueda acceder a ellos y pienso en cualquier cosa menos en la forma en que sus pechos se rozan contra el mío.

—No te convengo —le digo, tratando de retirar sus brazos de mi cuello por tercera vez—. Créeme, es mejor así. A la larga saldrás ganando.

—Vete al infierno —me golpea en la cara y ni siquiera me aparto. No me esperaba ese cambio brusco de actitud—. Eres un capullo, Rory.

Ha pasado de ser una dulce gatita a una leona rabiosa. Debo admitir que me

gustan las mujeres con carácter, pero la mirada de loca que blande ahora mismo empieza a preocuparme y trato de alejarme de ella sin que resulte muy evidente. Quien lo diría, Rory MacBay acobardado por una mujer.

—Lamento todo esto —le digo con total sinceridad—. Nunca fue mi intención lastimarte.

—Pero sí querías utilizar mi cuerpo —me grita.

—Hasta donde yo sé, ambos estábamos de acuerdo en eso —me defiendo, aunque no estoy seguro de que deba ir por ahí. No recordar lo que hablamos me deja en desventaja—. En realidad, nos usamos mutuamente.

—Cabrón —coge uno de sus zapatos y me lo lanza. Apenas logro esquivarlo.

—Estás loca —la acuso. Con los tacones que se gasta, bien podía haberme quitado un ojo.

—Y tú eres un hijo de...

—Mucho cuidado con lo que vas a decir, nena —la interrumpo—. Yo no me he metido con tu familia.

—¿Cómo podrías? Si ni siquiera recuerdas mi nombre.

—Lo siento, ¿vale? —intento tranquilizarla, pero me amenaza con el otro zapato y levanto las manos mientras retrocedo hacia la puerta—. Creo que será mejor que me vaya.

Me acerco a la entrada del piso y tomo mi cazadora, que está tirada en el suelo. Compruebo que tengo todo en la cartera y que las llaves de la moto están en el bolsillo interior. Pensar en que conduje tan borracho, me provoca un escalofrío. Podíamos haber tenido un accidente. Cuando ya llevo mi mano a la puerta para abrirla, siento un golpe en mi cabeza y me giro sorprendido. Por suerte, esta vez me ha lanzado un cojín.

—Te arrepentirás de esto —me dice acercándose a la puerta.

—Ya te he dicho que lo siento, ¿vale? Anoche bebí de más. Sé que no es excusa, pero...

—Te juro que te vas a arrepentir —repito golpeando mi pecho con un dedo. Por segunda vez, veo esa mirada de loca en sus ojos. Empiezo a preocuparme de nuevo, así que decido hacer lo que creo será lo mejor. Largarme de la casa ya.

3

—Habrá una redada en el puerto —le digo a Alec en cuanto entro en su oficina.

Me siento en la silla frente a su escritorio y pongo mis pies sobre la mesa. S  que le molesta mucho que lo haga y tengo ganas de provocarlo un poco. Ha estado un tanto ausente durante toda la mañana y pretendo averiguar qué le ocurre.

—Quita los pies de ahí, Rory.

Ni siquiera me mira, sino que sigue escribiendo en su ordenador como si nada. Lo observo por más de diez minutos en los que ninguno de los dos habla. Tampoco he retirado los pies y él no ha vuelto a decir nada al respecto. Emito un sonoro suspiro y bajo los pies, solo para apoyar mis brazos en la mesa después.

— Vas a contarme lo que sucede o tengo que sac rtelo a golpes?

—No pasa nada —sigue sin mirarme.

— Problemas en el paraíso? —aventuro—. No hace ni una semana que os habéis casado. Te avis .

—Kath y yo no tenemos problemas —ahora que he logrado captar su atención, le sonrío de forma petulante y él entrecierra los ojos a modo de muda protesta.

—Entonces dime qué ocurre —me apoyo contra el respaldo de la silla—, porque algo est  mal contigo hoy.

—No me pasa nada.

—Venga ya, Alec, no me tomes por idiota. Que soy yo, tu Rory. Ese que te pone cachondo aunque siempre lo niegues —intento probar por la vía graciosa. Suele funcionar.

—Es...

Deja el ordenador a un lado y me mira de frente. Tiene el ceño fruncido y esa expresión que usa cuando algo le preocupa. Ha de ser muy gordo si no ha querido hablar conmigo sobre ello. Solo espero que no sea algo irreparable, se trate de lo que se trate.

—Sabes que mis padres se irán en un par de días —empieza.

—Me lo has dicho —que me hable ahora de ellos, con esa cara de preocupación, no me gusta un pelo.

—Pues hace varios días que vengo notando que mi padre no está del todo bien. Kath me ha dicho que debería llevarlo al médico a que le hagan algunas pruebas.

—Si lo dice Kath, debes hacerle caso.

—Lo sé, pero mi padre se ha negado a ir.

—Engáñalo.

—¿Y qué le digo, Rory? ¿Vamos a dar un paseo por el hospital más cercano, papá?

—Eso me gustaría verlo —rio, intentando que me imite. Es una gran técnica de relajación—. Y mucho más escuchar su respuesta.

—Estoy preocupado, Rory —dice después de reír conmigo—. No quiero que se vayan sin asegurarme de que está bien. Ya tiene una edad.

—Tu padre es un hombre con mucha vitalidad, Alec.

—Ya no tanta. A veces lo veo apático. No parece el mismo.

Nos quedamos en silencio por un momento. Supongo que Alec está pensando en su padre y yo, bueno, yo estoy ideando el modo de llevarlo al hospital sin que se lo espere. No voy a dejar que mi mejor amigo se preocupe por su padre si puedo evitarlo.

—¿Y si lo invito a dar una vuelta en la moto? —digo, de repente—. Ya sabes que me lo ha pedido un sinfín de veces.

—Ni loco voy a dejar que se suba a una moto.

—Pero si tú también tienes moto —le recuerdo.

—Tenía —me corrige.

Kath sigue teniéndoles miedo, cosa que ya no puedo reprocharle después de la experiencia que vivimos con la mía la única vez que logré convencerla para montar. Además, con Faith en sus vidas, una moto no era viable. Dejó de usarla al poco tiempo de que la pequeña recibiese el alta y la vendió hace ya un año.

—Anda y que te follen —le digo, no obstante—. Me has entendido.

—Mi padre es mayor, Rory. No debe ir en moto.

—¿Tienes una idea mejor para llevarlo al hospital? —alzo una ceja, expectante—. Soy todo oídos.

Se queda callado y sé que está sopesando la idea. También sé que cederá porque, por más locas que le parezcan mis ideas, al final, siempre me apoya con ellas. En cuanto veo desaparecer su ceño fruncido, sonrío. Ya lo he convencido. Soy el mejor.

—Está bien, pero nada de correr, Rory —me señala—. Que ya nos conocemos.

—Juro que iré todo lo despacio que me permita la moto —levanto la mano con la palma extendida hacia él para dar mayor énfasis a mis palabras y que sepa que hablo en serio, aunque terminamos riendo, justo lo contrario a lo que pretendía.

—En cuanto Kath haya concertado la cita te avisaré.

—Perfecto —me levanto apoyando mis manos en la mesa—. Ahora, vayamos a la reunión.

—¿Qué reunión?

—La que tenemos con Thomas por lo de la redada.

—¿Nos está esperando? —se levanta tan rápido, que varios de los papeles que tiene en la mesa se caen al suelo— ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Porque hay tiempo —rio, ayudándole a recoger—. Y porque saber qué coño le pasaba a mi mejor amigo era más importante. Ni se te pase por la cabeza volver a ocultarme nada. Somos un equipo, ¿recuerdas?

—No quería preocuparte.

—A otro con esa mierda, Alec. Ya sabes que estoy aquí para lo que sea. Y eso incluye a toda tu familia.

—Gracias, Rory.

—Que gracias ni que pollas.

—Por dios, Rory, cuida tu lengua, hombre —ríe.

—Está bien cuidada, tranquilo. Le doy masajes cada día y la lavo con...

—Vete a la mierda.

—Cuida tu lengua, Alec.

Salimos de su despacho todavía riendo. La tensión que Alec ha estado

acumulando a lo largo de la mañana ya ha desaparecido y vuelve a ser el mismo de siempre. Al menos en parte. Palmeo su espalda y me mira sonriendo. No dice nada porque entramos en el despacho de Thomas, pero sé que me ha entendido.

—Nos han informado de que esta noche llega por fin al puerto el cargamento que estábamos esperando —Thomas no se anda con rodeos. Es un hombre muy divertido, siempre que no esté en el trabajo. Aquí es todo un soso—. Ya sabéis lo importante que es que lo interceptemos después de que hagan el intercambio. Si lo hacemos antes, no habrán servido de nada todos los meses que hemos empleado en seguir sus pasos.

—Nervios de acero, chicos —digo, arrancando algunas risas.

—Rory —Thomas me reprende, pero está sonriendo también—. Es importante que nadie se adelante o volverán a escapársenos.

Llevamos más de seis meses detrás de una banda organizada de narcotráfico que usan nuestras costas como vía de contacto con sus camellos. No es la primera vez que nos acercamos a ellos, pero siempre logran salir indemnes. Es muy frustrante.

—Nuestro informante ha dicho que esta noche acudirán también los jefazos. Están tratando de ampliar el negocio y los nuevos proveedores no quieren tratar con un subordinado —Thomas nos muestra fotos mientras habla—. Necesitamos capturarlos a todos para acabar con la red que tienen montada.

—Y con las manos en la masa, por supuesto —replico de nuevo. Cuando Thomas me mira, añado—. Sí, Thomas, lo sé. Rory.

Las risas nos se hacen esperar. Como dicen muchas veces, soy el payaso del grupo, pero gracias a mí nunca se aburren. Además, mis bromas sirven para disipar la tensión entre los compañeros. Como he dicho, Thomas es un buen hombre, pero se le olvida lo divertido cuando se trata de trabajo. La contundencia que usa al explicarnos el plan, a veces es peor que la misión en sí misma.

—Os he dejado las instrucciones en la carpeta que tenéis delante. Echadles un vistazo.

—¡Qué bien, deberes! ¿Nos preguntarás la lección después?

—Rory —esta vez es Alec quien me reprende, pero también se le escapa una sonrisa. Soy irresistible.

—Las repasaremos antes de salir hacia el puerto y yo responderé a todas las dudas que os haya surgido —dice el jefe, mirándome solamente a mí. Yo le guiño un ojo en respuesta—. Id a descansar ahora, nos veremos esta noche a las

ocho para prepararnos.

—Bien, jefe —me levanto y salgo de su despacho.

—Rory —Alec me alcanza, tras gritar mi nombre, y me entrega la carpeta — ¿Cuándo te tomarás en serio las reuniones?

—Ya sabes que lo hago para no acabar todos alterados. Thomas es un gran líder, pero se pasa de serio.

—Tiene que serlo.

—Y yo tengo que ser el gracioso —me encojo de hombros—. En un grupo deber haber variedad o sería muy aburrido.

—¿Y yo quién soy?

—El sensato —paso mi brazo por sus hombros—. El que mantiene al gracioso con los pies en el suelo.

—Eso ha sido muy profundo incluso para ti, Rory.

—No te acostumbres. Estas joyitas las reservo para las mujeres. Siempre caen rendidas a mis pies.

—Me temía que dijese algo así —sonríe.

—Ya me conoces —rio.

—Sí. Aún así, tengo la esperanza de que algún día me sorprendas presentándome a la mujer de tu vida.

—Pues espera sentado amigo —golpea mi hombro—, porque te vas a cansar.

Lo dejo frente a su despacho para ir después al mío. Quiero darle un repaso a las instrucciones de Thomas antes de irme a casa como nos pidió. Esta noche va a ser movida y necesitamos estar descansados. Aunque siempre esté de cachondeo, me tomo muy en serio nuestro trabajo. Lo que no quiere decir que haga las cosas como Thomas quiere, aunque sabe que lograré el objetivo igualmente. Tal vez por eso no me ha abierto nunca expediente disciplinario, a pesar de que suelo ignorar sus órdenes. Me deja hacer a mi manera, siempre que no altere el plan inicial.

Una hora después, me reúno con Alec en la salida. Seguramente quiera aprovechar el tiempo para disfrutar de sus chicas y por eso no le digo nada de ir a tomarnos unas cervezas. Desde que Faith salió del hospital, ha ido reduciendo sus horas de trabajo en la central y se ha montado un despacho en casa desde donde continúa con las investigaciones en las horas que tiene libres. Admiro su dedicación al trabajo, pero también su devoción por su familia. Compaginarlo

todo no ha sido fácil, pero Kath supo ayudarlo encargándose de los peores turnos en el hospital hasta que dieron con la forma de solucionarlo. También ellos forman un buen equipo.

—¿Te apetece venir a casa con nosotros? —Alec camina a mi lado hacia el aparcamiento.

—Tendrás mejores cosas que hacer que soportarme a mí —le digo.

—Kath ha invitado a Duncan y a Sally a comer hoy. Poco importa soportar a alguien más, ¿no crees?

—Has dicho la palabra clave, amigo.

—¿Duncan? —alza una ceja divertido.

—Comer —rio, aunque en realidad tiene razón. Duncan es todo un bromista como yo y me encanta encontrarme con él donde sea. La diversión está siempre asegurada.

—Entonces, ¿te vienes?

—Claro. Nos vemos allí.

Con la moto es sencillo avanzar a través del tráfico y llego mucho antes que Alec a su casa. Y aunque me puedan las ganas de ir a saludar a Faith, decido esperar por él. Cuando está aparcando, la puerta principal se abre y por ella sale un torbellino de cabello castaño que baja las escaleras tan rápido que temo que se acabe cayendo. Kath sale tras ella, pero no logra alcanzarla a tiempo. Faith se me tira encima en cuanto llega a mi altura.

—Tío Rory —grita emocionada, como cada vez que nos vemos.

—Mi pequeña hada —la tomo en brazos y la alzo sobre mi cabeza, como cada vez que nos vemos.

Al principio Kath siempre me regañaba por ello, pero ahora ya he logrado que se acostumbre a ver a su niña volando por los aires. No voy a dejar que se caiga, por más que Kath tenga sus dudas. Coloco a Faith en mis hombros cuando terminamos el ritual y ríe encantada.

—Vayamos a saludar a tu mamá —le digo.

—Primero quiero mi beso —protesta Alec— que no nos hemos visto desde anoche, hija.

La inclino hacia él y eso la hace reír más. Alec me la arrebató en un descuido y corre con ella en brazos hacia la casa. Faith está disfrutando de nuestra pelea por ella y no puede dejar de reírse. Kath nos observa desde la entrada, con los brazos cruzados.

—Menudo ejemplo para Faith —dice—. Parecéis niños.

—Yo también me alegro de verte, amor —Alec la besa y entra en la casa, con su hija todavía en brazos.

—Ven a mis brazos, mamá Kathleen —le digo, a sabiendas de que odia que la llame así.

—Eres incorregible, Rory —aún así, me abraza y yo la beso en la mejilla.

Me costó meses lograr que aceptase mis muestras de cariño sin tensarse cada vez que la tocaba. Y un par más, que mis bromas más picantes no la molestasen. Desde que la conozco, Kath ha cambiado mucho y siempre para mejor. Sin embargo, en algunas ocasiones todavía se pueden ver vestigios de lo que una vez fue su personalidad reservada, pero sigo trabajando en ello.

—Duncan, mi amor —digo en cuanto veo a la pareja— ¿Todavía no te decides a dejar a Sally por mí?

—Necesito garantías de que no te irás con el primero que pase, mi vida —me responde él abrazando a su novia.

Sally se ríe, aunque tiene un ligero rubor en sus mejillas. Aunque es una mujer mucho más extrovertida que Kath, no acaba de acostumbrarse del todo a mis bromas subidas de tono. También estoy trabajando en eso.

—No deberías ser tan buena en la cama, Sally —digo saludándola con un beso—. Así no hay forma de competir contigo.

—Lo siento, Rory —ahora está más roja que antes y me encanta—, pero tendrás que buscarte a otro.

—No pierdo la esperanza —busco a Faith con la mirada— ¿Dónde está mi pequeña hada?

—No está —grita desde el sofá de la sala, antes de esconderse de nuevo.

Río al verla porque lo único que hace es tapar sus ojos, creyendo que así no la encontraré. Me acerco lentamente a ella mientras no dejo de decir que no la veo. Escucho su risa y sonrío, nunca me cansaré de oírla. Todos mis males desaparecen cuando mi pequeña hada ríe.

—Te encontré —digo mientras le hago cosquillas en la tripa.

Veinte minutos después, ya está durmiendo su siesta y nosotros comiendo. La conversación es siempre entretenida y con Duncan y Alec de mi lado, las risas están garantizadas. Entre gracia y gracia, observo al padre de Alec y noto que por veces está como ausente. Cuando mi mirada se cruza con la de Kath, sabe lo que estoy pensando y me mira con preocupación. Asiento hacia ella para

que sepa que haremos todo lo que esté en nuestra mano para ayudarle y me sonrío. Me encanta esa complicidad que tenemos, aunque debo admitir que al principio me resultaba un tanto incómodo. E incluso llegué a estar un poco asustado. Kath es la primera mujer que consideré como una amiga y no estaba muy seguro de cómo debía tratarla. Sobre todo por el modo en que ella siempre se protegía de mí. De todos, en realidad. Temía hacer o decir algo que empeorase las cosas entre ella y Alec. No fue fácil para nadie, pero ha merecido la pena.

—¿Qué sabes de Logan? —la pregunta de Alec me sorprende.

A pesar de que Kath y él hicieron las paces, Alec nunca olvidó lo que le había hecho pasar a su mujer y no lo quería cerca de ella. Por suerte para él, Kath nunca llevó su amistad más allá de las puertas del hospital. Supongo que tampoco ella olvidó del todo, aunque admito que me hubiese gustado ver cómo sobrellevaría mi amigo la situación, si ella hubiese querido introducirlo en sus vidas, porque me consta que no se lo habría impedido. Creo que nunca podría negarle nada.

—Lo último que supimos de él es que está en Uganda —le dice y eso me sorprende más, aunque me ayuda a entender el porqué de la pregunta de Alec. Estará feliz de saberlo lejos.

—¿Qué coño hace ese en Uganda? —pregunto.

—Se ha unido a Médicos Sin Fronteras —me explica Kath y yo no salgo de mi asombro—. Decía que necesitaba un cambio en su vida y cuando le ofrecieron la posibilidad, aceptó en seguida.

—No puedo creerlo. Logan haciendo el bien al prójimo —digo.

—Logan no es malo, Rory —lo defiende Kath, aunque no se ve tan convencida como cree.

—Es tonto —replico, dándole la razón —, pero ese es otro tema.

Alec se limpia la boca con la servilleta, pero sé que en realidad está escondiendo una sonrisa. Lo conozco demasiado bien como para que me engañe con un truco tan pésimo.

—Tampoco es tonto.

—Venga ya, Kath —ahora rio abiertamente— ¿Qué clase de persona se busca una pelea con un hombre que le dobla en tamaño? Esa puñalada llevaba su nombre escrito mucho antes de que el ruso os encontrase.

—Rory —me mira, escandalizada.

—Lo siento, Kath, pero es la verdad. Logan es tonto. Lo mires por donde lo

mires.

Alec ya no puede contener la risa y se une a Duncan y a mí. Sally hace el esfuerzo por no reírse para apoyar a Kath, pero se ve a las claras que acabará claudicando también. Nadie se me resiste. Incluso Kath termina mostrando una pequeña sonrisa.

—Eres imposible, Rory —dice finalmente ampliando la sonrisa. Esa es su frase para decirme que soy genial, aunque no lo admitirá.

—Pero me adoras igualmente —le digo yo en respuesta.

La tarde se nos pasa en un suspiro, entre risas y confidencias, y antes de que nos demos cuenta, Alec y yo debemos regresar a la central. En nada tendremos que entrar en acción y aunque estoy ansioso por empezar, ver brillar la preocupación en los ojos de Kath frena mi entusiasmo. Alec se despide de ella acariciando su mejilla con amor antes de besarla y pienso una vez más en que son la pareja ideal. Con todas sus virtudes y sus defectos.

—Ten cuidado tú también, Rory —Kath me da un beso—. Os quiero a los dos de regreso y de una pieza.

—Soy el gran Rory MacBay, nena —le guiño un ojo y sonrío, pero el miedo sigue ahí, puedo verlo—. Lo traeré de vuelta, Kath. No te preocupes más.

—Siempre me preocuparé, Rory. Por los dos.

Esa es otra de las razones por las que me encanta Kath, ya me ha incluido en su familia aún cuando no me unen lazos de sangre ni con ella ni con Alec. Y sé que para ella no ha resultado fácil, pues es muy celosa de su vida privada. La abrazo con fuerza y dejo un pequeño beso en su mejilla antes de susurrar en su oído.

—Regresaremos.

4

Esperar durante la vigilancia es lo más aburrido de este trabajo. Sobre todo cuando estamos a escasos metros de aquellos a los que queremos capturar, pero no podemos ir por ellos hasta que obtengamos las pruebas que los incriminen. Y más aún, cuando parece que no tienen prisa por darnos lo que buscamos, porque llevamos dos largas horas escuchando sus conversaciones y son de lo más aburridas. Para colmo, no dicen nada interesante para el caso. Mi paciencia está al límite en estos momentos y eso no es bueno. Nada bueno.

—Se acercan coches —susurra Alec, después de golpearme con el codo para que mire en esa dirección. Vemos llegar cinco coches negros que por su aspecto, podría asegurar sin equivocarme, son todos blindados. Esto promete.

—Esperemos que sean los que faltan —respondo, más animado—. Van con retraso los cabrones.

De eso precisamente se han estado quejando en el almacén del puerto donde los esperan. A medida que pasaba el tiempo, se han ido poniendo nerviosos por la tardanza. Casi tanto como yo, ansioso.

Después de seis meses siguiendo meticulosamente sus pasos e intentando atraparlos, siento la necesidad de actuar por fin y zanjar el asunto. Pero, tal y como nos ha repetido Thomas hasta la saciedad, tenemos que hacerlo bien o estarán en la calle en un par de días, al menos los que mueven el cotarro, y todo nuestro trabajo se habrá ido al garete porque estarán sobre aviso y será imposible pillarlos desprevenidos de nuevo.

Vemos bajar del segundo coche a un par de hombres trajeados. Uno de ellos porta un gran maletín negro, donde lleva el dinero. O eso espero porque si no, habernos estado perdiendo el tiempo una vez más. En cuestión de segundos los rodean al menos una docena de hombres fuertemente armados. Y yo empiezo a frotar mis manos de anticipación en mi mente porque esto promete. Necesito

acción ya. Alec me mira y niega con la cabeza mientras sonrío, pues sabe perfectamente lo que estoy pensando en este momento. Yo le guiño un ojo y le sonrío de vuelta para que sepa que ha acertado. Como siempre.

—Hay que esperar —es lo único que me dice a modo de respuesta a mi gesto.

—Ya siento la adrenalina corriendo por mis venas —le respondo, enseñándole el brazo y arrancándole una nueva sonrisa— ¿Ves mis pelos? Como escarpas están, tío, de las ganas que tengo de partir unas cuantas caras.

—Yo prefiero no tener que llegar a eso —ríe—. Cuanto más sencilla la detención, mejor.

—Tú no sabes lo que es bueno, hombre —palmeo su espalda.

Niega de nuevo con la cabeza y se ocupa del ordenador desde el que controlará el dron. Thomas llevaba al menos cinco meses rogando a sus superiores para que nos entregasen uno de estos. Los sistemas de escucha están muy bien, pero en un juicio tiene más peso una grabación en video que una simple conversación donde es complicado identificar a los interlocutores. Admiro la perseverancia y la paciencia del jefe. A pesar de las negativas, no cejó en su empeño hasta que lo consiguió. Yo habría acabado amenazándolos o directamente cumpliendo las amenazas. La diplomacia no es lo mío. Y por eso él dirige el departamento y yo no.

Por suerte para nosotros, nos lo acaban de entregar. Llegó justo para la misión. Y, desde luego, no hay nadie mejor que Alec para manejarlo. Bueno, nadie más responsable, porque yo tengo unas ganas locas de llevármelo a casa para probarlo en el vecindario. Lástima que Thomas se haya negado. Lo que me habría divertido con él.

—Veamos si podemos grabar el intercambio con este trasto —me dice, mientras intenta introducir el dron por una de las ventanas superiores del almacén.

—¡Oye, qué bien se ve esa mierda! —le digo a Alec, mirando la pantalla por encima de su hombro—. Sin duda, vale lo que ha costado.

—Para ser una mierda, ¿no? —ríe él sin mirarme.

Seguimos observando el interior del almacén a través del dron hasta dar con la sala donde están reunidos los hombres. Aunque es silencioso, no puede acercarse demasiado por si lo ven, pero tiene un micro potente y se escucha perfectamente a pesar de la distancia. La cámara también es buena y de alta calidad. Es casi como si estuviésemos allí dentro con ellos. Creo que incluso se

puede palpar la tensión entre ambos bandos. En este momento, nadie diría que están en el mismo equipo.

—¿Seguro que esos quieren hacer negocios juntos? —pregunto. Me siento como si estuviese viendo una película de gánsteres. Estoy esperando el momento en que saquen las metralletas y se disparen los unos a los otros. Unas palomitas, una cerveza fría y a disfrutar del espectáculo.

—Esperemos que sí —responde Alec sin dejar de mirar la pantalla. Necesita concentración para mantener el dron en su sitio—. Sería una putada que ahora que estamos aquí, decidan echarse atrás.

Yo optaría por actuar ya, pero todavía no hay rastro de la droga y en el maletín podría haber cualquier cosa. Hojas de periódico, por ejemplo. Me mata tener que esperar, aunque sé que no nos queda otra. Me remuevo inquieto tras Alec y veo cómo mueve su cabeza de nuevo en gesto de negación. Sé que está pensando lo mismo que yo y sonrío.

—Si vas a ir —me dice—, al menos mantén la radio encendida para que pueda avisarte cuando el intercambio esté hecho.

Me conoce demasiado bien como para no saber que no pensaba esperar a que Thomas diese la orden. Querría llevarme a Alec conmigo, pero sé que lo necesitan para controlar el dron, así que me limito a apretar su hombro para que lo sepa así, antes de desaparecer en la oscuridad de la noche. Quiero echar un vistazo más de cerca mientras no actuamos. Normalmente veo cosas que otros no y voy formando un plan alternativo en mi mente, que suele funcionar mejor que el del jefe. Casi siempre.

Cuando paso cerca del puesto donde espera Thomas, me mira con censura, pero me deja ir sin decirme nada. Hace tiempo que ha desistido de intentar obligarme a seguir el plan establecido. Sabe que aunque vaya por mi cuenta, no voy a entorpecer a mis compañeros ni a perjudicar la misión. Una vez lo asumí, todo funcionó mejor entre nosotros.

Camino oculto hacia la parte de atrás del almacén. Estoy seguro de que encontraré varias puertas abiertas por las que entrar. O salir. Siempre eligen lugares así en sus reuniones clandestinas, para tener varias vías de escape si algo se tuerce. Mientras me acerco, veo los coches listos para marchar y se me ocurre una idea. Creo que les complicaré un poco la huida. Uso mi navaja, esa que llevo siempre escondida en la bota del uniforme desde el percance que sufrimos Kath y yo hace casi dos años ya, para rajar las cuatro ruedas de cada uno de los coches. Si quieren escapar, tendrán que hacerlo a pie.

—Hora de prepararse, muchachos —escucho la voz de Thomas en la radio

—. Esto está prácticamente hecho.

Sé que le prometí a Alec que mantendría la radio encendida, pero la apago en cuanto escucho eso. Están a punto de hacer el intercambio y es lo único que necesito saber. Además, ya estoy demasiado cerca del almacén y alguien podría descubrirme si hablan de nuevo. Apuro mis movimientos ahora que sé que mis compañeros llegarán pronto. Quiero colocar algunos regalitos en tantas puertas como pueda antes de que me alcancen. Dejaré un par de ellas libres para que podamos entrar, pero el resto será una trampa mortal para quien las quiera usar. De algo tendrán que servir mis ocho años en el ejército, aparte de para regalarme pesadillas cada noche.

Veo salir el dron por la ventana cuando ya estoy con la tercera puerta y sé que ha llegado el momento. El trato en el interior está hecho y mis compañeros estarán en camino para intervenir. Ya estoy impaciente por entrar, pero antes necesito acabar lo que estoy haciendo. Veo acercarse a los primeros hombres y les advierto sobre las puertas que no deben tocar. Avisan por radio de mis regalitos y van entrando mientras yo termino de colocar la última trampa. Voy tras ellos, arma en mano ya.

—Vosotros por aquí conmigo —dice Thomas—. Rory, llévate a un grupo hacia allí. Nos reuniremos en el centro.

No veo a Alec por ninguna parte e imagino que llegará en cuanto el dron esté a buen recaudo. Me adentro en el almacén, seguido de mis hombres, seguro de que Alec nos alcanzará en breve. Y probablemente, me echará la bronca por apagar la radio. Es tan previsible en ocasiones, que me encanta.

Después de unos cuantos pasos empezamos a oír sus voces a lo lejos. Se están acercando y aviso a mis compañeros para que se preparen para interceptarlos. No debemos dejar salir a nadie, a ser posible, aunque haya otro grupo fuera esperándolos por si logran darnos esquinazo.

—Vigilancia aduanera —grito alto en cuanto veo a los primeros del grupo—. Suelten las armas y entréguense.

Ya preveo su reacción, siempre es la misma en estos casos, y me oculto tras un contenedor nada más hablar porque comienzan los disparos. Sería demasiado fácil si se dejasen capturar sin oponerse. Y demasiado aburrido también. Les devuelvo los tiros y luego divido al equipo para enfrentarlos desde varios puntos. Necesito que los rodeen e intenten reducirlos antes de que se escape alguno.

Las balas silban a nuestro alrededor y siento esa energía que me invade cada vez que entramos en acción. He nacido para luchar, eso lo sé. Pero ahora elijo mis propias peleas, no me las imponen como ocurría en el ejército. Si he de

matar a alguien, que sea por una buena causa que realmente ayude a mejorar mi país. Tratar de acabar con la delincuencia en Escocia es la mejor causa. Sobre todo con el narcotráfico, que tantas vidas destroza a día de hoy. Es una plaga que hay que erradicar como sea.

Me muevo entre los contenedores dispersos por el almacén sin mirar atrás para ver si me siguen. Sé que lo harán. Avanzo hacia los narcos en silencio, tratando de sorprenderlos. Me preparo y en cuanto uno de ellos aparece a mi lado, le arranco el arma de las manos y lo golpeo con ella. Cae inconsciente al suelo. Retiro el cargador de su pistola, lanzo ambos lejos de mí, en direcciones opuestas para que no puedan ser usados de nuevo y continúo mi camino.

Cuando me topo con otro hombre, repito la acción, pero este es más fuerte y forcejeamos para hacernos con el control de su recortada. En un descuido por su parte, golpeo su cabeza con la mía y escucho el inconfundible sonido de su nariz rompiéndose. Se lleva las manos al rostro y grita de dolor, lo que yo aprovecho para noquearlo de un solo golpe y desmontar su arma también. Es una técnica que aprendimos en el ejército para inutilizar al enemigo. No lleva más de unos segundos, si sabes cómo hacerlo, y te podría salvar la vida.

—Rory —escucho mi nombre y al momento siento un fuerte golpe en mi costado izquierdo. Caigo al suelo sin poder evitarlo y mi hombro se lleva la peor parte, pero por suerte estoy ileso. Veo a Alec tendido, cubriendo mi cuerpo y disparando hacia quien, al parecer, pretendía hacer lo mismo contra mí segundos antes. Ha llegado justo a tiempo para evitarlo. Llevamos chaleco antibalas, por supuesto, pero no es garantía de nada. Una bala en la cabeza y no habrá quien nos salve.

—Cariño —bromeo con él, al ver su cara de preocupación—, este no es el lugar ni el momento.

—Joder, Rory —se levanta y me ayuda a incorporarme— ¿Nunca te tomas nada en serio?

—Lo digo en serio —sé que está controlando su risa—. Aplacaré tu lujuria en casa, cuando tengamos algo más de intimidad.

Mientras hablamos, continuamos avanzando hacia el centro del almacén, donde comprobamos que estamos logrando acorralar a los narcos. Y donde están la droga y el dinero. No hacemos con el control de la situación en un par de minutos más y siento una gran satisfacción al verlos esposados a todos. Ninguna baja entre nuestros hombres y los malos en la cárcel por fin, es todo cuanto necesito para saber que estoy haciendo lo correcto.

Después de enviar a la penitenciaría a los detenidos, regresamos al

departamento para deshacernos de la ropa de faena. Thomas nos da la enhorabuena por el trabajo bien hecho y después nos deja marchar. Ya es de madrugada, así que cada uno se dirige a su casa. Alec camina conmigo hasta el aparcamiento. Mi moto está junto a su coche.

—Nos vemos mañana —me dice a modo de despedida, mientras abre la puerta del coche para entrar en él.

—¡Eh! —lo llamo. Se detiene y me mira—. Gracias por salvarme el culo antes.

—Tú harías lo mismo por mí —le resta importancia.

—Eso no le quita mérito.

—Tampoco se lo añade —me guiña un ojo y entra en el coche—. Hasta mañana, Rory.

—Hasta mañana, Alec —sujeto la puerta con mi mano y me inclino hacia él—. Dale un beso a Faith de mi parte y hazle el amor a Kath hasta que suplique clemencia.

—Rory —ríe—. Eres imposible.

—Consejo de amigo, tío —es mi turno para guiñarle un ojo—. Te aseguro que mejorará vuestra vida en pareja.

—Para ser un hombre que huye de las relaciones, sabes mucho sobre ellas —bromea conmigo—. Tal vez deberías probar. Puede que te sorprendas y acabe gustándote.

—Ve a disfrutar de tu mujer, Alec —cierro la puerta para que no pueda decir nada más.

Cuando se marcha, yo ya me he puesto el casco y enciendo mi moto. No tardo en llegar a casa, pues las calles están desiertas y puedo correr un poco más. Al abrir la puerta de mi apartamento, el silencio me recibe, como cada noche. Ceno algo rápido, pues siempre necesito comer después de una misión, y me meto en la ducha, donde dejo que el agua relaje mis músculos cansados. Salgo del baño como mi madre me trajo al mundo y así me meto en la cama. Estoy agotado y necesito dormir, porque las últimas noches no he descansado demasiado por culpa de las pesadillas.

El sábado se acerca y la tentación de perderme en el sopor del alcohol es grande, pero desde el percance con la morena, me he estado replanteando eso de beber. No quiero amanecer en otra cama donde me ataquen, ya sea con tacones, con cojines o con cualquier otro objeto que encuentren a su alcance.

Supongo que puedo sentirme afortunado de que no haya sabido más de ella, pues ya me estaba temiendo que hiciese alguna otra locura, como aparecer por mi trabajo o incluso en mi casa. Como no recuerdo si le di algún dato más sobre mí, aparte del nombre, no puedo estar seguro de lo que podría llegar a hacer esa mujer si decidiese complicarme la vida.

Todavía no recuerdo su nombre y espero no averiguarlo nunca. Cuanto más lejos de ella, mejor, porque todavía ahora siento escalofríos al recordar su mirada de loca desquiciada. En ese momento la creí capaz de todo por vengarse de mí.

Después de apartarla de mi mente, consigo dormirme. Tengo la esperanza de no soñar esta noche. Lo menos que necesito hoy son nuevas pesadillas.

5

Miro hacia el hombre caído a mis pies. Está muerto. Y Richard tiene esa expresión de sorpresa y miedo mezclados de cuando matas por primera vez a alguien. Necesito acercarme a él para hacerlo reaccionar porque se ha quedado bloqueado, pero en cuanto intento ponerme en pie, una fuerte explosión me tumba de nuevo, provocando que mis oídos piten.

Me siento desorientado y me falta el equilibrio cuando intento levantarme de nuevo. Mi mirada se pierde buscando a Richard, pero no encuentro más que un agujero en el lugar donde estaba segundos antes de la explosión. La granada lo ha volatilizado.

Joder. Me derrumbo. Solo tenía 22 años. 22 malditos años. Ni siquiera había empezado a vivir y ya no podrá hacerlo. Ni su familia tendrá un cuerpo al que enterrar y llorar. Esto es una puta mierda. El ejército es una puta mierda.

Siento unos brazos intentando izarme. Sé que me están hablando también, pero no los oigo. Mis oídos aún no se han recuperado de la fuerte explosión. Y mis ojos continúan fijos en el lugar en que debería estar Richard en este momento.

Me libero del agarre y gateo hasta sus restos. Necesito encontrar su chapa. Al menos su familia tendrá algo que le perteneció. Sé que es un escaso consuelo, pero no se me ocurre nada mejor que ofrecerles.

—Señor —me sujetan de nuevo y tiran con fuerza de mí—. Señor, debemos irnos. Se están acercando.

Miro a mi alrededor y veo al resto del equipo. Están asustados y con razón. Nos están cercando y los refuerzos parece que no van a llegar a tiempo. Tenemos que irnos ya.

—Joder —digo a la desesperada, pero me levanto y doy orden de partir.

Justo cuando me giro hacia ellos para subir a la loma, veo el brillo inconfundible de una chapa de metal a escasos metros de mí. Después de ordenarles que continúen moviéndose, me acerco y la recupero. Siento un extraño alivio al momento al comprobar que es de Richard.

Los disparos silban a mi alrededor y me obligo a correr. Si muero ahora, no habrá servido de nada el sacrificio de Richard.

—Vamos —les grito—. Seguid corriendo.

Disparo al aire en dirección a nuestros enemigos, deseando que alguna bala llegue a su destino, pero no me paro a averiguarlo. Necesitamos llegar al otro lado de la colina como sea.

Entonces, una nueva explosión muy cerca de nosotros nos lanza por los aires y aterrizamos contra el duro suelo. Por un momento, me quedo sin respiración. Por más que lo intento, el aire no llega a mis pulmones y siento que moriré ahogado.

Mi último pensamiento es para el muchacho que me salvó la vida. De poco le ha servido, me temo.

Me despierto una vez más empapado en sudor y mi respiración es tan irregular como la del sueño. Me llevo las manos al cuello e inspiro profundamente. La sensación de ahogo persiste por unos minutos, hasta que regulo el latir de mi corazón. En una de estas, no despierto y de acaban mis pesadillas.

Me ducho con agua fría para borrar la sensación que tengo ahora mismo. Es como si todavía notase el calor que desprenden las granadas al explotar y oliese el azufre. No me gusta sentirme así, pero tampoco puedo evitarlo. Es ni sino, mi penitencia por todo lo que he hecho en el pasado. Tengo ganas de beber para olvidar, pero no lo haré. Esta vez no caeré es esa trampa.

Me visto y desayuno con calma. Una vez más, voy con tiempo de sobras al trabajo. Es lo que tiene despertarse de madrugada por las malditas pesadillas.

Cuando llego al edificio de Vigilancia Aduanera, soy el primero. Como casi siempre. Saludo con un movimiento de cabeza a los guardas de seguridad en la entrada y dejo que me revisen antes de entrar. No es más que protocolo. Preparo el café en la sala de recreo para cuando empiecen a llegar mis compañeros. Thomas es uno de los últimos en llegar, cosa rara en él, y parece un tanto alterado cuando se acerca a nosotros.

—Reunión. Todos. Mi despacho. Ahora.

Las pocas veces en que ha hablado de esa forma ha sucedido algo terrible después, así que nos aprontamos a obedecerle. Ha de ser grave, si tiene que llegar a eso. Miro hacia Alec, que se encoje de hombros. Sabe tanto como yo, que es nada. Nos sentamos y aguardamos expectantes a que Thomas nos informe.

El jefe tiene las manos apoyadas en su escritorio y la cabeza inclinada hacia abajo en actitud derrotada. Creo que esta es la primera vez que lo veo así y empiezo a preocuparme de verdad. Thomas es un hombre optimista por naturaleza, esto no pinta bien. Alec debe pensar como yo porque se remueve inquieto en la silla. En cualquier otra situación ya habría soltado uno de mis chistes, pero creo que nadie me lo agradecerá ahora mismo.

—Dos de los detenidos —empieza a hablar sin mirarnos— nos han denunciado por brutalidad policial.

—¿Pueden hacer eso? —pregunta en susurros alguien a mi lado.

—Somos agentes de la Ley, idiota —le responde otro—. Claro que pueden.

—Pero nadie los ha golpeado —habla un tercero.

—No —responde Thomas, que los ha oído a pesar de su tono bajo—. No hemos golpeado a nadie.

Nos observa uno a uno con rictus serio. Demasiado serio incluso para él. Su mirada se detiene en mí más tiempo que en ningún otro y entiendo que lo que va a decir a continuación no me va a gustar. Y que, probablemente, me afecte más que a los demás. Y yo pienso si habrán dado mi nombre.

—Cuando los dejamos a disposición policial estaban en perfecto estado —continúa—, pero al parecer, llegaron bastante golpeados a la penitenciaría. Ellos dicen que hemos sido nosotros.

—¿Y se lo creen? —pregunta Alec alterado.

Yo prefiero no hablar por ahora. Algo me dice que esto se va a poner todavía más feo de lo que ya parece. Me reservaré mi opinión para cuando realmente deba darla, que no tardará, pues que Thomas me mire en cada ocasión, solo me reafirma en mis suposiciones. Cada vez estoy más seguro de que han dicho mi nombre.

—El Departamento de Asuntos Internos enviará a alguien pronto para hacerse cargo del caso —le responde a Alec—. Interrogarán a todo el mundo, empezando por los detenidos. Nadie se librará esta vez. Y es por eso que los jefazos han decidido que, en vista de sus duras acusaciones, debemos limpiar el

buen nombre de nuestro departamento sin que queden dudas al respecto cuanto antes. No quieren esperar a que los de Asuntos Internos lleguen y remuevan todo por aquí.

—¿Y cómo piensan limpiar nuestro buen nombre? —ya no puedo contenerme más. Eso me ha tocado la fibra sensible—. Eso suena a que ya nos han condenado, incluso antes de que podamos defendernos.

—Solo quieren asegurarse de no hay nadie capaz hacer algo de lo que nos han acusado.

—¿Y de qué más nos han acusado? Aparte de darles una paliza —pregunta Alec de nuevo—. Porque está claro que tiene que haber algo más grave que eso o no se molestarían en enviar a los de Asuntos Internos a investigar.

—De consumir drogas. Han dicho que nos quedamos con parte de lo que requisamos para consumo propio.

—Al menos no dicen que la revendemos —bufo. Esto cada vez se pone más interesante, aunque no de una forma divertida. Nos va a acarrear muchos problemas semejante mentira.

—Eso sería más fácil de probar —dice Thomas—. El mayor problema es que dicen que la consumimos.

—Eso también es fácil de probar —digo—. Un poquito de sangre en un tubo, una meada en un bote y todos contentos.

Aunque intento bromear sobre el asunto para relajar al personal, sé que no servirá de mucho. Cierto que muchos sonríen, pero el caso es grave. Si descubren cualquier irregularidad, por pequeña que sea, podríamos acabar con un expediente disciplinario a la espalda.

—Asuntos Internos no se conformará con eso. Al menos no con el escándalo que armaron los detenidos con sus acusaciones, ni por el estado en que aparecieron —Thomas vuelve a mirar hacia mí y me preparo para lo que se avecina. Estoy seguro de que oiré mi nombre en cualquier momento—. Y los jefes menos. Pretenden asegurarse de que no tengan nada por donde pillarnos cuando vengan, así que han ordenado también un estudio psicológico de todo el departamento.

Mierda. Cualquier cosa menos un maldito estudio psicológico. Ya tengo suficientes demonios con los que lidiar a diario, sin que ahora quiera venir un loquero a escarbar en mi mente. No señor, me niego a pasar por eso. Ardo en deseos de levantarme e irme, pero me contengo. No quiero que nadie sepa cuánto me afecta esa decisión.

—Si nos negamos —Thomas sabe lo que estoy pensando y por eso no me quita la mirada de encima. Ahora lo entiendo todo—, nos tomarán por culpables y nos apartarán del cuerpo ipso facto. Despido fulminante, muchachos.

Más mierda. No pueden hacerme eso. ¿En qué coño piensan los de arriba? ¿No les bastó con el estudio que nos hicieron para entrar? Debería servir de algo, digo yo. No puedo pasar por lo mismo dos veces. Simplemente no puedo.

—¿Cuándo vendrán? —Alec también me mira disimuladamente y noto su preocupación en la voz.

—Mañana mismo empezarán con algunos de nosotros y estarán por aquí al menos una semana.

Sé que me está dando ese margen para prepararme y trato de convencerme de que podré engañarlos una vez más, pero sé que no será tan fácil. Las pesadillas no han disminuido durante estos años y el control que ejercía sobre mi mente en el ejército ha ido desmejorando por falta de práctica. Esta vez me costará más que cuando ingresé en el cuerpo, ocultarles la verdad.

—Volved al trabajo, muchachos.

Alec y yo nos quedamos hasta el final, como si estuviésemos hablando entre nosotros del tema, porque ambos sabemos que Thomas querrá hablar conmigo. De todos los que trabajamos en el departamento, solo ellos dos conocen mi verdadero pasado. Y no todo. Los demás saben lo mismo que mis superiores, lo que aparece en mi informe de ingreso. Que trabajé para el ejército y que me retiré después de ocho años de servicio.

—Vas a tener que conservar la calma y darles lo que buscan —me dice Thomas nada más quedarnos solos.

—¿Y qué buscan exactamente? —pregunta Alec por mí.

—Saber que no han empleado a ningún loco desquiciado al que se le pueda ir la cabeza en cualquier momento —digo con sarcasmo.

—Solo pretenden asegurarse de que los de Asuntos Internos no se acercan al departamento. Ya sabéis lo que ocurre cuando meten las narices en algún sitio. Hasta que encuentran algo, lo que sea, no paran. Son capaces de escarbar hasta lo más hondo solo para demostrar que tenían motivos reales para investigar. Los jefes esperan que si se ocupan ellos de todo y presentan sus informes, nos dejarán en paz. Esta investigación todavía no es de dominio público. Han acallado a los denunciantes por ahora dándoles lo que pedían.

—¿Y qué tiene que ver el estudio psicológico con todo esto? —le pregunto.

—Supongo que quieren estar seguros de que ninguno de nosotros

representa un peligro para el equipo o para la gente a la que detenemos.

—Llevamos más de cinco años activos y nunca ha habido ningún problema —digo—. Ni siquiera de aquellos a los que he apretado un poco más en los interrogatorios.

Eso es algo que tampoco saben los demás compañeros. Algunos de mis métodos de persuasión para que hablen, escandalizarían a nuestros superiores. Y aunque no los he tenido que usar muy a menudo, entiendo que debemos someternos al estudio porque si alguien descubre que nos están investigando, podrían salir a la luz. Y eso sí sería un gran problema. Aún así, no me gusta la idea.

—Pues me temo que ahora los tenemos —replica Thomas, dando voz a mis pensamientos—. Y por una mentira, cierto, pero muy peligrosa para nosotros. Nos guste o no, debemos someternos a todas las pruebas. Si los de Asuntos Internos viniesen, acabarían contigo, Rory.

—¿Podrás ocultar lo de las pesadillas? —Alec me mira preocupado.

—Por supuesto —no sueño tan convencido como me gustaría, pero ya no puedo remediarlo. Dicho está.

—Te colocaré entre los últimos —me dice Thomas—. Eso te dará al menos unos días de margen para prepararte. Es lo máximo que puedo hacer.

Saben tan bien como yo que, si descubren que tengo pesadillas después de seis años apartado del ejército, me considerarán una persona mentalmente inestable y me despedirán para que los de Asuntos Internos no tengan por donde pillarlos. Este trabajo es mi vida, lo único que me salva de volverme realmente loco, y no puedo permitir que me aparten de él.

—Lo conseguiré —digo con mayor firmeza esta vez.

—Sé que lo harás —me anima Alec.

Thomas asiente para darle la razón y aunque agradezco su fe en mí, yo no estoy tan seguro esta vez. Quién lo diría, el gran Rory MacBay vacilando por un simple loquero. Si mis ex-compañeros del ejército me viesen ahora, se reirían de mí. Tan implacable que era por aquel entonces, tan temido. He perdido parte de esa fuerza y no puedo decir que me arrepienta de ello, pero en este momento me habría venido muy bien la seguridad que tenía seis años atrás.

—Será mejor volver al trabajo —me levanto, dispuesto a olvidarlo por ahora. Ya tendré tiempo de preocuparme si el loquero logra detectar algún signo de debilidad en mí.

Salgo del despacho de Thomas, con Alec pisándome los talones. Estoy

convencido de que la conversación con él todavía no ha terminado, así que cuando entro en mi despacho, dejo la puerta abierta y Alec se encarga de cerrarla detrás de él. Se apoya en mi escritorio porque nunca se sienta si yo no lo hago primero. Y yo necesito pasear y dejar salir fuera toda mi frustración.

—Puedes hacerlo, Rory —me dice con convicción. Cree en mí y eso me angustia más porque no quiero fallarle.

—No es como hace seis años, Alec. Hoy ya no puedo controlar mi mente como entonces. Me preocupa cometer algún error que lo estropee todo.

—Thomas sabe lo que hace al ponerte entre los últimos —me anima—. Probablemente el psicólogo que envíen estará harto de tantas entrevistas para cuando te toque y sea breve.

—Eso no será una ventaja, Alec —niego—. También tendrá menos paciencia.

—Ya sabes que nunca te pregunto sobre el tema —me mira con preocupación—, pero, ¿sigue siendo tan malo?

—No se van —me encojo de hombros—. Eso ya es suficientemente malo.

—Tal vez no te vendría mal hablar con un psicólogo.

—No quiero airear mis mierdas, Alec. Yo puedo con ello.

Me reiría de mí mismo por lo que acabo de decir, si no estuviese tan preocupado por ese estudio. Si después de seis años no me he deshecho de las pesadillas, está claro que no puedo hacerlo solo, pero sigo queriendo luchar a mi manera. Alec sabe mucho de mi pasado. Le he hablado de mis compañeros, de algunas de las misiones más tranquilas, de lo difícil que se me hacía en los últimos años, pero jamás le dicho lo que sueño ni porqué se han convertido en pesadillas. No podría soportar ver en su rostro el descubrimiento de la clase de hombre que era en el ejército ni de lo que era capaz de hacer sin el más mínimo remordimiento. Aquel hombre ya no existe y prefiero que se quede en el pasado.

—Hablar de los problemas ayuda.

Sé por qué lo dice. Kath y él acudieron a terapia un par de meses tras el aborto que sufrió ella. Aunque ambos eran reacios a ir, en esa ocasión les funcionó. Alec me lo recomendó, después de eso, pero nunca llegué a concertar una cita con él. No me interesa que alguien se meta en mi cabeza a hurgar en lo que quiero olvidar. Bastante tengo con las pesadillas que me lo recuerdan a todas horas.

—A algunos, tal vez —murmuro, aunque sé que me ha escuchado perfectamente.

—Para lo que sea —me dice, apoyando su mano en mi hombro—, sabes que puedes contar conmigo. Yo también sé escuchar.

—Gracias —le respondo—, pero no te voy a meter en esto.

—Rory, ya estoy metido. Eres mucho más que mi amigo —sé lo que viene a continuación y aunque siempre lo detengo, esta vez me quedo callado. Necesito oírlo—. Somos hermanos. Tal vez no de sangre, pero sí de corazón. No pienso abandonarte.

Sus palabras significan todo para mí, pero nunca se me ha dado bien mostrar mis sentimientos. Soy un hombre de acción, no de palabras. Y de bromas. Por eso, decido hacer lo que mejor se me da. Tomármelo a cachondeo.

—No te me pongas sensible, Alec —le sonrío—. No creo que a Kath le haga gracia descubrir que es a mí a quién amas.

—Rory —sonríe— ¿Es que no puedes tomarte nada en serio?

No sé la de veces que habré escuchado salir esa pregunta de sus labios y, sin embargo, sé que me ha entendido. Me conoce bien y sabe que mis gracias son solo mecanismos de defensa. Él es el único que los ha traspasado alguna vez hasta ahora. Y siempre a base de insistencia. Aunque Kath lo está alcanzando y aún no sé cómo. Ella lo hace mucho más fácil.

—Ya me conoces —le digo, antes de abrazarlo—. Gracias, tío. No te diré palabras bonitas porque no son lo mío, pero te aseguro que siento lo mismo. Aunque lo negaré si lo cuentas por ahí.

—El gran Rory MacBay tiene una reputación que mantener —ríe.

—Exacto.

Y aunque la mañana transcurre tranquila después de la charla, la inquietud que siento va en aumento según pasan las horas. Me temo que esto del estudio va a terminar en desastre.

6

—No pienso hacerlo —intento alejarme, pero me retiene por un brazo—. Ni lo sueñes.

—No es una sugerencia. Ha sido una orden directa y no puedes negarte.

—¿Eso crees? —me libero de su agarre—. Entonces es que no me conoces bien.

—Si no lo haces tú —me dice cuando estoy a punto de franquear la puerta—, lo hará Rampsey.

Mis pies se detienen a escasos pasos de la salida y me giro hacia él. Veo la rabia en su mirada y sé que tengo esa misma expresión porque Rampsey no es del agrado de nadie, ni amigo ni enemigo. Controlo mi ira con largas inspiraciones y cuadro los hombros, antes de hablar de nuevo.

—¿En qué coño están pensando los jefes? —no grito y creo que eso le ha impresionado más que si lo hiciese.

—Nadie más quiere hacerlo —se encoge de hombros.

Típico. Dejarle el trabajo sucio a él, a un hombre sin escrúpulos. Si a mí me consideran implacable en lo mío, Rampsey es letal. Pocos detenidos sobreviven a los interrogatorios después de que él se haga cargo de la situación. La mayoría termina hablando, por supuesto, pero es lo último que hacen. No puedo permitirlo. Esta vez no. Así que salgo del edificio y camino con decisión hacia la zona donde han habilitado algunas celdas. A medida que me acerco, los gritos se hacen más audibles. Aunque se supone que yo soy quien debería llevar el interrogatorio, parece que ya han empezado sin mí y siento arder la ira en mis venas. Me controlo antes de entrar para que no vean cuánto me afecta lo que están haciendo. Aquí quien demuestra sus sentimientos, no sirve.

—¿Se puede saber quién cojones os ha dado permiso para estar aquí? —grito nada más entrar para intimidarlos, pero soy yo el que se queda inmóvil

después de hablar.

La sorpresa debe reflejarse en mi rostro al encontrarme a dos soldados inmovilizando a una joven, prácticamente inconsciente ya, mientras Rampsey se encuentra entre sus piernas y tiene los pantalones bajados.

—Maldito bastardo —grito.

Me siento de golpe en la cama, de nuevo empapado en sudor, y paso mi mano por la cara para limpiarla. Esto no puede seguir así. Desde que el psicólogo ha empezado con las sesiones en el trabajo, las pesadillas se han intensificado y apenas logro dormir unas pocas horas seguidas. Miro el reloj y veo que son las 4 de la mañana.

Me recuesto en la cama, intentando tranquilizarme, porque mi corazón sigue latiendo a marchas forzadas. Me da miedo cerrar los ojos de nuevo, pero necesito desesperadamente dormir algo más. Debo tener la mente lúcida y despejada cuando hable con el loquero o notará que algo anda mal conmigo. Y dormir poco no me ayudará en eso, así que me remuevo, inquieto, en la cama hasta que encuentro la posición. Cierro los ojos y logro dormir sin más pesadillas hasta que suena el despertador a las 7.

Salgo de casa con el pelo todavía mojado y con una tostada en la mano. Me he demorado en la ducha y ahora voy con el tiempo justo, pero lo necesitaba. Me ha sentado de maravilla.

—Rory —Alec me asalta nada más entrar—. Te está esperando.

—¿Qué? ¿No iba a ser el último?

—Arnold no ha venido hoy. Luke y Spencer tardarán al menos una hora en volver de la patrulla —me mira preocupado—. Y tú eres el siguiente en la lista.

—Joder —me quito la chaqueta y se la lanzo. He empezado a sudar y todavía no estoy con el loquero, eso no puede ser bueno.

—Tranquilízate.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —inspiro y expiro, pero no sirve de nada.

No creía que tuviese que enfrentarlo hoy. Precisamente hoy, con el maldito sueño rondando mi cabeza todavía. Contaba con que tendría al menos un día más y ahora me veo caminando hacia el despacho que le han habilitado para entrevistarnos. No siento que esté preparado para esto. No hoy.

Alec me acompaña hasta la puerta en silencio y no sé si lo hace por apoyarme o para impedir que salga corriendo, aunque me inclino más por la

primera opción. Sabe que por más duro que me resulte, no huiré de esto. Tampoco es que tenga opción, si quiero seguir trabajando aquí.

—Suerte —aprieta mi hombro antes de animarme a entrar con una inclinación de cabeza.

—Espérame, cariño —bromeo con él para relajarme—. Si esto sale bien, luego te daré lo tuyo.

—Aquí estaré, amor —me sigue el juego—. Ansioso por que salgas pronto.

Le guiño un ojo y entro decidido, solo para que Alec crea que todo está controlado, aunque algo me dice que sabe que no es así. De todas formas, no permitiré que el tipejo que está sentado en el sillón al fondo de la sala lo descubra. No voy a darle nada que pueda anotar en su bloc, por más que su mirada me esté intentando perforar el cráneo.

Tiene el típico aspecto de enano resabido que, aunque no mida más de metro y medio, se cree el dueño del mundo. Tiene esas lentes redondas tan anticuadas, que lo hacen verse ridículo, pero estoy seguro de que piensa que le dan un aspecto más profesional. El bigote, pulcramente cuidado, solo me recuerda a las películas antiguas mudas. Con un bombín y un bastón, daría el pego. Lo único que impone es su rictus serio. Está claro que no es de los que bromean con sus pacientes para que se sientan cómodos durante las consultas.

—¿Rory MacBay? -dice con una voz demasiado aguda.

—El mismo —a duras penas consigo contenerme para no reírme en su cara. Esa voz era lo único que le faltaba para rematar el raro cuadro que conforma.

—Mi nombre es Angus Cummins —indica con una mano el sillón a su lado—. Siéntese, por favor.

Hago lo que me pide, pero mantengo fija mi mirada en sus ojos. Si no fuese por los lentes, se verían tan pequeños como los de un ratón. Este hombre ha tenido muy mala genética de la que poder aprovecharse. O puede no haya sabido quedarse con lo bueno de sus padres. Desde luego suspicacia parece que tiene de sobra, porque puedo sentir cómo me está estudiando sin que todavía haya dicho una sola palabra.

—En su ficha dice que trabajó para el ejército durante ocho años antes de entrar en Vigilancia Aduanera.

—Así es —esa es una pregunta que me esperaba.

—¿Qué puede decirme de aquella época?

—Que fue duro y por eso decidí dejarlo —mi respuesta es la misma que

hace seis años.

—Entiendo —anota algo en su libreta—. Duro, ¿en qué sentido?

—¿Ha tenido que matar a alguien alguna vez? ¿Ha tenido que ver morir a sus compañeros? —ni siquiera pestañea mientras hablo—. Duro, en ese sentido.

—Entiendo —vuelve a escribir y después me mira fijamente. No tengo tiempo a sentirme incómodo porque me hace una nueva pregunta— ¿Podría decirme si esas... duras experiencias le han causado algún problema tras dejar el ejército?

Su mirada se estrecha a medida que habla y trato de hacerle ver que su pregunta no me perturba. Empiezo a entender por qué lo han enviado a él. Será poco agraciado físicamente, pero no se le escapa una. Daría mi sueldo de un año por saber qué ha estado escribiendo en esa libreta suya.

—Lamento la muerte de unos y de otros, amigo o enemigos, son personas igual —no puedo decir directamente que nada o no me creerá, así que intento sonar lo más sincero posible. Espero que funcione—, pero no es algo que me quite el sueño. Si se refiere a eso.

—Entiendo —escribe una vez más y me siento tentado a robarle la libreta. Con mi altura y mi complexión, no me resultaría difícil, pero eso me dejaría como un desequilibrado y es precisamente lo que intento evitar que piense que soy.

Revisa mi expediente y trato de hacer memoria sobre lo que dice para prepararme mentalmente ante sus próximas preguntas. Seis años atrás ingresé en Aduanas, seguro de mí mismo y de mis capacidades, pero ahora, por más que lo intento, no consigo recordar todo lo que dicen esos papeles de mí. Noto las manos húmedas, aunque me niego a secarlas. Sé que está atento a mis reacciones aún cuando se supone que está leyendo. Yo también sé estudiar a la gente. Fue y es mi trabajo.

—En su expediente no se especifica cuál era su cometido dentro del ejército. ¿Podría concretarme algo sobre eso?

—Creía que estaba aquí para juzgarme en mi trabajo actual —trato de no sonar brusco, pero no me sale tan bien como esperaba.

—Necesito saber si su trabajo pasado influye en el actual —me mira por encima de sus lentes, que se han ido escurriendo por su nariz. Las coloca en su lugar con el bolígrafo y ese es un gesto que resulta de lo más extraño en un hombre con su apariencia.

—No tienen nada que ver el uno con el otro y, desde luego, el pasado no

influye en el presente. Puede estar tranquilo por eso.

—Entiendo —vuelve a anotar en su libreta y me cuesta un mundo no decirle que deje de repetir esa palabra. Aprieto la mandíbula y aunque intentando disimularlo, aunque algo me dice que lo ha visto, porque escribe de nuevo antes de continuar—. Sabe que debe colaborar conmigo, ¿verdad?

—Hasta donde yo sé, lo estoy haciendo.

—Negarse a responder a mis preguntas o hacerlo con evasivas, no es colaborar, señor MacBay.

—De acuerdo —me cuesta un mundo no responderle con la misma palabra que tanto usa él. Me recuesto en el sillón, aparentando una tranquilidad que no siento—. Que no se diga que me niego a colaborar.

—Adelante —me anima.

—En el ejército era Teniente, aunque imagino que eso ya lo sabrá por mi expediente —en cuanto asiente, continúo—. Normalmente tenía bajo mi mando a un par de pelotones, aunque solía salir de misión con grupos más reducidos de mis hombres.

—¿Por qué reducidos?

—Las misiones que me encomendaban eran... —busco la palabra adecuada para describirlo sin dar demasiada información. No es algo de lo que pueda hablar, tampoco— especiales.

—Entiendo —anota de nuevo y yo empiezo a odiar esa palabra—. Defina especiales.

—Soy un hombre que trabaja bien bajo presión —decir eso me beneficia, por lo que no voy a ocultarlo—, así que me asignaban las misiones de mayor riesgo.

—Y, por lo tanto, con mayor carga psicológica —concluye y yo me maldigo por haber elegido la palabra riesgo.

—Pasábamos reconocimientos físicos y psicológicos periódicos —lo intento arreglar, aunque creo que no servirá de mucho con él—. Si hubiesen descubierto alguna debilidad en mí, en cualquiera de esos aspectos, me habrían enviado a casa inmediatamente. En la guerra, no se andan con chiquitas. El más leve error podría hacer que se perdiesen vidas innecesariamente.

—¿Por qué abandonó el ejército?

—Porque quería permanecer en mi hogar —en parte es cierto, así que sueno bastante sincero—. Estaba cansado de viajar.

—Entiendo —escribe.

Creo que si lo repite una vez más, le arrancaré la lengua y ese pensamiento me perturba. Nunca antes una persona me había exasperado de tal modo. Ni siquiera mi vena pícara es capaz de encontrarle la gracia al asunto. Estoy deseando acabar con esto de una vez.

—Podía haber pedido un cambio dentro del ejército —comenta—. Un puesto que le permitiese permanecer en Escocia.

—Veo que no sabe mucho del ejército —sonríó, incluso sin ganas—. Allí no es lo que uno quiere, sino lo que le ordenan.

—Entiendo —cierro los ojos cuando lo veo escribir.

Relájate, Rory, me repito mentalmente para no sucumbir a la tentación de levantarme y cumplir mi amenaza. Empiezo a creer que es él quien debería acudir a un loquero. Tiene una fijación con esa palabra de lo más insoportable.

—¿Alguna vez ha perdido los estribos en su trabajo? En cualquiera de los dos —especifica.

—No —mi voz es firme y parece que me cree. O tal vez me estoy engañando porque realmente necesito que lo haga. Y aunque tal vez luego me arrepienta de mi arrebato de sinceridad, decido añadir algo más—. Nadie aquí ha golpeado a nadie. Thomas es un buen líder, al que respetamos, y no aprueba la violencia gratuita. Somos un gran equipo y realizamos nuestro trabajo conforme a las directrices que nos han impuesto en el departamento y, por supuesto, siempre cumpliendo la ley. No sé quién habrá podido hacer eso de lo que se nos acusa, pero le aseguro que no hemos sido nosotros.

—Una defensa muy vehemente de sus compañeros —afirma, algo que espero que sea bueno, aunque su expresión corporal es nula y no puedo saberlo—. Demostrado queda que entre ustedes hay un gran compañerismo. Y lealtad.

—¿Está insinuando que nos protegemos los unos a los otros para salir indemnes de esta situación? —me ofende que pueda pensar eso.

—No lo he dicho yo —dice con calma.

—Yo menos —aclaro.

—Solo estoy aquí para asegurarme de que sus mentes funcionan correctamente —cierra la libreta y golpea la tapa con el bolígrafo una vez, antes de levantarse—. Hemos terminado. Gracias por su tiempo y por sus respuestas, señor MacBay.

—¿He pasado la prueba? —me permito hacer mi primera broma con él.

—En cuanto termine de evaluar a todos sus compañeros, emitiré mi informe —me mira con severidad—. Ahí sabrán los resultados. Todos ustedes. No quiera ser impaciente, señor MacBay. Es un gran defecto que acarrea serios problemas a quien lo alberga.

—Entiendo —sé que no le ha gustado mi respuesta porque mi tono de voz ha sido muy similar al suyo, pero ya no me importa lo que piense. Ha logrado enfadarme—. Gracias por su tiempo y por sus respuestas.

Me mira ceñudo y yo me limito a sonreír condescendiente, antes de girarme y salir de allí tan rápido como me lo permiten mis pies. No me he alterado, ni levantado la voz, ni lo he insultado, pero me siento como si hubiese hecho las tres cosas al mismo tiempo. Tan bien que parecía haber ido todo y justo la cago en el último segundo, pero no he sido capaz de contenerme por más tiempo. Y me ha sentado de maravilla usar sus propias palabras en su contra, aunque sé que me arrepentiré de ello.

—¿Cómo ha ido? —Alec me mira con ansiedad en cuanto entro en su despacho. Sé que me estaba esperando y por eso he venido directamente a verlo.

—Como el culo al final —me siento en la silla y restriego mis manos contra mi cara antes de pasarlas por mi pelo—. Ese hombre es exasperante.

—Entiendo —dice en tono burlón y nos reímos al mismo tiempo—. No eres el único que ha soltado algo inadecuado. Tal vez no nos lo tenga en cuenta.

—Tal vez lo haya hecho a propósito —digo, pensando en ello por primera vez.

—Sea como sea lo sabremos en un par de días.

—No quiero que me despidan, Alec —estoy muy preocupado—. Mi trabajo es mi vida. ¿Qué se supone que haré si lo pierdo?

—No te despedirán —lo dice con tanta seguridad, que por poco me convence. Por poco.

7

Dos días más. Dos malditos días más, desde que ha terminado las sesiones, esperando a que el loquero se decida a entregar los informes. Eso sin contar los otros dos días que ha empleado en entrevistar al resto de mis compañeros y que el fin de semana llegó justo después. Esta, sin duda, ha sido la peor semana de toda mi vida. Sobre todo porque Alec y Kath, conociendo mis intenciones, me retuvieron el sábado en su casa hasta que ya no me quedaron ganas de salir por la noche. Ni con el alcohol pude aliviar mis temores porque no me permitieron tomar gota de él. Y aunque les agradezco el no tener resaca, las pesadillas no me han dejado descansar ni una sola noche. Realmente lo necesito.

Kath me ofreció tomar somníferos en aquellas ocasiones en que me vio peor, pero tampoco quiero engancharme a esa droga. Además, las pesadillas nunca desaparecen del todo y las pastillas me impiden despertar. No es agradable. Claro que suele insistir más en que vaya a un psicólogo para acabar con el problema de raíz, pero eso es algo por lo que no voy a pasar. Prefiero mil noches en vela que una sola sesión más con un loquero. Todavía me entran ganas de estrangular al tipejo de las gafas cada vez que escucho la palabra *entiendo*. No pienso acudir a uno de esos jamás.

—Muchachos —Thomas nos mira a todos mientras habla. Acaba de llegar de una reunión en la central—. Por fin sabemos algo. Los de arriba están conformes con los resultados de los análisis y con los informes del psicólogo. Dicen que podemos estar tranquilos, que lograrán convencer a los de Asuntos Internos de que no es necesario que nos investiguen.

No siento el alivio que veo en mis compañeros porque Thomas me está mirando de un modo que no me gusta nada. Alec lo ha notado también porque su ceño está tan arrugado como el mío. Luego nos hace una seña disimulada para que lo sigamos hasta su despacho, mientras nuestros compañeros siguen celebrando el éxito de los resultados.

—¿Qué ocurre? —Alec es el primero en hablar.

—Nada que no se pueda solucionar si cierta persona colabora —Thomas me mira y sé que esa persona soy yo. Aunque lo habría sabido incluso si no me mirase.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —suspiro fingiendo hastío, aunque por dentro estoy tan tenso que podría romperme si alguien me golpea con la suficiente fuerza.

—El doctor Cummins dice haber detectado en ti cierto grado de... —revisa la nota que tiene en la mano y me temo lo peor— rígida contención.

—¿Qué coño significa eso? — digo, frunciendo el ceño—. Suerte ha tenido de que me contuviese o ahora mismo estaría sin lengua. Rígida contención, una mierda. Si lo vuelvo a ver, le demostraré cuán rígidos son mis puños en su cara y la poca contención que tendré con él.

—Tranquilo, Rory —Alec toca mi brazo e inspiro para controlarme. Sé que me he pasado.

—Dice que estás guardando algo dentro de ti que podría volverte violento si no lo sacas fuera —Thomas levanta una ceja divertido y Alec sonrío. Ahora no puedo negarlo porque le acabo de dar la razón con mi reacción.

—Eso no es asunto suyo —digo aún así.

—Pero sí nuestro —ahora es el turno de Thomas para suspirar— porque ha recomendado que debes acudir a terapia dos veces por semana, no menos de dos meses. Y...

—Pero, ¿qué co...? —lo interrumpo.

—Rory —Alec me detiene y aprieto la mandíbula para no continuar con mi pregunta, aunque ambos saben lo que iba a decir.

—No pienso hacerlo —cruzo los brazos. Puede que sea una actitud un tanto infantil, pero no pienso a ceder en eso—. Si escucho de su boca un entiendo más, se la partiré de verdad.

—Si no vas, te despedirán —termina Thomas.

—¿Qué? —Alec y yo hablamos al mismo tiempo.

—Con los de Asuntos Internos rondándonos, los jefazos no van a dejar ningún cabo suelto del que puedan tirar. Han hablado con el doctor Cummins y este se ha comprometido a omitir esa parte de tu informe, si accedes a recibir la terapia.

—Joder —me levanto y comienzo a pasear por el despacho. Siento cómo

las paredes se me están echando encima.

—No te tratará él, sino un colega suyo que colabora con la policía en muchos de sus casos —Thomas está intentando convencerme de que no es tan malo, pero nada de lo que diga me hará más fácil dar ese paso—. Además, es a quien acuden cuando alguno de los suyos necesita terapia. Está familiarizado con esta clase de conflictos y, al parecer, es muy bueno.

Alec permanece en silencio, aunque no deja de observarme. Yo no miro a nadie, no puedo, solo siento que me estoy ahogando. No me importa si es bueno ni si está familiarizado con mierdas como las mías. Solo quiero encontrar el modo de escaquearme de las sesiones y conservar el trabajo.

—El doctor Cummins dice que podrá ayudarte si te tomas en serio las sesiones —Thomas continúa con su monólogo— y por eso está dispuesto a obviar que tienes ciertos problemas de actitud.

—Joder —digo ya exasperado—. Su actitud sí que era un problema.

—Rory —Alec me para y me obliga a mirarlo. Cuando veo en sus ojos la confianza que siempre deposita en mí, siento que puedo con todo. No sé cómo lo consigue—. Sabes que no es tan grave. Solo serán dos meses y después podrás seguir con tu vida como siempre. Podría haberte apartado del equipo mientras tanto y no lo ha hecho. Esa ya es una ventaja de por sí. Además, podría haber hecho que te despidiesen directamente. Habría sido más sencillo para él porque no creo que ocultar información en sus informes le beneficie si se descubre. Tal vez sea un hombre un tanto desesperante, no digo que no, pero está dispuesto a darte una oportunidad. Eso debería ser un aliciente para ti. Ve a dar una vuelta ahora. Despéjate y piénsalo.

Thomas está de acuerdo con él y decido hacerles caso. Salir de aquí es lo que necesito ahora mismo. Paso por mi despacho para coger el casco de la moto y cuando me voy, todos me miran, pero nadie pregunta. Lo harán en cuanto desaparezca, pero no me preocupa porque sé que Thomas y Alec se inventarán algo convincente para ellos. No me importa lo que digan, sea lo que sea, me servirá. Ahora mismo lo único en lo que puedo pensar es en desfogar y conozco el lugar perfecto donde hacerlo.

Subo a la moto y conduzco entre los coches tan rápido como me lo permite el tráfico. No quiero poner a nadie en peligro, pero necesito esa velocidad. Aunque me lamento de que la distancia sea tan poca desde el trabajo hasta mi destino porque cuando comienzo a sentirme bien, el viaje se termina. Bloqueo la moto y entro en el edificio a grandes pasos. Con todo lo que ha estado pasando estos últimos días, no he podido venir tanto como me gustaría.

—Buenos ojos te vean, Rory —el dueño del gimnasio choca su mano con la mía y golpea su hombro contra el mío después— ¿Cuánto hace que no vienes por aquí?

—Unos cuantos días —sonríe. Ha sido mucho más que eso y ambos lo sabemos.

—Ya creía que me estabas siendo infiel.

—Jamás, JJ. Tú eres el único para mí —bromeo con él.

—Eso se lo dices a todos —ríe—. Pero sabes que no soy celoso.

—¿Alguna novedad? —le pregunto mientras caminamos a la par hacia los vestuarios.

No es mi gimnasio, pero soy socio desde que lo abrió y me siento parte de él. Además, somos grandes amigos y sus éxitos son los míos. Siempre me comenta lo más destacado, sobre todo de las competiciones a las que acuden sus patrocinados. Las cuotas le dan para ir tirando, pero los torneos son los que le hacen ganar lo suficiente como para no tener que cerrar.

—Orson ha vuelto a ganar —me dice orgulloso—. Ya van tres años seguidos.

—Cojonudo. No sabes lo que lamenté no poder ir a verlo en la final, pero ya sabes cómo va esto —me encojo de hombros.

—Arrestar a los malos siempre irá primero —ríe, sin enfado—. Tú mantén nuestras costas limpias que yo me encargo de limpiar los bolsillos de los que gustan de apostar en los campeonatos.

Evidentemente bromea, pues una de las pocas normas que ha impuesto a sus competidores, es que las apuestas clandestinas están prohibidas. No sería al primero que echa del gimnasio y le retira su patrocinio después de que lo pilla apostando. Es un tipo legal y quiere que sus chicos lo sean también. Y por eso me gusta tanto.

—Necesito liberar tensiones —le digo.

—Avisaré a Orson —sonríe—. Seguro que le gustará luchar contigo. Hace tiempo que no os enfrentáis.

—Tendré que bajarle los humos —rio—. No sea que se ponga gallito y baje el rendimiento.

Orson es uno de los mejores luchadores de karate que he tenido el honor de conocer, pero es joven y tiende a intentar abarcar más de lo que puede. JJ lo mantiene siempre en la tierra y Orson lo admira, incluso aunque le dé tantas

reprimendas. Para él es como un padre. Y yo... yo soy el tío que lo fastidia a todas horas y lo hace morder el polvo cuando cree que ya me tiene entre las cuerdas. Aún así, disfrutamos siempre de una buena pelea.

—Rory —grita emocionado cuando me ve—. Ya creía que te habías olvidado de nosotros.

—Solo estaba dándote tiempo para practicar —bromeo—. A ver si de esta me puedes al menos tocar.

—Haré más que eso —sonríe—. Tricampeón. No digo más.

—Imbatible -me señalo—. No digo más.

Sonríe y me invita a entrar en el tatami. Algunos de los que están entrenando se paran para vernos. No es porque yo sea uno de los participantes, pero cuando nos enfrentamos los dos, somos todo un espectáculo. Y la mayoría lo saben.

Orson es muy impulsivo cuando lucha conmigo, nada que ver con las verdaderas competiciones, y es por eso que me resulta muy fácil vencerle. En sus ansias por derribarme primero, acaba cometiendo algunos errores que yo aprovecho en mi beneficio. Verlo maldecir una y otra vez me hace reír y ahora mismo lo que necesito es eso. Desconectar de todo y disfrutar del momento.

—Orson —JJ le grita, pero es inútil. Siempre que nos enfrentamos, terminamos igual—. Contrólate, chico. Pareces un principiante.

—Déjalo, JJ —digo, lanzándolo contra el suelo una vez más—. A ver si así aprende a no ser tan altanero.

—Maldita sea —Orson vuelve a levantarse y se coloca en posición—. Vamos.

—¿No has tenido suficiente, pequeño saltamontes? —le pregunto, sonriendo con anticipación porque sé la respuesta.

—No.

—Pues venga —hago crujir mi cuello—. Una vez más.

—Esta será la mía —dice, atacando.

—Quien presume antes de tiempo, se humilla a sí mismo —le digo una vez está en el suelo.

—Y quien se vanagloria de una humillación, no merece alabanzas —escucho decir a mi espalda.

Me giro buscando al dueño de la voz y descubro a una mujer vestida con un pantalón de deporte negro y una camiseta que deja al aire su vientre. Lleva los

guantes de boxeo colgados al cuello y se está secando el sudor con una toalla. Lleva trenza, pero varios mechones se le han escapado y se le pegan la rostro y al cuello. Creo que nunca antes en mi vida he visto a nadie que, tan sudado, se vea tan sexy como ella. Ni siquiera cuando están en la cama después de una buena sesión de sexo.

—Solo trato de enseñarle un poco de humildad —digo.

—Humildad —replica— ¿Y dónde queda la tuya? Deberías predicar con el ejemplo.

—No se preocupe, señorita —dice Orson. ¿Intenta defenderme? Extrañamente, me siento halagado, aunque no lo necesite—. No es más que un juego para nosotros.

—No me cabe la menor duda —lo mira ahora a él—, pero a veces, hasta el juego más inocente se puede convertir en un arma de doble filo.

—Orson sabe que lo aprecio —es mi turno para defenderlo a él— y que estoy orgulloso de sus logros. Aquí somos como una familia, cuidamos unos de otros. Y como ha dicho, esto es tan solo un juego.

—En ese caso —se inclina—, mis disculpas.

Se gira y se va. Creo que no hay un solo hombre en el gimnasio que no la esté mirando en este momento, y más concretamente a cierta parte de su anatomía. Tiene un cuerpo digno de admirar.

—¿Quién es? —le pregunto a JJ.

—No recuerdo su nombre —me responde—. Se apuntó hace un par de semanas, pero esta es la segunda vez que viene. Tendría que mirar su ficha.

—Déjalo —lo miro—. Solo era curiosidad.

—¿Seguro? —sonríe.

—Ahora mismo necesito centrarme en otras cosas —le guiño un ojo—. No tengo tiempo para distracciones, por más bonitas que sean.

—Me pagó todo el año por adelantado —palmea mi hombro antes de llevarse a Orson con él a su despacho. Sé que le va a dar la charla. No entiende por qué se ciega de ese modo conmigo, pero es sencillo. En una ocasión, Orson me lo dijo. Me admira y para él ganarme en un combate sería su mayor logro. Por desgracia, es tal su ansia, que los nervios lo traicionan siempre.

Decido estirar un poco antes de regresar al trabajo. La pelea me ha servido para eliminar el estrés, pero ahora necesito pensar. Tengo que tomar una decisión y aunque quiero engañarme a mí mismo diciendo que tengo elección, sé que solo

hay un camino. Aquel que me permita conservar mi puesto en el departamento de Vigilancia Aduanera.

Veo salir, vestida con ropa de calle, a la mujer de antes. Lleva el cabello suelto y todavía está húmedo de la ducha. Va enfundada en unos pantalones ajustados que le marcan cada curva, al igual que la camiseta blanca. La cazadora de cuero le da un toque de mujer fatal. Mi mirada la sigue por inercia y estoy seguro de que sabe que la observo, pero no se gira en ningún momento. Desde luego, cuando mi mente esté más despejada, tengo que hacer algo para conocerla mejor. Se ve interesante. Una mujer fuerte e independiente, tal y como me gustan a mí.

—No tienes nada que hacer con ella, Rory —me dice Steve, otro de los socios del gimnasio—. Esa es inaccesible.

—¿Te ha rechazado? —su expresión lo dice todo y yo rio—. Tal vez no seas su tipo.

—Pierdes el tiempo —dice de manera brusca antes de irse—. Solo le interesa el boxeo. Lo dejó claro el primer día que vino. Tú no la harás cambiar de opinión.

Regreso mi vista a la puerta, pero ya no está allí. Se ha ido y yo estoy más intrigado ahora. Me gustan los retos y creo que no me importaría ser la excepción a su regla. Desde luego, ganármela será, cuando menos, interesante.

Me ducho y pongo de nuevo la ropa que llevé esta mañana al trabajo. Salgo revitalizado del local y con la decisión tomada al fin. Supongo que en algún momento tenía que ser, aunque no se lo pondré fácil a ese loquero. El trato era acudir a terapia y será lo que haga. No faltaré a ninguna sesión, pero tampoco hablaré con él. Si no he conseguido sincerarme con Alec por miedo a lo que ocurra después, menos lo haré con alguien que no conozco de nada.

—¿Y bien? —pregunta Alec en cuanto me ve. Algo me dice que sabe perfectamente lo que voy a contestar.

—Si para seguir trabajando con vosotros, debo acudir al maldito loquero, ten por seguro que lo haré.

—Perfecto —me indica con la cabeza que lo siga—. Thomas quiere hablar contigo.

—Cameron Waters —me dice Thomas justo después de entrar en su despacho.

—¿Qué? —lo miro extrañado.

—Así se llama el psicólogo que te atenderá. Cameron Waters.

De no ser porque acudir a esas sesiones es, en realidad, la única decisión que podía tomar, me ofendería pensar que Thomas me conoce tan bien como para saber que iba a aceptar.

Busca algo en su escritorio y me entrega una tarjeta en la que aparece el nombre que acaba de darme, la dirección de la que, supongo, será su consulta y un teléfono de contacto. En la parte de abajo hay una fecha y una hora escritas con bolígrafo negro. Imagino que es la primera de las citas y trago con dificultad. Es mañana a primera hora de la mañana.

—Parece que no pierden el tiempo —dice Alec mirando la tarjeta también—. Por si te arrepientes mientras esperas, supongo.

—Como si tuviese otra opción —murmuro malhumorado.

—Una vez hables con él, ya decidís qué dos días de la semana os vienen mejor a ambos —comenta Thomas como si nada. Sé que intenta hacerlo parecer algo normal, pero para mí no lo es. Ni lo será nunca.

—¿Tienen que ser dos veces por semana? —digo sin dejar de mirar la tarjeta. Ojalá bastase con tirarla a la basura para deshacerme de la obligación de ir. La rompería en mil pedazos con gusto.

—Puede ser una —responde Thomas y me emociono al oírlo. Hasta que habla de nuevo—. Pero entonces serían cuatro meses.

—Así que lo que cuenta son el número de sesiones, no el tiempo —deduce Alec.

En este momento lo odio por dar voz a mis pensamientos. Lo miro ceñudo y se limita a sonreír. No sé si lo hace por simpatía o porque se está divirtiendo a mi costa con todo esto. Por si acaso, yo ya estoy pensando en un modo de vengarme de él si llegase a burlarse de mí en algún momento. Después de todo, yo lo hice cuando Kath y él decidieron recibir terapia tras lo del aborto. Sé que no estaban como para que me burlase de ellos, pero como digo siempre, con humor todo se lleva mucho mejor. Me reí a su costa durante semanas y lo soportó con entereza porque, como decía él, les hizo mucho bien. Ahora que me tocará a mí, he de admitir que no me parece tan divertido y admiro más a Alec por haber aguantado cada una de mis bromas.

—¿Y si voy todos los días hasta cumplirlas? —soy capaz de hacerlo, si con eso acabo antes.

—Dos veces por semana durante dos meses o una vez por semana en cuatro meses —niega Thomas—. Esas son las opciones que ha dado el doctor Cummins. Dice que es la única forma de que sirva de algo.

—Joder con el doctor Cummins —paso la mano por mi pelo con frustración —. Hasta lejos encuentra el modo de joderme.

—Tú puedes hacerlo, Rory —Alec me anima, o al menos lo intenta, porque no funciona demasiado bien.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad? —lo acuso, una vez solos. Quiero salir de dudas.

—Hubiese preferido que la decisión fuese tuya, pero me alegro de que te obliguen a ir —extrañamente, no se ríe. ¿Tan preocupado está por mí? Pensar en eso me deja con mal sabor de boca—. Sé que no te gusta hablar de tu pasado y mucho menos con alguien a quien no conoces, pero te aseguro que te ayudará.

—Yo no soy como tú, Alec —no es una acusación y lo sabe.

—¿Crees que para mí fue fácil decirle un extraño que temía que Kath se encerrase en sí misma de nuevo por lo que sucedió con su embarazo? ¿Qué esperaba cada día al llegar del trabajo que Kath nos hubiese abandonado? —frunce el ceño al recordarlo—. Confesar mis miedos, sobre todo ante ella, es lo más duro que he hecho en mi vida. Si vieses la angustia y el dolor reflejados en su rostro mientras yo hablaba... no quisiera repetirlo. No de ese modo al menos, pero gracias a eso Kath y yo seguimos juntos y más felices que nunca. Ahora lo hablamos absolutamente todo, cada inseguridad, cada malentendido, cada miedo por pequeños que sean. Solucionamos juntos todos los problemas que puedan ir surgiendo en el día a día. Juntos, como la familia que somos. Merece la pena el sacrificio, Rory. Te lo aseguro.

—Yo no puedo ser tan colaborador —remuevo mi pelo otra vez, incómodo con la conversación—. Hay cosas de mi pasado en el ejército que no quiero que nadie sepa. No es algo de lo que estar orgulloso, Alec.

—No digo que lo sea. Si tienes pesadillas por las noches, será que lo que has vivido ha sido terrible, pero necesitas liberarte de tu pasado, Rory. Tienes que soltarlo de una vez para poder dejarlo atrás —me mira fijamente mientras habla—. Sabes que yo siempre he estado dispuesto a escucharte. Y lo sigo estando. Creo que tenemos la suficiente confianza como para que puedas hablar conmigo de lo que sea. Mi opinión sobre ti no cambiará, digas lo que digas, porque sé quién eres ahora y cómo eres ahora. El Rory del pasado no me importa, sino el del presente. Ese es el real para mí. Pero también sé que un psicólogo sabrá qué decirte mucho mejor que yo. Podrá guiarte o mostrarte alguna forma de enfrentarte a tu pasado. Aún así, estaré aquí para ti siempre que me necesites. Sea el día que sea y a la hora que sea. Creo que no hace falta que te lo diga, ¿verdad?

—Joder, Alec —bromeo, para fingir que no me han afectado sus palabras—. No te pongas en ese plan conmigo, que sabes que no vas a conseguir llevarme a la cama de ninguna de las maneras. No quiero que Kath me castre.

—Ay, Rory —niega, con una sonrisa en sus labios—. Contigo no hay manera.

—Ya me conoces —me encojo de hombros—. Deberías ser inmune a mis encantos.

—¿Vamos a tomar una copa? —me dice de repente, levantándose y cogiendo su chaqueta del perchero—. No creo que Thomas se moleste si salimos antes. De todas formas, no hay tanto trabajo hoy.

—¿Tú? —continúo burlándome, aunque ya estoy saliendo detrás de él—
¿Una copa? ¿Has pedido permiso a mamá Kath?

—No seas idiota, Rory —ríe—. Kath se uniría a nosotros si pudiese.

—Mmmm —ya puedo imaginármelo y se me ocurre una idea— ¿Y si este sábado noche nos juntamos todos y nos vamos de fiesta por ahí? Necesito una dosis de la Kath borracha. Me vendrá bien reírme un poco.

Kath sigue siendo todo un espectáculo cada vez que se pasa con la bebida y, aunque ahora ya es más abierta en el día a día, me encanta verla completamente sin filtro. Casi podría decirse que es de las mías cuando está ebria, tan burlona y atrevida como yo. La última vez que salimos todos juntos fue memorable y no me importaría repetir. Recuerdo que después de unas cuantas rondas de chupitos, apostamos quien lograba más números de teléfono al final de la noche y Kath nos ganó a todos con creces. No solo consiguió el de cada hombre que se encontraba en el pub, sino que también obtuvo el de muchas de las mujeres. Se convirtió en mi heroína ese día y no me canso de recordárselo cuando quiero incomodarla.

—Todo depende de lo que digan los resultados de las pruebas de mi padre —ahora está serio y lo miro con preocupación. Creo que él necesita la copa de hoy mucho más que yo.

El viernes me llevé de paseo en la moto a su padre. No le dijimos nada a Alec, pero no cumplí mi promesa de ir despacio. Disfrutó del viaje como un crío, pero me llevé la bronca cuando supo a dónde lo llevaba. Por suerte, una vez allí no se negó a hacer las pruebas. Creo que ver hasta qué punto Alec y Kath estaban preocupados por él, le hizo recapacitar en cuanto a eso.

—Joder. Menudo asco de amigo que soy —digo, arrepentido. Con todo el estrés de estos días, me olvidé por completo de ello—. Yo quejándome de mi

situación y tú animándome todo el tiempo, como si no tuvieses tus propias preocupaciones.

—No importa, Rory.

—¿Cómo que no importa? Importa y mucho.

—No quise añadir más problemas a la lista. Suficientes tienes ya.

—Eh —lo señalo ofendido—, que lo de contar contigo cualquier día y a cualquier hora es recíproco, Alec.

—Lo sé —sonríe mientras busca las llaves del coche. Ya estamos en el aparcamiento.

—Pues no lo parece, porque no me cuentas nada —le reprocho, antes de añadir una de mis pullas— ¿Acaso ya no me quieres, mi amor?

—Con locura —ríe.

—¿Cuándo os dan los resultados? —le pregunto cuando ya está en el coche.

—Esperamos que mañana por la mañana —lo noto nervioso.

—Si necesitas cualquier cosa, aquí me tienes —aprieto su brazo—. No me sueltes esa mierda de discurso de que somos hermanos y después me ocultes las cosas.

—No te oculté nada —sonríe de nuevo—. Solo aproveché que no lo recordabas para dejarte un poco tranquilo.

—Anda al pub —le digo—. Ya ajustaremos cuentas allí.

Después de un par de horas hablando, sobre todo de su padre, Alec decide que es hora de ir a casa. Aunque no se lo digo, le agradezco que me haya dado este tiempo lejos de mis propios problemas, ya que enfrentarme a la soledad de mi hogar no va a ser nada fácil esta noche. Espero que el par de cervezas que nos hemos tomado me ayuden, porque hoy necesito más que nunca dormir. Entre las pruebas del señor MacNeil y mi cita mañanera con el psicólogo, será complicado conciliar el sueño sin que las pesadillas me acosen esta noche.

—¿Estarás bien, Rory? —me pregunta, antes de poner en marcha el coche.

—Ve con tu mujer, Alec —le guiño un ojo—. Ella te necesita más que yo.

—Puedes venir a casa si quieres —me ofrece—. Aunque están mis padres, encontraremos un lugar donde acomodarte.

—Te lo agradezco, pero creo que prefiero quedarme en mi casa.

No insiste y se despide de mí recordándome que puedo llamarlo por teléfono si lo necesito. Espero a que se vaya antes de subir a mi moto e irme yo

también a casa. Lo poco que pueda retrasar mi llegada, bienvenido será, porque sé que en cuanto entre por la puerta, las paredes se cernirán sobre mí y mi cabeza empezará a darle vueltas a la sesión que me espera con el psicólogo. Y esta vez, el alcohol no es una opción. La resaca y los loqueros no son buena combinación.

Y sin embargo, una vez en casa, me acerco a la cocina con la intención de tomarme algo más fuerte que una cerveza para que me ayude a dormir, olvidando todas mis objeciones. Pero antes de que pueda abrir la nevera, mi teléfono suena. Me extraña que sea Alec quien llama porque no hace ni quince minutos que estuvimos juntos, así que respondo con rapidez por si son malas noticias sobre su padre. Cuando descuelgo, la voz de mi pequeña hada inunda mis oídos y no puedo evitar sonreír.

—Tío Rory —grita, como queriendo dejarme sordo. O tal vez, con miedo a que no la escuche. Adoro a esta niña.

—Pequeña hada. ¿Qué haces despierta a estas horas?

—Quería a papá —dice y puedo imaginármela sonriendo, sentada en el regazo de Alec.

—Y yo te lo robé —ríó—. Pero ahora ya lo tienes contigo.

—¿Qué querías decirle al tío Rory, Faith? —escucho hablar a Alec y supongo que ha puesto el altavoz.

—Buenas noches, tío Rory —dice orgullosa de que ya le salga bien, pues hasta hace poco se le resistía la palabra *noches*.

—Buenas noches, pequeña hada. Que tengas dulces sueños.

—Y tú también —escucho el sonido de un beso antes de que se ría descontroladamente.

—Un beso enorme para mi sobrina favorita —le digo imitando el sonido que ha hecho ella.

—Yooooo —grita todavía riendo.

—En cuanto le dije que había estado contigo —dice ahora Alec—, se empeñó en llamarte para desearte las buenas noches.

—¿No sería el padre quien insistió? —lo conozco bien.

—Mi hija te adora, Rory —ríe—. No le quites mérito.

—Di adiós a tu tío, Faith —oigo decir ahora a Kath—. Es hora de ir a dormir. La abuela te está esperando desde hace rato.

—Hasta mañana, tío Rory.

—Hasta mañana, pequeña hada.

Escucho su voz cada vez más lejos y cuando creo que ya no está con ellos, hablo de nuevo. Ha llegado la hora de incomodar un poco a Kath, que sé que estará escuchando, antes de dar por finalizada la llamada. Sonrío de anticipación.

—Ahora que los viejos y la niña ya se van a dormir, haced el amor y dejad de molestarme a mí.

—Tan dulce como siempre —dice Kath, mientras Alec ríe.

—Ya me conoces.

—¿Todo bien? —me pregunta seria.

—Todo bien —contesto en el mismo tono.

—Entonces os dejo ya. Buenas noches, Rory.

—Calientes noches para ti, Kath.

—Eres imposible.

—Pero me adoras.

—Por desgracia, sí —me dice antes de marcharse.

—Gracias, Alec —sé que me entiende y por eso no necesito añadir nada más.

—No parecías estar muy bien cuando nos separamos y pensé que Faith podría animarte un poco.

—Lo ha hecho —y no sabe cuánto, porque ahora ya no pienso en emborracharme.

—Me alegro.

—Avísame en cuanto sepas algo sobre tu padre. Yo tengo que ir a esa maldita sesión a primera hora.

—Cuanto antes mejor, ¿no?

—Mejor sería no ir nunca.

—Te hará bien —insiste.

—Ve a follarte a tu esposa, Alec —prefiero no hablar de eso.

—Captado —ríe—. Mañana hablamos. Intenta descansar.

—Sí, mamá.

Ríe de nuevo antes de despedirse por última vez y colgar. Y yo, con la risa de Faith todavía resonando en mi cabeza, me dirijo a mi habitación, dispuesto a enfrentar mis pesadillas sobrio.

8

—¿Dónde está? —apenas contengo la ira que me embarga.

—¿Quién?

—Sabes perfectamente de quién hablo —grito—. No me obligues a repetirte la pregunta porque no seré tan condescendiente esta vez.

—Nadie lo ha visto desde esta mañana.

—¿De verdad me crees tan estúpido? —lo sujeto por los colares y lo acorralo contra la pared—. Eres su jodida sombra, hombre. O me dices dónde está o te juro que tendrás que comer purés el resto de tu vida.

—Salió en coche hace unos diez minutos —traga con dificultad y arruga su frente, sabe que soy capaz de cumplir mi amenaza.

—¿A dónde?

—No lo sé. Solo me dijo que tenía que deshacerse de algo.

—Mierda —lo suelto. Sé perfectamente lo que va a hacer— ¿En qué dirección?

—Hacia el norte.

No necesito más. Corro hacia uno de los coches y me subo en él. Y aunque no sé exactamente dónde está, necesito darle alcance antes de que sea demasiado tarde. Nunca antes he conducido a tal velocidad por estas tierras llenas de minas y a punto estoy de estrellarme en un par de ocasiones, pero no aminoro. Cuando doy con él, ya está apuntando a la cabeza de la joven. Salgo del coche y corro hacia ellos.

—No —grito. Me cuesta respirar y el sonido de un disparo retumba en mis oídos. Ha sido otra maldita pesadilla, pero parece como si hubiese vivido aquel momento de nuevo—. Mierda.

Con todo lo del psicólogo, mis sueños han empeorado. Es como si mi subconsciente supiese que alguien pretende adentrarse en él y anduviese revolucionado. Aunque no sé si para sacarlo todo fuera para solucionarlo o para jugármela. Paso mis manos por el rostro, como si fuese capaz de borrar el recuerdo con ese simple gesto, y me levanto. Necesito una larga ducha mañanera. Otra de tantas desde hace días.

Mientras deajo que el agua resbale por mi cuerpo, me concentro en no pensar en que hoy es el día que debo acudir a la primera sesión. No puedo decir que esté nervioso, porque no es así, pero me siento ansioso por lo que pueda pasar cuando vea que no voy a colaborar. No pienso airear mi pasado con nadie. Y mucho menos, si es como el enano de gafas que tanto me sacó de mis casillas con aquella maldita palabra.

Me visto sin ganas y hago tiempo en el desayuno, porque cuanto más se acerca la hora de la cita, menos me apetece ir. Aún así, salgo de casa con tiempo suficiente para no llegar tarde. Soy un maniático de la hora y no soporto la impuntualidad. Me viene de mis años en el ejército, donde cada misión estaba cronometrada al máximo. De hecho, aún ahora, sincronizo todos los relojes de mi casa para que ninguno muestre una hora diferente.

La mañana está fría y hay niebla. El verano está llegando a su fin y se hace notar. Mis días de llegar seco a los sitios también están contados. Esas son las desventajas de ir en moto, aunque no la cambiaría por nada. ¿Qué importa un poco de lluvia en la ropa cuando te sientes libre volando entre los coches? ¿O cuando una guapa mujer se aprieta contra ti mientras la llevas a donde sea que vayáis? Para mí, la moto es el mejor medio de transporte que alguien haya podido inventar.

Para cuando llego a la consulta, faltan al menos diez minutos para mi cita y decido quedarme fuera un poco más. Tal vez preparándome mentalmente para lo que se avecina. O tal vez porque aún tengo la esperanza de que me llame Thomas y me diga que ya no es necesario que vaya. Sea como sea, el aire frío despeja mi mente y los recuerdos de la noche se van disipando poco a poco. Esperar me ayuda a centrarme.

Observo el edificio donde está la consulta y me asombra que sea un simple bloque de apartamentos. Esperaba encontrarme con oficinas por todas partes. Supongo que, si ha elegido un sitio así, será por una buena razón. Tal vez pretende que sus pacientes se sientan como en casa para que lleguen con la guardia baja. Estos loqueros han estudiado para saber jugar con nuestras mentes. Y lo sé porque yo solía hacerlo en el ejército cuando me pedían que interrogase a

los prisioneros. Claro que en mi caso lo que pretendía era intimidarlos, así que no había nada bonito en mis preparativos.

Finalmente entro y, aunque hay ascensor, decido subir los seis pisos por las escaleras. Aparte de retrasar más lo inevitable, le hará un gran bien a mi cuerpo. Ejercicio gratuito, cortesía del loquero. Algo bueno debía tener esto. Estoy tentado de bajarlas al llegar a la cima para volver a subirlas después, pero mi reloj interno me está diciendo que ya es la hora.

La consulta está presidida por un mostrador inmaculadamente blanco, que me recuerda demasiado a los de los hospitales. ¿O en los manicomios? Quizá también ahí. Eso no es buena señal, desde luego. Tanto elegir un edificio familiar como este, para luego cagarla con la recepción. Chasqueo la lengua con disgusto, pero me acerco a la mujer que está tras el mostrador.

—Buenos días —me saluda con una amplia y confiada sonrisa— ¿Tiene cita?

Rondará los sesenta años, pero sus ojos reflejan una vitalidad nada propia de su edad. Me recuerda un poco a la madre de Alec, aunque esta es mayor todavía. Me está mirando fijamente y esperando pacientemente mi respuesta. No siento que me esté juzgando por ir al loquero, seguramente porque eso forma parte de su trabajo, aún así no puedo evitar reaccionar como si lo hiciese.

—Le aseguro que no me vería por aquí si no fuese así —cargo mis palabras con sarcasmo, pero ella parece no molestarse con mi contestación.

—¿Podría indicarme su nombre, por favor?

—¿Y usted, el suyo a mí?

—Por supuesto. Mi nombre es Edna Wallace —continúa sonriendo.

—Un placer, Edna —extiendo mi mano y ella hace lo propio para estrechármela.

—Tal vez ahora ya pueda saber el suyo —sugiere.

—Puede, desde luego —le digo asomando la cabeza por encima del mostrador—, pero estoy seguro de que lo tiene anotado en esa larga lista que hay delante de usted. ¿Qué tal si lo averigua?

—Tenemos aquí a un listillo —no abandona la sonrisa en ningún momento y eso me resulta un tanto escalofriante—. No crea que me impresiona, joven. Llevo más años trabajando en esto que usted respirando. No hay nada que pueda hacer o decir, que no haya visto u oído ya. Ahora, si hace el favor, deje las chiquilladas para otros y dígame su nombre para poder comprobar que no se ha equivocado de día ni de hora. Créame que suele suceder muy a menudo.

Después de una respuesta como esa, no puedo sino admirarla. A mí sí me ha impresionado y tengo la sensación de que lo sabe, porque su sonrisa se ha suavizado. Asiento y le sonrío de vuelta. Desde luego, solo por haberla conocido ya ha merecido la pena venir hasta aquí.

—De mayor quiero ser como usted, Edna —le digo y su sonrisa se amplía—. Me llamo Rory MacBay.

—Un placer, señor MacBay —responde antes de tachar mi nombre de la lista—. Puede esperar en la sala del fondo mientras no le llaman. No creo que tarden.

—Llámeme Rory, por favor.

—Tal vez en la próxima ocasión en que nos veamos.

¿Una indirecta para que acuda a más sesiones? Probablemente. Y aunque me encantaría decirle que seré el señor MacBay para ella, no puedo hacerlo porque, por desgracia, si quiero conservar mi trabajo, me tocará venir a todas y cada una de las citas que me ha impuesto el Doctor Entiendo.

—Si me lo permite, cuando eso suceda, yo la llamaré Edna —le guiño un ojo y juraría que se sonroja, pero tampoco me paro a comprobarlo.

Las sillas de la sala de espera parecen cómodas, pero soy incapaz de sentarme. Me paseo por el lugar, observando los diplomas que cuelgan de las paredes. Al parecer el doctor Waters tiene un buen currículum. Hay diplomas, certificaciones y menciones varias. Incluso una condecoración concedida por el Cuerpo de Policía en reconocimiento a la gran labor realizada en los casos en que ha colaborado.

Después observo disimuladamente a la única mujer que hay en la sala. Apareta unos cuarenta años y está sentada al otro lado de la habitación, leyendo un libro. Lleva un vestido negro que le cubre hasta las rodillas y zapatos de tacón. Se ha recogido el cabello en un moño, pero algunos mechones rebeldes enmarcan su rostro de tal manera que casi diría que es intencionado. Creo que se ha puesto demasiado elegante para venir al loquero, pero no seré yo quien se lo diga. Y menos a alguien que frecuenta un lugar como este. Nunca se sabe con quién te puedes encontrar.

Solo espero que su presencia no signifique que el doctor va con retraso porque dudo que pueda soportar estar aquí más tiempo del que me corresponde. Juro que si no soy el siguiente en pasar a la consulta, me largo de aquí cagando hostias. Ya volveré más tarde, cuando se desocupe. Por desgracia, lo de escaquearme no será posible, por más que la idea me resulte hartamente atractiva.

Cinco minutos después de mi llegada, la puerta de la consulta se abre y la mujer elegante, se levanta como un resorte. Y yo que creía que estaba totalmente absorta del mundo, con la cabeza metida en el libro. Se acerca a la puerta en cuanto sale una muchacha de no más de 15 años, acompañada de otra mujer.

Ni siquiera me fijo en su rostro, pues mis ojos han ido directos a sus manos, que no dejan de moverse entre ambas mientras le habla a la muchacha. Ella las mira fijamente, pero no habla ni realiza movimiento alguno. La mujer elegante parece deseosa de abrazarla, pero se está conteniendo. Supongo que es su madre y siento pena por ella. Ha de ser muy jodido tener que traer a tu hija al loquero, siendo tan joven.

Entonces, cuando la muchacha mueve sus manos con la misma soltura que la mujer, una idea se forma en mi cabeza. ¿Acaso es muda? O puede que sorda. Cuando era un niño, tuvimos durante unos meses como vecinos a un matrimonio con un hijo sordo. La mujer también lo era. Recuerdo que la curiosidad me llevó a acercarme a ellos y entablé amistad con el niño. Aprendí algunas palabras básicas en la lengua de signos para poder entendernos cuando jugábamos juntos. Era divertido poder comunicarnos sin palabras, aunque él podía pronunciar algunas. Se mudaron al poco tiempo porque el colegio no tenía los recursos necesarios para ayudarlo durante las clases. Me dio mucha pena perder el contacto.

—El viernes a la misma hora —ahora la escucho con más claridad y por alguna extraña razón, siento que he oído esa voz en alguna parte antes.

Aparto mi mirada de las manos de ambas mujeres y me fijo en el rostro de la que salió de la consulta con la muchacha. Mis ojos se abren por la sorpresa al descubrir que es la misma que me crucé en el gimnasio ayer. ¿Cuántas posibilidades puede haber de que algo así suceda? De todos los loqueros para los que podía estar trabajando, es precisamente el mismo que ha elegido el Doctor Entiendo para mí. Sonríe al pensar en que acabo de encontrar una buena razón para venir a las sesiones. Una muy buena.

—Muchas gracias —la voz de la mujer del libro suena desesperada y la miro. Se ve igual que ha sonado. La cría parece tener serios problemas y me pregunto si será por su mutismo.

—No te preocupes, Nancy. Todo se solucionará. Solo has de tener un poco de paciencia.

—Lo sé, pero a veces es tan duro.

Se abrazan y me imagino en su lugar, siendo consolado por la boxeadora de lengua afilada. Tal vez deba sobreactuar un poco para lograr sus atenciones. No

me importaría en absoluto que me consolase de ese modo, incluso con el atuendo tan formal que lleva en este momento. No parece la misma del gimnasio, con la falda de tubo y la camisa blanca. Desde luego a mí me gusta más la mujer enfundada en cuero.

La mujer y su hija se despiden de ella y yo aguardo impaciente a que me mire para saber si me reconocerá. Si no lo hiciese, sería una gran decepción para mí, aunque debo admitir que no me molestaría en absoluto tener que recordárselo. Es más, creo que lo disfrutaría mucho. Ya casi puedo imaginar las posibilidades.

—¿Rory MacBay? —dice, leyendo un bloc que no tengo ni idea de donde lo ha sacado porque hace un momento no lo tenía en las manos.

—El mismo que viste y calza —digo con una sonrisa en los labios—. Para servirte en cuanto desees.

Me mira y sé el momento exacto en que me reconoce. Mi sonrisa se amplía y me acerco a ella sin dejar de observarla en ningún momento. Debo admitir que tiene mucho coraje porque me sostiene la mirada sin vacilación, a pesar de la sorpresa que se ha llevado al verme. Supongo que, como Edna, trabajar para un psicólogo le ha enseñado a manejarse en situaciones de este tipo.

—Qué pequeño es el mundo —digo en cuanto estoy frente a ella— ¿No crees?

—Yo diría que Edimburgo —me señala el cuarto del que ha salido con la muchacha, antes de hablar de nuevo—. Adelante.

—Las damas primero —hago el mismo movimiento que ella con mi mano.

Se adelanta y la sigo, sin sentir ningún pudor al mirarle el culo mientras camino tras ella. Debo admitir que esa falda tiene sus ventajas. Cuando se gira, mis ojos van directamente a los suyos y sonrío de nuevo. Es todo un placer para la vista.

—Espero que haya disfrutado de las vistas, señor MacBay.

—Desde luego que lo he hecho, pero no me trates de usted —me acerco para hablarle en un tono más suave—. Me haces parecer un viejo.

—La confianza se gana, señor MacBay —me dice antes de señalar el diván— ¿Comenzamos?

—No veo al... loquero por ningún lado —me encojo de hombros—. Poco profesional ese tal Cameron Waters, me temo.

—Señor MacBay —me mira, seria—, yo soy Cameron Waters.

—No me jodas —no puedo evitar decirlo de ese modo, sale solo.

—Más quisieras —es un susurro, pero lo escucho igualmente.

—Y bien que lo disfrutarías —le digo en respuesta sonriendo.

—Señor MacBay —me señala el diván una vez más—, tenemos una hora por delante para hablar de usted. No la desperdiciemos en lo que no ocupa.

—Créeme que ocuparla en eso no sería perder el tiempo —aún así, me recuesto—. Joder, qué cómodo. Tengo que conseguir uno de estos como sea. ¿Los venden a particulares o son especiales para loqueros?

—Si no le importa, grabaré las sesiones —ignora mis comentarios y coloca en la mesa que hay entre su silla y el diván, una pequeña grabadora— para poder transcribir y revisar más tarde nuestras conversaciones.

—¿Cuando extrañes mi voz?

—Nada de lo que se diga en la consulta saldrá de aquí, no tiene por qué preocuparse —sigue ignorando lo que digo, pero sé que lo ha escuchado perfectamente. Debo admitir que tiene un gran control de sus emociones porque no veo reacción alguna en ella.

—No me preocupa —me acomodo en el diván y cruzo las piernas mientras coloco mis brazos bajo mi cabeza—. Creo que podría aprovechar la hora para dormir un poco. Se está de vicio aquí tumbado.

—Le recomendaría que no lo hiciese —su tono de voz no se altera en ningún momento y es de admirar—. Ha venido para intentar solucionar el pequeño problema que mi colega detectó en usted el día que...

—¿Alguna vez lo has usado para algo más que para hablar? —la interrumpo—. Porque si no lo has hecho, podríamos estrenarlo juntos.

—No sé si comprende lo serio que es esto, señor MacBay —me mira con reproche ahora—. No solo por su bienestar mental, algo que debería preocuparle ya de por sí, sino porque si decide no colaborar conmigo, perderá su empleo.

—¿Es una amenaza, Cami? —la observo con atención y puedo ver el cambio en su actitud nada más pronunciar el diminutivo. Ha sido solo un momento, un pequeño apretón de mandíbula y una inspiración más profunda que las otras, pero es suficiente para saber que no le gusta que la llamen así. Esto promete.

—Mi trabajo no es amenazarlo, señor Mac...

—Llámame Rory —la interrumpo de nuevo— ¿No se supone que los loqueros debéis crear un ambiente cálido y acogedor para que vuestros pacientes

estén más predispuestos a hablar? Tráteme de un modo tan frío no te ayudará.

—Como le he dicho, la confianza se gana —ha vuelto a su pose de indiferencia y siento deseos de llamarla Cami de nuevo.

—¿Y qué debo hacer para ganarme tu... confianza? —me ladeo en el diván y apoyo ahora mi cabeza en una mano para continuar observándola.

No soy capaz de decidir si sus ojos son verdes o azules. Según el enfoque de la luz, parece como si cambiaran de color. Me tienen totalmente fascinado. Toda ella es un misterio y estoy deseando descubrir lo que oculta tras su fachada de fría profesionalidad.

—Hábleme de usted —cruza una pierna sobre la otra y la falda se ajusta a sus muslos de un modo provocativo. Definitivamente es una prenda más interesante de lo que creía en un principio—. Podemos empezar por algo fácil. Para ir conociéndonos.

—¿También tú me dirás algo tuyo? —alzo una ceja expectante—. Es algo así como un intercambio de información. La gente normal lo usa para conocerse.

Me mira, sin responder a mis provocaciones. Seguramente cree que me pondré a hablar de mis problemas sin más, pero se va a llevar una gran decepción porque no pienso darle nada de lo que está buscando. A menos que sea algo más íntimo y que implique nuestros cuerpos desnudos.

—Me llamo Rory MacBay y trabajo desde hace seis años en el departamento de Vigilancia Aduanera —le digo, recostándome en el diván una vez más y cruzando los brazos sobre mi pecho—. Si estoy aquí es porque un enano con gafas y una insoportable fijación con la palabra 'entiendo', lo ha decidido así. Ni he pedido tu ayuda, ni la necesito.

—Entiendo —la miro con los ojos entrecerrados cuando dice eso. Sonríe casi imperceptiblemente antes de continuar hablando y sé que lo ha dicho a propósito—. Ha quedado claro que no está aquí por iniciativa propia, pero ambos sabemos también que no tiene otra opción que colaborar conmigo. Como he dicho antes, es eso o el despido. Y tengo la sensación de que su trabajo es la balsa que lo mantiene a flote, así que dudo que quiera perderlo.

—Si creías que me impresionarías, lamento informarte de que has fracasado —le digo, después de unos segundos en silencio en los que la miro fijamente—. Conozco el juego, lo he usado en muchas ocasiones.

—Hagamos algo —me propone, tras unos pocos segundos más observándome en silencio. Está empleando la misma técnica que yo y eso me divierte. Desde luego, la sesión se está volviendo más interesante por momentos.

—Creí que nunca me lo pedirías, nena —sonrío cuando sus ojos se abren más. Ha sido como en la otra ocasión, un movimiento muy sutil, pero no se me ha escapado. Estoy muy acostumbrado a detectar e interpretar esos detalles en los interrogatorios. En muchas ocasiones, son los que marcan la diferencia entre el éxito y el fracaso.

—No haga que me arrepienta de mi oferta, señor MacBay, incluso antes de proponérsela.

—Te escucho —la animo a continuar.

—Por lo que parece, se sentiría más cómodo si lo tuteo, así que lo haré. Pero a cambio, ha de darme algo con lo que comenzar a trabajar.

—Tentador.

En realidad no me importa mucho si lo hace ahora o no, porque lograré que se olvide de eso antes o después. Incluso me divierte que intente ser tan profesional a pesar de mis provocaciones. Pero pienso igualmente en su oferta. Si consigo que ceda en eso en la primera sesión, qué no lograré antes de terminarlas todas. Las posibilidades son infinitas y, como ya he dicho, es realmente tentador. Solo debo elegir bien lo que contarle.

—En el ejército te roban la voluntad de decidir por ti mismo. U obedeces o te castigan severamente. Ahora me rebelo contra las imposiciones. Si no te digo nada más, no te lo tomes como algo personal —le guiño un ojo.

Parece sopesar la información antes de hablar y me descubro ansioso por saber si usará mi nombre a partir de ahora. Estoy disfrutando como nunca y casi agradezco al enano que me haya obligado a venir. Casi.

—Por lo que acabas de decirme —me contengo para no sonreír cuando la escucho tutearme— deduzco que has tenido que hacer algunas cosas que no fueron de tu agrado mientras trabajabas en el ejército. ¿Tal vez te arrepientes? O te sientes culpable...

—Sigues sin impresionarme —eludo la pregunta porque se acerca demasiado a la verdad—. Tendrás que hacerlo mucho mejor.

—Y tú tendrás que darme algo más. Soy psicóloga, no mentalista.

—Debiste traerte a tu colega a la sesión. Él parecía entenderlo todo sin necesidad de que yo hablase.

—Angus es uno de los mejores en esta profesión —no puedo creer que lo esté defendiendo—. No deberías subestimarle. Ve mucho más allá de las palabras.

—Si eso es cierto —la desafío con la mirada—, que te diga él lo que me pasa. Acabaríamos mucho antes.

—No se trata de saber lo que te pasa, Rory —me encanta cómo suena mi nombre en sus labios—, sino de encontrar el modo de enfrentarlo. Y me temo que en eso solo tú puedes ayudarte.

—¿Y para qué cojones tengo que acudir a terapia entonces?

—Porque yo voy a guiarte.

Suena un pequeño reloj que hay junto a la grabadora y que no había visto antes y Cameron lo para. Me mira dubitativa antes de hablar.

—Hemos terminado por hoy —dice finalmente—. Habla con Edna para concertar las próximas citas y piensa en lo que hemos hablado. No estoy aquí para hacer de tu vida un infierno, sino todo lo contrario. Te ayudaré a salir de él.

Por un momento creo que sabe por lo que estoy pasando y me sorprende que lo haya averiguado con las cuatro palabras que ha logrado sonsacarme, pero luego lo desecho por imposible. Probablemente les diga lo mismo a todos sus pacientes para que bajen la guardia. Sin embargo, yo no caeré tan fácilmente.

—Nos vemos —sonrío de anticipación—, Cami.

De nuevo aprieta la mandíbula unos segundos, pero conserva su actitud relajada frente a mí. Desde luego, sabe controlar bien sus impulsos. Y yo estoy deseando romper ese control. Aún no me he ido y ya estoy deseando volver a verla para una nueva guerra de voluntades.

Edna sigue con su eterna sonrisa a pesar de mis bromas cuando me cita para el viernes a última hora de la tarde. No voy a perder horas de trabajo por acudir a estas citas, así que acordamos que me reserve la última cita de cada miércoles y viernes durante los dos meses que debo asistir a terapia.

—Espero ganarme este viernes el derecho a que me llame Rory —le guiño un ojo, a lo que responde ampliando su sonrisa—. Se ha convertido en mi heroína y sería todo un honor.

—No se haga el gracioso conmigo, muchacho —me responde—. Le gano en experiencia y me las conozco todas. Acuda usted a las sesiones y yo decidiré cuándo llamarlo por su nombre.

—Es un hueso duro de roer —rio y me acerco al mostrador para susurrar—, pero árboles más fuertes han caído.

—Vara verde no hace lumbre —responde con otro refrán y rio de nuevo—. Guárdese las palabras para Cameron. Algo me dice que no es de los que

colaboran.

Desde luego me ha calado a la primera y eso me impresiona. Y creo que se da cuenta porque sonrío de nuevo. Extrañamente, lo siento como si me hubiese regañado y no me gusta la sensación.

—Le espero el viernes —me dice sacándome del trance en el que me sumí.

—Hasta el viernes —digo sin demasiado interés y me voy.

En cuanto salgo fuera, llamo a Alec. No he dejado de pensar en que hoy le daban los resultados a su padre y necesito saber que todo está bien.

—MacNeil.

—¿Qué llevas puesto? —le pregunto con voz sensual.

—Para ti, nada —ríe y lo veo como una buena señal.

—¿Cómo está tu padre?

—Al parecer más sano que yo —sueno sorprendido.

—¿Y toda esa mierda de los despistes?

—La edad -suspira.

—No pareces muy aliviado.

—Lo estoy —dice—, pero también me preocupa.

—Tío, eso no hay quien lo entienda —rio—. A ver si se equivocaron y eras tú quien tenía que venir al loquero.

—Mis padres son mayores —dice en cuanto su risa se apaga— y tengo que empezar a asumirlo, pero no me gusta que vivan solos y tan lejos de mí.

—Eso es comprensible. ¿No hay forma de convencerlos para que se queden aquí?

—Ya están camino a su casa —suspira de nuevo— ¿Tú qué crees?

—Que son peor que yo —rio—. No te preocupes, Alec. Estoy seguro de que en el mismo momento en que vean que no pueden solos, te llamarán para que los ayudes. Déjalos vivir a su aire tanto como puedan.

—Te ha sentado bien acudir al psicólogo —bromea conmigo—. Te has vuelto un gran consejero. ¿Qué tal, por cierto?

—Está buena —digo.

—¿Está... o es? —casi puedo verlo fruncir el ceño y sonrío.

—No sé si es buena todavía.

—Entiendo.

—Joder, Alec. Esa puta palabra no -le digo, pero reímos los dos.

—¿Vienes ya? —no tiene que concretar, sé lo que me pregunta.

—Estoy en camino. Dame diez minutos.

—Que sean quince y ven con calma.

—Te estás volviendo un maldito aburrido, Alec —rio—. Y no pienso permitirlo.

—Cuando quieras y donde quieras —ríe a su vez—. Te demostraré que no es cierto.

—Este sábado por la noche —le recuerdo.

—Que así sea —sentencia.

—Tráete a Kath. Quiero emborracharla.

—Jamás la dejaría en casa —dice antes de despedirnos y colgar.

—Rory —escucho mi nombre a mis espaldas cuando estoy a punto de colocarme el casco.

—¿Keenan? —verlo aquí me sorprende enormemente.

—El mismo —sonríe mientras extiende sus brazos para que lo vea bien.

—¿Cuánto hace que no nos veíamos? —pregunto abrazándolo con fuerza—
¿Tres años?

—Cuatro en nada —responde.

—¿Qué haces en Edimburgo? —lo hacía en algún lugar remoto, perdido de la mano de Dios.

—Me han concedido unas semanas de permiso y he aprovechado para acudir a la boda de mi primo.

—¿Cuál de ellos? —sonrío—. Te recuerdo que tienes unos cuantos.

—Del único que creí que se quedaría soltero de por vida —ríe.

—¿Tan feo es? —no puedo evitar la broma.

—En mi familia hay muy buenos genes —finge ofenderse, antes de continuar—. Simplemente le gustaba demasiado su soltería.

—Otro que cae —chasqueo la lengua—. Ya quedamos pocos.

—Resistiremos —ríe—. Mira, por ahí viene. Te lo presentaré.

Se acerca a nosotros un hombre moreno de metro noventa y paso decidido. Carga en sus brazos varias bolsas que se intuyen bastante pesadas y su ceño está profundamente fruncido.

—¿Así es como pretendes ayudarme, Keenan? —le dice en cuanto nos alcanza.

—Estaba saludando a un viejo amigo —sonríe con descaro.

—Vaya casualidad —eleva los ojos al cielo antes de entregarle un par de bolsas—. Ten, haz algo de provecho.

—Rory —me mira, ignorando lo que su primo le ha dicho—. Este es mi primo, el pringado que se atará la sogá al cuello este sábado, voluntariamente.

—Eh —protesta el aludido y yo no dejo de reír.

Keenan me recuerda tanto a mí. Tal vez por eso congeniamos desde el primer día cuando nos conocimos. Y tal vez por eso, conservamos la amistad después de que abandoné el ejército. De los pocos con los que aún tengo trato.

—Cailean, este es Rory. Trabajamos juntos hace años.

—Un gusto —extiende una mano hacia mí como puede sin que se le caiga nada y se la estrecho.

—Lo mismo digo.

Intercambiamos un par de frases más antes de separarnos y me subo a la moto dispuesto a ir a trabajar. Al final, Alec estará contento porque voy a tardar incluso más de los quince minutos que me sugirió. Claro que no por el motivo que él esperaba. Pero eso es algo que no tiene por qué saber.

9

—¿Seguro que puedes quedarte con ella?

—Ya te he dicho que sí, Kath —suspiro—. No hace falta que me lo preguntes otras diez veces más. Marchaos, antes de que os eche a patadas.

Los Savage los han invitado a cenar y la niñera que contratan habitualmente les falló en el último momento. Y aunque Alec no dudó en pedirme que cuidase de Faith durante la cena, Kath, en cambio, parece más reticente y eso me ofende. Puedo cuidar de mi pequeña hada tan bien como ellos y así se lo hago saber.

—No es que desconfíe de ti —me mira con pena cuando ve que he malinterpretado su insistencia—. Es solo que es viernes y tal vez tenías algún plan. No quiero que por nuestra culpa, tú...

—No hay ningún plan mejor que pasar la noche con mi pequeña hada —la interrumpo—. Ve tranquila, Kath. Y disfruta de la velada.

—Vendremos a por ella en cuanto termine la cena —me dice Alec, rodeando por la cintura a su mujer para arrastrarla fuera de mi apartamento.

—Ni de coña. Me la quedo toda la noche —miro detrás de mí para comprobar que Faith no está escuchándonos, antes de continuar hablando—. Aprovechad para tener una noche de sexo loco, sin miedo a traumatizar a mi pequeña hada con vuestros gritos.

—Rory —Kath protesta, pero Alec se limita a sonreír y tirar de ella una vez más.

—¿Seguro de eso? —me dice Alec. Sé por qué lo pregunta.

—Seguro. No habrá problema.

—Gracias, Rory —Kath besa mi mejilla y le guiño un ojo.

—Hasta mañana, Rory —dice Alec antes de dejarme solo con Faith.

Cierro la puerta y busco a la niña en el salón. Hace un momento estaba

saltando en el sillón y no quiero que se haga daño. Solo me faltaba eso para que Kath no me la deje nunca más. Porque, si esto sale bien, pienso robársela más veces. Tenerla cerca me distrae de mis recuerdos y me hace mucho bien.

La encuentro sentada ya, jugando con el mando de la televisión. Se dedica a cambiar de canal casi sin mirar lo que están dando, pero cuando encuentra dibujos animados, aplaude encantada. Me siento a su lado y la miro fijamente. Está tan concentrada que creo que ni me ha visto. Y aunque tengo ganas de un abrazo suyo, puedo esperar un poco más por él porque verla tan atenta y sonriente me encanta.

—¿No hay un abrazo para el tío Rory? —le pregunto al comprender que no me lo dará si no llamo su atención.

Extiende sus brazos hacia mí sin dejar de mirar la televisión y me río porque intenta localizarme sin demasiado éxito. Finalmente me mira haciendo un puchero y yo le hago una mueca divertida que provoca su risa. Adoro escucharla reír. Se lanza a mis brazos y la rodeo con los míos.

—Tío Rory —grita en mi oído y finjo que me ha dejado sordo para que se ría más.

Pasamos media hora mirando dibujos, Faith en mi regazo. Se siente de maravilla estar con ella, sea del modo que sea porque su presencia me relaja. Y aunque me encantaría pasar la noche así, cuando creo que se está haciendo tarde para la cena, apago la televisión y la miro.

—¿Tienes hambre, pequeña hada?

—Sí.

—¿Y qué quieres comer?

—Galletas —salta de nuevo en el sillón y la sujeto para que no se caiga.

—No creo que tus padres te dejen cenar galletas.

—Galletas —intenta saltar otra vez, pero se lo impido. Su mueca de disgusto me hace reír—. Galletas.

—Está bien —la tomo en brazos y me acerco a la cocina—. Vamos a ver qué encuentro por aquí, porque no sé si habrá galletas.

Empiezo a abrir puertas, buscando algo que darle, pero lo más parecido que tengo a las galletas son cereales. Se la muestro y la agito, pero no le sirve. Niega con tanta efusividad que su coleta golpea su cara y sonrío cuando arruga la nariz. Guardo la caja de nuevo en su sitio y mientras lo hago, recuerdo que Alec dejó una bolsa en la entrada con las cosas de Faith. Tengo la esperanza de que hayan

metido galletas o cualquier otra cosa que le guste a la niña.

—Galletas —grita de nuevo entusiasmada cuando saco el paquete de la bolsa.

—Tienes unos padres muy previsores —sonrío mientras veo cómo devora una de las galletas—. Venga, pequeña hada, te dejo ver la tele otro poco mientras yo hago algo más nutritivo de cena.

La veo perfectamente desde la cocina, así que puedo preparar la comida sin preocuparme de que haga algo que no deba. La oigo reírse en ocasiones y mi mirada se desvía hacia la pantalla. El gato persigue al ratón por toda la casa, pero parece que no es capaz de atraparlo. A Faith le hace mucha gracia, pero mi mente ya está ideando trampas más eficaces para que el gato gane. No puedo evitarlo, improvisar planes es lo mío.

—Bella —la llamo en cuanto termino de prepararlo todo—. Hora de cenar.

—No —dice mirando por encima del respaldo del sillón.

—¿Cómo que no?

—No —sonríe.

—¿En serio que no?

—No —ahora ríe y se esconde.

—Señorita —digo acercándome a ella—, no puede dejar plantado a un hombre en su primera cita. Y menos aún si ha cocinado para usted. Es de muy mala educación.

La escucho reír y sé que se ha tapado los ojos como cada vez que quiere que la busque. Se cree que así no la encontraré. Salto por encima del sillón y me siento a su lado. Faith aparta las manos al sentir el golpe y yo aprovecho para hacerle cosquillas. Me siento feliz cuando sus carcajadas llenan mi apartamento.

—Ahora vamos a cenar —la cargo en mi hombro como si fuese un saco, mientras sigue riendo—. Y vas a comerlo todo para que tus papás estén orgullosos de ti y del tío Rory. Y así podrás quedarte aquí conmigo más veces. ¿No quieres pasar más tiempo en casa de tío Rory, pequeña hada?

—Sí —grita a mi espalda y agarra mi camiseta con ambas manos.

—Pues cenemos.

La siento en la silla y le pongo el plato delante. Acercó mi silla y me siento junto a ella. Nos miramos al comer y sonreímos como tontos. En realidad, yo parezco el tonto, Faith es un encanto. La ayudo cada vez que veo que no puede sola, aunque protesta porque no le gusta que lo haga. No dejo de sonreír y me

alegro de que pensasen en mí para cuidarla esta noche.

Al terminar, jugamos a todo cuanto quiere ella. Se ha traído su set de peluquería y me hace de todo en el pelo o al menos lo intenta porque lo llevo demasiado corto. Después me obliga a perseguirla por toda la casa fingiendo que soy un lobo que se la quiere comer. Y cuando me canso de correr decido capturarla, pero finge que tiene una pistola y que me mata con ella. Caigo al suelo y me quedo inmóvil. Faith me mira con recelo hasta que su curiosidad infantil la anima a acercarse. La sujeto por la cintura y la elevo sobre mí, mientras ríe encantada.

—La capitana Faith pide permiso para aterrizar. Cambio —digo, imitando el sonido de una radio mientras mantiene sus brazos extendidos—. Permiso concedido, capitana. Cambio. Cuidado con las turbulencias. Cambio y corto.

La meneo un par de veces y se ríe más, pero no baja los brazos. Es una niña atrevida. Finalmente la hago aterrizar en mi pecho y sus manos rodean mi cuello. No hay nada mejor que un abrazo de mi pequeña hada. Me levanto con ella todavía en brazos y miro la hora en el reloj de la repisa. Ya es tarde, así que mejor la acuesto ya. Nunca se me habían pasado las horas tan rápido en mi casa.

—Bien, pequeña hada —vamos hacia el baño—. Hora de dormir.

—No —protesta.

—Pero si vas a dormir con tío Rory —le digo abriendo mucho los ojos. Ella me imita—. No hay nada mejor que la cama del tío Rory.

—No —repite, pero bosteza.

—Uy —le tapo la boca—, que se te escapan los sueños.

Después de ayudarla en el baño y de cepillar su cabello, la llevo en brazos al dormitorio y le pongo el pijama. Es increíble que en tan poco tiempo su energía haya caído en picado. No tardo nada en quitarme la ropa y ponerme un pantalón corto, pero cuando vuelvo, Faith ya está profundamente dormida. Me recuesto a su lado y la observo durante horas, hasta que el sueño me vence. Por primera vez en semanas, las pesadillas no me atormentan y eso se lo debo a mi pequeña hada.

—Tío Rory —sin duda, escuchar esas dos palabras al despertar es lo mejor del mundo y sonrío antes de abrir los ojos porque me está zarandeando—. Tío Rory.

—¿Quién osa despertar al monstruo de la cama deshecha? —me incorporo con rapidez, sorprendiéndola. Me encanta escuchar su grito de júbilo—. Pagarás por esto, pequeña hada.

Empiezo a hacerle cosquillas y ríe alto mientras patatea para que la suelte. Después de una noche de sueño reparador, me siento con energías renovadas y juego con Faith en la cama hasta que nuestras tripas suenan.

Esta vez me ayuda a preparar el desayuno y se come los cereales de buena gana. Está tan orgullosa de sí misma, que me obliga a grabarla en video mientras se sirve más cereales y les echa leche encima.

—Tienes que decirle a tus papás que te dejen venir más veces, pequeña hada —le guiño un ojo.

—Y jugamos más —aplaude mi idea y sonrío.

—Me dejaré el pelo largo para la próxima vez —rio. Aunque tengo en mente algo más rápido de conseguir y más cómodo para mí.

Después de jugar un par de horas más, para darles tiempo a sus padres a descansar de la noche que seguramente han tenido, la preparo para irnos. Guardo sus cosas en la bolsa y reviso una última vez toda la casa para cerciorarme de que no he olvidado nada. Llamo a un taxi para que nos lleve a su casa, porque si aparezco con Faith en la moto, sé de dos que querrán cortarme las manos. En el mejor de los casos.

—No me espere —le digo al taxista después de pagarle en cuanto llegamos—. Si lo necesito, llamaré de nuevo.

Cuelgo la bolsa en el hombro y cargo a Faith en brazos mientras camino hacia la casa. Antes de que pueda llamar siquiera, Kath ya está abriendo la puerta. Espero que no sea por preocupación. Me ofendería si fuese por eso.

—Buenos días, mamá Kath —sonrío cuando entrecierra los ojos y hace una mueca de disgusto por el apelativo.

—Mami —Faith estira los brazos hacia ella y Kath la coge.

—Hola, cielo —la besa— ¿Qué tal con el tío Rory? ¿Se portó bien?

—No —ríe.

—¿Cómo que no? —rio yo también— ¿En qué quedamos, pequeña hada? Así no me ayudas.

—¿Ayudarte a qué? —pregunta Alec detrás de Kath antes de besar la frente de su hija.

—A que pueda quedármela más veces.

—¿Quieres quedarte más veces con tío Rory? —le pregunta Alec a Faith.

—Sí —se mueve tanto en el regazo de Kath que apenas logra evitar que se le caiga. La deja en el suelo y la niña se escabulle entre ellos hacia el interior de

la casa.

—¿Te quedas a comer? —me pregunta entonces.

—¿Habéis conseguido niñera para esta noche? —le pregunto yo de regreso, traspasando el umbral de su hogar.

—¿Para qué? —Kath parece confundida.

—Creo que estás perdiendo facultades, encanto —me burlo de ella por su pregunta—. Niñera. Niña. ¿Te suena de algo?

—Tonto. Me refiero que por qué tendría que haberla conseguido.

—Porque tu maridito, aquí presente, me prometió una noche de sábado loco.

—¿Qué? —Kath mira a Alec y este se rasca la nuca.

—¿Olvidé comentártelo? —sonríe—. Rory quiere que salgamos esta noche para demostrarle que no estoy oxidado.

—¿Y eso me incluye a mí? —cruza sus brazos en el pecho.

—Sin ti, querida —le digo, pasando mi brazo por sus hombros—, la noche no sería igual.

—Ya —me mira con recelo—. No pienso beber, Rory.

—¿Qué hay de comer? —ignoro su comentario a propósito, porque sé que lograre hacerla beber, quiera o no.

—Para ti, tal vez nada —responde.

—Serías capaz, bruja —finjo sorpresa y me golpea en el pecho con su mano.

—No pienso beber —repite antes de soltarse de mi agarre—. Voy a preparar la comida. Sed buenos.

—Y bien —le digo a Alec después de sentarme en el sillón con él—, ¿qué tal se os dio la noche? ¿Hubo sexo?

—Loco y sin traumas —ríe.

—Bien por vosotros.

—¿Qué tal tu noche? —pregunta, ahora serio.

—Increíble —sonrío y miro a Faith, que está jugando con la casa de muñecas—. La primera vez en semanas que no tengo pesadillas y duermo toda la noche.

—¿Qué tal con la psicóloga?

Ayer fue nuestra segunda sesión y no avanzamos nada. O más bien ella no avanzó nada, porque para mí es perfecto que no lo haga. Aún así, admiro su perseverancia. No se da por vencida e intenta por todos los medios llegar hasta mí. Solo por ver con qué ingeniosa idea me sale, ya merece la pena acudir a cada cita. Ayer se lució con algunas, aunque no tuvo el éxito que esperaba.

—Sigue intentándolo —respondo, sin ganas de hablar de ello.

—Tal vez —me mira— y solo tal vez, deberías colaborar con ella. Puede que te sorprendan los resultados.

—No voy a contarle nada —frunzo el ceño—. No pienso dejar que me juzgue por lo que he hecho y me diga cuatro gilipolleces creyendo que me sentiré mejor después de oírlas. Sé cómo va eso, Alec. Y no funciona.

—No todos los psicólogos son iguales, Rory. Algunos saben hacer bien su trabajo. No te cierres en banda y piénsalo —se levanta y apoya su mano en mi hombro un momento—. Voy a echarle una mano a Kath.

—No hagáis cochinadas en la cocina, que me tengo que comer lo que preparéis.

—Procuraremos apartar tu plato primero —ríe.

—Que no me encuentre un pelo —le grito— o tendréis problemas.

En cuanto me deja solo, me acerco a Faith y me siento a su lado en el suelo. Me pasa uno de sus muñecos y comenzamos a jugar. Para cuando nos avisan de que la comida está lista, nos hemos inventado una loca historia que la tiene riendo todo el tiempo. Ojalá todo fuese tan fácil como cuando estoy con ella.

10

—Maldita seas, Rory —Kath se bebe el siguiente chupito—. Te odio.

—Venga ya —rio—. Si me adoras.

—Claro que te adoro —apoya su mano en mi hombro, más para mantener el equilibrio que para tocarme—, pero te odio. Te dije que no bebería.

—Yo no te obligué —rio de nuevo.

—Serás... —mira a mi amigo—. Alec, ¿vas a permitir que me mienta en mi cara? Él me obligó.

—Claro que te obligó, amor —sonríe. También él ha bebido, pero no parece haberle afectado. No recuerdo haberlo visto borracho en mi vida—. La culpa es de Rory. Siempre es de Rory.

—Eh —protesto.

—¿Ves? —Kath me mira con autosuficiencia y no puedo evitar reír mientras la abrazo. La echaba de menos.

—Cómo te quiero —le digo y hasta yo me sorprendo al escucharlo. ¿De dónde coño ha salido?

—Momento épico, señores —grita Kath, alzando los brazos—. Rory me quiere.

Se cuelga de mi cuello, me abraza con fuerza y besa mi mejilla. No sé si es por el alcohol o porque está emocionada de verdad, pero no me suelta, así que le devuelvo el abrazo por inercia.

Todavía no entiendo cómo pudo pasar eso. No es que no quiera a Kath, pues ellos son mi familia. El amor que siento por ellos va intrínseco, pero no se lo había dicho nunca ni pretendía hacerlo. Podría alegar que estoy borracho, pero no es así. Al menos no lo suficiente para no controlar lo que digo. Cuando miro hacia Alec, veo su sonrisa y sé que la dichosa confesión me traerá dolores de

cabeza. No permitirá que Kath se olvide de esto, si es que no lo recuerda por sí misma mañana.

—Yo también te quiero, Rory —me dice Kath al separarnos, con una amplia sonrisa en los labios—. Aunque seas un cabrón al que le gusta emborracharme.

—Ese soy yo —le ofrezco otro chupito y lo acepta sin más, aunque haya estado despotricando contra mí por hacerla beber.

—Por ti —dice alzándolo—. Rory me quiere.

—Tómalo con calma, mamá Kath, o mañana tendrás resaca —me rio cuando me fulmina con la mirada.

—Vuelve a llamarme mamá Kath y perderás los dedos de los pies —me amenaza.

—¿Los de los pies? —rio— ¿Por qué no los de las manos?

—Porque tienes unas manos muy bonitas —dice sujetando una de ellas— y sería pecado estropeártelas.

—Hora de parar —dice Alec, robándole el último chupito a Kath—. Me encantas borracha, amor, pero ya es suficiente por hoy.

—La voz de mi conciencia —se abraza a él y veo adoración en sus ojos—. Mi ángel protector. El amor de mi vida.

—Ese soy yo —Alec se roba mi frase y sonrío.

Cuando la besa, decido que es momento de dejarlos solos por un rato. Paseo mi mirada por el pub y me paralizó al ver al fondo a un grupo de mujeres, entre las que creo descubrir a mi psicóloga favorita. La única que conozco, en realidad, pero estoy seguro de que no hay dos como ella.

Lleva un vestido negro que le sienta como un guante y al verla, me reafirmo en mi teoría de que con cuero está mucho mejor, por más que la falda de tubo que usa en su trabajo tenga ciertas ventajas. La observo en la distancia, interesándome en el modo en que interactúa con sus amigas. Se la ve relajada e incluso ríe en varias ocasiones.

Cuando las ganas de acercarme se hacen insoportables, avanzo hacia ella sin quitarle los ojos de encima. No me ve, pero una de sus amigas sí lo hace y murmura algo en mi dirección. Varias de ellas se giran hacia mí y noto cómo se ponen nerviosas. No me importa, yo solo busco a una en ese grupo. La única que quiero incomodar esta noche.

—Creía estar soñando —le susurro al oído, pues ni se molestó en mirar

como sus amigas—, pero veo que los ángeles vestidos de cuero existen.

—¿Rory? —me mira sorprendida por un momento.

Sus amigas no dejan de observarme, sin disimulo alguno, y yo les guiño un ojo. Sonrío cuando arranco suspiros a varias de ellas, pero Cameron me agarra por un brazo para alejarme del grupo antes de que pueda seguir hablando con ellas. Imaginé que haría algo así si la provocaba con sus amigas y ahora sonrío encantado de que estemos solos. Es justo lo que quería.

—A tus amigas ni mirarlas —me adelanto a ella—. No te preocupes, no tienes que decirlo porque yo solo tengo ojos para ti, nena.

—¿En serio? —me mira escéptica y sonrío.

—Con ese vestido que parece una segunda piel —la estudio con la mirada deliberadamente— sería imposible mirar a alguien que no fuese tú.

—Tan típico, Rory —usa su mejor sonrisa falsa mientras me habla—. Deberías renovar tu repertorio. Se ha quedado obsoleto.

Desde luego, no esperaba que sorprenderla fuese sencillo. No la considero una mujer fácil de conquistar, con su fuerte carácter y el férreo control que mantiene sobre sus emociones, pero eso es lo que más me atrae de ella. Me gusta jugar con ella y ver cuál de los dos gana cada batalla verbal.

—No necesito repertorio —le digo—. Un guiño, una sonrisa y caen a mis pies. Aunque admito que un buen desafío es lo que más me gusta.

—Yo no supongo ningún desafío, si es lo que estás pensando.

—Desde luego que no —me acerco a ella—. Ambos sabemos que te sientes irremediabilmente atraída por mí.

—¿Es que estás borracho, Rory? —se separa para observarme con ojos críticos.

—No tanto como para no saber lo que digo, Cami.

Hace un imperceptible gesto de disgusto por el diminutivo y yo sonrío encantado. Es un placer ver cómo reacciona al llamarla de ese modo, pues es de las pocas veces en que muestra algo más que un rictus serio. Sé que bajo su fachada de doctora estirada hay una mujer apasionada y me muero por conocerla.

—Pero sí lo suficiente como para intentar seducir a tu psicóloga.

—Puestos a que me llamen loco, que sea por algo.

—No estás loco por ir a terapia.

—Tal vez no por eso —me acerco de nuevo a ella para susurrarle al oído—, pero sí por llevarte a mi cama y hacerte todo lo que se me está pasando por la mente ahora mismo. No podrías olvidar esta noche en mucho tiempo.

—¿Y después qué haríamos? —he visto como se estremecía con mis palabras, aunque ahora intente ocultarlo— ¿Fingir que no ha pasado?

Me mira con reproche, pero puedo distinguir ese brillo de deseo en sus ojos. Aunque tenue, está ahí. Sé que no le soy indiferente como pretende hacerme creer y eso me enciende. Aunque, extrañamente no es llevármela a la cama lo que estoy buscando ahora mismo, por más que se lo haya insinuado.

—Lo siento —continúa—, pero como tu psicóloga...

—Ahora no estamos en la consulta —la interrumpo—. Tú no eres mi psicóloga y yo no soy tu paciente.

—Lo soy —me reprende—. El lugar donde estamos no cambia ese hecho.

—Yo creo que eso es solo una excusa.

—Es la verdad —me desafía con la mirada.

—Bien —me acerco de nuevo—. Si te digo que estoy harto de mi vida y que quiero matarme, ¿me darías una buena razón para no hacerlo? Como mi psicóloga, tu obligación es atenderme, ¿no?

—Te daría tantas razones como necesitas para ver que tu vida no es tan mala —me responde, alejándose un paso para mirarme a los ojos— o más bien haría que tú mismo te las dieses. Eso es más efectivo. Pero ambos sabemos que tu vida no corre peligro.

Me está siguiendo el juego y me encanta. Esta mujer estimula mi ingenio como ninguna otra. Hace que me esfuerce para intentar romper sus esquemas, para descolocarla tanto, que se abandone a sus instintos y deje de controlar cada cosa que dice o hace. En este momento tengo muchas ganas de besarla, solo para saber cómo reaccionaría, pero no lo haré porque la batalla verbal que estamos manteniendo me gusta mucho más.

—Seguiré bebiendo —la reto— y cuando esté bien borracho, subiré a mi moto y me iré a casa. Si tengo un accidente, mi... psicóloga, quedará en tu conciencia por no haberlo impedido.

—Más quisieras, mi... paciente —me devuelve la sonrisa.

Antes de que pueda replicarle, Kath me interrumpe abrazándose a mi espalda y mirándonos alternativamente con interés. Tal y como está, me espero cualquier cosa de ella y, aunque no me importa si incomoda un poco a Cameron,

me preocupa que diga algo que no me interesa que ella sepa.

—Hola —extiende su mano hacia ella—. Me llamo Kath y Rory me quiere.

Escondo el rostro para que no vean mi sonrisa porque, entre la presentación de Kath y la cara de asombro de Cameron, es muy difícil no reírme. Lo que no he logrado yo con mis provocaciones, lo ha hecho mi amiga con una frase.

—Cameron —le responde, estrechando su mano, cuando consigue recomponerse de la sorpresa.

—Bonito nombre.

—Gracias.

—Rory es un amor de hombre —continúa Kath—, pero te advierto que es mío.

Me paralizó por un momento al escucharla porque jamás se me habría pasado por la cabeza que pudiese decir algo así. La miro sorprendido y ella se limita a sonreírme.

—No pongas esa cara, amor —dice—. Sabes que es verdad. Tú solo eres amable con ellas y ya se te tiran encima. No saben respetar lo ajeno.

Aunque pretendía seguirle la broma, ahora mismo pienso que es mejor desmentirlo porque Cameron la está mirando con pena y no me gusta. Seguramente está pensando que es mi novia y que la engaño con cada mujer que se me pone a tiro.

—Yo... creo que mejor me voy —retrocede un par de pasos, lo que me demuestra que no me engaño en mis suposiciones.

—Lo has captado —le sonrío Kath.

—Espera, Cameron —la retengo para intentar explicárselo. Esto ya no tiene gracia—. No es lo que piensas.

—Lo que tú hagas con tu vida no es asunto mío, Rory —me dice, usando esa mirada de consulta que tanto me molesta—. Como he dicho, nuestra relación es estrictamente profesional. Más allá de eso, no hay nada. Un consejo: si no la quieres, déjala. Se merece algo mejor.

Cuando abro la boca para explicarle lo que está pasando, coloca su mano frente a mí para acallarme. Se gira y se reúne con sus amigas. Yo regreso con Kath. Alec, que acaba de llegar, deja de sonreír cuando me ve.

—Kath —le digo, pasando la mano por mi rostro—, esta vez hemos metido la pata a base de bien.

—¿Qué pasa? —ahora está tan seria como yo.

—Pasa que esa era Cameron Waters —le respondo.

—Joder —dice Alec.

—¿Quién es Cameron Waters? —nos mira confundida.

Claro, no sabe quién es porque nunca la nombré delante de ella. Expulso todo el aire de mis pulmones y trato de encontrar el modo de solucionarlo, porque ahora no va a escucharme aunque intente hablar con ella.

Ni siquiera sé por qué me importa tanto que sepa la verdad de lo que hay entre Kath y yo. Como ha dicho ella, mi vida privada no es de su incumbencia. Y sin embargo me importa. Aunque, en el fondo, sé que es por Kath, por más que trate de engañarme a mí mismo diciendo que es por mi honor de hombre. No quiero que Cameron crea que es una ilusa, tan enamorada de mí, que no ve qué no la respeto.

—Es la psicóloga de Rory —le dice Alec y los ojos de Kath se abren de par en par. Creo que se le ha pasado la borrachera de golpe, como a mí.

—¿Por qué no me callaste, Rory? No tenía ni idea de que era ella —parece tan angustiada que la abrazo para consolarla—. Pensé que era una de tus conquistas y quise estropearle los planes. Lo he complicado todo con mi broma.

—No te martirices por eso —le digo—. Lo peor que puede pasar es que crea que te estoy engañando.

—Pero eso es malo para ti —levanta la vista hacia mí—. Si se lo ha creído, podría usarlo en sus sesiones.

—Se lo explicaré todo el miércoles, no te preocupes.

—¿Podrás convencerla de que fue una broma? —pregunta ansiosa.

—Tengo toda una hora para lograrlo —sonrío—. Y esta vez no podrá quejarse de que no le cuento nada sobre mí.

—Menudo lío.

—No es para tanto —la aprieto más contra mí—. Solo quedo como un capullo con las mujeres y tú como una tonta engañada.

—Lo de capullo no es nuevo —interviene Alec y lo fulmino con la mirada — Vale, no tan capullo. Tú les das a elegir.

Sé que no le gusta mi actitud con las mujeres porque me lo ha repetido hasta la saciedad, pero nunca me había molestado que lo dijese. Estaba convencido de que mi honestidad marcaba la diferencia y, sin embargo, después de ver la lástima en la mirada que Cameron le lanzó a Kath al sacar conclusiones equivocadas, me siento inquieto. No soy ningún santo, pero quiero creer que no

le fallaría de ese modo a la mujer con quien decidiese tener algo serio.

—No le des tantas vueltas, Rory —me dice Alec, regresándome a la realidad—. Si no logras convencerla, iremos nosotros a hablar con ella.

—A todo esto, ¿dónde coño está Kath? —digo al descubrir que ya no está con nosotros.

La buscamos entre la gente y mis ojos se abren como platos al descubrirla hablando con Cameron. Alec está a mi lado y tiene la misma expresión que yo.

—Mierda —decimos al mismo tiempo.

Parecen relajadas, pero no sé si fiarme de Kath o directamente ir a por ella para evitar que siga hablando con ella. Sin embargo, antes de que me decida, veo cómo le da dos besos a Cameron y regresa con nosotros con una radiante sonrisa en los labios. Mi psicóloga inclina la cabeza ligeramente hacia nosotros a modo de saludo y después se gira para seguir la fiesta con sus amigas. Sea lo que sea lo que ha dicho Kath, parece que ha funcionado.

—¿Nos vamos? —Kath se engancha del brazo de Alec y nos mira alternativamente.

—¿Qué le has dicho? —la miro con ojos entrecerrados, como si así pudiese adivinarlo. Sé que ha ido a solucionar el problema, pero temo lo que haya podido decirle. Kath sabe muchas cosas de mí que no quiero que Cameron averigüe.

—Que amo con todo mi corazón a mi marido —mira a mi amigo y le sonrío—. Y que como él me quiere tanto me dará un masaje en los pies cuando lleguemos a casa, porque me duelen mucho.

—Habrás sido capaz —rio, más relajado.

—Por supuesto que que no —me mira ahora a mí sonriendo—. Solo le he explicado que somos amigos y que te estaba gastando una broma. Es una mujer muy razonable. Claro que siendo psicóloga, no me extraña. Me ha caído bien.

Salimos fuera para avisar a su vecino Tom de que venga a por nosotros porque ninguno está en condiciones de conducir y mi mirada se vuelve hacia el lugar donde está Cameron, justo antes de traspasar la puerta. Sigue riendo con sus amigas y en ningún momento se gira hacia mí. Mentiría si dijese que no me siento decepcionado por eso.

Mientras esperamos al taxi, Alec y yo conversamos de nuestras cosas y Kath se pasea a unos metros de nosotros, según ella para no quedarse dormida. De repente, un hombre se le acerca con la clara intención de hablarle. Alec se tensa al momento, pero yo le digo que espere antes de intervenir. Lo último que necesitamos ahora mismo es una pelea por nada. Sé que Kath podrá ocuparse de

él. Y si no fuese así, aquí nos tiene a nosotros para intervenir.

—Hola, guapa —le sonrío— ¿Estás sola?

—¿A ti qué coño te importa? Ve a meneártela por ahí y déjame en paz.

Tanto tiempo trabajando con ella para quitarle la timidez está dando sus frutos, aunque por el momento solo sea cuando bebe. Es tan yo cuando está borracha. Tan rápido como ha llegado el tipo, tan rápido se ha ido. Alec se relaja y yo palmeo su pecho, donde he tenido la mano todo el tiempo para retenerlo.

—Definitivamente adoro a la Kath borracha —digo, mientras rodeo sus hombros con mi brazo y la atraigo hacia mí para besarla en la mejilla. Se abraza a mi cintura y me sonrío.

—Perviertes mi mente, Rory —pretende ser una crítica, pero me lo tomo con un halago.

—Gracias, nena —le digo para molestarla.

—Hoy no me enfadaré por nada —sonrío con malicia, justo antes de gritar sus siguientes palabras— porque Rory me quiere.

Tom llega en ese momento y Alec se adelanta a nosotros riendo, para abrir la puerta a su mujer. Entonces, mi mirada se cruza con otra que me está observando fijamente y reconozco a la dueña, aunque no recuerde su nombre. Es difícil olvidarla. Puedo ver la censura en sus ojos, que se posan sobre Kath. Instintivamente la acerco más a mí, como si pudiese protegerla de ella solo con ese gesto. Kath apoya la cabeza en mi hombro y me sonrío. Yo miro hacia la loca desquiciada y veo cómo aprieta la mandíbula y los puños y entra en el pub hecha una furia.

De camino a casa, me estremezco al recordar todo el odio que destilaban sus ojos y, una vez más, me replanteo las palabras de Alec. ¿Realmente estoy siendo un capullo con las mujeres?

11

CAMERON

No hay nada mejor que llegar a casa después de un agotador día de trabajo, sabiendo que solo te encontrarás paz y sosiego. Nada de sobresaltos ni problemas. Mi apartamento es mi remanso de paz, donde desconecto de las dificultades por las que pasan mis pacientes. Y aunque muchas veces me traigo trabajo a casa, no se siente como en la consulta, cuando los miras a los ojos y ves su dolor a través de ellos. En casa puedo ver la situación desde otra perspectiva más imparcial y puedo buscar alternativas que ayuden a mis pacientes a mejorar.

Decido prepararme un baño de espuma, porque hoy lo necesito para relajar mis músculos tensos. Me llevo las anotaciones de las últimas sesiones de Kelly para darles un repaso, aunque sé que no encontraré nada en ellas que me ayude porque lleva varias semanas negándose a hablar. Estoy realmente preocupada.

La conozco desde niña porque sus padres decidieron traerla a mi consulta cuanto tenía 8 años por culpa de su extrema timidez. Y porque usaba su sordera como excusa para no tener que hablar con la gente. Sus padres siempre han tratado de hacer su vida lo más normal posible, dentro de sus limitaciones. Eran conscientes de que la sordera podría convertirse en un obstáculo para ella y por eso insistieron en que Kelly aprendiese a hablar con fluidez, incluso conociendo la lengua de signos.

Es una muchacha muy inteligente y sé que será capaz de hacer todo lo que se proponga. En cada sesión, intento recordarle que su timidez no es más que una pequeña piedra en su camino que debe sortear, pero que nunca le impedirá alcanzar sus objetivos.

Después de cinco años tratándola, creí que lo habíamos logrado y estaba dispuesta a darle por fin el alta, pero entonces murió su padre y Nancy se unió a la terapia durante un año para intentar superarlo. Fue demasiado repentino y las

destrozó a ambas. Por desgracia, Kelly y yo tuvimos que empezar otra vez desde cero.

Antes de que dejase de hablar inexplicablemente con todos, me había dicho que por fin se sentía feliz porque estaba estudiando Mediación comunicativa. Siempre quiso ayudar a quien no había tenido su misma suerte y ahora podría hacerlo. Este último año parecía que todo empezaba a encauzarse de nuevo. Incluso me había hablado en alguna ocasión de compañeros de clase con los que quedaba por las tardes para estudiar o salir por ahí. Un gran paso para ella, que me decía que íbamos por buen camino.

Y sin embargo, de un día para otro, dejó de hablar con todo el mundo y se aisló de nuevo. Ya van dos meses desde aquel día y me preocupa no saber qué ha ocurrido para que se comporte de ese modo. Es frustrante verla sentada en el diván, con la mirada pedida, esperando a que se cumpla la hora, mientras yo intento llegar a ella sin éxito.

Sé que debería haber trasladado su caso a uno de mis colegas hace tiempo porque Kelly ahora es más que una simple paciente para mí, pero no puedo. Mucho menos ahora. Sería abandonarla en su peor momento y rompería su ya de por sí frágil confianza. El problema es que si no habla conmigo, no podré ayudarla y eso me desespera y me frustra a partes iguales.

—Kelly, ¿qué te ha pasado? —cierro los ojos y suspiro intentando eliminar el malestar de mi mente pensando en otra cosa.

Pero el recuerdo de las sesiones con otro de mis pacientes, que aunque habla mucho, realmente no dice nada, me atormenta. He tenido ya dos sesiones con él y sigo sabiendo tan poco como el primer día. Lo peor es que tengo la sensación de que también con él me costará traspasar las barreras que ha levantado. Casi empiezo a creer que estoy perdiendo facultades.

Pensaba rendirme con él si en la siguiente sesión no conseguía nada, pero después de lo que me dijo su amiga el sábado cuando se disculpó por la broma, creo que lo intentaré un poco más. Si se guarda de sus amigos, qué no hará conmigo, que se supone que debo decidir si es apto o no para continuar en su trabajo. No querrá decirme nada que pueda inclinar la balanza hacia el lado que lo perjudique. Y eso solo hace crecer mi curiosidad por saber qué es eso que tanto teme que salga a la luz. Y por qué.

—El mundo se está volviendo loco —digo, antes de soltar todos los informes y sumergir la cabeza en el agua.

Mientras permanezco bajo el agua mi mente parece despejarse, pero en cuanto salgo a la superficie para tomar aire, todo me golpea de nuevo. Hoy será

una de esas pocas noches en que le daré mil vueltas a mis casos y no podré dormir, lo presiento. Por suerte, no es algo que me suceda con frecuencia o sería yo la que acabase necesitando terapia.

Cuando mis dedos comienzan a blanquear y a arrugarse, decido dar por finalizado el baño. A pesar de todo, me ha sentado bien. Envuelvo mi cabello en una toalla y ato el albornoz en la cintura para que no se abra al moverme. Tan solo seco mis pies porque odio que se mojen mis zapatillas. Es una costumbre que adquirí de pequeña y que ahora hago de forma automática.

Me preparo algo ligero para cenar, mientras reviso una vez más los informes de Kelly. Sé que no hallaré la solución en ellos, pero por el momento, no se me ocurre nada más que releerlos por si se me ha escapado algo.

En cuanto meto el primer bocado a mi sándwich, suena el timbre y no puedo evitar que se me escape un gemido lastimero. ¿Es que no tendré ni un poco de paz esta noche? Porque una visita a estas horas solo puede significar una cosa: problemas.

—Casey —de todas cuantas personas me imaginé que podrían ser, nunca pensé en mi hermana— ¿Qué haces aquí? ¿Y a esta hora?

—Papá es un capullo y me he largado de casa —dice entrando en mi casa antes incluso de que le dé permiso.

Deja su mochila en la entrada, se acerca a la mesa y se sienta en mi silla para comer mi sándwich después. Por un momento me quedo mirándola embobada, todavía sujetando la puerta. Luego reacciono cerrándola y sentándome a su lado.

—Adelante —le digo, sarcástica—. Sírvete tú misma. Total, eso solo era mi cena.

—Tus sándwiches están riquísimos, Cam —es su única respuesta, antes de dar un mordisco y relamerse con exageración, solo para molestarme.

—¿Qué haces aquí? —repito después de ver cómo bebe de mi vaso de leche también. Adiós cena.

—Ya te lo he dicho —me mira con fastidio.

Casey es mi hermana pequeña. Llegó a nuestras vidas sin ser planeada, por un descuido de mis padres, cuando yo tenía diez años. La adoré en cuanto supe de su existencia, pero mi madre nunca pudo superarlo. Se vio sobrepasada por un embarazo que no esperaba y un bebé que no quería. Seis meses después de dar a luz, desapareció de nuestras vidas sin más. Sin dejar rastro.

Después de aquello, me encerré en mí misma para intentar que no me

doliese su ausencia y mi padre me envió al psicólogo. Fue allí donde descubrí mi vocación. Quería ayudar a quién estuviese pasando por un mal momento, como me sucedió a mí. Lo tuve claro en cuanto logré salir del agujero dónde me había ocultado después del abandono de mi madre.

Gracias al psicólogo, en pocos meses, pude superar el dolor y la decepción que corroían mi alma y después me centré en ayudar a mi padre a criar a Casey. Suplí a la madre que no quiso saber nada de ella. No volví a pensar en ella hasta hace cuatro años, cuando comencé a colaborar con la policía. Le pedí a uno de los agentes que averiguase sobre ella, solo para descubrir que tiene una nueva familia y que es feliz con ellos. Y aunque en un primer momento pensé en ir a visitarla y recriminarle todo el daño que nos había hecho, decidí que no merecía la pena reabrir las viejas heridas por una mujer que no lo vale.

—Me has dicho que te escapaste de casa —hablo con esa calma que uso en mis sesiones porque sé cuánto le molesta que lo haga—, pero no me has dicho por qué.

—No hagas de psicóloga conmigo, Cam.

—No me obligues a hacerlo —la miro interrogante.

—Discutimos —bufa.

—Eso no es novedad —me levanto para prepararme la cena por segunda vez.

—Esta vez se ha pasado —levanta un poco la voz para que la oiga a pesar—. No pienso perdonarle jamás lo que me ha dicho. Ha sido horrible, Cam. En serio. Me ha dolido.

—¿Qué ha pasado? —asomo la cabeza por la puerta para mirarla a los ojos. Los tiene anegados en lágrimas contenidas.

—Me descubrió con Gina en mi habitación.

No necesito que diga más porque sé a qué se refiere. Cierro mis ojos por un momento mientras apoyo mis manos en la encimera para tratar de tranquilizarme. Lo único que me faltaba ahora era lidiar con eso también.

—Creía que ya no estabais juntas —prefiero afrontar primero esa parte. Mi padre tendrá que esperar un poco.

—Y no lo estamos. Vino a pedirme perdón —me siento de nuevo a su lado—. No quería saber nada más de ella, pero insistió tanto en que le dejase explicarse, que le permití pasar. Sé que no debí hacerlo, pero... tú siempre dices que es importante cerrar etapas en la vida para avanzar. Creí que en mi cuarto estábamos a salvo de papá.

—Si solo os vio en la habitación, no ha de ser tan grave.

—Es peor —agacha la cabeza y contengo la respiración—. Gina me besó en un intento por hacerme cambiar de opinión y papá nos vio.

—Mierda.

Mi padre siempre ha sido un hombre muy estricto y chapado a la antigua. La huida de nuestra madre lo llevó a refugiarse en Dios. Su fanatismo religioso lo convirtió en un hombre inflexible con ciertos temas, así que descubrir que su hija pequeña es lesbiana ha debido sentarle horriblemente mal.

Miro a Casey y puedo ver el dolor en sus ojos. No necesito saber lo que le ha dicho porque sé lo cruel que puede llegar a ser. Lo he vivido en mis propias carnes. Extiendo mis brazos hacia ella y se sumerge en mi abrazo consolador. Ya he perdido la cuenta de todas las veces en que hemos estado en esta misma posición a lo largo de sus veinte años de edad, porque vivir con mi padre no es sencillo.

—Aún así —le digo, intentando ser la voz de su conciencia—, no debiste irte de casa.

—Y me lo dice la que se largó a los dieciocho —solloza contra mi pecho.

—Yo me fui a la universidad.

—Yo estoy en la universidad, pero tengo que seguir soportando a papá —me mira con el ceño fruncido, pero no parece dispuesta a soltarse todavía de mi abrazo— ¿Por qué tú pudiste irte y yo no?

—Porque no quiero que tengas que pasar por todo lo que pasé yo, Casey. No es fácil trabajar y estudiar al mismo tiempo.

Nunca le dije a mi hermana que en realidad mi padre me echó de casa cuando descubrió que había mantenido relaciones con el que era por aquel entonces mi novio. Le hice prometer que no se lo contaría a Casey, amenazándolo con quedarme y llenarle la casa de hombres si no cumplía. Desde entonces, la relación que mantenemos se basa en unas pocas llamadas de teléfono al año, la mayoría de ellas para recriminarle por mi hermana. Tampoco he vuelto a pisar la casa donde me crie, no sé si por orgullo o por temor a que no me permita la entrada si aparezco por allí. Sentí que abandonaba a mi hermana, pero a mis dieciocho años no podía llevármela conmigo. Desde entonces, intento compensarla por mi ausencia.

—Haberte quedado tú también —hay reproche en cada una de sus palabras y no puedo culparla. La dejé sola con él y nunca le di la verdadera razón de ello.

—Eso ya está hecho —digo, soltándola por fin—. No se puede vivir en el

pasado...

—Puedes ahorrarte la sesión de psicología —me interrumpe—. No pienso volver con él.

—No te culparé por eso —digo en medio de un suspiro—. Hablaré con él.

—No voy a volver, Cam. Aunque me pida perdón de rodillas.

—Le diré que te quedas conmigo —le sonrío—. Al menos hasta que te encuentre un lugar donde quedarte, más cerca de la facultad. No quiero que tengas que ir sola hasta allí tan temprano.

—Cam —me abraza de nuevo, agradecida—. Eres la mejor.

Si ella supiese, probablemente me odiaría, pero por el momento lo dejaré estar así. No es necesario hurgar en la herida cuando está curando bien. En cuanto se va al cuarto de invitados, el suyo en realidad porque nadie más lo ha usado, llamo a mi padre. Ni siquiera me importa que sea tarde y que probablemente esté ya durmiendo.

—¿Qué diablos le has hecho a Casey? —digo en cuanto contesta.

—No blasfemes delante de mí, muchacha —desde que me echó de casa, no ha vuelto a llamarme por mi nombre. Claro que siempre que hablamos es para discutir sobre Casey.

—Y tú dime qué le has dicho.

—Está poseída por el demonio —casi puedo palpar la repulsa que destila en sus palabras aunque estemos hablando por teléfono. Y si la cara que le puso a Casey es como la que imagino que tiene ahora, no me extraña que mi hermana se disgustase— ¿Qué he hecho yo para merecer unas hijas tan indignas?

—El indigno eres tú, papá —intento no gritar, pero con él siempre me resulta difícil—. Tienes dos hijas inteligentes y responsables. Dos hijas que...

—Una desvergonzada que no ha sabido hacerse respetar por su novio y otra que se ha desviado del camino del Señor —grita, interrumpiéndome—. Una hereje, una impura, una...

—Por favor —bufo interrumpiéndolo yo ahora—. No puedo contigo, papá. De verdad. Lo he intentado, pero eres imposible.

—El Señor os castigará por vuestros pecados —puedo visualizarlo perfectamente, besando la cruz que siempre lleva al cuello. Me entran ganas de decirle algunas verdades, pero sé que acabaré lamentándolo, así que guardo silencio—. Arrepentíos o arderéis en el infierno.

—Casey se quedará conmigo —le digo sin más, incapaz de seguir

escuchándolo—. No esperes su regreso esta vez. A mí me echaste de casa y a ella la alejaste. Si lo que querías era quedarte solo, enhorabuena papá, porque lo has logrado. Adiós.

Ni siquiera le dejo que me responda. No puedo seguir hablando con él. No hoy, después del día tan duro que he tenido. Cuando me giro para ir a mi habitación, descubro a Casey en el pasillo, con su neceser en la mano. Y por la expresión en su cara, diría que ha escuchado las últimas palabras que le dediqué a nuestro padre. Y aunque no quería contárselo tan pronto, me temo que ha llegado el momento de confesarle la verdad. Solo espero que entienda por qué se lo oculté.

12

Me muevo con sigilo para no ser descubierto porque hoy toca pasar desapercibido. Me acerco a mi objetivo, ocultándome en las sombras, mis mejores aliadas en momentos como este. Mi respiración parece escucharse en la silenciosa noche, pero sé que solo es mi subconsciente engañándome. Lo mismo ocurre con el fuerte latir de mi corazón. Inspiro profundamente y todo sonido desaparece a medida que expulso el aire de mis pulmones.

Sé que no soy el único en este lugar, aunque no pueda verlos. Ni siquiera necesito saber dónde están para continuar mi camino porque el punto de encuentro ya ha sido establecido horas antes. Simplemente debo seguir avanzando hasta alcanzarlo. Sencillo.

Cuando ya casi estoy llegando, comienzo a notar movimientos a mi alrededor e imagino que serán mis compañeros, que han de estar cerca ya. Sujeto con fuerza mi arma y continúo avanzando, apuntando al frente y esperando encontrármelos en cualquier momento, pero de repente sin que haya podido preverlo, alguien me derriba de un golpe. Hace un segundo me creía rodeado de amigos y ahora tengo tres hombres claramente hostiles frente a mí. Esto no pinta bien, sobre todo cuando me arrebatan el arma.

—¿Así va a ser? —digo, aunque sé que no pueden entenderme— ¿Ni siquiera será una pelea justa? De hombre a hombre.

Me golpeo el pecho y luego muestro mis puños hacia ellos para hacerme entender. Se miran entre ellos y ríen. No sé si me creen poca cosa para luchar contra tres o simplemente están pensando en pegarme un tiro y acabar rápido. Espero que sea lo primero.

—Americano —escupe el más corpulento con desprecio, avanzando hacia mí.

—Escocés, tío —digo ofendido—. ESCOCÉS.

En cuanto llega a mí, lo golpeo con fuerza y lo tumbo. No sé si le duele más la mandíbula por el puñetazo o el orgullo por haberlo derribado un tipo menos corpulento que él. Tampoco me dejan averiguarlo porque un cuarto hombre me golpea con la culata de su arma por la espalda y caigo al suelo aturdido. Los otros dos me sujetan por los brazos y el recién llegado me da otro golpe en el estómago que me impide levantarme y me deja sin aire por un momento.

Mientras permanezco de rodillas, descubro cerca de nosotros a Rampsey, todavía oculto a su vista. Debería sentir alivio, pero no es así, porque veo en su mirada que no tiene intención alguna de intervenir. Aunque no abre la boca, sé que está diciéndome que ya le he causado demasiados problemas y que para él es mejor que yo desaparezca.

Cuando el cañón del arma me apunta justo entre los ojos, me yergo tanto como puedo y desafío a mi ejecutor con la mirada. Si he de morir, que sea con mi honor intacto.

Grito en cuanto escucho el ruido del disparo y me incorporo en la cama, empapado en sudor una vez más. Noto el latido de mi corazón incluso en la sien y la masajeo. Malditas pesadillas, van a acabar conmigo. Esta vez no miro el reloj porque necesito una ducha aunque sean las dos de la mañana. Necesito borrar de mi mente el recuerdo de aquel día antes de que me consuma y el agua me ayudará.

Media hora más tarde, ya más relajado, compruebo que son las siete de la mañana. Al menos esta vez he logrado dormir toda la noche. Sé que voy a necesitarlo porque hoy tengo mi tercera cita con la psicóloga y, por más que Cameron alegre la vista, no estoy de humor para enfrentar su mirada de reproche por lo que pasó el sábado. Aunque Kath se lo haya explicado, tengo la sensación de que no lo dejará pasar para recriminarme sobre las mujeres.

—Menuda mierda de día me espera —suspiro, mientras me tomo mi desayuno sin demasiadas ganas. Y por si esto no fuera poco, creo que me acabará doliendo la cabeza. Justo lo que me faltaba para rematarlo.

Al llegar al trabajo, me encierro en mi despacho sin hablar con nadie. Hoy no tengo ganas de bromas, así que aprovecharé para terminar los informes que debería haberle entregado a Thomas ayer a última hora. Seguro que espera encontrarlos en su mesa cuando llegue, así que no me queda mucho tiempo.

—Me vendría bien un día de patrulla hoy —Alec asoma la cabeza por la puerta para saludarme— ¿A ti no?

—¿Patrullar, tú? —alzo una ceja, divertido— ¿Es que ahora te gusta y yo no me he enterado?

—No he dicho que me guste —se sienta sin pedir permiso. No me parece mal, porque yo hago lo mismo en su despacho—, solo que me vendría bien.

—¿Problemas en el paraíso?

—¿Por qué siempre preguntas lo mismo? —ríe—. El paraíso está de maravilla. De hecho, está mejor que nunca.

—Imagino que la Kath borracha te dio una buena noche el sábado —me burlo.

—No solo el sábado —ríe de nuevo, pero sé que no me dirá nada más. Es muy discreto.

Lo observo mientras lee por encima algunos de los informes que ya he terminado. En cuanto se aburre, los coloca en su lugar. Yo me mantengo en silencio porque sé que acabará diciéndome a qué ha venido realmente, sin necesidad de que le pregunte.

—Hoy tienes sesión con la psicóloga.

Ni siquiera es una pregunta así que sigo sin decir nada. Prefiero centrarme en el informe que tengo entre manos. Es el último ya. Sé que debería ir cubriéndolos día a día, pero es la parte que más odio del trabajo, así que los voy dejando de lado hasta que Thomas me echa la bronca.

—Kath dice que deberías confiar en ella y hablarle de tu pasado —y ahí está la verdadera razón por la que ha venido a verme esta mañana. Ni siquiera voy a enfadarme porque lo diga, porque ya me esperaba algo así—. Que podrá ayudarte.

—Y eso lo ha deducido de una conversación de cinco minutos con ella, estando completamente borracha —rio.

—¡Eh! Si la ha impresionado en cinco minutos, es que es buena —me guiña un ojo.

—¿Te contó de qué hablaron? —nunca lo admitiré, pero he estado pensando en ello toda la semana.

—No —parece tan frustrado como yo—. Y lo peor es que creo que hubo más que un simple intercambio de palabras entre ellas.

—¿A qué te refieres? —frunzo el ceño.

—No lo sé —niega, recostándose contra el respaldo de la silla—. No me hagas caso, igual son imaginaciones mías. Ya sabes que Kath es imprevisible cuando lleva unas copas de más.

—Eso es lo que me asusta.

—No haberla emborrachado —ríe—. No digas que no te lo advertí.

—Jamás hiciste tal cosa —lo acuso.

—¡Cómo si lo necesitases!

—Eso también es cierto —lo acompaño en su risa. Me encanta verla un poco borracha, por más que esta vez me preocupen las consecuencias.

—En fin —da un pequeño golpe con los nudillos en la mesa, antes de levantarse—. Piénsate lo de hablar con ella. Ya sabes que Kath no es de las que confían en la gente de buenas a primeras. Algo le habrá visto para que diga eso.

—La habrá visto doble —bromeo.

—Piénsatelo —repite y luego se va.

Pero no hay nada que pensar porque no voy a airear mis trapos sucios con nadie, por muy bueno que sea. O que esté. Mi pasado no es negociable.

Después de entregar los informes, el día pasa demasiado rápido para mi gusto. Antes de que pueda pensar en ello, ya voy camino de la consulta, maldiciéndome por no haber traído pastillas para el dolor de cabeza. Y eso que lo presentía desde por la mañana.

A pesar de que mi sien y mi nuca palpitan, le sonrío a Edna en cuanto la escucho llamarme por mi nombre. Parece que ya me he ganado su confianza. Entro en la sala de espera y me siento en una de las sillas. No hay nadie más, así que me permito el lujo de cerrar los ojos y apoyar la cabeza contra la pared para ver si consigo aliviar la presión en mi cabeza. Me va a estallar de un momento a otro.

—Toma, cielo —me sobresalto al oír la voz de Edna.

Me quedé traspuesto por un momento y no la oí llegar. Abro los ojos y me la encuentro frente a mí, ofreciéndome una pastilla y un vaso de agua. Ni siquiera tengo que preguntarle para qué es, está claro que sabe que me duele la cabeza. Aunque no sé cómo diablos lo ha averiguado.

—Es bastante fuerte —me dice en cuanto le devuelvo el vaso—. Te hará efecto rápido.

—Gracias, Edna. Eres un amor.

—Amable y sin bromas —finge estudiarme—. Ha de dolerte mucho.

—En cuanto me haga efecto volveré a ser el de siempre —le guiño un ojo—. Aprovechate de mí ahora que puedes.

—La que debería aprovechar es Cameron —me mira con censura—. Algo me dice que no colaboras demasiado en las sesiones.

—¿Algo? —rio— ¿O alguien?

—No, cielo —su mirada se dulcifica al hablar de Cameron—. Ella no me dice nada. Tampoco puede, aunque quisiese hacerlo. Es solo que soy una mujer observadora y con suficiente experiencia para saber diferenciar a los que vienen buscando ayuda de los que lo hacen por obligación.

Me deja solo y cierro los ojos de nuevo intentando no pensar en lo que acaba de decirme. Suficiente tengo ya con venir, sin tener que sentirme también mal por no colaborar.

Un par de minutos más tarde escucho entrar a alguien e imagino que es Edna de nuevo. Abro los ojos, dispuesto a provocarla un poco con mis bromas, pero me encuentro con una joven de unos veinte años y con unos impresionantes ojos verdes que se hacen notar por encima del resto de su anatomía. Y me pregunto qué hace ella aquí, si se supone que yo soy el último paciente del día.

Se sienta en una silla y se comunica con el exterior escuchando música con sus auriculares. Adiós oportunidad de preguntarle si está aquí para una sesión, porque si es así, yo me largo. No voy a esperar una hora más a ser atendido. Hoy no.

Por suerte, no hace falta que pregunte porque se abre la puerta de la consulta y Cameron sale con la muchacha sorda de la otra vez. Me extraña no ver a su madre esperándola.

—Me he encontrado con su madre hace un momento y me ha pedido que le diga que la espere aquí —interviene la joven de la silla sin que nadie le pregunte—. Que le ha surgido algo, pero que no tardará.

—Casey —Cameron la mira con reproche— ¿Qué haces tú aquí? Te dije que me esperases en casa. Es tarde y mañana tienes que ir a clase.

—No soy una niña, Cam. Puedo trasnochar un poco —se burla y yo sonrío. Creo intuir quien es, por el parecido entre ambas, y me golpeo mentalmente por no haberlo visto antes. Sea como sea, me gusta su actitud.

—Luego no te quejes cuando te despierte —le dice, antes de mirar hacia su paciente—. Kelly, tu madre viene ahora a por ti. ¿Estarás bien aquí sola?

Mientras habla, usa las manos también, de un modo tan fluido, que parece algo habitual en ella. Me quedo mirando sus manos, como hipnotizado, hasta que deja de moverlas. Parpadeo varias veces mientras intento descubrir por qué me ha pasado eso. No es más que otra forma de hablar, aunque en sus manos queda muy sensual.

—Pasa, Rory.

Me levanto de un salto y camino con decisión hacia la consulta. No es que desee empezar la sesión, pero cuanto antes lo haga antes podré irme a casa. En esta ocasión ya no espero a que me invite a recostarme en el diván. Podría dormirme sin problemas si Cameron no dejase de hacerme preguntas durante la hora que estamos juntos. Una pena.

—¿Hoy estás dispuesto a colaborar? —es lo primero que me dice y yo sonrío dándole a entender que no lo haré—. Lo imaginaba.

—¿Y qué piensas hacer esta vez?

—Nada —suspira y se reclina contra el respaldo de su silla.

—¿Nada?

—Nada —repite.

—¿Es una nueva técnica?

—Me quedaré aquí sentada —dice—, mirándote hasta que pase la hora. Y si al finalizar la sesión no me has dado algo con lo que trabajar, no importa. Hoy no estoy de humor para pelear contigo ni con nadie.

Frunzo el ceño porque precisamente eso mismo pensé yo por la mañana. Me resulta raro que nos suceda lo mismo, pero no voy a darle vueltas tampoco. ¿No va a obligarme a hablar? Perfecto. Cierro mis ojos y me dispongo a dormir un poco. Ideal para que me termine de pasar el dolor de cabeza.

—¿Cómo está tu amiga? Kath, creo recordar que se llamaba —me pregunta minutos después—. Espero que la resaca no haya sido demasiado insoportable para ella.

—No nos hemos visto desde el sábado —la miro— ¿Algún interés en particular por saber de ella?

—Me pareció una buena mujer. Y una gran amiga —se encoge de hombros—. Se preocupa mucho por ti, ¿lo sabías?

—Kath es enfermera —sonríe—. La preocupación le viene de serie.

—Sabes que no me refiero a eso.

—¿Qué te dijo exactamente? —no debería preguntar más porque esto es entrar en su juego, pero no puedo evitarlo.

—Me dijo muchas cosas —sonríe triunfante. Acabo de caer como un tonto—. Si quieres saberlo, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Con qué te conformarías? —no sé por qué coño le pregunto, si no quiero contarle nada en realidad.

—Cuéntame algo de tu pasado —me sugiere—. Algo conciso, no las mismas vaguedades de siempre.

—Tampoco es que pierda el sueño por saber lo que te ha dicho —me encojo de hombros y me recuesto otra vez en el diván.

—Como quieras.

Mierda, claro que quiero que me lo cuente. Y Cameron también lo sabe, de ahí su actitud relajada. Tenía el as bajo la manga y ha sabido usarlo en el momento oportuno. Aunque me aguanto las ganas de darle lo que quiere para que me diga lo que habló con Kath, al final claudico.

—No siempre he estado de acuerdo con las órdenes que recibía en el ejército —le digo sin mirarla—, pero las acaté todas y cada una de ellas sin protestar.

—Y ahora sientes remordimientos —concluye por mí.

—Tal vez por algunas —no voy a admitir más.

—Kath me dijo que te costaba hablar de tu pasado con todos, que no era personal. También me pidió que no me rindiese contigo porque merecías liberarte de tus demonios y ser feliz.

—¿Solo eso? —la miro incrédulo.

—El resto me lo reservo para cuando lo necesite —me mira con una sonrisa de suficiencia en los labios y sé que hay mucho más. Maldita Kath, la mataré.

—No te daré nada más a cambio —le advierto.

—No me creas estúpida, Rory. Con eso ya contaba —anota algo en su bloc, antes de seguir hablando—. Pero conseguiré tentarte de nuevo.

—Pero si tú ya me tientas —le regalo una sonrisa seductora—. Y no sabes cuánto.

—Estabas tardando en decirlo. Tus reflejos se resienten —me mira, seria—. Supongo que será la edad.

—No soy mucho mayor que tú —protesto.

—Las preocupaciones envejecen la mente.

—Buena esa —rio—, pero no te servirá de nada.

—Seguiré intentándolo.

—Y yo disfrutando de las vistas —le guiño un ojo.

La hora se pasa en un suspiro y casi no la creo cuando me dice que soy libre. No ha sido tan malo esta vez. Casi podría decir que ha sido agradable, pero

solo casi. No vaya a acostumbrarme a las citas y baje la guardia con ella. Aunque, pensándolo bien, tal vez sea eso lo que pretende. Tal vez crea que si deja de presionarme como al principio, acabaré cediendo. Eso no va a pasar.

Al salir, la hermana de Cameron, o eso creo, está sentada con la otra chica y están concentradas mirando la pantalla del teléfono. Ambas sonríen y Cameron se queda paralizada al verlas. Parece sorprendida.

—No puedo creerlo —susurra.

—¿Qué pasa? —ni siquiera sé por qué he preguntado, pues no es de mi incumbencia. Supongo que ha sido por inercia.

—Está sonriendo —no me mira—. Lleva dos meses sin hacerlo. Y sin decir una sola palabra.

—Tal vez no haya tenido motivos para hacerlo —cuando Cameron me mira, me encojo de hombros.

—No es la única que no habla sin la motivación adecuada —me lanza una mirada significativa—, al parecer.

—Buenas noches, Cami —sonrío al notar esa furia controlada que siempre aparece cuando la llamo así.

Antes de salir me vuelvo hacia ellas y veo a Cameron agachada frente a Kelly sonriéndole. Es la primera vez que veo una sonrisa suya tan sincera, directa y libre del control que siempre ejerce sobre sí misma. Acabo de comprobar que cuando abandona su actitud de mujer intocable es deslumbrante y solo puedo pensar en que no querría que haga eso conmigo porque estaría perdido.

13

Puedo ver las estrellas con claridad. Hoy es una de esas noches en que nada parece quebrar la quietud que reina a mi alrededor. Ni siquiera el calor sofocante me molesta, porque el cielo está tan despejado y hermoso que no puedo pensar en otra cosa que en admirarlo. Aquí, por desgracia, hay pocos días así.

El silencio, algo difícil de encontrar en este lugar, me envuelve por primera vez en meses y cerraría mis ojos para disfrutarlo, si las estrellas no me atrajesen tanto. No puedo dejar de mirarlas, me transmiten paz. Algo que tampoco tengo desde hace mucho.

Entonces, un grito irrumpe en la noche y llega a mí con tal nitidez que aseguraría que ocurrió a pocos pasos de donde estoy. Me incorporo inmediatamente, como un resorte, en guardia. Es el instinto, que se apodera de mí, y antes de que pueda controlarlo, ya estoy corriendo hacia el peligro. Porque la desesperación en ese grito no traerá nada bueno.

—No —escucho de nuevo, ahora con más fuerza—. No. Basta.

Reconozco la voz al momento. Es una de las soldados nuevas que han llegado hace unas semanas y eso me hace apurarme más. Algo malo está pasando con ella.

—No —grita otra vez, pero ahora suena ahogado, más parecido a un sollozo.

En cuanto giro en la esquina de una de las tiendas más alejadas, los veo. Ni siquiera me lo pienso antes de actuar. Me lanzo a por ellos y no me importa que ellos sean más. Han rebasado el límite nuevamente y no puedo permitirlo. Esto no está bien.

—MacBay, el héroe —ríen mientras me sujetan entre dos. Aunque se han llevado lo suyo antes, son demasiados para mí solo.

—Esto lo pagarás caro, MacBay —Rampsey me mira con odio y luego me

golpea con fuerza. Sé que no se detendrá hasta acabar conmigo.

Abro mis ojos de golpe y me toco la mandíbula, donde se rompió hace años durante aquella paliza. No ha vuelto a molestarme, pero en este momento siento el mismo dolor que entonces. No puedo seguir así. Los malditos recuerdos, acabarán conmigo si no hago algo para frenarlos. Por desgracia, desde que inicié las sesiones se han vuelto más intensos, sobre todo los días en que tengo que ir a la consulta. Es como si luchasen por salir y darse a conocer.

—Ni de coña —digo, levantándome para entrar en la ducha. Lidiaré con ellos como lo he hecho siempre. No necesito ayuda de un loquero. No necesito...

Cierro los ojos y dejo que el agua escurra por mi cara y cuerpo buscando borrar los recuerdos, pero el alivio que me supone es pasajero. Sé que regresarán tarde o temprano y aunque me he propuesto no beber para acallarlos, mis ganas crecen cada día. Últimamente me cuesta tanto controlarlas, que me he deshecho de todo el alcohol que tenía en casa para evitar tentaciones.

—Buenos días —Alec me saluda, como cada mañana—. Aunque, no deben serlo para ti. No tienes buena cara.

—Mi cara es, definitivamente, perfecta —le guiño un ojo—. Lo que sale de tu boca solo es la envidia que sientes porque la tuya no es así.

Me arrastra con él hasta su despacho y me preparo para una de sus charlas. Odio cuando lo hace, porque la mayoría de las veces tiene razón, aunque nunca se la daré, por supuesto. Me siento en la silla con fingido desinterés y lo miro, mientras coloco los pies sobre su escritorio, a sabiendas de que no le gusta. Él se apoya contra la mesa, con los brazos cruzado. Ni se molesta en apartar mis piernas, lo que me alarma, y yo mismo las bajo.

—¿Qué ocurre? —me incorporo en la silla, preocupado.

—Tienes que hablar con Cameron ya —me dice—. No puedes seguir así, Rory. Acabarás con tu salud si no haces nada.

—Joder, Alec —me apoyo en el respaldo de nuevo, más tranquilo—. Por un momento pensé que le había pasado algo a tu padre.

—Mi padre está bien —se le escapa una sonrisa, antes de fruncir el ceño—. Eres tú el que me preocupa. Veo cómo tus pesadillas te van consumiendo día a día. A mí no me engañan ni tus bromas ni tus risas, Rory. Nos conocemos demasiado bien.

—Estoy bien —me encojo de hombros—. Solo he tenido una mala noche.

—¿Cuántas van ya? —parece realmente enfadado y me empieza a incomodar su mirada— ¿Hasta cuándo vas a fingir que puedes con todo esto tú

solo? Pedir ayuda no te hace débil, Rory. Ni cobarde. Alguien, hace tiempo, me dijo que todos necesitamos desahogarnos en algún momento. ¿Sabes quién?

—Puedo imaginármelo —hago una mueca de disgusto, consciente de que, una vez más, tienen razón.

—Nadie era más reacio a hablar de sí misma que ella —continúa—, pero lo hizo. Me contó sus miedos, sus penas, la culpa con la que cargaba desde niña tras la muerte de sus padres. Eso no me hizo quererla menos, Rory, sino todo lo contrario. La amé por haber sabido sobrevivir a todo eso.

—¿Estás tratando de decirme que me amarás si te hablo de mis mierdas? —sonrío, aunque no me corresponde. En esta ocasión está decidido a darme una lección.

—Sabes lo que quiero decir, Rory —me reprende—. Esta vez no voy a dejarlo estar, esperando a que te decidas a hacer lo correcto. Tienes que hablar con Cameron ya. Ella puede ayudarte con tus mierdas, como las llamas.

—Son muy jodidas, Alec.

—Más jodido estás tú, Rory —nos quedamos en silencio durante unos minutos, mirándonos a los ojos, antes de que Alec hable de nuevo—. Esta noche ven a cenar a casa.

—¿Y eso? —alzo una ceja, contrariado por su cambio de tema.

—¿Acaso no podemos invitar a nuestros amigos a cenar cuando queramos? —imita mi gesto.

—Bien —me levanto y sonrío—. Fingiré que no hay ningún motivo oculto detrás de esa invitación.

—Y yo fingiré que no te he oído decir eso —me devuelve la sonrisa.

Al parecer ya ha pasado la tormenta. Al menos por el momento, porque aunque el resto de la mañana no toca el tema de nuevo, puedo sentir su mirada sobre mí en varias ocasiones. Debe estar realmente preocupado. Sin embargo, aunque probablemente él tenga razón como siempre, no me animo a hablar con Cameron. No quiero que conozca esa parte de mi vida. Es psicóloga y es su trabajo ayudar sin juzgar, pero aún así, no me gusta pensar que pueda acabar asqueada de mí por lo que le vaya a contar. Con Alec me pasa lo mismo.

Los sueños que estoy teniendo no son nada en comparación a lo que he hecho a algunas personas en los interrogatorios. Y no me consuela pensar que estábamos en guerra y que solo obedecía órdenes. Esa no es una parte de mi vida que quiera airear. Ni con Cameron ni con Alec ni con nadie.

Y eso es lo que me repito cuando llego a la consulta. Todavía es la cuarta cita y ya no sé cómo haré para resistir las doce que me faltan. Cameron es una mujer muy persuasiva en su trabajo y mi curiosidad sobre lo que Kath le ha dicho es una muy buena baza con la que jugar conmigo. Esta noche en la cena pienso averiguar lo que le dijo, antes de que quiera usarlo de nuevo contra mí.

—Hola, Rory —me saluda en cuanto se va su último paciente—. Ven conmigo.

Sale del despacho y cierra la puerta con llave. Yo la miro con cara de tonto cuando me indica con la mano que la siga. Lo admito, esa es la cara que se me ha quedado al ver que no entramos en la consulta. Aunque no voy a protestar porque, mientras la sigo, puedo deleitarme con el movimiento de sus caderas. La seguiré a dónde quiera que me lleve solo por las vistas.

—Hoy tendremos nuestra sesión en otro lugar —me dice, después de llamar al ascensor.

No me mira ni dice nada más mientras esperamos. Sé que quiere que le pregunte a dónde vamos, pero no lo haré. Soy un hombre paciente y puedo esperar. Salimos del edificio y la sigo hasta un coche deportivo que llama mi atención.

—¿Es tuyo? —le pregunto, genuinamente interesado.

—Es mío —sonríe orgullosa— ¿Te gusta?

—Prefiero las motos —me acerco a ella para susurrarle—. Hay más contacto físico.

—Debí imaginarlo —he notado su reacción ante mi aliento en su oreja y, extrañamente, eso me hace sentir poderoso. No es fácil conseguir una respuesta de la mujer cuando la psicóloga está en acción.

—¿Tengo que ir contigo? —me burlo— ¿Puedo fiarme de ti? Tal vez estés pensando en raptarme y violarme.

—Si así consigo que hables.

Me quedo petrificado con su respuesta. Jamás habría esperado que me dijese algo así y mucho menos que lo acompañase con una deslumbrante sonrisa de dientes perfectos. Sin embargo, he aprendido que con Cameron nada es al azar, así que no me fío de lo que hay detrás de ella y entrecierro mis ojos, estudiándola.

—Vamos al gimnasio de tu amigo, Rory —suspira mientras abre la puerta del coche—. Sube. Luego te traigo de regreso. Lo prometo.

—Y me pregunto —comento en cuanto estamos en marcha—, ¿por qué vamos al gimnasio de JJ?

—He pensado en otro reto para hacerte hablar.

—¿Qué clase de reto?

—Una pelea —no me mira mientras conduce.

—No voy a pelear contigo, Cameron.

—¿Porque soy mujer? —ahora sí he captado su atención, pero no me gusta la crítica en su mirada. Ni en su voz.

—Porque practicamos distintas disciplinas —le replico, haciéndole saber con mi tono de voz que me ha ofendido con sus palabras.

—No importa —regresa su atención a la carretera y puedo ver una pequeña sonrisa pugnando por salir.

—Yo creo que sí.

—En realidad no, porque no se trata de ganar o perder la pelea, sino de ver quién golpea a quien. Cada vez que te alcance con mis puños, tendrás que contarme algo de tu pasado —me explica.

—¿Y qué gano yo con eso? —no me gusta—. Te recuerdo que yo no quiero contarte nada.

—Por cada golpe que me des, puedes preguntar lo que quieras de mí —me mira fugazmente—. Sé que te mueres por conocerme un poco más.

Está jugando conmigo y me gusta. Ese terreno lo conozco y soy el rey en él. Conseguiré ponerla tan nerviosa con mis preguntas, que no será capaz de golpearme ni una sola vez. Será divertido.

—¿Debo suponer que aceptas? —me dice al ver mi sonrisa.

—¿Quién podría resistirse a un reto contigo, nena?

No me dice nada, pero sonrío de nuevo y me quedo prendido en su boca. Mierda, casi prefiero que esté seria porque es más fácil lidiar con ella si no enseña sus encantos. Miro hacia la carretera para que no sepa cuánto me ha perturbado mi reacción ante su sonrisa. No sé qué coño me pasa, pero no me gusta.

—Llegamos —dice, aunque creo lo hace para romper el silencio que se ha instaurado entre nosotros porque yo conozco el lugar mejor que ella.

—Estará cerrado —caigo en ello nada más bajar del coche.

—JJ ha sido muy amable al dejarme las llaves cuando le expliqué lo que

pretendía hacer.

—¿Qué co...?

—Eh —me corta antes de que termine lo que iba a decir—. No te sulfures todavía. Solo le dije que era un experimento con uno de mis pacientes. No di nombres. Secreto profesional, ¿recuerdas?

—De acuerdo —aún así, le lanzo una mirada de advertencia. Y ella me regala otra de sus deslumbrantes sonrisas, que me dejan sin aliento. ¿Se habrá dado cuenta de me afectan y lo está usando contra mí?—. Si eso quiere decir que estaremos los dos solos, no voy a protestar.

Se le escapa un mohín de disgusto ante mi tono de voz y estoy seguro de que ni sabe que lo ha hecho. La sigo hasta el interior del gimnasio y luego enciendo las luces. Si su paciente hubiese sido cualquier otro, habrían pasado un buen rato buscándolas, porque no están a la vista.

—Espero que tengas ropa para cambiarte en tu taquilla —me dice—. No pensé en eso cuando lo planeé.

—Yo siempre estoy preparado, nena —le guiño un ojo—. Para todo.

Esta vez me ignora y se dirige a los vestuarios femeninos. Yo voy a mi taquillero y me cambio de ropa. Aunque no será una pelea real, me descubro ansioso por empezar. Hace tiempo que dejé de venir a diario al gimnasio y lo echo de menos. Voy a tener que retomar la costumbre.

—¿Preparado? —me pregunta, recolocándose los guantes. Está en el ring esperando por mí.

—Qué rapidez —me burlo mientras me acerco a ella—. Creo que eres la única mujer que conozco, que puede cambiarse de ropa en menos de cinco minutos.

—Yo siempre estoy preparada, nene —repito mis palabras y se me escapa una sonrisa.

Mierda, no quiero que me caiga bien. No quiero coger confianza con ella. No quiero que me sonría de ese modo. No quiero... Un golpe en mi mandíbula me saca de mis pensamientos.

—Eso es trampa —protesto al comprender lo que ha pasado—. Ni siquiera has dicho que empezábamos.

—Nunca dije que no haría trampas —sonríe de nuevo y yo maldigo por lo bajo—. Ahora, cuéntame algo.

Pienso en qué puedo contarle sin revelar mucho y ella me ataca de nuevo.

La esquivo por muy poco. Al parecer, no respetaré las pausas para las confesiones. Es muy lista y no me creo que vaya a seguirle la corriente con esto. Me pongo en guardia y trato de darle mientras hablo.

—Puede que los recuerdos de lo que hice durante mi tiempo en el ejército regresen a mí en ocasiones.

—Eso es muy vago, Rory —esquiva un golpe y chasquea la lengua después—. Sé que puedes hacerlo mejor.

—Tendrás que darme otra vez para que concrete más —la reto. No voy a dejar que tenga otra oportunidad.

—Hecho —amaga—. Si te golpeo de nuevo, tendrás que contarme uno de esos recuerdos.

—Hecho —antes de que pueda siquiera moverme, siento su pierna golpeando mi costado— ¿Qué ha sido eso?

—Una patada —sonríe con suficiencia.

—En boxeo no se dan patadas.

—Me gusta el boxeo, pero no es el único deporte que practico —ríe y yo creo haber llegado al cielo. Mil maldiciones para esa risa.

—Es usted una mujer con muchos secretos, señorita Waters —le digo cuando me repongo de la impresión.

—Cuénteme uno de los suyos, señor MacBay.

Empiezo a agobiarme nada más pensar en ello, pero las palabras de Alec resuenan en mi cabeza. Mal momento para recordarlas. Apoyo mis manos en las rodillas e inclino la cabeza para no mirar a Cameron directamente a la cara. Esto no va a ser fácil.

—Durante una de las misiones —comienzo, dubitativo— un soldado murió por salvarme a mí. No pude hacer nada para salvarlo. No era más que un crío, su primera vez en tierra enemiga. Le debo mi vida y él...

—Eh —se acerca a mí y me obliga a mirarla. Yo lleva los guantes puestos, pero conserva las vendas— ¿A cuántos salvaste la vida aquel día?

—A todos los demás —frunzo el ceño.

—La acción de ese soldado, te permitió salvar al resto —me dice—. No podemos controlar lo que sucede a nuestro alrededor, Rory, eso no está en nuestras manos. Pero podemos quedarnos con lo bueno que se nos ofrece y aceptar que lo malo es también parte del proceso. Aquel día murió un hombre, cierto, pero muchos otros se salvaron por su valentía. Por tu valentía. Por haber

sido capaz de sobreponerte y continuar adelante a pesar de todo.

—No pretendas hacerme creer que su muerte estuvo bien.

—Ninguna muerte está bien, si la vida fue arrebatada, Rory. Solo digo que pudiste haber elegido arremeter en un acto suicida en contra de quien mató a ese muchacho y arrastrar contigo a todo tu equipo. Algo me dice que te habrían seguido a dónde quiera que fueses. Pero decidiste salvarlos y así honrar su recuerdo.

—Pero él está muerto y yo no.

—¿Es el único hombre que has visto morir bajo tu mando?

—No.

—¿Tienes el mismo problema con sus muertes?

—No —frunzo el ceño. No me gusta lo que insinúa.

—¿Qué lo hace diferente? ¿Qué te salvó la vida? —me mira con esos ojos que por veces son azules y por veces verdes, según el momento. Podría perderme en ellos y disfrutarlo, aunque ahora no me gusta lo que me están diciendo— ¿Si hubiese muerto por salvar a otro seguirías tan preocupado por él o por su juventud? ¿Realmente te afecta su muerte o son los remordimientos los que no te dejan aceptarla?

—Tú no sabes nada —la acerco más a mí y no puedo evitar hablar de forma brusca—. No estabas allí. No tienes ni puta idea de lo que es vivir con la amenaza de la muerte pendiendo sobre ti a todas horas. Día tras día. Mes tras mes.

—Explícamelo, Rory —nuestras caras están a escasos centímetros, pero no se acobarda—. Permíteme entender lo que te sucede, para que pueda ayudarte a superarlo.

Estudio su rostro en busca de alguna señal de censura, pero no hallo ninguna. Aunque soy muy consciente de su cercanía y de esa boca tan tentadora, que invita a ser besada. La sujeto por la nuca, sin pensarlo demasiado y acerco su rostro al mío, pero en el último momento Cameron lo aparta y se separa de mí.

—Hemos terminado por hoy —dice, después de aclarar la voz—. Cambiémonos. Te llevaré hasta tu moto.

Desaparece en los vestuarios y solo entonces soy consciente de que me ha rechazado. Y aunque me encantaría decirle algo para que no crea que me importa, en realidad sí lo hace, así que me callo. Sobre todo porque no me mira

al salir del vestuario y me dedica un tenso *nos vemos el miércoles* delante de su consulta al despedirnos.

—Tío Rory —Faith corre hacia mí y la alzo en brazos. No hay nadie como ella para mejorar mi día. Su sonrisa hace que olvide todos mis males.

—Pequeña hada —la elevo en el aire unas cuantas veces para que se ría y después la acomodo en mis brazos y beso su coronilla.

Alec dijo amigos en plural cuando me invitó, por lo que doy por sentado que Duncan y Sally estarán también, así que me llevo a Faith al salón, donde seguramente me estén esperando. Tengo ganas de ver a la parejita porque desde la boda no hemos vuelto a coincidir.

—Amor, ¿cómo estás? —me saluda Duncan—. No he sabido de ti en semanas. Me tienes abandonado.

—Le pedí a Sally que te entretuviese por mí, Duncan —rio mientras me acerco a la aludida para darle un beso en la mejilla—. No has debido de hacerlo muy bien si ya se está quejando, querida.

—Hola, Rory —me contesta con una sonrisa en sus labios. Ignora a propósito mi comentario, pero yo le guiño un ojo para que sepa que no cuela.

Me siento a su lado y recoloco a Faith para que no se me escurra del regazo. Alec aparece justo después y se une a nosotros para esperar. Y aunque intenta que su hija se vaya con él, la pequeña se sujeta con fuerza a mí y niega efusivamente. Alec me mira ceñudo cuando le regalo mi mejor sonrisa de victoria.

—Me adora —le digo—. No puedes luchar contra eso.

—Es mi hija —dice—. Disfrútala sabiendo que a mí me ama.

—Igualito que niños pequeños —dice Kath, que llega a tiempo de escucharnos—. Veo que ya estamos todos. ¿Empezamos?

No necesitamos más invitación, pues la comida de Kath siempre está deliciosa. Mientras vamos hacia la cocina, Faith abandona mi regazo y corre hacia su padre. Ahora me toca a mí tragarme su sonrisa triunfante. Estoy tentado a levantar mi dedo corazón, pero me contengo por mi pequeña hada. No quiero que lo vea e intente imitarme. Kath me mataría.

Durante la cena conversamos para ponernos al día con Duncan y Sally y reímos. Sobre todo, reímos. Por eso me encantan estas reuniones. Me ayudan a abstraerme de lo que preferiría olvidar y no puedo. Con todos ellos, puedo fingir por un tiempo que no hay nada malo en mí de lo que preocuparme.

Cuando regresamos al salón después de la cena, Faith se sube a mi regazo. Empiezo a pensar que esta niña es demasiado lista y nos vacila, pero en cuanto se acurruca contra mí, se me olvidan sus motivos. No hay nada mejor que tener a mi pequeña hada en mi pecho. Ni siquiera me entero de que se queda dormida, hasta que Kath se levanta para llevársela a la cama.

—Es lo mejor del mundo —dice Alec y sé a qué se refiere. Podría dejar que se duerma así todos los días de mi vida.

Kath no tarda en regresar y se sienta en el regazo de Alec. Se miran y se sonríen como si estuviesen guardando un secreto que solo ellos conocen. Creo que no soy el único que lo nota porque Duncan le lanza a Sally una mirada muy significativa. Tengo la sensación de que ahora conoceremos ese motivo que según Alec no existe, por el que estamos esta noche en su casa.

—Tenemos algo que anunciaros —dice al fin Alec, mirándonos.

—Ya sabía yo que había algo más —le digo para provocar sus risas. Se han puesto un poco serios y eso no me gusta. Aunque si fuese malo, no habrían celebrado una cena previa, ni se sonreirían del modo en que lo hacen. ¿O sí?

—No se te escapa nada, Rory —Alec me guiña un ojo, burlándose de mí y yo le saco la lengua.

—Igualito que niños pequeños —repite Kath y le guiño el ojo a ella ahora.

—Dejaros de guiños y sonrisas cómplices —ríe Duncan—. Yo quiero saber ya qué pasa.

—Ha sido toda una sorpresa incluso para nosotros —dice entonces Alec, mirando con adoración a Kath—. Si lo llego a saber antes, el sábado habría sido bien distinto.

—¿Mi sábado? —pregunto alzando una ceja.

—Ese sábado en que me confesaste que me querías, Rory —sonríe Kath y la fulmino con la mirada. Ya me lo ha recordado unas cuantas veces esta noche. Y cada día que nos vimos, desde que tuve el desliz.

—Ya, ya —finjo que no me interesa y su sonrisa se amplía—. A lo que importa, que se me hace tarde.

—Estoy embarazada —anuncia sin más y mis ojos se abren por la sorpresa. Ahora entiendo el comentario de Alec sobre el sábado.

—Voy a ser tío de nuevo —me levanto, eufórico, para abrazarla. Creo que no se esperaba una reacción como esa porque tarda en devolverme el abrazo—. Me alegro mucho. Os lo merecéis.

Eso último se lo susurro y sé que ha entendido el mensaje oculto porque me aprieta más y besa mi mejilla. Sus ojos están acuosos ahora.

—Enhorabuena, hermano —abrazo a Alec y noto que está nervioso por primera vez en toda la noche—. Todo saldrá bien.

—Lo sé —dice, pero noto la duda en su tono.

—Saldrá bien —repito—. Cuídala mucho.

—Lo haré.

Duncan y Sally también los felicitan. Después de intercambiar algunas bromas con ellos dos sobre cuándo se animarán a dar el paso también y de mantener un par de conversaciones más, nos despedimos. Y aunque les prometo que me iré directamente a casa, en el último momento decido pasarme por el pub a tomar algo. Tal vez solo un par de copas para atontar la mente y poder dormir.

—Esa es la tercera copa, que yo sepa. ¿Vas a parar ya o pretendes emborracharte?

Cameron se acaba de sentar a mi lado y me está mirando. Me resulta imposible saber qué está pensando porque mantiene esa máscara de imperturbabilidad que tanto le gusta usar conmigo. Ni siquiera puedo entender por qué me está hablando, si cuando nos despedimos parecía más interesada en desaparecer de mi vista para siempre.

—¿Preocupada por mí, Cami?

La reacción que busco al llamarla así no se hace esperar, tan tenue como imaginaba, pero ahí está. Esa mandíbula apretada y un pequeño brillo de rabia en sus ojos. Incluso ha cerrado sus manos en puños por un segundo, antes de extenderlas de nuevo de forma relajada.

—Sabes tan bien como yo que el alcohol no es la solución —ignora mi pregunta y yo sonrío por ello.

—Estoy celebrando que mis mejores amigos van a ser padres de nuevo — ignoro su advertencia también—. Tal vez deberías brindar conmigo, ahora que Kath y tú sois tan amigas.

—No creo que una conversación de diez minutos nos convierta en grandes amigas —cuando sonrío, no puedo apartar la mirada de sus labios—, pero me alegro por ella.

Choca su cerveza con mi vaso y es cuando me fijo en que ella también está bebiendo alcohol. Busco a sus amigas por el pub y las encuentro no muy lejos de nosotros. Nos están observando y algunas ríen tontamente cuando les dedico una

sonrisa.

—¿Cuántas van ya? Cuidado, no vayas a emborracharte, Cameron —le devuelvo mi atención porque no hay nadie que me interese más que ella en este momento.

—Yo puedo parar cuando quiera, Rory —me responde— ¿Podrías tú decir lo mismo?

—Podría parar ahora mismo —me acerco a ella—, si me dices un buen motivo para hacerlo.

—Tu respeto hacia ti mismo, tu cordura, tu salud, tu vida —no titubea ni se aleja de mí mientras habla— ¿Quieres más motivos? Tus amigos, por ejemplo. Querías saber qué me dijo el sábado Kath, ¿no? Pues me dijo que está preocupada por ti. Que tiene mucho miedo de que un día cometas una locura solo para dejar de sufrir. Que no quiere perderte ni que su hija pierda a su tío. Formas parte no solo de su vida, sino también de su familia, Rory y amistades como la suya son escasas hoy en día. No deberías menospreciarlos de ese modo.

—Yo no los...

—Lo haces —me interrumpe—. Les ocultas una parte importante de ti, creyendo que los proteges, pero en realidad lo que consigues es dañarlos. No estás confiando en ellos como vuestra amistad se merece. Ellos se entregan al cien por ciento y tú solo les das fragmentos de ti mismo. Eso es menospreciarlos. Si no quieres tratar de superar tu pasado por ti, al menos hazlo por ellos. Se merecen tener al Rory completo.

Me quedo en silencio, incapaz de contestarle. No es habitual que alguien me deje sin palabras y Cameron acaba de hacerlo. No se me ocurre ninguna broma que me ayude a aliviar el malestar que sus certeras palabras me han causado y eso me perturba.

—Piensa en ello, Rory, porque me temo que esta será tu última oportunidad para hacerlo bien —me mira por un momento, antes de continuar—. Confío en que sabrás hacer lo correcto. Confío en ti.

Alec me lo ha dicho infinidad de veces, pero nunca ha logrado remover nada en mí como oírsele decir a Cameron. Sin embargo, no digo ni hago nada cuando se levanta para regresar con sus amigas. Simplemente me quedo donde estoy, con la mano en mi vaso y la mirada perdida, digiriendo sus palabras. Finalmente me voy del pub sin haberme terminado la copa porque ya no me apetece seguir bebiendo. Esta noche lidiaré con mis sueños sin ayuda del alcohol.

De camino a la moto, descubro a Cameron en el aparcamiento. Ni siquiera la vi salir del pub. Me detengo a deleitarme con sus sugerentes curvas, enfundadas en un pantalón ajustado que no deja mucho a la imaginación. La camiseta negra, con la espalda al aire, consigue que cierta parte de mí se agite. Y aunque me ha dejado mal sabor de boca esta noche con sus verdades, en cuanto veo que está sola, revisando su teléfono, no puedo evitar caminar hacia ella.

—¿Te han dejado plantada? —le susurro al oído, mientras apoyo mi mano en su espalda desnuda. Tiene la piel suave y siento cómo reacciona ante mi toque, aunque me temo que tampoco yo soy inmune a ella.

—Mis amigas y yo vamos en direcciones opuestas — me responde, moviéndose para romper el contacto—. Pediré un taxi.

—Puedo llevarte —le digo, tal vez demasiado rápido, así que añado algo más—. En compensación por el viaje de antes.

—Eso fue por trabajo.

—Y esto por placer —me encojo de hombros—. Vamos. Solo quiero ahorrarte el taxi.

Parece dudar, pero finalmente asiente y la guío hasta mi moto. Siento que voy a disfrutar mucho de este viaje. De hecho, ya lo estoy haciendo, solo con imaginar que tendrá que sujetarse a mí para no caer. La anticipación hace que sonría sin poder evitarlo. Por suerte, Cameron no me mira hasta que ya lo he controlado.

A pesar de sus protestas al descubrir que solo tengo un casco, le obligo a ponérselo y en cuanto rodea mi cintura con sus brazos, arranco la moto. Ha dudado también en darme su dirección. Lo he notado en su forma de mirar al suelo por algunos segundos, evitando el contacto visual. Supongo que es comprensible, sobre todo porque los planes que tengo en mente para despedirnos, le darán la razón en dudar.

No hay tráfico en las calles y el viaje dura menos de lo que me gustaría, aunque ver la cara que se le queda a Cameron al decirle que la acompaño hasta su apartamento, lo compensa. Insiste en que no es necesario, pero no cedo. Esta vez no va a rechazar mi beso.

—Gracias por traerme —dice una vez frente a la puerta.

Sé que no la abre para no tener que invitarme a pasar, pero no me molesta eso porque no es mi intención entrar. Esta vez, me conformaré con incomodarla con un solo beso.

—Solo lo hice para tenerte abrazada a mí todo el camino —le digo,

acercándome a ella.

Se pega a la puerta, aunque me mantiene la mirada. Está claro que no me va a resultar sencillo robarle el beso, pero eso lo hace todavía más excitante.

—Deberías ir a casa, Rory —me dice—. Es tarde.

—Cierto —aún así, me acerco más a ella. Ya no tiene hacia donde retroceder.

—Buenas noches —me dice con su voz más autoritaria, la misma que utilizó para recordarme nuestra cita del miércoles.

—Buenas noches, Cami —sonríó de anticipación, esperando ver su ira contenida y no me decepciona.

Busca las llaves en su minúsculo bolso, ignorándome, segura de que dará la vuelta y me iré, pero yo aprovecho para tomarla por la nuca y acercar su boca a la mía. Esta vez no logra detenerme, aunque admito que tiene buenos reflejos.

Un escalofrío recorre mi cuerpo en cuanto pruebo sus labios. Es tan intenso, que casi logra que me separe de ella. Sin embargo, lo que hago es acercarme más y saborear su boca con urgencia. Que Cameron responda, solo lo hace más enloquecedor.

—Basta —consigue separarnos, después de unos intensos minutos que me han sabido a poco—. No debemos...

Antes de que pueda decir algo más, nos interrumpe el sonido de unos tacones acercándose por el pasillo. Nos separamos como si hubiésemos hecho algo malo y miramos en la misma dirección, para descubrir a la joven de la consulta. Esa que supongo que es su hermana.

—Parece que interrumpo algo —dice con una sonrisa muy parecida a la de Cameron, pero que no provoca en mí la misma sensación.

—Nada en absoluto —responde Cameron—. Nos hemos encontrado a la salida del pub y se ha ofrecido a traerme a casa, pero ya se iba.

Me acaba de echar sutilmente, pero no voy a enfadarme por ello porque ya he obtenido lo que quería. Tal vez haya sido un poco corto, pero lo ha compensado su intensidad. Aunque lo mejor ha sido descubrir que Cameron no es inmune a mis encantos. Tan solo piensa en su trabajo.

—Rory MacBay —extiendo mi mano hacia la muchacha, solo para fastidiar a Cameron.

—Casey Waters —me la aprieta con fuerza, mientras mantiene mi mirada. Me gusta su actitud decidida.

—Un placer, Casey.

—Sí, sí —nos interrumpe Cameron tirando de su hermana—. Todo muy bonito, pero es hora de entrar en casa. Y tú deberías irte ya. Es muy tarde.

La detengo antes de entrar tras su hermana. Mi mano arde con su contacto y tiro de ella hacia mí, solo para molestarla un poco más antes de irme.

—¿Celosa, Cami? —le susurro.

—Solo tiene 20 años, Rory —me encanta ese brillo en sus ojos al defender a su hermana, aunque me ofende que piense que sería capaz de algo así—. Ni se te ocurra acercarte a ella.

—No me interesa tu hermana.

—Tampoco yo debo interesarte —se suelta—. Olvida el beso. Nunca debió ocurrir.

Cierra la puerta en mis narices y me deja bullendo de rabia. Una vez más me ha rechazado.

14

El ruido de un hueso roto es inconfundible. Han sido tantos ya los que he tenido que partir, que me he inmunizado ante los gritos de dolor que arranco. Nada me desconcentra de mi objetivo, soy como una máquina sin alma, que hace aquello para lo que la han programado. Ni las súplicas ni los ruegos me detienen, pero con cada golpe, con cada corte, con cada gota de sangre derramada, un poco de esa alma que se supone que no tengo, se oscurece.

—¿Vas a hablar ahora? —digo de forma automática. Ya he perdido la cuenta de las veces que le he hecho esa misma pregunta y de las veces que él ha negado.

Veo su cabeza balancearse en una negativa y vuelvo a empezar. Un nuevo golpe, un nuevo corte... otra tortura que le arranca agonizantes gritos de dolor. Su rostro está irreconocible después de tantos golpes. Sus manos, ensangrentadas, ya no tienen uñas. Y su cuerpo parece un cuadro abstracto por los cortes que le he estado haciendo. Aún así, se niega a colaborar conmigo.

Entonces, lo miro a la cara una vez más para amenazarlo....

—Alec —me siento de golpe en la cama empapado en sudor, como siempre. Tengo ganas de vomitar porque, por un momento, el rostro de aquel hombre se convirtió en el Alec. Mi amigo, mi hermano.

Me levanto de la cama y voy al salón para mirar por la ventana. Finalmente la abro y dejo que la brisa de la noche me refresque. Todavía tengo la imagen del Alec desfigurado en mi mente y por más que lo intento, no soy capaz de sacarla de ahí. Es la primera vez que mi pasado se mezcla con mi presente y no me gusta. No me gusta nada.

Se supone que con el tiempo esto debería mejorar, no ir a peor. Tiene que ser por las malditas sesiones con Cameron. Aunque no le cuento nada, me hace pensar en lo que deseo olvidar a toda costa. Cada vez que acudo a una nueva

cita, se despiertan en mi mente más recuerdos de mi pasado y me cuesta contenerlos.

—Mierda —paso mi mano por el cabello, frustrado. Esto no puede seguir así o acabaré loco de verdad.

Me ducho, desayuno y voy al trabajo con un humor de perros. Por primera vez en mucho tiempo, ni siquiera tengo ganas de bromear con mis compañeros cuando me los encuentro por los pasillos. Solo quiero olvidar el maldito sueño. La cara de Alec no desaparece de mi mente y es tan nítida, que cuando paso por su despacho, entro únicamente para comprobar que está bien.

—Buenos días —me dice antes de mirarme—. O no.

—No muy buenos —admito.

—¿Quieres contármelo? —me anima a sentarme.

—Lo mismo de siempre —miento—. Se me pasará.

—¿Seguro?

Antes de que pueda contestarle, Thomas entra en su despacho y nos mira a ambos antes de hacernos una seña para que lo sigamos. Por su rictus serio imagino que es algo malo. Era lo que me faltaba para rematar esta mañana de mierda. Alec apoya su mano en mi hombro un segundo antes de entrar en el despacho del jefe y tengo la sensación de que lo que nos va a decir tendrá que ver conmigo. Aunque no debería sorprenderme.

—¿Sabes algo? —le susurro antes de entrar.

—No —niega—, pero por cómo te ha mirado, diría que las noticias son para ti.

Asiento, dándole la razón. Pienso lo mismo. Entonces, recuerdo el beso que le robé a Cameron anoche y siento que me sudan las manos. ¿Habrá contado algo? ¿Querrá que me envíen a uno de sus colegas? No había pensado en eso cuando la besé ni cuando ella me dijo que no debíamos hacerlo.

—Imagino que no te importa que Alec esté aquí —dice Thomas en cuanto estamos solos.

—Eso quiere decir que soy yo el que tiene un problema —bromeo— y de los gordos, a juzgar por tu cara agonizante.

—Me temo que sí —suspira, destrozando mi broma por completo—. Más grave que lo del estudio psicológico.

—Joder -me enderezo en la silla—. No me asustes, hombre. Hoy no estoy para bromas.

—¿Qué ocurre? —Alec parece igual de preocupado.

—Te han denunciado, Rory —me mira, serio.

—¿Qué? ¿Quién?

—¿Por qué? —pregunta Alec.

—Una mujer —revisa varios papeles, antes de continuar—. Brittany Woods. ¿Te suena de algo?

—Ni idea —trato de hacer memoria, pero no creo haber oído ese nombre nunca.

—¿De qué le acusa?

—De violación.

—¿Qué? —Alec y yo preguntamos al mismo tiempo.

—Imposible —añado—. Puede que sea un capullo con las mujeres, pero jamás me he acostado con ninguna que no estuviese de acuerdo en hacerlo.

—Eso ya lo sabemos —me dice Thomas y Alec asiente para indicar que está de acuerdo con él—, pero la cuestión es que ella te ha denunciado.

—¿Ya le han hecho un estudio médico para asegurarse de que ha sido violada? —pregunta Alec. Lo miro agradecido porque en este momento a mí no se me habría ocurrido.

—Al parecer hace tiempo de eso, solo que ahora se ha atrevido a presentar la denuncia.

—Muy conveniente —murmuro.

—Con lo de la denuncia de los presos —continúa diciendo Thomas y ahora sé que viene lo peor para mí— y tus sesiones obligadas en el psicólogo, los jefes han decidido que lo mejor será que te tomes una excedencia.

—No quiero dejar el trabajo —empiezo a protestar.

—O eso o la suspensión, Rory —me interrumpe Thomas.

—Joder —me levanto porque soy incapaz de seguir sentado.

—¿No podemos hacer nada? —pregunta Alec—. Tal vez, hablar con ella. O investigarlo por nuestra cuenta.

—No te dejarán inmiscuirte en el caso, Alec. Eres su compañero y amigo. Y ella no consentirá en hablar contigo.

—Tal vez con Kath —sugiere.

—No —le digo—. A ella no la metas. Si alguien tiene que hablar con esa

mujer, soy yo. Joder, si ni siquiera sé quién es.

—Mira —Thomas me tiende el informe—. Tal vez si miras su foto te acuerdes de ella. Cualquier cosa que puedas aportar a la policía, será de ayuda para resolverlo cuanto antes. Y en cuanto puedas, tienes que presentarte en comisaría para prestar declaración.

Leo la denuncia por encima, buscando los datos más destacados. Habla de una fecha en concreto, el día de la boda de Alec y Kath, y mi mente empieza a encajar piezas. Para cuando veo la foto, sé perfectamente quién me ha denunciado.

—La loca desquiciada —digo y ambos me miran sorprendidos. Yo me centro en Alec, mientras me explico—. El día de tu boda me emborraché y acabé en la cama de esta chica. Ni siquiera podía recordar su nombre, así que la rechacé cuando se me insinuó al despertar. Se puso echa una furia conmigo y discutimos. Incluso me amenazó con vengarse de mí por despreciarla de ese modo. Supongo que esta es su forma de hacerlo.

—Rory —Alec me mira y puedo ver la decepción en su mirada. No me gusta que piense que me lo merezco así que, antes de que él me diga nada, lo hago yo.

—Sé lo que me vas a decir, Alec. Que esto se veía venir porque soy un capullo integral con las mujeres y que me merezco un escarmiento por tratarlas así, pero...

—No —me interrumpe—. Iba a decir que haremos todo lo que esté en nuestra mano para aclarar este asunto. No estás solo en esto.

Nos miramos en silencio, entendiéndonos sin necesidad de más palabras. Y aunque agradezco su ayuda y su apoyo, sabe que no quiero que se ensucie con mi mierda. Aunque yo sé que lo hará igualmente porque de eso va esto de la amistad, ¿no?

—Aunque —añade para aligerar un poco el ambiente—, admito que te mereces sufrir un poco por cabrón.

—Hijo de...

—Eh, cuidadito con lo que vas a decir de mi madre.

—De una mujer maravillosa que no tiene culpa de que su hijo le haya salido malnacido —reímos.

—Me alegro que te lo tomes tan bien —dice Thomas.

—No me lo tomo bien, Thomas, pero no puedo hacer nada por el momento.

—Tienes que ir a comisaría —me recuerda Alec cuando salimos del despacho—. Empieza por ahí. Cuéntales lo que ocurrió de verdad y que investiguen a esa mujer.

—Está loca, tío. Su mirada —no puedo acabar de hablar porque no hay palabras para describir aquellos ojos cargados de odio.

—La desenmascaremos —poco le importa a Alec que Thomas haya dicho que no puede intervenir. Eso ya lo sabía yo.

—Joder —digo al recordar algo—. Me vio con Kath el sábado por la noche. Creo que pensó que era mi novia o algo así porque sentí que la amenazaba con la mirada. ¿Y si todo esto ha sido por lo que vio? ¿Y si intenta hacerle daño a ella? Te juro que me dieron escalofríos al ver su mirada de loca.

—No le hará nada —Alec parece muy convencido—. Si se acerca a ella, se perjudicará a sí misma.

—Aún así, andaros con cuidado.

—No te preocupes por eso, sino por cómo hacerla confesar que es mentira.

—Yo ni siquiera podré acercarme a ella —frunzo el ceño.

—Pues hallaré el modo de hacerlo yo.

Finalmente, firmo mi excedencia por un par de semanas, en un principio, y me voy a comisaría a prestar declaración. Conozco a muchos de los agentes y la mayoría me hacen saber que están conmigo en esto. Quien me conoce sabe que yo jamás haría algo así. Es un alivio saber que confían en mí. Espero que se esmeren en encontrar el modo de demostrar que miente.

Un par de horas más tarde, sin nada que hacer y demasiado día por delante, decido ir al gimnasio para despejar la mente. Estoy teniendo uno de mis peores días en mucho tiempo. Yo que creía que ir al loquero era lo peor que podía ocurrirme.

—¿Cómo tú por aquí? —JJ se sorprende de verme, pero no quiero contarle la verdad, así que me invento algo rápido.

—Me he tomado unas vacaciones —le sonrío—. Me hacían falta.

—El gran Rory MacBay de vacaciones —ríe— ¿Qué vas a hacer con tanto tiempo libre?

—Destrozarte las instalaciones —rio a mi vez.

—Eso está por ver.

Me paso el resto de la mañana entrenando y para cuando acabo, me duele cada músculo del cuerpo, pero me siento revitalizado. Definitivamente tengo que

volver a mi rutina en el gimnasio. Lo he echado en falta y estoy bajo de forma.

—Nos vemos mañana —me despido de JJ.

—Eso si consigues levantarte de la cama —ríe—. Con la paliza que te has dado hoy, lo dudo.

—No estoy tan flojo como crees —en realidad sí, pero jamás se lo dejaré saber.

—Hablamos mañana.

No me apetece ir a casa, así que como en el primer restaurante que encuentro. Soy de buena boca y me vale cualquiera. Solo necesito hacer tiempo para no tener que irme tan pronto a mi solitario apartamento. Hoy más que nunca, me pesa el vivir solo. Desde que abandoné el ejército, vivir solo era algo así como una necesidad para mí. Después de años compartiendo mi espacio personal con los demás en los barracones, donde la intimidad no era una opción, necesitaba sentir el silencio como quien necesita el aire para vivir. Tener la casa para mí solo era algo que llegué a apreciar.

Pero en días como este, en que todo parece ir mal, la compañía me ayudaría a no pensar en lo que no debo. Sé que si voy a casa de Alec me aceptarán sin problemas, pero no quiero robarles su tiempo en familia por mis paranoias, así que me las arreglaré solo, como siempre.

Horas más tarde, ya entrada la noche, me encuentro, sin saber muy bien cómo, en un pub. Tengo la vista nublada y mis reflejos están ralentizados. Creo que he bebido de más, pero ni siquiera recuerdo cuando empecé. Lo único que sé es que es hora de ir a casa, pero cuando intento levantarme apenas me mantengo en pie.

—Mierda —me sujeto a las paredes.

Una vez fuera, busco mi moto. Me cuesta encontrarla y eso me alerta de que no debo subir en ella. Finalmente, llamo a Alec, sin pensar en la hora que es y en cuanto contesta, las palabras salen de mi boca de manera atropellada y con voz pastosa.

—Repíteme dónde estás, Rory —me pide con calma. Eso me anima a intentarlo de nuevo—. Está bien. No te muevas de ahí, ya vamos a por ti.

Cuando llegan, veo que Kath también ha venido y me arrepiento de haberlos llamado. No debería haberlos molestado. La miro con pena, pero ella me sonrío, conciliadora, desde el coche. Alec se acerca a mí, me pasa un brazo por la cintura y me apoyo en él para caminar hacia el coche.

—Cuando te dije que te ayudaría en lo que necesitas —dice riendo para

que sepa que no es un reproche—, no me refería a cargar contigo en plena noche, Rory.

—Lo siento —es cierto.

—No importa. Solo no vuelvas a hacerlo. Beber no es la solución, Rory. Tienes amigos que te escucharemos siempre que necesites desahogarte. Recuérdalo la próxima vez —no hay censura en su voz, pero las palabras de Cameron resuenan en mi cabeza. Ellos se entregan por completo y yo solo les doy pedazos de mí. No me gusta sentirme como un fraude.

—Lo prometo —también es cierto.

—Bien —ahora me sonrío—. Sube al coche y procura no vomitar en la tapicería. Acabo de limpiarla.

—Hola, mi borrachito favorito —se burla Kath también—. Vamos a casa, anda. Alec llevará tu moto.

Cuando me meto en el coche, veo a Faith dormida en su silla y me siento el hombre más miserable del mundo. He obligado a salir de casa en plena noche a mi pequeña hada. Menudo asco de tío estoy hecho.

—Ni se ha enterado —dice Kath, como si pudiese leer mi mente—. Duerme profundamente.

—Es mi culpa —me lamento—. Debería estar en su camita y no en un coche recogiendo a un borracho.

—Rory —Kath llama mi atención al pronunciar mi nombre—, sea lo que sea que te está pasando, puedes confiar en nosotros. Sabes que te ayudaremos, pero tienes que dejarnos hacerlo.

—No querrás saber lo que me pasa, Kath —gimo.

—Por supuesto que sí. Eres parte de nuestra familia —aprieta mi mano con cariño antes de arrancar el coche—. Y a la familia no se la abandona nunca.

Sé lo importante que es para ella la familia porque perdió a la suya siendo niña y se culpó por ello durante mucho tiempo. Que me incluya en ella, me hace sentir un desgraciado por ocultarles las cosas, pero es tan duro lo que he vivido, que no quiero que lo sepan. Se horrorizarían.

—Si no quieres decírnoslo a nosotros —parece que hoy es su día de leerme la mente—, deberías desahogarte con Cameron. Es su trabajo y sabrá cómo ayudarte a superarlo.

Sus palabras se incrustan en mi mente y sé que no será fácil que desaparezcan. Igual que ocurre con las de Cameron. Sea como sea, mi

determinación está flaqueando y no quiero.

—Rory —me llama Kath, al ver que me estoy quedando dormido—. Te quiero mucho y no soportaría perderte. Por favor.

Con esas palabras acaba de sentenciarme.

15

No tener trabajo hace que mis días sean eternamente largos. Y no importa que ocupe gran parte de mi tiempo en el gimnasio. O que haya quedado ya unas cuantas veces con Duncan y lo haya acompañado a fotografiar algunos de los lugares emblemáticos, más espectaculares de los alrededores, para un foto-libro que le ha encargado un cliente. Tampoco sirve de mucho que coma y cene siempre con Alec y Kath porque, al final del día, regreso a mi casa con la sensación de que he desaprovechado el tiempo.

Ni siquiera en la última sesión con Cameron me sentí bien. Sus palabras y las de Kath estuvieron rondando por mi mente toda la hora, tentándome a hacerles caso, pero aún así, contesté a sus preguntas siempre con evasivas. Me habló sobre lo que ya sabe y de cómo enfrentarlo, pero no fue capaz de sacarme nada más. No fui capaz de contarle nada más. En el fondo, sé que debería haberlo hecho, porque estoy empezando a comprender que no podré con todo esto yo solo, pero la fuerza de la costumbre me mantuvo a la defensiva hasta que terminó la sesión.

Y para colmo, he tenido que ir al Juzgado a que un maldito juez me leyese la cartilla sobre lo que puedo, o no, hacer mientras estoy siendo investigado. Como si no lo supiese ya. Pero lo peor ha sido tener que verla a ella. A la loca... a Brittany. Con ese sobreactuado miedo hacia mí y el manipulador tono de voz que usó para relatar lo que había sucedido. Hasta yo me plantearía creerla después de escucharla, pues sonaba cruelmente sincera. Supongo que el juez es más listo que yo y alberga dudas, porque decidió que bastaría con que yo respete la orden de alejamiento mientras dure el proceso. Es eso o simplemente confía en mí lo suficiente como para saber que no voy a incumplirla. Lo que, en cierta medida, viene a ser lo mismo.

Y todavía estamos a viernes. Thomas me ha dicho que, después de la sentencia del juez, quizá logre convencer a los jefes de que me permitan regresar

tras mi excedencia, pero después de la peor semana de mi vida, prefiero no ilusionarme y esperar a que hable con ellos antes de hacer planes.

¿Lo bueno de este día? Que Edna me ha llamado para cancelar la cita de esta tarde. ¿Lo malo? Que voy a tener que recuperarla la semana que viene. Pero no voy a lamentarme por eso. Hoy no. ¿Por qué? Porque hoy es un día importante para una personita muy especial que se merece tener al Rory divertido y dispuesto a hacerla disfrutar.

—¿Dónde está la cumpleañera? —pregunto nada más entrar en la casa.

—Tío Rory —corre hacia mí, gritando como loca y se lanza, segura de que la sostendré.

—Pequeña Hada —volteo varias veces con ella y, como siempre, la hago volar antes de abrazarla—. Feliz cumpleaños.

—Ya tengo dos —me muestra tres dedos y le bajo uno, sonriendo. Esconde su cara en mi pecho mientras siento que ríe. Le ha dado vergüenza equivocarse y yo me la comería a besos por ello, pero me conformo con darle uno en su cabello.

—Hola, Rory —Kath se acerca a nosotros y toma a Faith en sus brazos—. Me la llevo para vestirla. Ve yendo al salón. Todavía no han llegado todos los invitados.

—¿No está mi amorcito? —pregunto, después de besarla.

—Duncan está esperando a que Sally cierre el videoclub. No creo que tarden, pero sus padres ya están aquí.

—Bien —hace tiempo que no los veo. Alec está hablando con ellos y en seguida me uno a la conversación.

Cuando Kath regresa con Faith, me quedo embobado mirándola. Ahora sí que parece mi pequeña hada. Corre hacia mí con una hermosa sonrisa en sus labios y moviendo las alas del disfraz. La levanto por encima de mi cabeza y ríe.

—Vuelo —grita eufórica y todos reímos con ella. Es imposible no adorarla.

—Eres el hada más hermosa de toda la fiesta —le digo.

—No hay más —ríe, mientras me sujeta la cara con sus pequeñas manos y apoya su frente contra la mía— ¿Jugamos?

—¿A qué quiere jugar mi pequeña hada? —imposible negarle algo cuando hace eso.

—A las casitas.

—Cómo no —rio. Desde que le compré la casa de muñecas, no hay día en

que vaya a verla que no acabemos allí. Creo que le hacen más gracia las historias que invento que la casa en sí, pero no me importa. El caso es verla reír y disfrutar.

Cuando la puerta suena, ni siquiera me molesto en mirar quién llega porque la risa de Faith me tiene atrapado. Está encantada con la idea de que sus muñecas sean súper heroínas que deben salvar el mundo. Se levanta gritando y se sienta de nuevo riendo, incapaz de permanecer quieta demasiado tiempo, mientras las heroínas luchan contra el mal. Cuando se apoya en mi espalda, rodeando mi cuello con sus brazos e intenta trepar por ella, la atrapo y la coloco en mi regazo para hacerle cosquillas.

—Qué rica está esta niña —gruño, llevando mi boca a uno de sus costados como si me la estuviese comiendo. Aunque su risa es y será siempre, mi verdadero alimento—. No dejaré ni los huesos.

Intenta soltarse y se lo permito pasados unos segundos. Luego, cuando me empuja hacia atrás y me dejo caer de espaldas como si su fuerza fuese inmensa y no pudiese escapar de ella. Se sube encima de mí y sonrío orgullosa de su gran victoria. Salta en mi estómago, encantada de hacerse rebotar en él, pero mi risa la mueve incluso más.

Entonces me levanto, con ella en brazos, y los descubro a todos mirándonos con diversión. Duncan y Sally ya han llegado y les sonrío, pero cuando veo a quien está con ellos, mi cuerpo deja de reaccionar y mi sonrisa se apaga. No porque no me guste que esté aquí, sino porque no contaba con ella.

—Hola, Rory —me saluda, como si estar aquí sea lo más normal del mundo.

—Ya estamos todos —anuncia Kath, también como si que ella esté aquí sea lo más normal del mundo—. Pasemos a la cocina.

Dejo a Faith en el suelo, que se va con Alec, y espero a que todos vayan saliendo, hasta que me quedo a solas con Kath. Sabía que se esperaría a que todos saliesen del salón y aprovecho para hablar con ella sin testigos. Necesito una explicación y creo que solo ella me la puede dar.

—¿Qué hace aquí?

—Asistir al cumpleaños de Faith.

—Nada de evasivas, Kath —la amenazo.

—Al parecer el sábado que nos conocimos la invité a venir —se encoge de hombros, pero no me creo nada de lo que me está contando— y ella decidió aceptar.

—Kath.

—Vale —suspira—. Quizá hayamos intercambiado números y quizá hayamos estado hablando un poco desde entonces.

—¿De mí?

—Entre otras cosas —parece cohibida e, incluso, arrepentida, pero aunque debería enfadarme con ella, no puedo hacerlo. Y menos aún, después de todo lo que me dijo el día que fueron a por mí de madrugada.

—Sé que te preocupas por mí —le digo para tranquilizarla—, pero no tenías por qué traerla al cumpleaños de Faith por eso.

—La invité porque me cae bien —sonríe—. Creo que llegaremos a ser grandes amigas.

—¿Desde cuándo tú buscas amigos? —sé que es un golpe bajo, pero mi interés es genuino. Aunque no sé si eso lo justifica.

—Desde que Alec entró en mi vida. Con él descubrí que dejar que la gente te conozca no es tan malo—y así es como me devuelve el golpe.

—He creado un monstruo —bromeo. Es hora de parar esto. Ni ella tiene la culpa por querer ayudarme ni yo por no dejarme. Bueno, tal vez por eso sí tengo la culpa.

—No lo sabes bien —se gira y se va, dejándome solo y temeroso de lo que haya planeado. Creo que le he enseñado demasiado bien.

—Mierda.

Entro en la cocina esperando encontrar un sitio vacío al lado de Cameron, pero me sorprende al comprobar que no es así. En realidad, mi silla está frente a ella y respiro más tranquilo. Aunque, después de media hora, sé por qué Kath ha elegido este lugar. No puedo dejar de mirar a Cameron aunque quiera. Haga lo que haga, hable con quien hable, mis ojos se posan en ella una y otra vez. Y lo que más me preocupa, me siento observado por ella en todo momento.

—¿Me estás estudiando? —le digo en cuanto me aseguro de que nadie nos escucha.

—Este es tu mundo —sonríe—. Se puede aprender mucho más de una persona cuando interactúa en un entorno amigable que en una consulta.

—Ni siquiera lo niegas.

—No creo necesario hacer tal cosa —se encoje de hombros—. Es algo que tengo tan arraigado, que lo hago sin darme cuenta.

—¿Analizas a todo el mundo?

—No puedo evitarlo. Aunque, en el fondo, todos lo hacemos.

—Pero tú llevas ventaja en eso —digo porque eso es algo que no puedo rebatirle. Mucho menos yo que, durante mi tiempo en el ejército, tuve que hacerlo a menudo.

—Tal vez.

No sé en qué momento se han ido, pero cuando miro a nuestro alrededor descubro que estamos solos. Me siento en la silla que tiene al lado, decidido a saber la verdadera razón por la que ha aceptado la invitación de Kath.

—¿Por qué has venido?

—Porque Kath me invitó.

—Tendrás que ser un poco más concisa —empleo sus propias palabras y sé que lo ha notado porque sonrío. Y cada vez que lo hace, no puedo dejar de mirar a su boca.

—Como ya te dije, tus amigos están preocupados por ti. Y como al parecer las sesiones tradicionales no funcionan contigo, tengo que innovar.

—¿Esto cuenta como sesión?

—Depende de ti.

—¿Qué tengo que hacer para que cuente?

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Y si no quiero?

—Tendrás que ir tres veces a mi consulta la semana que viene.

Sopeso mis opciones. Liquidar otra sesión ahora mismo es muy tentador, pero es el cumpleaños de Faith. No sé hasta qué punto quiero traer los demonios del pasado a un día tan especial. Creo que Cameron comprende cual es mi dilema porque habla de nuevo.

—Disfrutemos del cumpleaños y, cuando se termine, si quieres tu sesión, iremos a algún lugar donde hablar tranquilamente.

Asiento y nos vamos al salón, donde creo que todos nos están esperando porque en cuanto entramos, fingen estar ocupados o que mantienen una interesante conversación entre ellos. Solo Faith corre hacia mí para que la tome en brazos.

—Hola —dice mirando a Cameron.

—Hola —la sonrisa que le dedica me deja sin aliento—. Todavía no nos conocemos, pero soy amiga de tus papás y de tu tío Rory. Me llamo Cam.

Me extrañó que no se hubiese presentado a ella en cuanto llegó y ahora creo entender por qué. Faith estaba recelosa en cuanto la vio y, sin embargo, ahora se la ve confiada. Cameron es buena en lo que hace, sin duda.

—Yo soy Faith —le tiende la mano y Cameron se la aprieta.

—Bonito nombre, Faith.

—Sí —los niños y su sinceridad.

Y vaya si lo sabe. En lo que resta de tarde, Faith se empeña en que Cameron participe con nosotros en todos los juegos que elegimos y estoy seguro de que ha sido por esperar a que ella se sintiese segura a su lado para presentarse.

—Quédate a cenar, Rory —insiste Kath cuando se termina la fiesta.

—Esta noche no, mamá Kath.

—No me llames así —me reprende.

—Esta vez te lo has ganado, nena —le susurro, antes de besar su mejilla a modo de despedida.

Cameron sigue junto a su coche, supongo que esperando a que me decida. Y aunque no me apetece hablar, la idea de restar una sesión a las que me quedan es demasiado tentadora. Cederé, pero en esta ocasión serán mis condiciones, mi terreno. No voy a ponérselo fácil.

—Si quieres tu sesión, sígueme —le digo al pasar junto a ella, sin llegar a detenerme en ningún momento.

Subo a mi moto, me coloco el casco y en cuanto compruebo que Cameron está en su coche, arranco. Ahora es cosa suya decidir si confía en mí lo suficiente como para seguirme o si prefiere irse a su casa.

—¿En serio? ¿Tu casa? —me pregunta al saber a dónde la llevo.

—Tú quieres un sitio tranquilo donde hablar y yo quiero cenar —me encojo de hombros—. Y no voy a contarte nada de mi pasado en un restaurante lleno de gente, así que tú decides. Pero si te vas, no pienso recuperar esta sesión.

—Tú delante —señala el camino al hablar.

La estudio mientras observa mi apartamento con ojo crítico. Ni siquiera sé por qué es importante para mí que dé el visto bueno. Tampoco es que esté demasiado orgulloso de él. Cumple su función, que es darme cobijo. No es un lugar en el que me guste pasar tiempo. De hecho, prefiero permanecer en él el menos tiempo posible.

—Voy a preparar la cena —le digo al ver que sonrío tenuemente en señal de aprobación por mi casa—. Puedes echar un vistazo, si gustas.

—Prefiero observarte a ti —me responde, dejándome inmóvil en mi sitio momentáneamente.

—Cierto —reacciono—. Es mi mundo. Se puede aprender mucho de mí viéndome interactuar en él.

Sé que le ha sorprendido que recordase sus palabras, pero no lo dice. En eso es como yo, jamás admitiré nada que la deje en desventaja frente al otro. Y por más que no quiera sentirme bien con ella, para no bajar la guardia, no puedo dejar de sentir cierta simpatía. Nos parecemos mucho, para mi desgracia.

—Podríamos ir hablando mientras cocinas —me dice, después de unos minutos—. Así adelantamos trabajo. Necesito volver pronto a casa.

—¿La niñera de tu hermana te cobra por horas? —le pregunto, divertido.

—Tiene 20 años y es viernes por la noche —responde, tranquila—. Preferiría que mi casa no se llenase de jóvenes con las hormonas revolucionadas.

—Siempre podrías unirte a ellos —la miro fijamente—. Llevándote a alguien más acorde a tu edad, claro.

—Claro —me ha entendido perfectamente—. Como no.

Continúo preparando la cena y sonrío cuando no me ve, porque he logrado desviar su atención sobre mi pasado. Todavía no sé qué voy a contarle, ni siquiera sé si le contaré algo. Cada vez me cuesta más mantener a raya mis recuerdos y necesito sacarlos fuera, pero no sé si quiero que sea Cameron quien los conozca. Me asusta lo que pueda pensar de mí. Sí, el gran Rory MacBay está asustado.

—Estoy esperando, Rory.

—Estoy pensando, Cami —no hace falta que la mire para saber que se ha enfadado por llamarla así— ¿Por qué no te gusta que te llame así?

—¿Quién dice que no me gusta?

—Venga ya —ahora sí la miro—. Yo también soy muy observador.

—¿Por tu trabajo en el ejército? —intenta llevar la conversación a su terreno.

—Puede —no le daré nada si no contesta a mi pregunta— ¿Por qué, Cam?

—Tú primero —me dice en cuanto nos sentamos a la mesa para comer.

—Me enfrenté a uno de mis compañeros porque no me gustaba su actitud —intento encontrar las palabras correctas para no dar demasiada información— y... por culpa de eso, ciertas personas sufrieron las consecuencias.

—¿En venganza?

—No lo sé —soy sincero en cuanto a eso.

—¿Interviniste porque alguien estaba sufriendo? —su pregunta me sorprende.

—Por supuesto —frunzo el ceño.

—¿Se detuvo cuando lo enfrentaste?

—Sí —en realidad no estoy seguro de por cuánto tiempo, porque dejé el ejército poco después, pero eso no es algo que le vaya a decir. Todavía.

—Pues ahí está. Cada historia tiene una parte buena y una parte mala, Rory. Es importante centrarse en lo positivo, desechando lo negativo. Puede que alguien sufriese las consecuencias de tus actos, pero probablemente muchos más habrían sufrido si tú no hubieses intervenido. Una actitud... destructiva, solo puede ir a más si no se frena a tiempo.

Cameron sabe cómo darle la vuelta a las cosas, pero claro, es su trabajo. Aún así no puedo dejar de pensar en ello. Y cuanto más lo hago, más sentido le encuentro. Aunque no por ello dejo de culparme por lo que sucedió. No pude llegar a tiempo de evitarlo y ella murió por mi culpa. Fui yo quien la convenció de dar la cara y no la protegí como le prometí. No pude.

—No podemos controlar todo lo que pasa a nuestro alrededor, Rory — parece que me estuviese leyendo la mente y no me gusta—. Unas veces se gana y otras se pierde, pero siempre habrá una lección que aprender. Algo que nos hará más fuertes y nos dará experiencia, si sabemos aprovecharlo. Si lo único que ronda tu cabeza es lo que no pudiste hacer o lo que debiste haber hecho, estás condenado a repetir tus errores. O a sufrir por miedo a que se repitan. Si te centras en la lección aprendida, podrás crecer como persona. Serás invencible.

—Yo no quiero ser invencible —le digo.

—Lo sé. Tú quieres vivir en paz —me sorprende nuevamente con su respuesta—. Ya has visto suficientes guerras para toda una vida, pero para conseguir lo que buscas, primero debes desechar el equipaje innecesario. Yo estoy aquí para ayudarte con eso si me dejas.

—Te toca —no quiero más terapia psicológica por hoy.

—De acuerdo —bebe un sorbo de su copa, imagino que buscando las palabras correctas como hice yo antes—. Desde que tengo uso de razón, recuerdo a mi madre llamándome así.

—Llamaba —sopeso la información antes de aventurarme a lanzar una

conclusión—. Deduzco que ya no lo hace. ¿Tal vez porque murió y cada vez que te llaman así te acuerdas de ella?

—De ser eso —creo ver lágrimas en sus ojos, pero parpadea con rapidez y desaparecen—, no me molestaría. Solo dolería.

—¿Entonces?

Veo su lucha interior y descubro, sorprendido, que también ella tiene sus propios demonios. Se ve tan segura de sí misma y tan centrada, que nunca creí que su vida no fuese perfecta. Siempre me la he imaginado con unos padres amorosos, trabajando en lo que le gusta, rodeada de buenos amigos y sin preocupaciones ni miedos. Ahora empiezo a dudar de ello.

—Te lo contaré para que sepas que no eres el único con un pasado oscuro —me dice, después de asentir—. Lo que haces con ello es lo que marca la diferencia. Mi madre nos abandonó al nacer mi hermana. Me costó tiempo aceptarlo pero, con ayuda, lo hice y seguí adelante sin ella. Puede que en ciertas ocasiones todavía lo recuerde, como cuando me llaman Cami. Y puede que por un segundo me enfade, pero no condiciona mi vida. Dejé de hacerlo en el momento en que decidí que soy más importante que todo eso. Que mi hermana me necesita y no voy a fallarle. Puede que mi madre sea más feliz con su nueva familia, pero Casey me tiene a mí y yo a ella. El resto, es desechable.

—¿Tu padre? —por como habla diría que tampoco él forma parte de sus vidas.

—Como he dicho, los lastres hay que dejarlos atrás —se levanta—. Fin de la sesión. Me tengo que ir.

Antes de que pueda decir algo, Cameron ya me ha dejado solo y pensativo. ¿Habría querido decir que su padre también las abandonó? Ahora siento verdadera curiosidad por ella y eso no es bueno para mí.

16

CAMERON

Nunca antes me ha interesado tanto conocer el pasado de alguien como lo hace el de Rory. Me descubro pensando en él continuamente y tratando de atar cabos con lo poco que he logrado sacarle hasta el momento. Incluso intento idear nuevos métodos que me ayuden a hacerle hablar. Métodos para nada ortodoxos y que no gustarían a mis colegas de profesión.

Y es ahí cuando comprendo que necesito sacármelo de la cabeza como sea. No debo permitir que me afecte tanto o tendré que transferirlo a alguno de mis compañeros. Y aunque sería lo ideal para mí, no quiero hacerlo porque tengo la sensación de que si no consigo liberarlo de su pasado, acabará perdiendo su trabajo. Sé que ninguno de mis colegas se preocupará por hacerle hablar, simplemente emitirán un informe al finalizar las consultas y no les importará si destrozan su vida con él.

No creo que sea peligroso para nadie ni que vaya a serlo en ningún momento, como teme Angus, porque Rory mantiene un férreo control de sus emociones y dudo que alguna vez se le escapen de las manos. Seguramente su ocupación en el ejército tenía algo que ver con ese tipo de control. Sin embargo, mi deseo de liberarlo de su carga crece cada vez que terminamos una sesión y sigo sin saber nada de él. Y eso sí puede llegar a ser un problema. Un problema muy grave, sobre todo después de haberle devuelto el beso que me robó. Fui muy poco profesional y temo que lo seguiré siendo conforme pase el tiempo. Aceptar la invitación de Kath ha sido otra muestra de ello. Al igual queirme después a su casa y cenar con él.

Sé que no está bien implicarme tanto en su caso, pero ya no puedo detenerme. Se ha convertido en un reto para mí y no soy capaz de resistirme a él. Por más que mi parte racional me grite que lo deje ya, que me comporte como la profesional que debo ser, no puedo hacerlo. Ya no. Estoy demasiado metida en

ello.

—¿Hoy puedo ir contigo a la consulta? —Casey me saca de mis pensamientos con su pregunta.

—¿No deberías estar estudiando? —la observo detenidamente.

—Puedo hacerlo allí —usa esa mirada de pena con la que siempre consigue lo que quiere de mí—. No me gusta quedarme sola en casa.

—¿Desde cuándo?

—Vale, no me apetece —se corrige.

—Eso ya me parece más de tu estilo —rio—, pero sigo queriendo saber por qué.

—No hagas de psicóloga conmigo, Cam. Sabes que no me gusta.

—De acuerdo —suspiro, cediendo—. No sé por qué te empeñas en esconderme las cosas, sabes que me enteraré igualmente.

—Puede —se encoge de hombros y va a buscar sus apuntes.

Todavía no hemos encontrado una residencia o un apartamento para ella que me convenza, así que por el momento sigue en casa conmigo. Y muy al contrario de lo que pensaba, me gusta tenerla aquí. Incluso en los días en que está más insoportable. Puede que ya no tenga mi remanso de paz al llegar a casa, pero está ella. Tal y como le he dicho a Rory, nos tenemos la una a la otra y eso es lo que importa.

No he vuelto a saber nada de mi padre desde nuestra última conversación, aunque tampoco me interesa. Llegué a mi límite de tolerancia con él cuando se metió con Casey. Ya fue lo suficientemente duro para ella asimilar que sus gustos no eran los que, según él, debían, como para que se lo recriminase del modo en que lo hizo. Porque después de contarle por qué me había ido de casa, me confesó cada palabra que le dijo y lloró a mares durante horas. Jamás en mi vida la vi derrumbarse por nada ni por nadie, hasta ese día. Mi corazón lloró con ella, pero tuve que mantenerme serena por ella, para transmitirle el apoyo que necesitaba en ese momento. De nada le serviría a ella que llorásemos las dos.

Ahora está tranquila y centrada en sus estudios. Vuelve a sonreír y a ser ella misma. Al menos la mayor parte del tiempo, porque aunque no hable de ello, sé que le afectó que nuestro padre la repudiase. Puede que discutiesen mucho, es un hombre difícil de tratar, pero en el fondo lo quiere. También yo lo hacía a su edad. Es duro asimilar que tu padre no es el hombre que debería, sino un fanático religioso que no ve más allá de su biblia. Por suerte, Casey me tiene a mí. Yo tuve que pasar por eso sola.

—¿Lista? —le pregunto en cuanto la veo acercarse.

—Cuando quieras.

Durante el trayecto en coche me habla de sus compañeros de universidad, sobre sus clases y sobre alguien especial que acaba de conocer. No quiere decirme quien es, así que presumo que la conozco, algo que me desconcierta porque no tenemos amigos en común.

—¿Sabes si siente lo mismo que tú? —le pregunto, temiendo que se haga ilusiones con alguien que no pueda corresponderle.

—Es tímida —sonríe y creo que ya es tarde para prevenirla—. Pero le gustan las chicas, si te refieres a eso.

—Solo ten cuidado, ¿vale? No quiero que acabes con el corazón roto como sucedió con Gina.

—Aprendí la lección, Cam —sé que le duele recordarlo, pero es la única forma que tengo para asegurarme de que no cometa los mismos errores.

Gina fue quien la ayudó a aceptar quien es y lo que siente, pero también fue quien jugó con su corazón hasta partírselo. Ahora está arrepentida de haberle hecho daño, pero Casey no quiere saber nada de ella. Y yo solo puedo pensar que el primer amor siempre es el más doloroso cuando no funciona. Todo se siente más intenso por ser la primera vez. Marca un antes y un después en tu vida.

Kelly y su madre me están esperando cuando llego a la consulta. Hago pasar a Kelly después de que Nancy me diga que tiene que salir de nuevo y que tardará un par de horas en regresar. Se está convirtiendo en algo habitual y eso me preocupa. Antes nunca quería dejar sola a Kelly y ahora la hace esperar por ella en la consulta en casi todas las citas que tenemos. Temo que esté pasando algo que no me cuentan y que sea lo que impide a Kelly hablar conmigo, pero como ella parece tranquila con eso, lo dejo estar por el momento.

—Hola —la saludo en cuanto se sienta en el diván.

Ella es otro reto más que debo superar. Todavía soy incapaz de hacerla hablar, aunque últimamente noto que se pone un poco más ansiosa cada vez que la presiono, como si estuviese en el límite y en cualquier momento pudiese romper su mutismo. Sé que solo tengo que elegir bien las palabras.

—¿Qué tal en las clases? —al menos ahora consigo que me mire todo el tiempo para poder hablarle, porque antes se limitaba a cerrar los ojos e ignorarme— ¿Y en casa? ¿Alguna novedad?

Se muerde el labio y siento que está a punto de decir algo. Le sonrío para

animarla a que lo haga, pero se queda en silencio mirándome fijamente. Noto sus nervios como si fuesen los míos propios y deseo abrazarla para tranquilizarla. Si me contengo es porque eso no sería profesional.

Y es ahí donde el recuerdo de Rory me golpea con fuerza. Con él he sido menos que profesional y aún así he estado obteniendo resultados. Así que, armándome de valor, abandono el bloc en la mesa, apago la grabadora y me siento con ella en el diván. Me mira con expectación y en cuanto estiro mis brazos hacia ella, me rodea la cintura con los suyos y rompe a llorar. Y yo no sé qué más hacer salvo acariciar su espalda hasta que sus sollozos remiten. Aunque algo me dice que no sucederá a corto plazo.

—¿Qué ocurre, Kelly? —en esta ocasión tiene que leerme los labios porque no puedo soltar mi abrazo, ella no me lo permite— ¿Por qué no quieres hablar?

—Yo... —duda— Yo...

—Cielo —me separo para limpiar sus lágrimas con mis dedos y la animo a hablar— ¿Qué pasa? Puedes confiar en mí. Cuéntamelo.

Retuerce sus manos y espero pacientemente a que se decida a hablar. Estamos en un punto crítico. Si lo hace, sé que podremos avanzar y todo se solucionará. Si guarda silencio, me temo que la habré perdido y tendré que pensar seriamente en enviarla a otro psicólogo, por más que me disguste la idea.

—Si no me dices que ocurre —ahora uso mis manos también para hablar porque sé que no se atreve a mirarme a la cara— no podré ayudarte. Por favor.

—No quiero volver a casa —dice al fin.

—¿Por qué?

—No quiero verlo.

—¿A quién?

—Mamá tiene novio —vacila—. No me gusta.

—¿Crees que intenta ocupar el lugar de tu padre? —es muy típico en estos casos.

—No es eso —ahora parece avergonzada y ya no sé qué pensar.

—¿Entonces? —la animo a hablar.

—Me incomoda —dice en un susurro después de pensar en ello.

—¿En qué sentido?

El reloj marca que la hora ha terminado y debo dejarla ir aunque no quiera. Me gustaría alargar la sesión, pero Kelly no me da esa opción porque se levanta

en cuanto ve que lo apago y sale del consultorio antes de que pueda detenerla.

Cuando salgo a buscar a mi siguiente paciente, la veo sentada en una esquina, lejos de todos. Está mirando al suelo, así que no puedo decirle nada. Sin embargo, cuando termino la sesión, veo que Casey se ha sentado con ella y que están hablando. Al final, que mi hermana haya venido no será tan malo. Al menos Kelly no estará sola mientras espera por su madre.

Las siguientes horas se me pasan en un suspiro porque el resto de mis pacientes son menos complejos, básicamente porque son más colaborativos. Cada vez que salgo en busca del siguiente, compruebo que Casey sigue en la sala de espera, estudiando. Kelly se fue en algún momento entre paciente y paciente y no pude despedirla ni pude hablar con su madre. Me preocupa. Necesito saber en qué sentido la incómoda el novio de Nancy. Podría ser simplemente que no se atreve a hablarle, por su timidez, y él le insista demasiado, aunque después de pasarse gran parte de la hora llorando, creo que es más complicado que eso.

—¿Nos vamos ya?

Casey me mira en cuanto le hablo. Estaba tan concentrada en sus apuntes que ni me oyó acercarme. Guarda todo en su mochila y se levanta sin decir nada. Mientras caminamos hacia la salida, no para de leer y contestar mensajes en su teléfono. Va tan concentrada que tengo que dirigirla en varias ocasiones para que no choque. Se ve tan seria que termino cediendo al impulso de preguntarle.

—¿Todo bien?

—Sí —sé que miente. La conozco demasiado bien.

—¿Segura? —insisto.

—Segura —sonríe un segundo y luego vuelve la mirada al teléfono.

Lo dejo estar, aunque compruebo que sigue escribiendo incluso en nuestro viaje en coche. Sea lo que sea, está preocupada. Y no me gusta que no confíe en mí para contarme lo que pasa. En cuanto llegamos a casa la enfrento de nuevo, dispuesta a sacarle toda la información que pueda.

—Una amiga mía tiene problemas en casa —me dice, después de insistirle—. Solo intento darle mi apoyo. ¿No es eso lo que dices siempre que haga?

—Cierto —le sonrío orgullosa de ella— ¿Puedo ayudar yo en algo?

—No sé. No creo —se encoge de hombros—. Estoy cansada, me voy a dormir.

—¿Sin cenar? —está intentando librarse de mí.

—No tengo hambre —repite el movimiento de hombros—. Buenas noches, Cam.

—Buenas noches, Casey.

Pues yo tengo hambre, así que me preparo algo rápido porque también estoy cansada y no tengo ganas de ponerme a cocinar. Ha sido un día demasiado largo. Estoy colaborando con la policía en un nuevo caso y me paso las mañanas en comisaría, así que tengo que atender a todos mis pacientes por la tarde. Apenas me queda tiempo para nada que no sea trabajo y es agotador.

El comisario jefe me ha ofrecido un puesto fijo como psicóloga policial y realmente me lo estoy pensando. El horario sería más llevadero y mi trabajo no variará demasiado con respecto a lo que ya vengo haciendo con ellos. Es una oportunidad única, pero me obligaría a cerrar mi consulta privada porque me resultaría imposible mantener ambos trabajos. Si no tuviese que transferir a todos mis pacientes, me habría decidido ya, pero siento que los estoy abandonando.

Vuelvo a pensar en Kelly y en lo que me dijo del novio de su madre. Me hubiese gustado hablar con Nancy, pero aunque hubiese tenido la oportunidad, no habría podido hacerlo. Claro que últimamente estoy rompiendo demasiadas normas éticas de nuestra profesión. Supongo que una más no haría la diferencia. Y a pesar de todo, no me animo a llamarla, porque creo que sería traicionar la confianza de Kelly. Por más que me preocupe, tendré que esperar a nuestra próxima sesión para que ella me lo cuente.

Me acuesto, pero no consigo conciliar el sueño, incluso cansada como estoy. Mi cabeza no parece dispuesta a desconectarse y creo saber la razón. Mañana es miércoles y tengo sesión con Rory. Por si lidiar con él para que hable no fuese suficiente, me han informado de que una mujer lo ha denunciado por violación y quieren que le haga un nuevo estudio para averiguar si sería capaz de cometer el delito. Podría decirles ya que es imposible que él fuerce a una mujer, pero mi opinión personal no sirve. Y como profesional, necesito datos para asegurarles que no es un violador. Y, sinceramente, no sé cómo podré hacerlo si continúa negándose a colaborar conmigo.

—¿Qué es lo que te haría reaccionar? —pienso en alto— ¿Qué debo hacer para traspasar tus barreras, Rory?

El sueño se apodera de mí de madrugada, pero me remuevo inquieta en la cama y no consigo descansar como debiera. Creo que mi trabajo me está sobrepasando por primera vez desde que ejerzo y eso no es bueno. Ni para mí ni para mis pacientes.

17

—No voy a hacerlo, Rory —me grita y se va.

—¿Vas a seguir permitiéndoselo? —la detengo— ¿En serio vas a dejar que se salga con la suya?

—¿Sabes lo que me haría si hablo?

—¿Sabes lo que acabará haciéndote si no hablas? ¿Lo que le hará a otras?

Enfrentamos nuestras miradas hasta que ella aparta la suya. Sé que tiene miedo, pero no puede dejar que se repita de nuevo. Esto no acabará aquí y lo sabe. Irá a más si nadie lo detiene. Y por más que la asuste, ella es quien debe dar el primer paso.

—Yo te protegeré —le digo, tratando de convencerla—. No vas a estar sola en esto. Lo sabes.

—Más te vale, Rory —me amenaza.

—Hay que pararlo. Yo podría hacerlo a mi manera, pero no me dejas.

—Lo sé —me mira con preocupación, pero sé que ahora está decidida a hacerlo—. No voy a permitir que hagas el trabajo sucio por mí.

—Lo conseguiremos —le prometo— juntos.

—Confío en ti.

El sonido de un disparo me despierta. Sé que no ha sido real, pero en mi cabeza lo ha parecido. Y la imagen de su cuerpo ensangrentado no desaparece ni despierto, por más que intente borrarla de mi mente. Los remordimientos se encargan de que sea así. Porque no llegué a tiempo, falté a mi promesa y ahora ella está muerta. Hablarle a Cameron sobre ello lo ha traído de regreso, más nítido que en otras ocasiones, como si acabase de ocurrir en este mismo momento.

Es por eso que no quiero sacarlo fuera. Es por eso que no quiero que nadie

sepa lo que sucedió en mi pasado. Suficiente tengo con vivir con ello. Y no me importa que Cameron diga que hay cosas que no podemos controlar. Debí estar allí con ella y no lo hice. Juré protegerla y no lo hice. Le fallé y murió. Contra eso no hay nada que hacerle. Solo procurar que nadie más sufra por mis errores.

Permanezco en el gimnasio todo el día, machacando mi cuerpo con la esperanza de que mi mente deje de recordar su muerte, pero no funciona. Los remordimientos son más fuertes. Y cuanto más tiempo pasa, más convencido estoy que debo enterrar esos sentimientos muy dentro de mí. No puedo dejarlos salir jamás. Aunque Kath se preocupe y me ruegue que hable con Cameron, aunque Cameron me asegure que puede ayudarme, no quiero destapar más mierda.

Y aunque estaba dispuesto a colaborar con ella en esta sesión, sigo tan jodido al llegar a la consulta, que cambio de opinión. No debí invocar a los demonios del pasado. Eso nunca trae nada bueno.

—Cameron —Edna entra en la consulta después de llamar a la puerta. Todavía no hemos empezado la sesión—. Me ha surgido un imprevisto y debo irme ya.

—No te preocupes, ya cierro yo —le sonrío—. Hasta mañana, Edna.

—Buenas noches —me mira—. A los dos.

—Adiós —digo sin ganas. Hoy no hablaré, ni siquiera con Edna. No me siento con fuerzas ni para ser el Rory simpático.

Permanecemos en silencio, mientras noto la mirada de Cameron fija en mí. Hoy no pienso mirarla porque cada vez que lo hago, consigue algo de mí y con mi actual estado de ánimo, eso sería peligroso.

—Bien —suspira, como preparándose para lo que viene—. Supongo que hemos dado un paso atrás.

Imagino que mi actitud ya le dice todo cuando debe saber. Aún así, puedo ver la determinación en sus ojos cuando la miro por un segundo y no me gusta. No me gusta nada. Me acomodo de nuevo en el diván y miro al techo para no tener que enfrentarla. Esperaré a que pase la hora y me iré. Diga lo que diga, no va a arrancarme nada más.

—¿Es tal vez la consulta lo que te intimida? Porque fuera de ella pareces más hablador.

Sé que me está provocando, pero no voy a caer en su juego. Es tan sencillo como ignorarla. Solo tengo que aguantar una hora.

—¿Entiendes que tu actitud solo te perjudica? —continúa— ¿Acaso no te

importa perder el trabajo?

Los minutos pasan demasiado lentos para mi gusto, aunque por el momento resisto. Lo del trabajo me preocupa, por supuesto, pero no creo que Cameron sea capaz de emitir un informe que me aparte de él. Si esa fuese su intención, no estaría tratando de obligarme a hablar en este momento.

—Tal vez prefieras hablarme de la denuncia.

Su frase me alerta y la miro fugazmente. No creí que lo supiese, aunque debí imaginar que se lo dirían. Esto puede afectar a mi trabajo y ella está juzgando si soy apto o no. Me incorporo en el diván para observarla. Necesito saber si se cree lo que dicen de mí en la denuncia o no.

—Me han llamado para que les dé mi opinión profesional —me explica, sin necesidad de que le pregunte, con su rictus más serio y un control férreo de sus emociones. Eso me frustra y enfurece al mismo tiempo, aunque no sé por qué me importa tanto lo que piense de mí.

—¿Sobre si soy capaz de hacerlo? —bufo.

—Sobre si eres mentalmente estable.

—Puedes decirles lo que te parezca. No voy a defenderme de algo que no he hecho.

—No digo que te defiendas, Rory. Digo que me hables de ello.

—Tampoco lo haré —miro de nuevo al techo—. La policía se está encargando de todo.

—Es la policía la que me está presionando con eso, Rory.

—Esta vez no va a funcionar, Cameron —empiezo a enfadarme y no es bueno—. No voy a hablar de mi pasado contigo. Ni de mi presente. No más concesiones. Se acabó.

—¿Entiendes que no tienes elección? Si no es conmigo, será con otro. Y te aseguro que cualquiera de mis colegas no se tomará las molestias que yo me tomo para intentar ayudarte. No les importará si te quedas sin trabajo. O si te arruinan la vida.

Permanezco en silencio. No quiero perder mi trabajo, es lo único que tengo, pero tampoco quiero hablar. Siento que estoy en una encrucijada y que tome el camino que tome, acabaré perdiendo.

—Habla conmigo.

—No.

—Rory —la súplica en su voz me hace mirarla—. Necesito que me des algo

sobre lo que trabajar. Sinceramente, no creo que hayas hecho daño a esa chica, pero con tu actitud te estás condenando a ti mismo.

—Si no crees que lo haya hecho, díselo.

—Necesito datos, hechos para demostrarlo. No sirve únicamente con mi intuición. Esto no funciona así. Dame algo, Rory. Colabora conmigo.

Imágenes de mi pasado se filtran en mi mente y cierro los ojos para detenerlas. Creo que acabo de llegar a mi límite porque mi corazón se está acelerando y mis manos transpiran. Contengo el deseo de limpiarlas en mi pantalón para no darle munición a Cameron. Empiezo a conocerla y sé que sería capaz de sacar algo de mis manos sudadas. Es tan implacable como yo.

—¿Tan horrible sería eso? —insiste— ¿Qué crees que pasará si me hablas de tu pasado? ¿Qué temes más, qué te juzgue o que te condene? No haré ni lo uno ni lo otro, Rory, porque mi trabajo es ayudarte a superarlo. Confía en mí.

—No sabes lo que me estás pidiendo —ella confiaba en mí y acabó muerta.

—No será peor que lo que ya he visto u oído en mi trabajo, Rory. ¿Acaso tengo que recordarte que colaboro con la policía? Sea lo que sea, podré soportarlo.

—Esto es una estupidez —me levanto, dispuesto a irme.

Hoy menos que nunca quiero que Cameron sepa de mi pasado. Me da igual si es su deber escucharme, no quiero que descubra mi lado oscuro. No quiero que sepa todas las cosas horribles que he hecho. No quiero que sepa lo que sucedió con ella. No quiero que me mire con ojos acusatorios. No. No es así como deseo que me vea.

—¿Eso es lo que has aprendido en el ejército? —me dice alzando la voz por primera vez desde que nos conocemos— ¿A huir de los problemas? ¿O a ignorarlos a ver si desaparecen solos? Pues que sepas que no funciona así, Rory MacBay. Si no los sacas fuera, acabarán consumiéndote y entonces sí serás un peligro. Para ti y para los que te rodean.

Continúo caminando hacia la salida. No quiero oírla porque en el fondo sé que tiene razón. Pero sé que no puedo hablarle de ello y esperar que no cambie su forma de verme. No soportaría ver la censura en su mirada.

—Anda, ve y escóndete —sus palabras son como dagas directas a mi corazón—. Eso parece que se te da bien.

—¿Quieres saber de mi pasado? —me giro y camino hacia ella de nuevo, furioso— ¿Quieres que colabore contigo? Está bien, lo haré. Luego no digas que no te lo advertí.

La acorralo contra la pared y le hablo tan cerca, que nuestros rostros casi se rozan. Y a pesar de mi actitud amenazante, no hace nada por alejarme. Solo me mira desafiante, esperando a que hable por fin. Eso es lo que quiere, lo que siempre quiso. Y eso es lo que le daré, porque la rabia no me permite detenerme ahora.

—He torturado, mutilado y matado a gente que ni conocía ni me había hecho nada. He golpeado a otros hasta la inconsciencia. Les he colocado una bolsa en la cabeza para privarles del aire y obligarlos a traspasar los límites de su propia resistencia. Les he hecho creer que los ahogaría y una vez bien empapados, me he dedicado a electrocutarlos para arrancarles una confesión que tal vez ni siquiera tuviesen para darme. Y he hecho todo eso sin vacilación, a pesar de sus gritos y sus súplicas, porque eso es lo que se esperaba de mí. Lo que me habían ordenado hacer, para lo que me entrenaron. ¿He violado? Jamás. En eso mi conciencia está tranquila. Y aún así, lamento cada día de mi vida no haber podido impedir que algunos de mis compañeros lo hiciesen. Y lamento no haber podido... —llegados a este punto detengo mi lengua. No estoy preparado para hablar de ella—. Dejé el ejército para alejarme de toda esa mierda, pero mis remordimientos no me permiten dormir por las noches. ¿Y dices qué ignoro mis problemas? No, señora mía, no los ignoro. Solo los mantengo a raya para proteger a quien más quiero de mi pasado. Tengo un alma oscura, tan negra como el carbón, pero no me he vuelto un loco antisocial que va violando o dañando gente a su alrededor. Yo no soy así.

—Permíteme ayudarte, Rory.

—No pretendas escarbar tanto —le advierto—. Podría no gustarte lo que encuentres.

Ahora que me he liberado del peso que llevaba encima y estoy más relajado, soy consciente de que estamos tan pegados, que nuestros cuerpos se rozan en muchas partes y puedo notar que su respiración se ha acelerado, al compás de la mía.

—Eso debo decidirlo yo, ¿no crees? —ha vuelto a utilizar ese tono pausado con el que habrá arrancado cientos de confesiones.

—No.

Me giro de nuevo hacia la puerta, antes de que haga algo de lo que luego me arrepienta. Ya he hablado de más por hoy y ha conseguido todo el material que necesita para decidir si estoy loco o no. Me siento tan furioso con ella por esto, que necesito largarme antes de dar la vuelta y...

—Rory —me llama cuando ya estoy junto a la puerta—. Déjame ayudarte,

por favor. Sé que puedo hacerlo.

Cierro los ojos y aprieto el pomo de la puerta sin decidirme a girarlo. Por mi mente pasan ahora imágenes que no tienen nada que ver con mi pasado y que despiertan en mí un incontrolable deseo de hacerlas realidad. Y estoy tan cansado de luchar hoy, que claudico.

—¿Quieres ayudarme? —la miro, antes de acercarme de nuevo a ella a grandes zancadas—. Bien. Ayúdame. Haz que me olvide de todo por una noche.

Sin darle tiempo a negarse, la acorralo de nuevo contra la pared y la beso. Con desesperación, suplicando en silencio que no me rechace. Empujo mi cuerpo contra el suyo y rodeo su cintura con mi brazo izquierdo mientras el derecho va directo a su nuca. Necesito sentirla tan cerca como pueda.

Me devuelve el beso después de unos segundos de vacilación y rodea mi cuello con sus brazos. La alzo y camino con ella hasta su mesa. Ni siquiera miro lo que hago, simplemente aparto con mi brazo todo lo que hay en ella y la siento allí. La ropa empieza a molestarme en el mismo momento en que me coloco entre sus piernas.

Le arranco la blusa sin importarme que algunos botones salgan disparados en todas direcciones y mi boca se apodera de su cuello en cuanto queda libre de ropa. Solo dejo de saborearla para que mi camiseta desaparezca también. Después la asalto, barriendo con mi lengua cada centímetro de su cuerpo. Y por cada gemido que le arranco, me siento más ligero, más vivo.

—Llévame al cielo, nena —le susurró en el oído cuando entro en ella.

Es tan delicioso como me imaginaba, incluso diría que mejor. Sus gritos me vuelven loco y aumento el ritmo de mis embestidas para llevarla al límite. Para que alcance el clímax antes de que me deje llevar con ella y termine yo también en el paraíso del placer mutuo. No ha durado mucho, pero acabamos sudorosos, agotados y plenamente satisfechos.

—Hay una papelera detrás del escritorio —me dice, cuando me retiro de su interior.

Cuando miro a Cameron después de deshacerme del condón, ya está colocándose la ropa interior y decido que me apetece más admirar su cuerpo que cubrir el mío.

—Deberías vestirme —me dice sin mirarme.

—¿Te incomodo?

—La sesión ha terminado.

Como para corroborar sus palabras, el reloj suena avisando de que la hora ha pasado. Busco mi ropa para vestirme y encuentro su blusa bajo mis pantalones. Le faltan tres botones.

—Perdona —se la entrego, pero no me mira al cogerla—. Creo que me dejé llevar por el entusiasmo.

—No hay problema.

Se la pone y con los extremos hace un nudo, cubriendo así sus pechos, pero no su abdomen. Se ve muy sexy y no puedo evitar admirarla de nuevo.

—Esto no debió pasar, Rory —sus palabras llaman mi atención y su tono serio me preocupa—. Si alguien se entera, me prohibirán ejercer de nuevo. Voy a ayudarte con la mujer que te denunció. Será fácil para mí desenmascararla. Y...

—Nadie sabrá jamás lo que acaba de ocurrir aquí entre nosotros, porque no quiero que te quedes sin trabajo —la interrumpo y me acerco a ella—. No debes preocuparte. Pero no voy a fingir que esto no ha pasado.

—Ocultarlo y fingir que no ha pasado es lo mismo.

—Para nada —la acorralo contra la mesa donde no hace tanto le arrancaba gritos de placer—. Porque si finjo que no ha ocurrido, corro el riesgo de no repetirlo.

—Es que no volverá a ocurrir, Rory.

—Permíteme dudarlo, Cameron.

—Te crees irresistible, ¿verdad? —me aparta y le dejo hacerlo—. Pues siento decepcionarte, pero no lo eres.

—Te propongo un trato —sé que estoy a punto de sentenciarme, pero en este momento no me importa—. Cada vez que intente seducirte y tú logres rechazarme, te hablaré de mi pasado.

—No puedo aceptar, Rory —me mira, seria—. Si alguien sospecha que hemos intimado, me meteré en un buen lío.

—Nadie lo sabrá —le repito.

—No puedes decir eso —me acusa— cuando pretendes seducirme como si se tratase de un juego. Aparte de contradictorio, es peligroso.

—Y excitante —me acerco de nuevo a ella. Está totalmente a la defensiva.

—No voy a hacerlo, Rory. Esto empezó aquí y aquí se acabará.

—Creí que estabas dispuesta a cualquier cosa por que hablase de mi pasado —noto ese ligero movimiento de mandíbula que hace cuando algo le molesta de

verdad—, pero veo que me equivoqué.

Me muevo hacia la puerta, esperando que me detenga. Si no lo hace, estaré realmente decepcionado. Ahora que hemos llegado tan lejos, quisiera repetir en más ocasiones. Y eso es algo raro en mí porque una vez me acosté con una mujer, suelo olvidarme de ella para siempre, para que no crea que me interesa algo más que el sexo. Cameron me atrae de una forma en que ninguna ha logrado hacerlo y quiero descubrir por qué.

—¿No hay otra forma? —sonrío antes de girarme hacia ella. Sé que la convenceré.

—Tómalo como un duelo de voluntades —le propongo—. Porque si consigo robarte aunque solo sea un beso, tú contestarás a una pregunta que te haga.

—¿Qué clase de pregunta?

—La que se me ocurra.

Parece sopesar mi propuesta y espero, impaciente, por saber si aceptará. Necesito que diga que sí porque quiero saber más de ella. Algo que también es extraño en mí. Y aunque mi respuesta es muy vaga, tengo la esperanza de que la aventurera que sé que hay en ella, pueda más que la profesional que sigue las normas.

—De acuerdo —asiente—. Tenemos trato.

—Que gane el mejor.

Le tiendo la mano para estrechársela. Cuando me da la suya, tiro hasta que nuestros cuerpos se juntan y apenas logra escapar del beso que intento robarle.

—Esta te la perdonaré, Rory —me dice de camino a la salida—, pero será la última. Esperaré impaciente nuestra próxima sesión.

Se gira hacia la puerta para salir y me quedo observándola. Su movimiento de caderas me tiene totalmente hipnotizado. Siento ganas de acercarme y palmearle el trasero, pero me contengo porque tengo algo más importante que hacer ahora mismo y no tan placentero.

—Cameron —la llamo.

—¿Qué pasa? —se gira hacia mí y me mira.

—Nos acostamos —le explico—, pero fue de mutuo acuerdo. Ella quiso más después y yo no estaba dispuesto a dárselo, así que me amenazó. Me fui de la casa después de eso. No le hice nada.

—Te creo —y esas dos palabras significan mucho para mí viniendo de ella.

18

CAMERON

—Necesito que hagas algo por mí, Stu.

Cada vez que necesito un favor, acabo llamando a Stuart porque sé que hará lo que esté en su mano por ayudarme, aunque luego me sienta mal por utilizarlo de ese modo. Soy consciente de lo que él siente por mí, tampoco es que sepa disimularlo bien, pero definitivamente nunca podría corresponderle. En cierta ocasión hice un intento, aceptando salir a cenar con él. Ese día descubrí que además de nervioso, es el hombre más anodino y aburrido que pueda existir en la tierra. No es que sea muy exigente, pero busco algo más de emoción en mi vida.

—Lo que sea, Cam, ya lo sabes —suena tan ansioso como siempre y casi puedo imaginarlo retorciendo sus dedos con nerviosismo. En aquella cita no dejó de torturar a sus pobres manos y yo tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad y mi paciencia para no decirle nada sobre eso. No habría sido agradable de oír.

—Estoy llevando un caso —le explico tanto como puedo— y me han informado de que mi paciente ha sido denunciado por violación.

—¿Crees que pudo ser él?

—Sé que es inocente —recalco—, pero necesito demostrarlo.

—¿Cómo te puedo ayudar yo?

—Al parecer han pedido que un psicólogo vea a la joven —espero no necesitar decir mucho más. Stuart es un hombre intuitivo, así que sé que sabrá entenderme.

—¿No te generará un conflicto de intereses?

—Sabes tan bien como yo que soy demasiado profesional para eso.

Hoy me cuesta creer en mis palabras. Hasta que conocí a Rory era la mujer

más escrupulosa en mi trabajo, la más estricta. Mi currículum siempre fue impecable en ese sentido y ahora, en tan solo unas pocas semanas, he sobrepasado el límite tantas veces, que temo que nunca sea capaz de volver a hacer lo que debo de la manera correcta. Pero no debo pensar en ello ahora porque lo que necesito es concentrarme en convencer a Stuart de que me asigne como la psicóloga de esa mujer. Necesito hablar con ella y averiguar por qué está haciendo esto, aunque después de mi última sesión con Rory, puedo imaginar qué pretende.

—Sé que te la han pasado a ti —continúo—. He revisado el informe policial esta mañana.

—¿Cuál es su nombre?

—Brittany Woods —cruzo los dedos para que no le haya realizado el control ya.

—Aquí está —dice, después de que lo escuche teclear—. Has tenido suerte, todavía está pendiente de revisión.

—¿Me la pasas? —no quiero sonar ansiosa, pero lo hago.

—Espero que sepas lo que haces, Cameron —le escucho teclear de nuevo—. Te he enviado los datos al correo. Me avisas en cuanto tengas el informe, ¿de acuerdo?

—Te lo enviaré tan pronto la cite —le aseguro—. Muchas gracias, Stu.

—No me las des —suspira—. Sabes que no puedo negarte nada.

—Te debo una bien gorda —le digo, ignorando el trasfondo de sus palabras. No quiero hablar de eso o me sentiré peor todavía.

—No me debes nada. En realidad, me estás haciendo un favor. La policía no deja de presionarme con el informe y yo estoy a tope de trabajo.

—Seré tan rápida como pueda —le aseguro antes de despedirme.

En cuanto cuelgo el teléfono, reviso mi correo para no pensar en Stuart. Me concentro en los datos que ha enviado de Brittany. Incluso me ha pasado su declaración. No pude acceder a ella en comisaría, así que sonrío encantada con poder echarle un ojo. La estudio con detenimiento y creo encontrar varios puntos débiles en ella, que anoto en mi cuaderno para plantearlos durante nuestra sesión.

En cuanto tengo una plantilla lista, la llamo. Cuanto antes pueda concertar la cita, antes podré ayudar a Rory con ese problema. El otro no será tan fácil si no consigo que colabore, pero al menos no estará presionado por dos flancos.

Sigo sin estar convencida del trato que hicimos y me preocupan las repercusiones si alguien llega a enterarse. Perder la licencia no es algo que pueda permitirme. Sin embargo, estoy dispuesta a intentarlo, lo que me dice que ya es hora de pensar seriamente en aceptar el puesto que me ha ofrecido el comisario. Es mucho más impersonal, justo lo que necesito para volver a centrarme. Le pediré algo de tiempo para ir transfiriendo a mis pacientes poco a poco, empezando por los menos conflictivos. No será complicado.

Quien me preocupa Kelly. Siento que si paso su caso a un colega, todo lo que hemos avanzado hasta ahora se deshará. No quiero que piense que la estoy abandonando, así que intentaré hallar el modo de seguir ayudándola, aunque solo sea a ella.

—Buenas tardes —saludo en cuanto descuelgan— ¿Podría hablar con la señorita Woods?

—Soy yo.

—Me llamo Cameron Waters —me presento—. Soy la psicóloga que le han asignado por lo de su denuncia.

—Ya he dicho que no necesito ayuda de un psicólogo.

—No es una elección, señorita Woods. Es parte del proceso.

—¿Y si me niego?

—Tendría que informar al juez y él decidiría. Lo más probable es que la obligue.

—No puede hacer eso.

—Por supuesto que puede. Y si usted se niega a obedecer, incluso podría acusarla de obstrucción a la investigación. Ese es un cargo serio, señorita Woods. No creo que quiera llegar a eso.

—No —apenas susurra su negativa y sé que la he asustado.

—Necesito concertar una cita con usted. ¿Le viene bien esta tarde sobre las ocho?

—¿Tan pronto?

—Necesitan el informe cuanto antes para seguir con los trámites de la denuncia. Supongo que estará deseando terminar con todo esto cuanto antes —la presiono—. No ha de ser agradable para usted tener que recordarlo todo una y otra vez.

—No, no lo es. Las ocho estará bien —duda al confirmarlo, pero sé que aparecerá. Nombrar al juez ha surtido el efecto deseado.

Después de darle la dirección de la consulta y recordarle la hora, nos despedimos. Y me descubro tan ansiosa por hablar con ella, que me tengo que concentrar más de lo habitual para atender a lo que dicen mis pacientes. Por suerte, tengo una de esas tardes tranquilas, con pocas citas y mucho tiempo para pensar.

—Ha llegado la señorita Woods —me informa Edna.

En la hora anterior me ha fallado un paciente. Es la segunda vez que pasa y, aunque he intentado localizarlo para asegurarme de que está bien, me ha resultado imposible.

—Hazla pasar —le digo—. Edna, contacta con Roger. Hoy ha vuelto a saltarse la sesión y ya van dos seguidas.

—Dalo por hecho —asiente.

Aunque ya había visto su rostro en el informe, ver a Brittany en persona es impactante. No solo por su impresionante físico, sino por su juventud. En la foto aparentaba más años. No parece más que una chiquilla y empiezo a entender por qué está haciendo todo esto. Tal vez no comprenda la repercusión de sus actos o lo habría pensado mejor, pero me encargaré de que sea consciente de todo cuanto se juega si sigue adelante y se descubre que es mentira.

—Buenas tardes —la saludo, invitándola a sentarse en el diván con un gesto— ¿Cómo estás?

—Hola —se sienta y me mira un tanto recelosa.

—No te sientas cohibida —le digo, con familiaridad, para darle más confianza—. Estoy aquí para ayudarte. Puedes hablar libremente conmigo porque nada de lo que me digas saldrá que aquí.

—¿No tienes que enviar nuestra conversación a la policía?

—Les enviaré será mi valoración como psicóloga —le explico—. En ningún caso sabrán lo que me digas. Eso es confidencial.

No voy a decirle que, en caso de que lo soliciten, tendría que pasarles la transcripción de nuestra conversación porque quiero que hable conmigo con total libertad y eso no ayudaría. Tengo la sensación de que es una muchacha bastante calculadora y no voy a darle motivos para que lo sea conmigo. Yo la quiero con la guardia baja.

—Vale —parece más tranquila.

—Voy a grabarlo —le aviso—, pero es un procedimiento totalmente habitual. Que no te preocupe.

—Vale —repite.

—Bien —empiezo en cuanto lo tengo todo preparado—. Sé que esto va a ser difícil para ti, pero necesito que me cuentes lo que pasó aquella noche.

—Él me violó.

—Empieza por el principio —la animo— ¿Cómo os conocisteis? ¿Fue agradable contigo?

—Yo estaba con mis amigas —tiene las manos unidas sobre su regazo y parece nerviosa mientras habla—. Nuestras miradas se cruzaron un par de veces y él se acercó después. Es muy guapo, así que estábamos encantadas de que nos hablase.

—Comprensible —creo que espera mi aprobación y la animo a que continúe hablando.

—Me invitó a una copa y estuvimos hablando.

—¿Cómo se comportó en ese tiempo? ¿Su conversación te resultó ofensiva en algún momento?

—Hablamos sobre nosotros —niega—. Bueno, más de mí que de él. Parecía muy interesado en saber cosas sobre mí.

—Si pretendía ligar contigo, es normal —asiento—. La conversación, ¿subió de tono en algún momento? ¿Se te insinuó? ¿Fue grosero u obsceno?

—Se le notaba interesado —ahora no deja de retorcer las manos aunque intenta no hacerlo.

—¿Pero te sentiste presionada o amenazada en algún momento? ¿Te obligó a ir con él?

—No —vacila.

—Entonces estabas de acuerdo en pasar la noche con él.

—Sí. No. Al principio quería irme con él —sigue vacilando—, pero cuando llegamos a mi casa, cambié de opinión.

—Cambiate de opinión —miro mis notas. Aquí está uno de los puntos conflictivos en su declaración— ¿No lo invitaste a subir contigo?

—Sí, pero después le pedí que se fuese.

—Y no lo hizo.

—Dijo que lo había calentado durante toda la noche y que tenía que cumplir.

—Así que estabais ya en tu piso cuando le pediste que se fuese.

—Sí.

—Pero en tu declaración dices que te obligó a abrir la puerta para entrar.

—Bueno, sí —limpia las manos en su falda. He logrado ponerla nerviosa—. Estábamos en mi piso, en la entrada. Le dije que no quería hacerlo y él me amenazó.

—¿Por qué no lo denunciaste al día siguiente?

—Él me dijo que regresaría si decía algo —me mira con enfado.

—La policía podría protegerte. No es excusa.

—Tenía miedo.

—Y verlo con otra chica te dio valor para hablar, ¿verdad? —Alec me lo contó, cuando le dije que intentaría hablar con ella. Por suerte, Kath y él son más comunicativos que Rory.

—¿Qué? —me mira confundida.

—Sé que lo viste una noche, días después, con una amiga suya —me dejo de insinuaciones— y, por cómo los miraste, diría que no te gustó en absoluto. También sé que Rory te rechazó cuando te insinuaste al día siguiente de estar con él. Y que lo amenazaste. ¿Esto es tu forma de vengarte de él? ¿Pretendes arruinar su vida solo porque es un libertino que no pasa más de una noche con la misma mujer?

—Eso no es cierto. Él me forzó. Tiene que pagar por ello.

—¿Comprendes que cuando descubran que mientes podrías ir a la cárcel? ¿Eres consciente de lo peligroso que es este juego?

—No estoy jugando. Tú no sabes nada —me grita.

—Sé lo suficiente sobre casos de violación como para comprender que tú no te comportas como una víctima. Pareces más bien una mujer despechada que busca venganza. Si fuese tú, me pensaría mejor lo de seguir adelante con la denuncia. Tienes mucho que perder. Tu libertad, por ejemplo —me levanto y la invito a hacer lo mismo—. Hemos terminado. Yo ya sé qué debo poner en mi valoración. ¿Sabes tú lo que debes hacer?

—Es su palabra contra la mía —me dice—. Y el juez me creerá a mí.

—¿Simplemente porque eres mujer? No funciona así. Necesitas pruebas físicas del abuso que apoyen tu acusación. ¿Las tienes? Yo diría que no —la miro fijamente para presionarla—. Tampoco encajas en el perfil de víctima, así como Rory no encaja en el de violador. En cuanto envíen ambos informes a los abogados de la defensa, tu palabra valdrá menos que una hoja en blanco. Si eres

lista, irás a comisaría mañana a retirar la denuncia y con suerte, Rory no presentará cargos en tu contra por difamación y falsas acusaciones. Todo esto podría quedarse en una simple anécdota desagradable. Está en tu mano el salir indemne de tu capricho de niña rechazada. Piénsatelo.

No le doy tiempo a decir nada más. Abro la puerta de la consulta y la insto a salir de ella. Se aleja con paso acelerado y sé que está furiosa, pero le he dado en qué pensar. Solo espero que me haga caso y termine con todo esto antes de que llegue a más. De hecho, no estoy segura de que salga totalmente indemne como le he hecho creer. El juez puede tener algo que decir al respecto, incluso si Rory no la denuncia, pero prefiero que no lo sepa o podría seguir hasta el final para intentar librarse del castigo.

—¿Has sabido algo de Roger, Edna? —le pregunto, mientras me coloco el abrigo encima.

Brittany era mi última paciente así que podemos irnos a casa al fin. Lo estoy deseando. Cada vez me cuesta más terminar el día sin sentirme agotada, física y mentalmente. He tenido que dejar de ir al gimnasio en cuanto comencé con la colaboración con la policía y me noto mucho en falta ese momento de desconexión. Necesito liberar frustraciones soltando unos golpes en el saco.

—Tengo malas noticias —me mira apenada y mis manos dejan de abotonar mi abrigo—. Se suicidó poco después de vuestra última sesión.

—¿Qué? Imposible —necesito sentarme y Edna me acerca su silla—. Pero si había mejorado mucho. Me habló de un viaje que iba a hacer y... ¡Oh, Dios mío!

Ahora comprendo a qué viaje se refería. Me lo estaba diciendo y no lo supe ver. Parecía tan animado y feliz, que no pensé en que estaba planeando su muerte.

—Debí...

—No debiste nada, Cameron —me interrumpe Edna, antes de que pueda terminar—. No eres infalible y sabes perfectamente que estas cosas pueden suceder.

—Pero si hubiese estado más atenta —me niego a pensar que no pude hacer nada—, quizá hubiese visto las señales.

—No te tortures por algo que no puedes cambiar, querida —toma mis manos y me obliga a mirarla—. Llevo años trabajando en esto y aunque no soy psicóloga, puedo detectar los problemas con una simple mirada. También a mí me engañó. Se lo veía tan feliz las últimas semanas que creí que había aceptado

al fin la muerte de su mujer.

—Estaba feliz porque se iba a reunir con ella —susurro, horrorizada de no haberlo visto antes—. Debe haberlo planeado hace tiempo. ¿Cómo he podido confundirme tanto con él?

—Hay gente que sabe disimular muy bien, cariño —me levanta de la silla y me abraza—. No le des más vueltas.

Pero es imposible que no piense en ello. No es fácil asimilar que te has equivocado completamente con una persona. Sobre todo en mi trabajo, donde la vida de esas personas corre peligro en muchos casos. ¿Y si me estoy equivocando con alguien más? ¿Y si estoy perdiendo facultades? ¿Y si me estoy dejando cegar por mis sentimientos? No puedo dejar de pensar en Kelly y en Rory. Ambos se han convertido en algo más que mis pacientes.

Todavía sigo pensando en ello cuando llego a casa. Hoy más que nunca necesito un baño relajante y estar tranquila para tratar de desconectar del trabajo. Solo espero que Casey no me moleste demasiado porque no voy a poder con ello. Necesito mi tiempo a solas.

—Por fin llegas —me asalta nada más entrar por la puerta. Parece ansiosa y no deja de moverse a mi alrededor.

—Hoy no estoy de humor, Casey —suspiro sonoramente.

—Tenemos una invitada en casa —me dice atropelladamente—. Y antes de que te enfades conmigo, tienes que saber que no tenía a dónde ir y por eso le ofrecí venirse. Tú siempre dices que debo ayudar a los demás y yo no podía abandonarla a ella después de lo que ocurrió. Porque es algo...

—Calma —la detengo—. Respira, Casey, y habla más despacio. ¿A quién has invitado y por qué?

—Hola, Cam —nuestra invitada me saluda. Veo sus ojos hinchados y rojos de llorar y un cardenal en su mejilla. Se está abrazando a sí misma y parece realmente asustada y perdida.

—Kelly. ¿Qué te ha pasado? —me acerco y la tomo de la barbilla para ver mejor su rostro— ¿Quién te ha hecho esto?

Me cuesta hablar despacio para que pueda leerme los labios porque estoy realmente alterada. Esto ya era lo que me faltaba para rematar mi día de la peor de las maneras. Adiós paz, adiós tranquilidad. Definitivamente debo estar equivocándome mucho para no haber visto algo así. Y mucho menos que sea Kelly la muchacha que le gusta a mi hermana, porque ahora ya no me queda duda alguna sobre ello. ¿Qué estoy haciendo mal?

La observo detenidamente y compruebo que está vistiendo una camiseta y un pantalón de Casey. Eso me alerta todavía más y empiezo a atar cabos. No me gusta lo que está pasando por mi cabeza y necesito confirmación de que estoy equivocada.

—¿Y tu madre? —le pregunto, más tranquila— ¿Cómo has venido hasta aquí?

—Su madre está atendiendo a un cliente —me dice Casey, que ahora rodea los hombros de Kelly de manera protectora—. Y el cabrón de su novio se aprovechó de eso para forzar a Kelly.

—¿Qué? —me lo temía.

Esto es más de lo que puedo asimilar y mis manos empiezan a temblar. ¿Es que he perdido mi capacidad de observación? ¿En qué me estoy equivocando para no haber visto algo tan grave?

—Se aprovechó de ella, Cam. Y no es la primera vez.

Las lágrimas inundan ahora los ojos de mi hermana también y no puedo hacer otra cosa que abrazarlas a ambas. Antes de que pueda frenarlo, yo misma lloro. Hacía años desde la última vez, pero esto es demasiado duro. He fracasado totalmente en mi labor con Kelly y ahora está pagando las consecuencias. Durante meses, pienso horrorizada, segura de que todo esto empezó en cuanto dejó de hablar.

—Nos vamos al hospital —les digo en cuanto encuentro las fuerzas para soltarlas—. Tenemos que hacer que te mire un médico y...

—No —su negativa es rotunda.

—Pequeña —uso el sobrenombre que le puse hace años, cuando la conocí. Últimamente lo había dejado olvidado porque ya no es tan pequeña como entonces, pero ahora mismo me parece tan apropiado como el primer día en que se lo dije—, no podemos dejarlo estar. Sé que tienes miedo. Es algo normal y totalmente comprensible, pero ese hombre ha hecho algo terrible y tienes que denunciarlo.

—A mi madre no le gustará.

—Tu madre lo entenderá —acaricio su mejilla—. Y estoy segura de que te apoyará.

—Lo quiere mucho —oculta su rostro para que no le siga hablando, pero le obligo a mirarme.

—Más te quiere a ti. Iremos al hospital y mientras te atienden, la llamaré.

Se lo explicaré todo y verás que no hay nada que temer. Vas a estar bien, ¿de acuerdo?

—Hazle caso a mi hermana —le dice Casey con una ternura que me conmueve—. Ella te ayudará.

Por la forma que tienen de mirarse, puedo intuir que lo que hay entre ellas es realmente especial. Tampoco lo vi venir, pues no hace tanto que se conocen. Y de repente, se me ocurre algo. ¿Le habrá contado todo a mi hermana y ella le guardó el secreto?

En cuanto convengo a Kelly de ir al hospital, la envío al cuarto de mi hermana a por su abrigo para poder hablar con Casey sin que nos lea los labios.

—Casey, ¿tú lo sabías?

—Solo me dijo que la estaba molestando —veo la preocupación en sus ojos—. Si llego a saber que...

No termina la frase, aunque tampoco es necesario. La abrazo con fuerza, hasta que escuchamos salir a Kelly de la habitación. Parece tan derrotada que la incluyo en el abrazo. Me siento tan impotente en este momento. Quisiera haberle evitado todo este trauma, pero he llegado tarde. Le he fallado.

—Lo siento mucho, pequeña —le digo con pena.

Ella no me contesta, pero me muestra una sonrisa que pretende disculparme. La tristeza en ella no logra ese efecto, sino todo lo contrario. Me siento peor por ella. Rodeo sus hombros con mi brazo y salimos de casa mientras noto cómo tiembla. Todo esto es demasiado duro para ella y será peor en cuanto lo denuncie. Solo espero poder ayudarla durante el proceso, ya que no lo hice antes.

—Todo saldrá bien —le dice mi hermana una vez en el coche.

Hace tiempo que le enseñé la lengua de signos. Ella me ayudó a practicarlo mientras la estudiaba y ahora que las veo hablar en silencio durante todo el camino, me alegro de ello. No puedo prestar toda la atención que quisiera a lo que dicen porque la carretera me reclama, pero creo que básicamente mi hermana está tratando de animarla. Estoy segura de que será un gran apoyo para ella.

En cuanto llegamos al hospital y un médico se hace cargo de Kelly, llamo a su madre tal y como prometí. Me cuesta localizarla y para cuando lo hago, Kelly ya está de vuelta. Le pido que vaya a mi casa para hablar y le doy la dirección porque no me gusta la idea de contárselo por teléfono.

Casey y Kelly se encierran en el cuarto de mi hermana nada más llegar y

casi lo agradezco, porque creo que será mejor hablar con Nancy a solas primero.

—¿Dónde está? —me pregunta en cuanto le abro la puerta.

—Está con mi hermana en su cuarto —la tranquilizo—. Me gustaría hablar contigo a solas primero. Pasa.

Nos sentamos en el sofá y le ofrezco algo de beber por cortesía, y por reunir el valor suficiente para decirle lo que le sucede con su hija. He enfrentado situaciones así en otras ocasiones, pero es la primera vez que la siento tan personal. Esto no es parte de mi trabajo porque Kelly no es una paciente más.

—Kelly me ha dicho que tienes novio —tal vez no sea lo que ella estaba esperando escuchar, pero creo que es importante saber si ella ha detectado algo anormal— ¿Cómo ves la relación entre ellos?

—¿Qué tiene que ver Barry con todo esto? —frunce el ceño.

—¿Se llevan bien? —insisto.

—Barry es un hombre... intenso —dice, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Y ya sabes cómo es Kelly, tan tímida y tan encerrada en su mundo. Por más que haya intentado acercarse, ella lo ha evitado desde el principio.

—¿Crees que es por su timidez?

—¿Qué otra cosa podría ser? —me duele tener que abrir sus ojos de una forma tan brutal.

—Nancy —la tomo de las manos—, Kelly ha venido hoy a mi casa con un cardenal en su rostro y muy asustada. Me ha confesado que Barry la forzó.

—No —suelta sus manos espantada—. No puede ser. Barry no haría eso.

—¿Estás segura? —le hablo con calma para que no se altere más—. Porque hemos ido al hospital a que le hagan un examen. Alguien abusó de ella, Nancy. No se lo inventó.

—¡Oh, Dios! —se lleva las manos al rostro, consternada—. No es posible. Mi niña, mi pobre niña. ¿Qué he hecho?

—Tú no has hecho nada —intento tomar sus manos, pero continúa cubriendo su rostro para que no la vea llorar.

—He metido en casa a un violador —me dice, con el rostro surcado de lágrimas—. He permitido que lastime a mi niña.

En este momento, vemos salir a Kelly de la habitación seguida de Casey. Madre e hija se miran a los ojos un instante, antes de que Kelly corra a los brazos de Nancy. Lloran juntas, mientras abrazo a mi hermana, que las mira con lágrimas en sus ojos.

—Vamos —le digo, llevándomela a la cocina—. Dejémoslas solas. Lo necesitan.

—Cam, ¿crees de verdad que se arreglará todo?

—No es fácil superar una situación como esta. No te voy a mentir ni a adornarlo —aprieto mi abrazo—, pero se puede salir. De todo se puede salir con el apoyo de tus seres queridos. Y con ayuda profesional, si fuese necesario.

—Kelly dice que ese hombre está loco —frunce el ceño—. Delante de su madre parecía un hombre amable y cariñoso, pero cuando se quedaban solos la toqueteaba todo el tiempo. Y la amenazaba para que no hablase. Kelly le tiene mucho miedo.

—Supongo que por eso dejó de hablar —murmuro.

—Le hizo mucho daño, Cam —Casey intenta mantener a raya sus lágrimas— Me lo contó todo mientras te esperábamos y tuvo que ser horrible para ella pasar por eso.

—Pagaré por lo que ha hecho, Casey. Te lo prometo.

Escuchamos el sonido de un teléfono y poco después aparece Nancy en la cocina mostrándonoslo. El miedo pintado en su cara me dice quién es quien llama mucho antes de que ella diga nada.

—Es él. ¿Qué hago?

—Déjame a mí —le digo, cogiendo su teléfono—. Casey, vete con Nancy al salón.

Quiero estar sola cuando hable con ese impresentable. Tengo tanta frustración acumulada dentro, que me desquitaré con él. Para cuando termine, no le quedarán ganas de incordiarlas más y le habrá quedado claro que la cárcel es el único lugar posible para él.

—¿Dónde estás, Nancy? —dice en cuanto descuelgo—. Llevo horas intentando localizarte.

—¿Para contarle una mentira sobre por qué Kelly luce un cardenal en su rostro? —respondo sin siquiera presentarme.

—¿Quién habla?

—La que hará de tu vida un infierno como intentes acercarte de nuevo a ellas. Eres un maldito degenerado. Kelly no es más que una niña, por dios. ¿Cómo se te ocurre siquiera mirarla? Te juro que moveré cielo y tierra para que acabes encerrado en la celda más fría y aislada que pueda encontrar...

—¿Quién coño eres tú? —me interrumpe. Su tono ya ha cambiado y me

muestra al hombre tras la máscara— ¿Dónde está Nancy? Quiero hablar con ella.

—Nancy está con su hija, a salvo de un cabrón como tú. Ni se te ocurra buscarlas o lo lamentarás, maldito hijo de puta.

—Exijo hablar con Nancy —la dureza en su voz va creciendo, pero no me intimida porque la adrenalina fluye por mis venas ahora y me envalentona.

—Tú no exiges una mierda.

—¿Sabes que puedo localizarte en cuanto quiera? —me amenaza—. Solo tengo que realizar una llamada y lo sabré al momento.

—Inténtalo, si te atreves —lo reto.

—Quiero hablar con Nancy —me exige.

—No.

—Tú lo has querido. Nos veremos las caras muy pronto —cuelga.

Ha sonado tan seguro de sí mismo, que consigue asustarme de verdad. Mis piernas tiemblan y necesito sentarme para no caer. La euforia del momento está desapareciendo y deja paso a las dudas y la preocupación. ¿Y si es cierto que puede averiguar dónde vivo?

—Maldita sea —apago el teléfono inmediatamente, esperando que eso le impida localizarlo.

—¿Estás bien? —Casey asoma la cabeza y parece preocupada.

—Sí —miento—. Ahora mismo voy.

—Vale.

En cuanto me quedo sola, pienso en llamar a la policía. Sería lo más lógico, después de la amenaza, pero en mi mente aparecen un nombre y una imagen claros. Y aunque me digo a mí misma que no debo llamarlo mientras voy por mi teléfono, termino buscando su número en la copia de su expediente que me traje a casa hace tiempo.

—No deberías hacerlo, Cameron —me repito, esta vez en alto. Sin embargo, mis dedos ya marcan el número.

—MacBay —contesta al tercer tono.

—Rory, necesito tu ayuda —le digo, más nerviosa de lo que querría que me escuchase.

—¿Estás bien? —que no haga bromas al respecto, me dice que ha debido notar que no lo estoy.

—¿Podrías venir a mi casa ahora? Cuanto antes.

—Ya salgo —dice antes de colgar.

Ni siquiera me pide explicaciones y entonces doy cuenta de que he empezado a sentir algo fuerte por él. Porque a pesar de todo con lo que debe lidiar cada día, siempre está dispuesto a ayudar a los demás. Siempre tiene una sonrisa en los labios y una gracia que soltar. Porque aunque parece que se lo toma todo a broma, en realidad, es el hombre más responsable que he conocido en mi vida. Y porque, aunque quiera negármelo a mí misma, solo Rory ha conseguido que vuelva a interesarme realmente por un hombre.

Pero no es momento de pensar en ello, sino de ayudar a Kelly. Y de protegernos de ese maldito bastardo de Barry. Es por eso que voy hasta el salón para explicarles lo que haremos. Ellas dos son lo importante ahora, todo lo demás tendrá que esperar.

—¿Qué te ha dicho? —Nancy parece ansiosa.

—He hablado yo todo el tiempo. Le he dejado claro que no podrá acercarse a vosotras de nuevo. Esta noche os quedaréis aquí con nosotras y mañana por la mañana iremos a comisaría a poner la denuncia —no les doy tiempo a protestar—. Kelly y tú dormiréis en el cuarto de mi hermana. Casey se vendrá al mío.

—Cameron —Nancy intenta negarse—. No podemos...

—Por supuesto que podéis. No dejaré que regreséis a la casa esta noche. De ninguna de las maneras.

—Pero...

—Nada de peros —miro a Casey—. Déjale un pijama a Kelly y coge uno de los míos para Nancy. Yo voy a preparar algo de cena para todas. Si llaman a la puerta, dejad que abra yo.

Ninguna protesta más y me pongo manos a la obra, aunque no dejo de mirar hacia la puerta, esperando escuchar el sonido del timbre en cualquier momento. Y sin embargo, cuando sucede me sobresalto. Mi corazón late enloquecido mientras me acerco a la puerta para comprobar que sea Rory. Necesito que sea él.

—¿Estás bien? —me pregunta nada más abrir la puerta.

Antes de que pueda responder, ya me está abrazando y no era consciente de cuánto lo necesitaba hasta que sucede. Rodeo su cintura con mis brazos y apoyo mi cabeza en su pecho. Ahora ya me siento segura.

—Gracias por venir —le digo, mirándolo, pero sin separarnos.

—Llámame y aquí me tendrás —me guiña un ojo. Parece relajado ahora—. Soy todo tuyo, nena.

—Ya tardabas —digo separándome de él, aunque me sorprende al pensar que me gustaría que fuese cierto. Y esa es otra señal que me avisa de que debería distanciarme de él.

Aunque me temo que ahora será todavía más difícil llevarlo a cabo porque acabo de meterlo de lleno en un problema del que sé que no querrá desentenderse.

—¿Vas a contarme lo que pasa o tengo que adivinarlo? Porque sé que no es para repetir lo que...

—Calla —le tapo la boca y miro hacia las habitaciones, esperando que nadie lo haya escuchado.

—¿Problemas con tu hermana?

—Ojalá —suspiro—. Me temo que es algo peor.

—Cuéntame —su seriedad me da valor.

—¿Recuerdas a la muchacha sorda que acude a mi consulta?

—La que se niega a hablar —asiente y me sorprende que recuerde ese detalle.

—La han violado —le digo sin más. Me dolerá de cualquier manera así que mejor terminar cuanto antes—. El novio de su madre.

—Hijo de puta.

—Cuando hablé con él por teléfono, me amenazó —continúo—. Sé que debería haber llamado a la policía, pero...

—¿Por qué diablos lo has llamado? —me interrumpe. Su ceño está fruncido.

—Yo no lo hice —me defiendo—. Llamó a Nancy y yo respondí.

—Está bien —expulsa el aire de los pulmones—. Perdona. ¿Qué te dijo exactamente?

—Dijo que averiguaría dónde vivía y que vendría a por ellas. No sé si puede hacer algo así, pero me asusté.

—Tranquila. Ahora estoy yo aquí —me dice—. Si se le ocurre venir, se las verá conmigo.

—Quizá no debí meterte en esto —empiezo a arrepentirme de mi arrebato.

—Yo me alegro de que lo hayas hecho —cuando lo miro, continúa—.

Porque no puedo pensar en un mejor plan para esta noche que pasarla contigo.

Cuando me guiña un ojo, sé a qué se refiere. Y aunque también sé que lo ha dicho solo para rebajar la tensión del momento, no es eso lo que consigue precisamente. Y cuando las imágenes se filtran en mi mente, muevo mi cabeza en negativa. Su sonrisa se ensancha, intuyendo lo que estoy pensando. Por suerte para mí, esta noche no estaremos solos.

En cuanto termino de preparar la cena, nos reunimos todos en la cocina y Kelly no deja de mirar a Rory. Después de explicarle que está aquí como medida preventiva, para protegernos en caso de que fuese necesario, creo que lo ha convertido en una especie de ángel de la guarda para ella, porque en sus ojos puedo ver admiración. Está atenta a cada palabra que dice y si aparta la mirada de él, es para posarla en mi hermana. A su madre la evita tanto como puede, creo que porque se siente avergonzada.

Aunque la haya apoyado desde el primer momento y le haya pedido perdón por permitir que Barry se acercase a ella, Kelly sigue pensando que por su culpa su madre ha perdido al hombre que había conseguido hacerla feliz después de la muerte de su padre. Pero lo que debe entender, y en eso le ayudaré yo, es que el amor por los hijos es más fuerte que el propio deseo de ser feliz. La felicidad de una madre es ver felices a sus hijos, así de sencillo. O así debería ser. La imagen de mi madre aparece en mi mente para recordarme que la norma no funciona para todos igual, pero ese es otro asunto. Nancy jamás abandonaría a su hija y mucho menos por un hombre que le ha hecho daño. Basta ver su rostro para saber que le duele tanto o más que a Kelly. Estoy segura de que su corazón se ha partido en mil pedazos al descubrir lo que su novio ha hecho. Y de que se culpa de ello.

—Será mejor dormir un poco —les digo al acabar la cena—. Mañana temprano iremos a comisaría a poner la denuncia.

—Yo os acompañaré —asiente Rory.

—No sé cómo agradeceremos todo esto —dice Nancy, apenada—. No creí que...

—No es necesario, Nancy —la interrumpo al ver que Kelly empieza a retraerse en sí misma—. Intentad dormir. Mañana será un día duro.

Casey se va con ellas y yo empiezo a recoger la mesa. Aunque se han ofrecido, rechacé su ayuda porque prefiero que descansen, si es que pueden. Rory, en cambio, sí colabora. Que permanezca en silencio por tanto tiempo me mantiene alerta. Espero que en cualquier momento diga o haga algo de lo más inapropiado. Así es él.

—Es la primera vez que pasaré la noche en casa de una mujer sin sexo de por medio —me dice de repente. Cuando lo miro, está sonriendo y no puedo evitar imitarlo—. O sin ser Kath.

—Siempre hay una primera vez para todo —no dudo en continuar hablando—. Incluso para hablar de tu pasado con un psicólogo.

—Buen intento —se acerca a mí—, pero te recuerdo que tenemos un trato.

—¿De verdad piensas seguir con eso? —decido guardar la jarra en el estante para alejarme de él sin que resulte tan evidente que lo hago porque me incomoda su cercanía.

—Un trato es un trato —noto que se acerca a mí de nuevo y me aparto antes de que pueda acorralarme.

—No estamos en la consulta —lo encaro— ¿Cumplirás tu parte del trato incluso ahora?

—¿Y tú la tuya? —luce esa sonrisa que lo hace irresistible y aunque es muy tentadora, todavía puedo manejarla. Por el momento, mi interés por saber de su pasado es más fuerte que las reacciones de mi cuerpo. Cuando intenta acercarse de nuevo, lo esquivo y salgo de la cocina. Huyo por el pasillo hasta mi dormitorio.

—¿Vienes a dormir? —Casey está acostada y me mira por encima de las sábanas, curiosa.

—Solo voy a llevarle una almohada y una manta a Rory —le sonrío.

—¿No es uno de tus pacientes?

—Lo es —digo sin mirarla mientras saco todo del armario.

—¿Es correcto que esté aquí?

—Tanto como lo es que estén Kelly y Nancy.

—Lo imaginaba —se recuesta otra vez— ¿Crees que detendrán al novio de Nancy?

—Tenemos las pruebas médicas y el testimonio de Kelly. Si todo sale como debería, será más que suficiente.

—¿Y si no lo es?

—Paso a paso, Casey —le recuerdo—. No quieras preocuparte por algo que no sabes si ocurrirá.

—Podrías decirle a Rory que le pegue una buena paliza —sugiere, después de unos segundos en silencio, como si esa idea fuese lo más normal del mundo.

—Casey —intento reprenderla, pero la risa me resta fuerza—. Eso sería del todo inapropiado. Además, Rory ya tiene suficientes problemas propios como para añadirle ese también.

—Pero te lo has pensado, ¿verdad? —sonríe.

—Hasta yo le daría una paliza —le confieso—. Pero debemos confiar en que la justicia haga su trabajo.

—Mal asunto —bufa—. Sabes que la justicia no funciona casi nunca.

—Saldrá bien —le aseguro, incluso cuando tengo dudas—. Duerme.

—¿Te vienes después?

—Más tarde —le digo antes de regresar al salón.

Rory está curioseando por la estancia, mirando fotos y leyendo el título de los libros que tengo en la estantería. La mayoría son sobre psicología, así que no creo que le interesen. Lo observo en silencio, admirando su apostura. No se puede negar que tiene un cuerpo de infarto, trabajado a golpe de gimnasio. También es muy guapo y lo sabe. Su arrogancia es prueba de ello. Y aún así, es un hombre lleno de inseguridades. Se escuda en su carácter alegre y sus continuas bromas para ocultar sus miedos.

Después de todo lo que me confesó ayer, empiezo a hacerme una idea de lo que ha tenido que soportar en el ejército. No es el primero ni será el último al que las experiencias vividas en los lugares a los que viajan le afecten, pero sé que hay mucho más. Algún otro problema que no quiere contarme. Tal vez tenga algo que ver con el soldado muerto que le salvó la vida. Aunque me decanto por el compañero con el que se enfrentó. Estoy segura de que sucedió algo más que una simple escaramuza con él.

—¿Disfrutando las vistas? —me pregunta sonriente.

He estado tan absorta en mis pensamientos, que me ha pillado observándolo. Aunque en realidad dejé de verlo hace tiempo. Niego con la cabeza y me acerco a él para entregarle la ropa de cama. Mientras lo hago, tomo una decisión: esta noche hablará conmigo sobre su pasado, quiera o no.

—Ya que estás aquí —le digo—, podemos aprovechar y adelantar la sesión de mañana. Hablas más conmigo cuando estamos fuera de la consulta, así que me beneficia.

—Y me dices eso después de darme una almohada y una manta —se acerca un poco más a mí— ¿Es una indirecta?

—Quiero que hables de tu pasado, Rory —lo imito, para alentarlo—.

Tómalo como quieras, pero ganaré yo.

Intenta besarme y me aparto rápidamente. El boxeo mejora mis reflejos, así que en este caso no tiene nada que hacer. La única forma de que pueda lograr lo que se propone es que me coja con la guardia baja y eso es algo que no sucederá ahora. Estoy dispuesta a arrancarle una confesión esta noche.

—Punto para mí —le digo sentándome—. Te toca hablar.

—Solo ha sido un intento de beso —me dice, sentándose a mi lado cuando palmeo el sillón.

—Si robarme un beso sirve para que me preguntes sobre mi vida —le digo acomodándome para quedar de frente a él—, evitar que me lo des te obliga a hablar de tu pasado.

Creo que empieza a ver su trato con otros ojos porque hace una mueca de disgusto. Aún así noto que está dispuesto a cumplir el trato y revelarme algo más de su pasado. Tiene un extraño brillo en sus ojos ahora mismo, el mismo que aparece cada vez que no le gusta lo que está recordando. Contengo mi lengua, esperando a que se anime a hablar. Creo que es mejor que lo saque fuera cuando se sienta cómodo para hacerlo.

Empiezo a entender cómo funciona su mente y si lo empujo a hablar como hice ayer, la cosa no acabará bien. Porque esta vez no estoy dispuesta a claudicar de nuevo para tranquilizarlo más tarde. No es así como quiero llevar las sesiones que nos quedan, aunque haya aceptado su trato.

—No creo que te interese conocer los pormenores de lo que hacía durante los interrogatorios —dice al fin.

—Me interesa más tu día a día con tus compañeros —me arriesgo.

—No es eso lo que no me deja dormir por las noches.

—¿Estás seguro?

Me mira fijamente por tanto tiempo, que tengo la sensación de que se ha olvidado de que estoy con él. Si me aparto, su mirada no se moverá conmigo. Aguardo pacientemente a que regrese de donde quiera que esté y deseando que traiga con él uno de esos recuerdos que le provocan pesadillas.

—Convivir con alguien en un espacio reducido por muchos meses — comienza, manteniendo su mirada lejos de la mía— y tener que velar por la seguridad los unos de los otros durante las misiones une bastante. Al menos con aquellos a los que la mierda que vivimos a diario no los corrompe. La mayoría de mis compañeros eran buenos hombres y mujeres. Yo tenía especial conexión con aquellos que estaban bajo mi mando, pero supongo que es algo normal.

Quisiera decir algo al respecto, pero me contengo porque temo que si lo interrumpo, salga del trance y deje de hablar conmigo. Tampoco me atrevo a ir a por la grabadora para registrar lo que me cuente. Supongo que tendré que fiarme de mi memoria para poder transcribirlo después. Aunque algo me dice que lo que me confiese no se me olvidará fácilmente.

—Muchos de ellos no eran más que niños —continúa—. A alguno ni le había salido barba todavía, pero se creían lo suficientemente valientes como para querer jugar a los soldados. Para la mayoría, su visión de la guerra cambiaba por completo después de un par de enfrentamientos con el enemigo. Bueno, para los que podían regresar con vida. Es muy duro ver caer a tus amigos, porque eso es lo que eran muchos de ellos.

Se detiene y siento el impulso de tocarlo para hacerle saber que no está solo. Aún así me detengo antes de hacerlo. Necesita ese tiempo para ordenar sus recuerdos y elegir qué me va a contar. Y si continúa por ese camino, creo que obtendré precisamente el que deseo más que ningún otro.

—Pero es mucho más jodido ver que tus propios compañeros se hacen daño entre sí. No recuerdo en qué momento empezaron las peleas ni el motivo de la primera, solo sé que fueron a más. Intenté hablar con nuestros superiores para que tomasen cartas en el asunto, pero me dejaron claro que en la guerra todo vale y que no tenían intención de arrestar a nadie solo porque tuviesen unos cuantos encontronazos entre ellos. No debería haberme sorprendido porque aquellos que los provocaban eran algunos de sus mejores hombres. Los necesitaban.

Guarda silencio de nuevo, durante tanto tiempo esta vez, que temo que haya terminado su confesión. Necesito que siga y que libere esa pesada carga que lleva en sus hombros desde hace tanto tiempo. Sé que estoy cerca del verdadero motivo por el que se niega a hablar y sé que debería animarlo a que lo suelte, pero dudo de cómo hacerlo sin romper la burbuja en la que está metido ahora mismo.

—Primero fueron las prisioneras —continúa de repente—. Nadie le dio importancia a ese hecho porque lograba las confesiones que buscaban. El fin justifica los medios. Torturábamos a los presos durante los interrogatorios de la forma más inhumana posible, así que nadie daba por mal hecho que él violase a las mujeres.

—Salvo tú —ya no puedo contenerme.

—Salvo yo —me mira y noto lo perdido que está ahora—. Intenté detenerlo. Juro que lo intenté. ¿Pero cómo hacerlo si no lo veían como lo que era en realidad?

—Fue a más —aventuro.

—Mucho peor —frunce el ceño y calla.

—Rory —lo animo—. Te liberará contarlo.

—No cambiará lo que sucedió —se está cerrando a mí de nuevo.

—Por supuesto que no. Pero podría cambiar tu día a día.

—¿Dejaría de sentirme culpable? —me pregunta— ¿Desaparecerían los remordimientos por no haber hecho más? Lo dudo.

—Dejarías de tener pesadillas por las noches —le respondo, seria—. Entender que hiciste todo lo que estaba en tu mano y aceptar que a veces eso no es suficiente, te ayudará a perdonarte. No se trata de eliminar los recuerdos de tu pasado, sino de aprender a vivir con ellos sin que duelan. Todos cometemos errores, Rory, todos fallamos. Es parte de la naturaleza humana.

—Pero mis errores le costaron la vida a alguien.

—¿Y crees que los míos no? —lo sucedido con Roger se cuelan en mi mente, traicionándome—. Te recuerdo que trato a diario con personas mentalmente inestables. La mayoría de ellos no tienen la fuerza de voluntad que tú tienes y me frustra ver que la usas de la manera equivocada.

Frunce el ceño y me presta atención ahora. Me he equivocado al decir eso porque ahora querrá más y eso solo nos alejará de lo verdaderamente importante aquí: él.

—Es tu turno para hablar —me dice.

—Hasta donde yo sé, el trato no decía nada de intercambio —no me gusta usar ese argumento, pero no se me ocurre ningún otro que lo haga seguir hablando—. Termina lo que has empezado o...

Ni siquiera puedo terminar la frase porque Rory me toma por la nuca en un rápido movimiento y me besa. Creo que pretendía obligarme a hablar con el trato, pero en cuanto nuestros labios se tocan, todo se descontrola. Soy capaz de mantenerlo a raya mientras no hay contacto entre nosotros, pero cuando sus besos me elevan al cielo para dejarme caer en picado y me atrapan de nuevo antes de tocar el suelo, es imposible resistirse.

Siento su cuerpo sobre el mío, aprisionándome contra el sillón y sé que debo detenerlo. No es el lugar ni el momento. Tampoco es la forma, por más que haya accedido a este juego. Pero las fuerzas me fallan cuando su mano asciende bajo mi camiseta. Sé que estoy perdida cuando su boca recorre mi mandíbula y baja hasta mi cuello.

Por suerte o por desgracia, según cómo se mire, escuchamos, no sé cómo, una puerta abriéndose y nos separamos en cuestión de segundos. Arreglo mi ropa mientras veo a Kelly escabullirse en mi habitación.

—Parece que son muy amigas —susurra Rory, supongo que para romper el silencio que se ha instalado entre nosotros.

—Diría que algo más que eso —sonrío. Sé que mi hermana será un gran apoyo para Kelly y me alegro de ello.

—¿Qué? ¿No me digas que son...? —me mira con sorpresa y no es capaz de terminar la pregunta. Mi sonrisa se amplía—. No tenía ni idea.

—Las apariencias engañan muchas veces. Hay gente que parece débil, pero está hecha de hierro por dentro y otros que se ven fuertes, son sencillamente un manojo de inseguridades y miedos —la pelota está de nuevo en su tejado. Veremos si decide cogerla o la dejará rodar hasta el suelo.

—Tú primero —me dice, recordándome lo que Kelly interrumpió.

—Uno de mis pacientes se suicidó hace poco y me enteré hoy —le suelto sin vacilar. Duele reconocer que fallé, pero no le permitiré ver que me afecta o este experimento no funcionará—. No lo vi venir. Creía que estaba saliendo adelante y no fue así.

—Un cabrón de mierda que se hacía llamar compañero violó en repetidas ocasiones a una soldado amiga mía y cuando por fin la convencí de que lo denunciase, él la mató antes de que pudiese siquiera hablar. Llegué tarde para impedirlo. Juré protegerla y fallé.

19

Una vez rota la barrera que creé hace años para mantener a raya los remordimientos, las palabras fluyeron sin control. Durante horas, me dediqué a hablar sobre mi pasado con Cameron. Fui tan sincero con ella en ocasiones, que incluso me di miedo. Le conté hasta el más pequeño de los detalles, sin importarme lo que pensase de mí, porque comprobé que no era tan malo como yo pensaba. Ni me juzgaba ni me miraba con reproche o repulsa. Simplemente me escuchaba. Me comprendía, del modo en que alguien que no pasó por eso pueda hacerlo, pero fue suficiente para mí.

Y de repente, olvidamos que éramos psicóloga y paciente para convertirnos en dos amigos que intentan ayudarse mutuamente. Porque también ella me habló de su pasado, con una madre egoísta y un padre fanático, demostrándome así que no tuvo la infancia ideal que yo había supuesto. Ni mucho menos. Y una vez más, su frase de que las apariencias engañan, me pareció de lo más acertada. Porque a pesar de todo lo que tuvo que pasar en su vida, Cameron es la mujer más fuerte que he conocido aparte de Kath. Ellas dos son buenos ejemplos de cómo un pasado duro no tiene por qué condicionar tu presente, ni tu futuro. Solo que no quise verlo hasta ahora.

Ni siquiera recuerdo en qué momento nos quedamos dormidos, pero sí soy consciente de que ahora está recostada contra mí en completo abandono. Todavía no ha amanecido, pero he podido dormir varias horas seguidas sin que las pesadillas me asaltasen. Y no estoy seguro de si ha sido por la compañía o por haberme liberado de mi pasado.

Saber más de ella, al contrario de lo que creía, me provoca aún mayor curiosidad. Me intriga saber qué más hay en su vida que no es tan perfecto como yo pensaba. Y está claro que la única forma de lograrlo es permanecer con ella tanto como pueda. Algo que hace unas semanas me habría supuesto un problema, porque no soy de los que permanecen demasiado tiempo cerca de la

misma mujer. Claro que hasta ahora tampoco he sentido deseos de saber sobre la vida de ninguna de ellas.

El problema de Kelly me dará la oportunidad de estar cerca sin que tenga que recurrir a las sesiones y aunque hubiese preferido que fuese por otra causa, no voy a desaprovecharlo. Es una forma de matar dos pájaros de un tiro: encargarme de que el cabrón ese no vuelva a tocar a la muchacha y conocer más en profundidad a Cameron.

La observo mientras duerme. Su cabello esparcido por su rostro no me permite admirar sus labios llenos, pero recuerdo cuán suaves se sienten al besarlos. Tampoco puedo ver esos pómulos tan bien definidos, que parecen aumentar cuando sonrío. Ni sus ojos, con los que sigo fascinado. Obsesionado más bien, porque todavía no he podido determinar si son verdes o azules. Aunque me encantaría mirarlos por horas hasta descubrir ese secreto que guardan.

Lo que puedo ver es su cuerpo y sentirlo sobre mí. Intento no recordar la forma en que se amoldaba al mío cuando lo hicimos en su despacho, pero las imágenes vienen solas. Es inevitable. Y, extrañamente, estoy deseando repetirlo. Nunca he deseado más de lo que una mujer podía darme en un único encuentro. No quería crear falsas esperanzas en ellas. Sin embargo ahora, con Cameron no puedo pensar en otra cosa. Incluso cuando eso me preocupa. Siento que necesito probar más de una vez, solo por ver si continúo sintiendo lo mismo o dejo de interesarme en ella.

Cuando nos interrumpieron anoche, la frustración se apoderó de mí por un momento, pero la conversación que mantuvimos fue tan liberadora, que ya no me molesta. Habrá nuevas ocasiones para seducirla porque yo me encargaré de que ocurra y porque necesito descubrir por qué me obsesiona tanto.

Siento un impulso incontrolable de ver su rostro y aparto con cuidado algunos mechones que lo ocultan. De repente, me entra un deseo incontrolable de despertarla con un beso y mis dedos tiemblan de anticipación cuando los acerco a su rostro. Cameron parece notarlo y se despierta.

—¡Oh, vaya! —se levanta tan rápido que no consigo retenerla. No puedo negar que tiene buenos reflejos y que a mí me han fallado los míos—. Lo siento.

—Yo no me estaba quejando —le respondo—. De hecho, creo que empezaré a hacerlo ahora. Estaba muy cómodo contigo encima.

—Puedo imaginarlo —me responde, mientras peina su pelo con las manos.

—Aunque tenerte debajo tampoco me disgustaría —me acerco a ella y

sonríó cuando se levanta del sillón. Esta vez me esperaba esa reacción y la sigo con igual rapidez.

—Rory —protesta cuando la rodeo con mis brazos.

—Están durmiendo —intento besarla, pero se me resiste. Y siento que tal vez sea eso lo que me hace desear tenerla de nuevo. Es un reto traspasar sus defensas. Y un goce cuando lo logro.

—No importa, sigo siendo tu psicóloga —se escurre de entre mis brazos.

La veo huir en dirección a su habitación o eso creo porque en el último segundo se mete en otro cuarto. En cuanto escucho el agua correr dentro, sé que es el baño. Pero antes de que pueda ir en pos de ella para incomodarla un poco más cuando salga, se me adelanta y se dirige a la puerta de entrada.

—¿A dónde crees que vas? —la detengo cuando veo que va a salir de la casa.

—En cuanto se despierten las llevaré a la comisaría —me explica—. Necesito despejar un poco el coche. Está... lleno de cajas.

Parece avergonzada, pero no acabo de creérmelo. Dudo mucho que Cameron se sienta mal por admitir que su coche sea un caos, sobre todo después de confesarme cosas peores que esa noche. Aunque, por otro lado, su casa se ve perfectamente ordenada. Tendría sentido que fuese cierto. Sea como sea, no la dejaré salir sola. Puede resultar peligroso.

—¿Y tiene que ser ahora? —insisto—. Ni siquiera es de día.

—Así no nos retrasamos después.

De repente entiendo lo que pasa. Está intentando alejarse de mí. Supongo que ahora que le he contado todo cuanto necesita para el estudio psicológico, pretende poner distancia entre nosotros. No voy a decir que no me duele y que me siento utilizado. Y es entonces cuando pienso en que eso debe ocurrir con las mujeres con las que he pasado la noche y luego no he vuelto a ver. No me gusta la sensación y por segunda vez desde que Brittany me denunció, me replanteo mi manera de tratarlas.

—De acuerdo —la dejo pasar—. Pero te ayudo.

—No es necesario. Regresaré en unos minutos.

—Anoche me llamaste porque tenías miedo de que ese tal Barry pudiese aparecer por aquí —le recuerdo—. No voy a dejarte sola para que intente hacerte algo si es cierto que localizó la llamada.

—Si no ha aparecido hasta el momento, no creo que lo haga ya.

Probablemente no haya sido más que un farol.

—¿Y por eso estabas tan asustada anoche? —alzo una ceja.

—Está bien —claudica—. Haz lo que quieras.

—Para eso tú deberías dejarte hacer —bromeo, sin poder evitarlo.

—Eres imposible —susurra mientras sale por la puerta.

Pensar en que probablemente no quiera saber nada más de mí, me deja mal sabor de boca. Normalmente estaría encantado de poder desaparecer, pero con Cameron no es así y no sé por qué. Todo esto empezó como un reto y era lo que me atraía de ella, lograr que se rindiese a mí. Era solo un juego, pero ahora se ha convertido en algo más y necesito averiguar por qué con ella es distinto a las demás.

—Ya has conseguido lo que querías, ¿no? —le digo en el ascensor, incapaz de callarlo por más tiempo.

—¿Qué? —me mira como si no entendiese. Casi la creo.

—Anoche te lo conté todo y ahora ya puedes deshacerte de mí —le explico, intentando no parecer acusatorio. Fracaso.

—Apenas estoy empezando contigo, Rory —me responde—. Que lo hayas contado es solo el primer paso. Ahora viene lo difícil.

—¿Aceptarlo?

—Superarlo —asiente—. Y vivir con ello sin que los remordimientos te consuman.

—Pero el trato se acabó —insisto.

—De todas formas era demasiado peligroso para mí —evita mi mirada mientras habla. Eso es nuevo.

—¿Y si yo sigo queriendo seducirte? —me acerco a ella.

—Te rechazaré —ahora me mira. Demasiado seria—. Ahora que has hablado, puedo transferirte a un compañero si lo veo necesario. No juegues con eso, Rory.

Su amenaza me enfada. Una cosa es que quiera imponer cierta distancia entre nosotros y otra que quiera desaparecer de mi vida por completo. Porque no estoy dispuesto a eso hasta haber descubierto qué es lo que me pasa con ella. Detengo el ascensor y la atrapo entre mis brazos. Me sostiene la mirada en señal de desafío, pero no intenta separarse creyéndose vencedora esta vez. Lo que no sabe es que va a perder.

—Adelante —le digo—. Envíame con uno de tus compañeros. Eso me dará vía libre para ir por ti sin miedo a que nos descubran.

—No funciona así, Rory. Hay un...

No la dejo terminar. Estamos en un ascensor bloqueado, los dos solos y sé perfectamente lo que quiero de ella. La haré ascender a lo más alto sin necesidad de movernos. Mis labios asaltan los suyos sin piedad, a sabiendas de que esta vez nadie llegará para detenernos. La obligo a acogerme entre sus piernas para poder sentir su cuerpo por entero y para que sea consciente de lo que le provoca al mío con un solo beso.

—Esto no está bien —consigue decir cuando mi boca se desliza por su cuello.

—Dime que no me deseas —le susurro— y me detendré.

Mi aliento en su piel sensible le provoca un gemido sordo y esa es la señal que esperaba para continuar con mi viaje por su cuello, mientras mis manos sujetan las suyas sobre su cabeza. Solo la suelto para apoderarme de sus pechos cuando mi boca los busca, desesperada. Su ropa vuela por los aires, seguida de la mía. Poco me importa dónde estamos o que alguien nos pueda descubrir si desbloquean el ascensor desde fuera, la necesito.

—Esto va a ser rápido —le digo, obligándola a girarse para quedar de espaldas a mí. No se resiste porque lo desea tanto como yo—, pero te compensaré en otro momento. Lo prometo.

No le doy tiempo a decir nada ni a arrepentirse de caer de nuevo en mis brazos, aunque sé que ahora mismo no hará ninguna de las dos. Simplemente recorro lentamente su espalda con mi boca, provocándole escalofríos de placer, mientras me coloco el condón. En cuando estoy listo, entro en ella profundamente. Se aferra a la pared del ascensor y yo la sujeto por la cintura para llegar más hondo y con más fuerza. Estamos tan excitados que no duraremos demasiado ninguno de los dos. Con Cameron todo se siente más intenso y es imposible no dejarme llevar con ella cuando noto cómo se estremece con la fuerza de su orgasmo.

—¿Por qué tienes que ser así? —susurra al vestirse.

—¿Así cómo? —me mira, sorprendida y sé que no esperaba que la escuchase— ¿Tan irresistible? ¿Tan intenso? ¿Tan buen amante?

—Tan perfectamente imperfecto —suspira.

—Eso no tiene sentido —le digo.

—Lo tiene para mí —dice, mientras desbloquea el ascensor y este continúa

su viaje hacia el garaje.

—Ilústrame pues.

—Tal vez algún día —niega.

No puedo insistir porque las puertas se abren. De camino a su coche encuentro una papelera y me deshago de las evidencias. Quien quiera que nos vea ahora, no sabrá lo que ha ocurrido en el ascensor minutos antes.

—Eh —la llamo al ver lo decaída que parece.

—No insistas, Rory —me mira, seria—. Puede que no te guste lo que escuches.

—¿Vas a darme la charla sobre la ética profesional? —sonríó—. Me la sé, pero me importa una mierda mientras no nos descubran.

—No es eso —frunce el ceño—. Créeme, lo que pueda decirte no va a gustarte, así que déjalo estar así.

La ayudo con las cajas, aunque solo son dos. El resto del coche está tan impecable como su piso y eso me reafirma en que solo quería venir para alejarse de mí. Lo que me lleva a pensar en qué puede ser eso que no quiere decirme.

—No insistas más, Rory —me detiene, como si supiese lo que estoy pensando. Probablemente sea así.

—Soy un hombre curioso —le guiño un ojo, restándole importancia a lo que sea que se está guardando—. Y tampoco me asusto con facilidad.

—Permíteme dudarlo —usa mis propias palabras.

—Pruébame.

—No lo hagas, Rory.

—¿Por qué no? —entramos de nuevo en el ascensor—. No ha de ser tan malo.

Se apoya en la pared y cierra los ojos. No sé si para ignorarme o para no tener que hablar, que para el caso viene a ser lo mismo. Decido picarla, eso siempre se me ha dado bien.

—¿Recordando lo que ocurrió aquí? —le susurro en el oído y se sobresalta. Ni siquiera se enteró cuando me acerqué a ella.

—De verdad, Rory, no insistas.

—Tú lo hiciste hasta que hablé contigo de mi pasado —contraataco con eso—. Te aseguro que puedo ser muy insistente.

—Me gustas, Rory —me dice finalmente y yo permanezco inmóvil,

mirándola sorprendido—. Mucho. Pero yo no soy de las que solo buscan sexo, por muy salvaje y satisfactorio que sea este. Yo soy de las que salen a cenar el fin de semana, de las que van al cine cuando hay una película que merece la pena, de las que gustan de compartir tardes lluviosas con su pareja, acurrucados en el sillón, bajo una cálida manta y manteniendo una conversación profunda o, puede que incluso, superficial. Soy de las que hacen planes de futuro, de las que quieren hijos. ¿Lo entiendes, Rory? Somos demasiado distintos. Definitivamente no eres para mí. Así que por tu bien, aléjate antes de que uno de los dos haga algo que dañe al otro.

Las puertas se abren y Cameron sale del ascensor buscando las llaves. Se aleja por el pasillo, decidida, como si segundos antes no me hubiese hecho su mayor confesión. Yo me quedo donde estoy, viéndola a ella, sin decidirme a seguirla o a salir huyendo. No puedo decir que lo que me acaba de decir no me ha asustado porque lo ha hecho. ¿De las que hacen planes de futuro y de las que quieren hijos? Tal y como ha dicho, definitivamente, eso no va conmigo. No puedo tener a una mujer en mi vida con toda la mierda que hay en ella. No, los planes de futuro no son para mí. Mucho menos los hijos.

20

Me mantengo al margen, con mi taza de café en una mano y mi tostada en otra, mientras las veo desayunar y hablar entre ellas sobre lo que harán después. Cameron trata de convencerlas de que todo saldrá bien y que denunciar a Barry será determinante para empezar a superar el trauma. Nancy tiene la desesperación y el arrepentimiento pintado en su rostro. Está sufriendo por lo que le ocurrió a su hija y culpándose de ello. Kelly, en cambio, está pendiente de cada palabra que pronuncia Cameron y cada gesto de sus manos. Puedo ver la admiración en sus ojos y estoy seguro de que entre ellas hay algo más que una simple relación de psicóloga y paciente.

Empiezo a pensar que Cameron se implica demasiado con todos sus pacientes y que lo que ha estado haciendo por mí, lo habría hecho por cualquier otro en mi lugar. Parece que lo único que quiere es mejorar la vida de sus pacientes a cualquier precio y no estoy seguro de que me guste eso. No quiero pensar en que lo que pasó entre nosotros haya sido solo parte de su estrategia para lograr que le hablase de mi pasado. ¿Sería capaz de llegar tan lejos solo por eso? Si la respuesta es afirmativa, entonces la confesión de antes cobra un nuevo sentido. Seguramente ni sea cierta. Lo habrá dicho para que me asuste y me aleje, ahora que no es necesario presionarme para hablar.

Es una, más que probable, posibilidad porque sabe que funciona conmigo. Y vaya si lo hace, lo único que quiero ahora, cada vez que noto su mirada sobre mí, es irme bien lejos de aquí. Solo mi preocupación por Kelly me mantiene en esta casa. No permitiré que le pase nada más. Ya ha sufrido suficiente en su corta vida. Y los recuerdos de... ella solo sirven para que mi determinación de ayudar a Kelly sea más fuerte.

Es curioso que no sea capaz de pronunciar su nombre, incluso después de haberle hablado de ella a Cameron anoche. Aunque ni siquiera en ese momento lo usé. Sencillamente no puedo. Es como traer de regreso aquel maldito día en

que le fallé, en que no fui capaz de protegerla como le había prometido. Cameron está segura de que acabará aceptándolo, pero yo sé que no será así. Porque ella está muerta y eso no se puede cambiar. La culpa me acompañará toda la vida.

—Hora de irse —digo, incapaz de permanecer en la casa por más tiempo—. Os espero abajo. Os seguiré en la moto.

Salgo del apartamento antes de que alguien pueda detenerme. Necesito aire fresco para despejar mi mente y poder pensar con claridad en todo lo que ha sucedido en las últimas 24 horas. Mis ganas de desaparecer cosquillean en mis manos al verme en la calle, pero las mantengo a raya. Ya habrá tiempo para pensar en eso en cuanto Kelly y su madre estén a salvo de Barry.

Me encantaría tener unas palabras con él. O más bien un buen enfrentamiento, me serviría para descargar mi frustración sobre él, pero me temo que eso no ayudaría demasiado al caso y sería darle la razón al maldito psicólogo que me metió en esto. A ese también le daría lo suyo si pudiese.

Una vez en comisaría, Nancy es la única que puede acompañar a Kelly mientras declara, así que los demás esperamos por ellas en la sala de la entrada. Casey se aísla del mundo en su música y en un libro, aunque puedo notar cómo su mirada se posa cada poco tiempo en la puerta por la que desapareció Kelly. Por otro lado, su hermana mantiene la cabeza apoyada contra la pared y los ojos cerrados. Y diría que parece relajada, si no fuese por el sutil movimiento constante en sus párpados. En cambio, yo no puedo dejar de observarla y preguntarme cuánto de verdad hay en sus palabras. Porque cuanto más pienso en ello, más creo que solo intenta asustarme para que me aleje. Y necesito saber si es eso.

—¿Puedo hablar contigo en privado? —le digo sujetándola por un brazo para que se levante cuando ya no aguanto más.

—¿Qué ocurre? —abre los ojos y parece un tanto desorientada. No le doy tiempo a reaccionar y me la llevo a un lugar más tranquilo donde poder hablar—
¿Rory?

—No puedo gustarte —le digo en cuanto llegamos al pasillo que lleva a los vestuarios. En este momento nadie irá por allí y no nos interrumpirán.

—Tranquilo —me dice, seria—. No voy a reclamarte nada, Rory. Sé que eres un hombre libre y no quieres ataduras de ningún tipo con nadie. Estás a salvo.

—¿Qué coño significa eso? —por alguna extraña razón sus palabras me

enfurecen en lugar de aliviarme.

—Que cometí un error al involucrarme tanto contigo —responde con calma—. Y que no volverá a pasar.

—Te recuerdo que eso ya lo dijiste una vez —me acerco a ella para acorralarla contra la pared— ¿Debo recordarte también que pasó después?

—Lo del ascensor fue otro error —su seguridad me enerva.

—¿Cuántos errores de ese tipo has cometido con otros pacientes?

Su mano suena fuerte contra mi mejilla cuando la golpea. Ni siquiera lo vi venir, aunque admito que tal vez me lo merezca. Me empuja para separarnos y puedo ver el fuego de la rabia ardiendo en sus ojos. La he ofendido, pero ahora sé que no ha llegado tan lejos con ningún otro paciente y, aunque debería preocuparme porque eso quiere decir que tal vez su confesión sea cierta y le gusto de verdad, siento alivio.

—Ni se te ocurra volver a insinuar algo como eso en tu vida, Rory MacBay —me amenaza— o te juro que será lo último que hagas. Soy una profesional con un historial intachable. O lo era hasta que llegaste tú. No vengas a justificar tu pánico al compromiso culpándome de ser una desvergonzada. No pienso consentírtelo. En esto ambos hemos pecado.

Se gira para irse, pero regresa hasta mí y me señala con el dedo, todavía enfadada. Ni siquiera soy consciente de que he estado retrocediendo hasta que mi espalda se topa con la pared. Ahora es ella la que me ha acorralado a mí.

—Ya sé que te asusta saber que le gustas a alguien porque no te crees mereciente de semejante honor —me golpea con su dedo en el pecho mientras habla y aunque no me hace daño, duele igualmente: en mi orgullo—. Sé que crees que tu pasado es un impedimento para poder tener un futuro en pareja y huyes de eso como del fuego. Lo entiendo, pero no estoy de acuerdo. Te diré algo, Rory. Eres más capaz de hacer feliz a una mujer que muchos otros que conozco. También serás un padre estupendo el día en que pierdas ese miedo tuyo. Lo he visto con Faith. Tal vez tú no seas consciente de eso, pero es así. Piensa en cuánto te preocupas por Alec y Kath. Por su hija. Y ahora también por Kelly sin conocerla. Piensa cuánto te preocupaste por tu amiga. ¿No pudiste salvarla? No, por desgracia, no pudiste. Pero sabes que ella conocía los riesgos cuando aceptó hablar y los asumió. Confió en ti porque te quería, no porque le hubieses prometido protección. Y porque sabía que tú también la querías a ella y que necesitabas acabar con su tormento. Sí sabes amar y sí lo haces aunque digas que no. Amas a tus amigos y a tu pequeña hada, como la llamas. Y la amabas a ella, de ahí tus remordimientos. Acéptalo de una maldita vez, Rory y deja de

auto compadecerte porque eso no va contigo.

—Quererme es peligroso —le digo cuando se aleja de mí de nuevo.

—No, Rory —me mira por encima del hombro. Ahora parece triste y frunzo el ceño—. Quererte es bueno. Es fácil. Si no me crees, pregúntale a tus amigos, que te quieren lo suficiente como para no molestarse aunque nunca les ofrezcas tu yo completo. Aquí el único que no te quiere eres tú mismo. Y eres el único que cree que no mereces ser querido. Vives tan anclado en el pasado, que te estás perdiendo el presente. Y lo que más pena me da es que te espera un futuro desolador si no cambias. Ahí es donde entro yo, si tú me dejas. Intentaré ayudarte en las pocas sesiones que quedan a reconciliarte con tu pasado para que tengas un futuro mejor. Ese debió ser mi papel desde el principio. Por desgracia, lo olvidé. Pero a partir de ahora haré mi trabajo tal y como debo hacerlo. Se acabaron los errores contigo.

La dejo ir. Tampoco sabría qué decirle. Lo único que sé es que mi corazón se ha acelerado con sus palabras, pero no logro decidir si es porque ha dejado entrever que podría sentir por mí más de lo que me ha dicho o porque a partir de ahora la psicóloga será quien dirija nuestras sesiones de nuevo. Ni siquiera sé cuál de las dos opciones me disgusta más y eso es nuevo para mí. Antes de conocerla, la elección habría sido fácil. Habría elegido siempre a la profesional. Ahora... ahora ya no sé lo que pensar.

Cuando regreso con ellas, Kelly sale por la puerta corriendo. Está llorando y se abraza a Casey con desesperación. Nancy aparece segundos después, seguida de un hombre trajeado con aspecto de mafioso. Antes de que nadie diga nada, creo saber por qué Kelly está tan alterada.

—No quiere hablar con su abogado —dice Nancy, preocupada, después de que Casey se lleve a Kelly a buscar algo para comer en las máquinas expendedoras que hay fuera de la sala—. Ni siquiera se puede acercar a ella sin que se ponga a temblar. No sé qué hacer.

—Ese hombre intimidaría a cualquiera —asiente Cameron—. Mucho más a ella, después de lo que le ha pasado. Necesita una mujer para...

—O un abogado menos agresivo —intervengo—. Con mi presencia parece no tener problemas y también soy hombre.

—Estamos pasando por un mal momento económico —Nancy se ve avergonzada mientras habla—. Me convencieron para invertir mis ahorros en un negocio y lo perdí prácticamente todo. Estas últimas semanas he estado intentando recuperarlos, pero me temo que es totalmente imposible, así que no puedo pagar un abogado.

—Conozco a alguien que seguramente te ayude —le digo y veo la esperanza en su tímida sonrisa—. Lo único que debemos hacer es convencerlo de que venga porque ahora vive en Inverness con su mujer.

—Tal vez nos convenga buscar a una abogada aquí en Edimburgo —insiste Cameron.

—Su primo es amigo mío —continúo, ignorándola—. Lo llamaré. Si te interesa, claro. Sé que trabaja para gente con pocos recursos económicos y siempre llegan a un acuerdo con respecto al pago que satisfaga a ambas partes. Una abogada en Edimburgo te va a cobrar el doble que él.

—Eso no te lo discutiré —es la primera vez que Cameron se dirige a mí desde nuestra discusión, pero me mira fugazmente antes de seguir hablando con Nancy—. La decisión es tuya. Y de Kelly, en última instancia. Ella será la que deba tratar con él.

—Podemos intentarlo —Nancy me mira, con mirada esperanzada—
¿Podrías llamarlo?

—Ahora mismo, si quieres —asiento.

Me alejo de ellas para llamar a Keenan. Solo espero que todavía siga por Edimburgo. La última vez que lo vi me dijo que tenía unas semanas de permiso, pero no recuerdo cuántas. Aguardo a que conteste al teléfono y no soy consciente de la tensión que estaba sintiendo hasta que escucho su voz.

—¿Sigues de permiso? —le pregunto, aunque sí ha contestado es evidente que sí.

—Me quedo hasta final de mes. ¿Por qué? ¿Echas de menos la acción? ¿Quieres recordar viejos tiempos? —ríe.

—Tengo suficiente acción en mi trabajo —le respondo, sonriendo—. Aunque nunca diré que no a una buena batalla de paintball, ya lo sabes.

—Cuando quieras. Solo di hora y día.

—En realidad te llamo por tu primo, el abogado —digo, serio.

—¿Te has metido en líos?

—Es para una amiga. Han violado a su hija y necesita un abogado que lleve su caso. No están pasando por un buen momento económico y recordé que me habías dicho que Cailean ayudaba a gente en su situación.

—Lo hace, sí, aunque no sé si querrá desplazarse a Edimburgo. Tendría que hablar con él.

—Te debería una, tío.

—Esta va por las tantas que yo te debo y no me has cobrado —dice restándole importancia— ¿Cómo lo llevas tú?

Sé a qué se refiere porque Keenan fue de los pocos que supo lo ocurrido con ella, aunque no llegué a contarle hasta qué punto me afectó. Fue el único que se interesó en ayudarme cuando los altos mandos ocultaron la verdad a todo el mundo. Para el resto, murió en combate. Después de intentarlo todo para que saliese a la luz la verdad y se hiciese justicia, sin éxito, decidí abandonar el ejército. Ya no creía en lo que representaba. No es más que un nido de víboras.

—Está superado —miento— ¿Me avisas en cuanto sepas algo?

—Ahora mismo se lo comento. Estoy en su casa. Te llamo.

—Perfecto.

Cuando me estoy acercando a las mujeres, veo que Kelly y Casey ya se han reunido con ellas, pero no llego a alcanzarlas porque Gordon me intercepta. Su sonrisa me dice que está de muy buen humor y cuando me pide que lo acompañe a su despacho, no puedo dejar de pensar en que tiene algo que ver conmigo. Tal vez han logrado avanzar con lo de la denuncia.

—Ayer a última hora llegaron los informes psicológicos —empieza, en cuanto nos sentamos—. Nos habrían venido muy bien.

—¿Habrían? —no me gusta cómo suena eso.

—Sí —sonríe y me relajo un poco—. A tu abogado le habrían servido para tu defensa, pero ya no será necesario.

—¿Y eso por qué? —le pregunto receloso.

—Porque esta mañana, el abogado de la demandante se pasó por aquí para retirar la denuncia.

—¿Qué? —casi no puedo creerlo.

—Al parecer la muchacha se ha retractado de su declaración. Ha confesado que en realidad no la has forzado. Ahora el trabajo lo tiene su abogado porque no creo que se pueda librar de un buen castigo por mentir sobre algo tan grave. Y si tú quieres, puedes denunciarla a ella por perjurio. Estás en tu derecho.

—No —niego rotundamente—. Solo quiero olvidarme de todo esto. Me basta con saber que ya no pesa sobre mí esa denuncia.

—Al haber sido una invención, no habrá constancia de la denuncia en tu historial —sonríe—. Estás limpio, Rory.

—Estupendo —le tiendo la mano—. Gracias por todo.

—No me las des. No fui yo quien le metió el miedo en el cuerpo.

—¿Quién fue? —ahora siento curiosidad.

—Fue el psicólogo que la atendió —busca en los papeles que tiene esparcidos por la mesa—. Al parecer supo ver lo que se proponía y le explicó lo que podía perder si seguía adelante con el engaño. Esta muchacha se movió rápido para desmentirlo todo porque no hace ni 24 horas que acudió a la cita. Lo encontré, se llama Cameron Waters. Un hombre inteligente.

—No es un hombre, Gordon —digo, sorprendido por lo que acaba de contarme. Aunque no debería porque ella misma me dijo que me ayudaría—. Es una mujer. Una realmente increíble.

Una a la que ya le debo demasiado. En este momento siento el deseo irrefrenable de besarla para agradecerse, pero sé que no le gustará que lo haga delante de todos, así que salgo fuera para no sucumbir. Necesito tranquilizarme antes de enfrentarla.

—MacBay —contesto cuando mi teléfono suena.

—Soy yo. Ya he hablado con Cailean y ha accedido a entrevistarse con ellas para decidir si acepta su caso o no.

—Esa es una gran noticia —sonrío.

—Te envío su número por mensaje y se lo pasas a tu amiga para que se pongan de acuerdo con la fecha —cambia su tono a uno más confidencial, como si no quisiese que lo escuche nadie más—. Entre tú y yo, creo que lo aceptará aunque haya dicho que por el momento solo quiere saber un poco más del caso. Tiene una hija y le ha afectado bastante cuando se lo he contado.

—Te debo una, Keenan.

—Ya te he dicho que no me debes nada. Atrapad a ese cabrón y me daré por pagado.

—Ni lo dudes.

En cuanto cuelgo y pretendo volver dentro para informarlas, las veo salir. Mi mirada se centra en Cameron y aunque sé que no debo hacerlo, me acerco a ella a grandes zancadas y la beso. Poco me importa quién esté delante o si la meto en un lío por hacerlo. Tampoco me importa si le gusto o no de verdad. Me ha librado de la loca desquiciada y necesito que sepa lo agradecido que estoy. Y esta es la única forma que se me ocurre ahora.

—Gracias —le digo en cuanto la suelto. Parece aturdida—. Esto no lo olvidaré nunca.

Y sin más, las insto a regresar a casa de Cameron. Toca trazar un plan para

poner a salvo a Kelly y su madre mientras no capturen a Barry.

21

A pesar de todo lo que está pasando, Cameron debe quedarse en comisaría para continuar con el caso que tienen entre manos y decido permanecer en su casa con las demás. De todas formas, no tengo nada mejor que hacer porque, aunque Brittany haya retirado la denuncia, pasarán al menos un par de días hasta que lo tramiten todo y me permitan regresar al trabajo. Por suerte, hoy es mi último día de excedencia, así que es probable que el lunes ya pueda reincorporarme. Lo necesito. Tener tanto tiempo libre no es bueno para mí.

Nancy se ha encerrado en la habitación de Cameron para tratar de cambiar todas las citas que tiene con sus clientes. Cuando se trabaja a comisión, perder una venta supone perder parte del sueldo y con los problemas que tienen ahora mismo, no se lo puede permitir.

Cuando encendió el teléfono al salir de comisaría, tenía el buzón de voz lleno de mensajes de Barry. En todos ellos rogándole que se ponga en contacto con él para saber que están bien. Si no supieses lo que le hizo a Kelly, incluso podrías llegar a creer que su preocupación por ellas es genuina. La vi tan nerviosa, que le obligué a apagarlo de nuevo en cuanto anotó los números que buscaba. Ahora mismo no necesita sentirse peor ni que empiece a dudar de su hija.

He estado intentando que les asignen un piso custodiado, pero según ellos, al no haber amenaza directa sobre ellas, no pueden concedérselo. Parece ser que la llamada que contestó Cameron no les sirve como prueba, así que ahora estoy buscando un hotel donde puedan quedarse mientras no lo capturan. Después del numerito de los mensajes, la casa de Cameron ya no me parece segura para ellas.

Este hombre es demasiado listo y cometimos un grave error al no avisar anoche a la policía para que fuese a por él en cuanto Cameron me contó lo que había sucedido. Ahora podría estar ya muy lejos de Edimburgo, aunque me da que no va a dejarlo estar con tanta facilidad. El problema es que ahora no tengo

modo de localizarlo. Debí pensarlo anoche, pues tendría más posibilidades de encontrarlo en su casa, pero estaba tan ocupado provocando a Cameron que no presté atención a lo que debía. Espero que no nos perjudique porque no podría soportar que se repitiese la historia con Kelly. No puedo permitir que eso pase.

Cuando Nancy salga del cuarto, le pediré los datos que tenga de Barry y se los pasaré a Alec para que intente averiguar lo que pueda de él, aunque algo me dice que le ha dado datos falsos para ocultar que tiene antecedentes. No me extrañaría nada, lo que me reafirma en mi decisión de llevarlas a un lugar seguro. Dudo que pueda localizar la llamada, pero no correré riesgos con eso tampoco. Lo más complicado será convencer a Cameron de que también ellas deben abandonar el apartamento, al menos hasta que me asegure de que no hay peligro.

—Tengo que ir al baño —Casey mira hacia Kelly mientras habla.

Han estado todo el tiempo sentadas en el sillón, acurrucadas la una contra la otra y hablando en lengua de signos, por eso me extraña que diga eso en voz alta. ¿Querrá hacerme saber que Kelly y yo nos quedaremos solos? Después de lo de esta mañana con el abogado, puedo entenderlo. Cuando Kelly asiente, como dándole permiso, Casey desaparece por el pasillo y yo sigo con mi trabajo, intentando ignorar la persistente mirada de Kelly.

Me gustaría saber en qué está pensando mientras me mira, pero no sé si deba preguntarle. Para ella ha de ser muy duro todo lo que está viviendo. Y lo sé porque yo lo viví con... ella. Estuve a su lado en cada etapa, consolándola, apoyándola y rogándole para que terminase con aquello de una vez por todas, denunciándolo. Tardé demasiado en convencerla. Y siento que Kelly también lo confesó porque llegó a su límite. Fue muy valiente, aún así.

Intento controlar la ira que empiezo a sentir al pensar en todo el daño que pudo haberle hecho antes de que ella diese ese paso, porque no quiero que Kelly me vea como una amenaza. Inspiro varias veces, intentando tranquilizarme, pero no lo consigo, así que me levanto y voy a la cocina a beber un poco de agua. Me vendrá bien moverme.

—¿Pasa algo conmigo? —la pregunta de Kelly me sorprende con el agua en la boca y me atraganto.

—¿Qué? —la enfrento para que lea mis labios.

—¿Pasa algo malo conmigo? —repite y su mirada triste me oprime el corazón.

—No pasa nada malo contigo, Kelly —le digo despacio.

—¿Entonces por qué él...? —aparta la mirada avergonzada, incapaz de acabar la pregunta. Aún así, continúa hablando—. Dijo que yo lo había provocado y que tenía que enderezarme. Que tenía que enseñarme a ser una mujer de verdad y a querer a los hombres. A... desearlos.

La rabia me inunda de nuevo al pensar en que ese cabrón utilizó los gustos sexuales de Kelly para justificar su agresión. Aprieto mis manos en puños varias veces, antes de acercarme a ella con cuidado de no asustarla. Puedo notar el temblor en sus hombros cuando levanto su rostro para que me mire de nuevo. Tal vez no debiera tocarla, pero necesito que mire mis labios o no podré decirle nada. Creo que necesita escucharlo. Sé que lo necesita. Ella también lo necesitó en su momento, aunque le costó mucho creerme, tal es el poder que tiene el violador sobre su víctima.

—Tú no tienes la culpa de nada, Kelly. Solo has tenido la desgracia de encontrarte con un hijo de puta que no tiene honor y que no respeta a los demás. Ni siquiera merece que se lo considere un hombre, porque no lo es. Desearía haber estado allí el primer día que osó poner un solo dedo en ti para hacerle arrepentirse por ello. Jamás —pronuncio cada palabra con lentitud para que no se pierda ninguna—, lee bien mis labios, Kelly, jamás se te ocurra pensar que lo buscaste o que lo merecías. Y jamás te arrepientas de haber dado la cara y contarlo. Nadie tiene derecho a obligar a otra persona a hacer algo que no quiere. Sea lo que sea. No es no. Te juro que ese cabrón pagará por lo que te ha hecho y si la justicia no se encarga de él, lo haré yo. No volverá a poner una mano sobre ti nunca más.

Kelly me abraza, sorprendiéndome, y durante unos segundos me paralizó sin saber qué hacer, hasta que la rodeo con mis brazos y le permito que lllore en mi pecho. Se siente tan vulnerable, tan frágil, que mi rabia hacia Barry crece. Tal vez no sea buena idea que me lo encuentre algún día porque podría acabar matándolo. Y probablemente no debería haberle hecho esa promesa a Kelly, porque ya fallé una vez, pero no he podido detener mi lengua, así que haré todo lo que esté en mi mano por cumplirla. No voy a permitir que pase de nuevo. Esta vez lo haré bien.

—¿Mejor? —le digo en cuanto se separa de mí. Asiente, pero se ve tan derrotada, que la abrazo de nuevo.

Creo que yo también necesito este abrazo porque los recuerdos están machacando mi mente. También ella era joven como Kelly, aunque le sobraba fuerza y valentía. Tal vez su determinación flojeó por un tiempo, pero al final se enfrentó a él. Sé que habría podido llevarlo ante un tribunal militar si el cabrón

no la hubiese matado. Yo debería haberla protegido, tal y como le prometí. No debería haberla dejado sola aquel día. No debería haberle dado la oportunidad de tener acceso a ella. Debería haberlo alcanzado antes de que la matase. Cometí un error que la llevó a la muerte. Fallé aquella vez, pero no más. Ya no será así. Protegeré a Kelly con mi vida si es preciso. A ella no le fallaré.

Cuando Casey entra en la cocina y veo su sonrisa al localizarnos, intuyo que lo del baño no fue más que una treta para dejarnos a solas. Tal vez Kelly quería hablar conmigo o tal vez ella la animó. Sea como sea, le sonrío para darle a entender que lo hizo bien. Y no solo por Kelly, aunque no tiene por qué saberlo. Casey me devuelve la sonrisa y regresa al salón sin decir nada. Un par de minutos más tarde, nos reunimos con ella. Kelly se sienta junto a ella y Casey la abraza. Se preocupa mucho por ella, eso se ve.

—MacBay —contesto por inercia el teléfono cuando suena. Nunca miro quién es.

—¿Todo bien? —Cameron suena preocupada.

—¿Así de brusca? —bromeo— ¿Dónde queda mi 'hola, cariño, te extraño mucho'?

Después del beso frente a la comisaría no hemos vuelto a hablar. Nancy fingió no haberlo visto y las chicas solo sonrieron, pero Cameron me miró como si me hubiese vuelto loco. No creo ni que sepa por qué lo hice ni por qué le di las gracias después. Y tampoco es que yo haya querido aclarárselo. O ella haya querido que se lo aclare.

—¿Qué tal va todo por ahí? —insiste—. No tengo mucho tiempo.

—Lástima que ya regresó la gruñona. Me gustaba más la otra —continúo con las bromas. Son lo mejor para relajar a la gente y Cameron parece que lo necesita.

Y también es la única forma que conozco para enfrentarme a mis problemas. Todavía no sé qué hacer con respecto a la confesión de Cameron. No sé si creérmela o pensar que es solo una treta para mantenerme a raya, así que por el momento, he decidido que continuaré con mi plan inicial de averiguar qué la hace tan diferente de las demás para mí. Porque no puedo negar que, con todo, sigo sintiendo verdadera curiosidad por ella. Si descubro lo que me atrae de ella, sé que podré entender por qué me quedo a su lado aunque mi instinto me diga que me aleje.

—Rory.

—Dedícame unas palabras tiernas y puede que responda —aunque no tenga

a la Cameron que entra al juego, haré que continúe en él igualmente. Si debo romper sus defensas de nuevo, lo haré sin problema. Solo es cuestión de tiempo.

—Imagino que todo va bien o no estarías tan bromista —suspira—. Tengo que colgar ya, me están esperando. Intentaré llegar para comer con vosotros, pero si me retraso, empezad sin mí.

—Piénsame, nena —le digo antes de que cuelgue. Después le envío un mensaje diciéndole que todo va bien, porque no quiero que se preocupe sin motivos.

—¿Sabes cocinar? —me pregunta Casey minutos después.

—Podemos pedir pizza —sugiero, aunque sé cocinar.

—Cameron te matará si haces eso —sonríe.

—Pues pizza entonces —rio.

—Te gustan los riesgos —ríe conmigo.

Incluso Kelly se permite sonreír con nuestras bromas. Parece un poco más tranquila. No sé si nuestra conversación tenga que ver, pero me alegro de que esté mejor. Sea por el motivo que sea.

—El riesgo es mi alimento diario —le guiño un ojo antes de marcar el número de mi pizzería favorita.

En realidad prefiero cocinar, pero ahora mismo no me apetece. Tendremos que conformarnos con que nos traigan la comida a casa. Y si Cameron se enfada conmigo por eso, estaré encantado de enfrentarla. Casi espero que lo haga porque me gusta que se descontrole. Me encanta ese fuego que veo en sus ojos cuando ocurre, pero por desgracia, es una mujer con mucha fuerza de voluntad. Aunque eso tampoco me disgusta.

—Por fin —Nancy sale del cuarto. Parece más tranquila ahora—. He conseguido cambiar todas mis citas, aunque tendré que volver al trabajo el lunes. Las casas no se venden solas y si tardo más, me temo que se las pasarán a mis compañeros.

—Encontraremos el modo de que puedas seguir con tu trabajo sin que corras riesgos —le digo.

—¿De verdad crees que Barry podría lastimarnos?

—No lo sé, pero no tampoco quiero averiguarlo. Mejor prevenir.

—Me parece tan surrealista —me dice, después de que las chicas se hayan ido a la habitación de Casey mientras esperamos por la comida—. No sé cómo pude estar tan ciega.

—No te tortures con eso, Nancy. Él sabía guardarse de ti para que no te enterases. Y sabía cómo lograr que Kelly no te dijese nada. Era imposible que pudieses ver lo que estaba ocurriendo.

—Kelly nunca me había ocultado nada. Debí imaginar que pasaba algo grave.

—Los... la gente como Barry —no quiero decir violador delante de ella, aunque sea la palabra adecuada— sabe cómo controlar a sus víctimas. Lo más probable es que lograra convencer a Kelly de que ella misma provocó esa situación y de que si te decía algo, te partiría el corazón. La culpa es un arma poderosa si sabes cómo utilizarla en contra de quien la siente.

No puedo evitar pensar en que eso es precisamente lo que yo me he estado haciendo a mí mismo. Mi propia culpa ha estado manejando mi vida desde que ella murió. Y me sorprende por este pensamiento, porque es la primera vez que me lo planteo de este modo. ¿Qué coño me está pasando? Yo le fallé, no hay más. No debe haber más.

—Es mi hija —me dice, disgustada - Ni siquiera era culpa suya. Él la forzó. Jamás podría lastimarme por algo así. Lo que me duele es que no confiase en mí para decírmelo antes.

—Es complicado —la veo asentir—. Lo importante es que ahora lo sabemos y podremos hacer algo al respecto.

—Como si no tuviese suficiente la pobre —gime—. Esto acabará con ella.

—Kelly es más fuerte de lo que crees, Nancy, no la subestimes así. Además, tiene gente a su alrededor que se preocupa por ella y que le ayudará a superarlo.

—Eso espero.

—Lo hará —suenan el timbre y me levanto—. La comida ha llegado.

Abro la puerta, buscando la cartera en mi bolsillo para pagarle al repartidor, pero cuando lo miro, descubro que no es él. Mi mano se queda suspendida en el aire y la suya se levanta hacia mí para apuntarme al pecho con un arma.

—Rampsey —susurro.

Está tan sorprendido de verme a mí en lugar de a Cameron, que eso me da unos segundos de margen para poder aferrar el arma con ambas manos y desviar su cañón de mi cuerpo. No tarda en reaccionar y forcejeamos por el control de la pistola, pero tras varios intentos, consigo que la suelte. Cuando se cae al suelo, la pateo lejos para que no pueda recuperarla. Entonces, Rampsey echa a correr por el pasillo y lo sigo. No puedo dejarlo escapar, ahora que sé que él es Barry. No lo habría imaginado ni en un millón de años. ¿Qué coño hacía una mujer dulce

como Nancy con este desgraciado? Joder, no puede ser.

A pesar de que me lleva diez años, está en buena forma y me cuesta seguirle el ritmo por las escaleras. Sobre todo porque él parece no tener miedo de despeñarse por ellas. Lo veo salir por la puerta principal segundos antes de que yo mismo la alcance. En cuanto la abro, me doy de bruces con el repartidor de pizzas, al que aparto de mi camino con rapidez, pero para cuando salgo y busco a Rampsey ya no soy capaz de localizarlo. No hay rastro de él.

—Joder —pateo el aire y paso las manos por mi pelo, como si con ese gesto pudiese borrar la frustración que siento por haberlo perdido—. Mierda.

No he tardado más de un par de segundos en salir, no entiendo cómo ha podido desaparecer tan rápido. Pateo el aire de nuevo y me muevo por la acera con desesperación. Podría echarme a correr en cualquier dirección por si tengo suerte y acierto, pero sé que sería perder el tiempo. Tampoco quiero dejar solas a las mujeres ahora que sé quién es el cabrón que ha violado a Kelly. Solo de pensar en lo que ha podido hacerle, se me revuelven las tripas. No es más que una cría, maldita sea.

—¿Rory? —Cameron está frente a mí, mirándome con curiosidad.

—Vamos dentro —ni siquiera lo pienso, solo actúo. La sujeto por el brazo y entramos en el edificio. Si Rampsey está cerca, no quiero que la vea. No quiero que sepa quién es ella. Aunque me temo que es tarde para eso. Si estaba aquí es porque la ha investigado antes. Ahora no solo Kelly y Nancy están en peligro real. Ahora, más que nunca, debo convencerla de que no puede quedarse en su apartamento mientras no capturemos a Rampsey.

—¿Qué pasa? —suena preocupada y sé que mis propios nervios no ayudan a tranquilizarla—. Rory, háblame.

—Ya sé quién es el cabrón —le digo mientras subimos por las escaleras. Necesito liberar adrenalina antes de entrar en el piso, así que el ascensor está descartado.

—¿Quién?

—Rampsey —sigo tirando de ella para que suba a la par conmigo.

—¿Quién es Rampsey?

No le respondo todavía porque antes necesito ponerla a salvo. Tal vez crea que estoy actuando como un paranoico cuando se lo cuente, pero Rampsey es muy peligroso y toda precaución con él es poca. Eso lo aprendí bien en el pasado. Demasiado bien, por desgracia.

—Rory —se suelta de un tirón y se para en medio de las escaleras—. Ya

vale. Explícame qué está pasando.

—Arriba —le digo, intentando capturar su brazo de nuevo. No me lo permite.

—Ahora —se cruza de brazos.

—Barry —digo resignado, porque sé cuán persuasiva puede llegar a ser. Y terca— acaba de estar aquí.

—¿Qué? —apoya su mano en mi brazo y veo la preocupación en su rostro — ¿Estáis todos bien? ¿Le hizo algo a alguien? Oh, Dios. Al final era cierto que...

—Es Rampsey —le digo interrumpiéndola.

—¿Qué? —me mira desconcertada— ¿Quién?

Entonces caigo en la cuenta de que nunca le di nombres cuando le conté sobre mi pasado. No sabe quién es Rampsey, porque no pronuncié su nombre ni una sola vez. No quería que sonase tan personal en aquel momento. No quería traerlo de vuelta desde el pasado. Simplemente quería dejarlo atrás incluso mientras me desahogaba, pero ahora que la adrenalina ha desaparecido, una presión en mi pecho está creciendo. Es la certidumbre de que todo irá a peor a partir de ahora porque mi pasado ha vuelto a mí. La historia se está repitiendo. Conozco a Rampsey y sé cómo actúa, el arma que traía solo me lo confirma. Venía a matarlas y no parará hasta haberlo logrado.

—Rory —aprieta su agarre— ¿Qué ocurre? Háblame.

—Joder —apoyo las manos en mis rodillas. Necesito aire.

—Rory —su mano en mi espalda es lo que me mantiene anclado al presente —. Háblame.

—Rampsey es el hombre que la mató —le digo en cuanto consigo llenar mis pulmones de aire—. Nunca te dije su nombre porque sentía que así te protegía de mi pasado.

—¿Protegerme? El pasado no hace daño si tú no se lo permites.

—Mi pasado sí. Porque Barry es Rampsey y venía a matar a Kelly al igual que hizo con ella —su rostro palidece—. Y ahora que lo he descubierto, intentará deshacerse de ella con más ganas. Está en peligro. Todas estáis en peligro, Cameron, porque Rampsey está loco y no se detendrá ante nadie hasta conseguir lo que quiere.

—Hablaremos con la policía —empieza a decir mientras busca algo en su bolso—. Ellos lo encontrarán y...

—No —la sujeto por los brazos para obtener toda su atención—. No darán con él. Sé de lo que hablo. No es un hombre cualquiera. Él...

—No va a matarla —me interrumpe, adivinando por donde van mis pensamientos—. Esta vez no lo logrará, Rory. No estás solo en...

—No pienso ponerte en peligro a ti también —le digo, al ver lo que pretende—. En cuanto hable con Gordon, os asignarán a todas un piso custodiado. La policía os protegerá mientras yo me encargo de él de una vez por todas. Sé a quién tengo que llamar para que me ayude.

—Rory, no lo hagas —me detiene, cuando intento subir para dar por finalizada la conversación—. No te metas en líos. La policía se encargará.

—La policía no podrá —repito.

—Por supuesto que sí. Ese es su trabajo. Saben lo que hacen.

La acorralo contra la pared porque necesito que comprenda lo peligroso que es todo esto. Está claro que subestima a Rampsey incluso después de lo que le conté sobre él. Ese hombre es capaz de dar esquinazo a todos aunque salga en su busca la comisaría al completo. Hasta empiezo a dudar de que el piso protegido sea suficientemente seguro para ellas.

—Ese hombre ha sido entrenado para matar —la miro fijamente—. Y es de los mejores. Jamás vacila. Jamás falla. Salió impune de muchos crímenes solo porque con él obtenían los resultados que buscaban. Pasaban por alto los medios siempre que la misión se cumpliera. Y créeme, sus métodos no son nada ortodoxos.

—Sé que...

—No sabes nada, Cam —la interrumpo—. Te juro que responderé a todas tus dudas después, pero primero necesito poneros a salvo.

—Es solo un hombre, Rory. ¿Por qué le tienes tanto miedo?

—Porque sé de lo que es capaz —la sujeto por el brazo y continúo ascendiendo. Es hora de volver al piso y hacer algunas llamadas.

—Sigo diciendo que no es tan complicado como lo pintas —habla tan pausado como siempre y mantiene esa actitud positiva tan característica en ella—. Si crees que la policía no conseguirá dar con él, colabora con ellos. En cuanto sepan que lo conoces, dudo que se nieguen a aceptar tu ayuda. Pero no debes desesperarte, Rory. Como te he dicho, no estás solo contra él. Ya no.

La obligo a apoyarse contra la pared y cubro su boca con la mía, acallando su grito de sorpresa. Solo pretendo callarla, pero en cuanto siento la suavidad de

sus labios, se me olvida todo salvo lo que provocan en mí sus besos. Me aferro a ella, desesperado por sentirme vivo entre sus brazos, por obtener de ella un poco de ese optimismo innato que posee. Porque en el poco tiempo que nos conocemos, no la he visto desfallecer nunca, ni cuando se lo complicaba demasiado. Ha sabido enfrentarse a todo con una entereza y una fiera determinación que no he visto antes en nadie. Con la verdad siempre por delante, a pesar de exponerse a sí misma al ridículo o al rechazo. Y yo necesito eso en mi vida ahora. Esa sinceridad, esa decisión para enfrentar los problemas. Puede que siempre me vean reír y bromear, pero no es más que una tapadera. Una vil mentira que pretende ocultar mis miedos e inseguridades al mundo.

Mientras la beso, comprendo por qué me atrae tanto y por qué no puedo alejarme de ella aunque lo intente. Maldito sea yo, pero la necesito en mi vida y eso me asusta sobremanera porque no soy bueno para ella. No soy bueno para nadie.

—Lo siento —me disculpo, contrariado por mis pensamientos.

La tomo de la mano y continúo subiendo las escaleras. Rampsay sigue suelto y mis planes no han cambiado. Es más, ahora estoy más decidido que nunca a encontrarlo y detenerlo.

—¿Qué ha sido eso, Rory?

—Recordé que no te había dado un beso de bienvenida —bromeo para desviar su atención—. Te extrañé, nena.

—Oh, vamos —intenta frenarme—. Tus trucos baratos no funcionan conmigo, Rory. Ya deberías saberlo.

—Ahora no, Cameron.

—Pues yo creo que ahora es tan buen momento como cualquier otro —consigue separarse de mí y me detengo una vez más.

—Y yo digo que tenemos que entrar en casa antes de hablar.

Sin darle tiempo a averiguar lo que me propongo, la cargo sobre mi hombro y subo las pocas escaleras que quedan hasta su piso, ignorando sus protestas.

—Deja de moverte —aclaro mi voz antes de hablar porque, aunque sé que ella no pretendía que pasase, sus intentos por bajarse me han encendido por dentro.

—Bájame.

La deslizo por mi cuerpo en cuanto estamos frente a la puerta de su apartamento. Y aunque necesito que entre para mantenerla a salvo, ahora solo

puedo concentrarme en ese gesto de disgusto que hace cuando algo la molesta de verdad y que me encanta. Alargo la mano para abrir la puerta, aprisionándola contra ella. Mis ojos no se despegan de los suyos y nuestras respiraciones se escuchan acompasadas. Cargarla no ha sido buena idea.

Sé que debería mantener las distancias porque está empezando a importarme demasiado y eso no es bueno para ninguno de los dos. Pero por un momento, me permito ser egoísta y pensar en lo increíble que sería tener a Cameron a mi lado, con su energía positiva y su seguridad innata, con sus consejos. Quisiera creerla cuando dice que puedo superarlo. Quisiera tener la vida que me promete en su mirada. Sin pesadillas, sin recuerdos dolorosos, sin remordimiento. Sin miedo a fallar a aquellos que más quiero.

—Solo permíteme ayudarte, Rory —me dice, como si me leyese la mente—. No estás tan solo como crees. Déjame mostrártelo.

Me acerco a ella para besarla de nuevo, pero la puerta se abre de golpe y tengo que sujetarla para que no se caiga hacia atrás. Casey aparece ante nosotros con la pistola de Rampsey en las manos apuntándonos y Cameron la mira con ojos desorbitados. Reacciono por instinto y la empujo dentro de la casa después de quitarle el arma a Casey. Todo con un mismo movimiento. Estas mujeres no tienen ni idea de lo que hacen y de lo peligroso que es esto.

—Tú —señalo a Cameron—, no digas nada. Y tú, que no se te ocurra volver a apuntar a nadie con un arma. ¿Es que quieres volarle los sesos a tu hermana?

—Yo... —mira tras ella y descubro a una temblorosa Kelly en brazos de su madre.

—No os pasará nada mientras esté con vosotras —le digo con voz firme—. La próxima vez os encerraréis en un cuarto y esperaréis a que regrese a por vosotras.

—No habrá próxima vez —interviene Cameron—. Nos vamos todos a un hotel ahora mismo.

—Llamaré a Gordon para informarle de lo que ha ocurrido —digo—. En cuanto os ponga a salvo, me encargaré de Rampsey.

—¿Conocías a Barry? —Nancy parece sorprendida.

—Fuimos... trabajamos juntos en el ejército —ni siquiera lo voy a llamar compañero, porque nunca lo fue.

—¿Quería matarme? —dice entonces Kelly, mirándome con ojos llorosos.

—Te dije que no se acercaría a ti nunca más y no lo hará —no me atrevo a

contestar, aunque es evidente a lo que venía—. Yo no se lo permitiré.

Se suelta de su madre y corre hacia mí. La envuelvo en un abrazo protector. Puedo notar cómo tiembla de miedo y la aprieto con fuerza, tratando de transmitirle una confianza que ni yo mismo siento. Los demonios del pasado me están acechando.

—Hora de moverse —dice Cameron, consciente de que alargar el momento solo nos perjudicará. Siempre tan juiciosa.

—Gracias, Rory —Kelly realiza un gesto con su mano que dudo que signifique lo que acaba de decir.

—Creo que ya tienes tu propio signo —sonríe Cameron.

—¿Qué?

—En lengua de signos no se suelen usar los nombres propios de las personas porque resulta tedioso tener que deletrearlos cada vez que quieres llamar a alguien, así que se les asigna un signo. Algo que tenga que ver con su aspecto o con su personalidad —me explica—. Al parecer, Kelly ya ha elegido el tuyo y tengo que admitir que te pega.

—¿Cuál es? —miro fugazmente a Kelly, que está ahora abrazada a Casey.

—Héroe —dice mientras realiza el gesto de nuevo.

—¿Héroe? —frunzo el ceño—. No lo soy.

—Para ella sí, Rory. Y para mucha más gente de la que piensas —apoya su mano en mi hombro un segundo—. Voy a buscar hotel.

—Ya tengo uno —digo, todavía con el ceño fruncido. No soy ningún maldito héroe—. Llamaré para que nos reserven otra habitación.

—Bien. Prepararé algo de ropa para todas. Deberíamos pasar por tu casa para que recojas algo tuyo.

—Yo no me voy a quedar con vosotras, Cameron —susurro, para que solo ella me escuche.

—Rory, no puedes ir tras él tú solo —me imita.

—¿Por qué no? —alzo una ceja, de repente divertido—. Después de todo soy un héroe.

Sé que le ha molestado que lo use en mi beneficio, pero no me importa. Ahora más que nunca, debo detenerlo. No voy a fallar por segunda vez. Es hora de que alguien detenga a Rampsey. Si tengo que ser un maldito héroe, lo seré, aunque eso me cueste la vida.

22

—¿Ya estáis acomodadas?

Cameron acaba de bajar al hall de entrada, donde yo me quedé hablando por teléfono con Gordon para ponerlo al corriente de lo que está pasando. Necesito que busque un lugar más seguro para ellas. El hotel servirá por el momento, pero para Rampsey será demasiado fácil rastrearlas hasta aquí.

No le he dicho que conozco a Rampsey porque sé que dejaría de informarme sobre los avances que consigan si sabe que para mí es personal. En eso, Cameron está muy equivocada, nunca me dejarían colaborar con ellos. Si llegase a proponérselo a Gordon, me lo impediría alegando que trabajo para Aduanas, incluso si no supiese quién es. Conozco el protocolo y Gordon no es de los que se lo saltan.

—Casey está ahora con ellas en su habitación —asiente— ¿Qué te ha dicho Gordon?

—Que hará cuanto esté en su mano para enviaros al piso cuanto antes. Lo del arma lo ha convencido.

—¿Te dejarán colaborar con ellos para capturarlo?

—No les he dicho que lo conozco.

—¿Qué? ¿Por qué?

La sujeto por el brazo y me adentro en la cafetería. Si vamos a hablar de ello, mejor hacerlo sentados delante de una bebida caliente que nos relaje. La conozco y sé que intentará hacerme cambiar de opinión, pero en esta ocasión, yo soy el que tiene la experiencia y ella es la novata. Nada de lo que diga le servirá y tendrá que confiar en mi criterio.

—Me apartarían inmediatamente del caso —le digo en cuanto nos traen las bebidas—. Bueno, en realidad, ni siquiera estoy en él, pero quiero tener la

opción de sacarles información cuando sea necesario.

—Pero tú conoces a ese hombre, sabes cómo actúa y de lo que es capaz. Podrías servirles de ayuda y facilitarles la búsqueda.

—Conflicto de intereses —niego—. No me permitirían intervenir.

—Lo comprendo —sé que lo hace porque en su trabajo sucede de manera similar—. Aún así, me parece una estupidez desperdiciar tus conocimientos solo por eso.

No me extraña que piense así, después de comprobar lo que ella hace por sus pacientes. No le importa transgredir las normas, si con ello logra su recuperación. Aunque empiezo a dudar de que haya sido así con todos. Tal vez yo estuviese equivocado desde el principio y solo lo ha hecho con Kelly y conmigo. Y eso quiere decir que... *Déjalo, Rory. Ahora no.*

—No hay manera de que pueda ayudarles —le digo, tratando de concentrarme solo en nuestra conversación—. No dentro de la ley, al menos.

—¿No estarás pensando en transgredirla? —sus ojos se abren más y baja el tono de voz.

—No, si puedo evitarlo —sonrió para tranquilizarla—. Pero no me quedaré de brazos cruzados viendo cómo se les escapa. Sé que es muy capaz de escabullirse y hacer mucho daño. No le daré la oportunidad de que se acerque a vosotras.

—Tú solo no puedes ir a por él. Has dicho que es peligroso —su preocupación por mí hace cosas extrañas en mi estómago, pero las ignoro porque no es el momento. Cuando todo esto acabe, ya veré que hago con ellas.

—No iré solo, Cameron. No soy tan estúpido —seguimos hablando en susurros, aunque nadie nos está prestando atención.

—¿Alec? —aventura— ¿Qué pasa con su mujer y su hija? ¿También les buscarás un piso a ellas? ¿Cómo lo justificarías? No creo que sea buena idea.

—Haremos que se vayan con los padres de Alec una temporada —lo tengo todo pensado—. Está lo suficientemente lejos como para que esto les salpique.

—Aún así —insiste—. Sois dos y...

—No seremos solo dos —sonrió ante su cara de incredulidad—. Tengo más amigos de los que crees, nena.

—Oh, ya tardabas —niega, fingiendo molestarse.

—La seriedad perjudica seriamente la salud —le digo a ver que se le escapa una sonrisa.

—Creía que eso era el tabaco.

Me la quedo mirando, divertido. Tiene una sonrisa que invita a imitarla y lo hago. Me gusta esa vena pícara que tiene, aunque no la saque a relucir casi nunca. Me tienta a querer provocarla para que lo haga.

—Hay muchas cosas perjudiciales para la salud —continúo en un tono más íntimo—, pero sé de unas cuantas que la beneficiarían. Si te animas a... practicarlas conmigo.

—Estoy segura de eso —sonríe de nuevo, pero intenta ocultarlo bebiendo de su taza.

Nos quedamos en silencio de repente. No tengo ni idea de qué estará pensando ella ahora mismo, pero yo no puedo dejar de mirarla. Cada vez me resulta más difícil no imaginarla formando parte de mi vida cuando todo esto termine. Todavía no sé de qué modo porque no me permito pensar en ello por ahora, pero sé que no me gustaría que desapareciese del todo.

—Yo tengo que ir a la consulta más tarde —rompe el silencio antes de que se vuelva incómodo.

—No —soy tajante en eso—. Ni en broma.

—Debo anular mis citas de esta tarde —suspira—. Y supongo que las de la semana que viene también.

—Hazlo desde aquí.

—No puedo, tengo la agenda con los números en el despacho. Se lo diría a Edna, pero no está. Se ha tomado el fin de semana libre para ir a conocer a su nieta. Tengo que ir yo.

—Te acompañaré.

—No. Tú tienes que ir con Nancy y Kelly a la cita con ese abogado de Inverness. Eso es más importante.

—No vas a ir sola de ninguna de las maneras, Cameron —niego—. Te acompaño ahora, coges tu agenda y regresamos antes de que noten nuestra ausencia. Ya harás esas llamadas desde el hotel. Y de paso, le dices a Edna que se tome un par de semanas libres.

Mientras hablo, me levanto y dejo dinero en la mesa. Cameron se pone en pie también y me sigue fuera, aunque noto que no le gusta que le dé órdenes. Me extrañaría mucho que no empiece a protestar en cualquier momento.

—No podemos dejarlas solas, Rory.

—Estarán bien —sonrío para mis adentros por su frase. Parece que empiezo

a conocerla bastante bien—. Rampsey no sabe que nos hemos ido del apartamento, así que no hay problema. Además, no tardaremos tanto. Regresaremos a tiempo para la cita con el abogado.

—¿Cómo estás seguro de eso? Si es tan listo como dices, tal vez nos haya seguido y esté ahí fuera esperando su oportunidad.

—Yo también soy listo y lo sé —le guiño un ojo y ella blanquea los suyos.

—Está bien —suspira—. Me fiaré de ti. Después de todo, en esto tú eres el experto.

—No solo en esto, nena.

—Cierto. En ser un insufrible no te gana nadie.

—Pero me adoras —la frase sale por inercia y nos deja mudos a los dos.

—Y quien no —sonríe, una vez repuesta, restándole importancia a mi frase.

—Cameron —la paro, una vez en la calle. En cuanto me mira, ya no estoy seguro de lo que pensaba decirle y vacilo—. Yo...

—Cuanto antes vayamos, antes regresaremos —dice, al ver que no estoy preparado para continuar.

Camina delante de mí con decisión, evitándome decir eso que no sé si quiero que sepa ahora. Desde luego, Cameron es única en deshacer situaciones incómodas. Y en crearlas, si le conviene. *Cuando esto acabe*, me digo. Tal vez cuando todo esto acabe.

—No tardo nada —me dice en cuanto llegamos.

Apenas tengo tiempo de bloquear la moto y la veo correr a toda prisa hacia el edificio donde trabaja. Para cuando la alcanzo, está dentro, cerca de los ascensores.

—Subo contigo —la sujeto por un brazo antes de que pueda pulsar el botón.

—¿Crees que él...? —mira hacia el techo, como si pudiese ver su despacho a través de él.

—Toda precaución es poca —le digo, llamando al ascensor—. Con Rampsey nunca se sabe.

—De acuerdo —asiente.

—Ya me gustaría a mí que fueses así de obediente en todo —le digo, una vez que el ascensor inicia la subida.

—Por supuesto que te gustaría —dice, seria - pero ser sumisa no va conmigo.

—Lo sé —me acerco a ella aunque sé que no debería. No en este momento—. Lo he comprobado.

—¿Es que no puedes pensar en otra cosa? —empieza a protestar y yo sonrío.

—Si es contigo, no —muerdo mi labio inferior mirando los suyos—. Todavía tengo en mente lo que hicimos en otro ascensor hace poco.

—Te dije que no volvería a pasar —se separa de mí—. Así que ya estás olvidándolo, Rory.

—Podrás impedir que suceda —le susurro al oído, después borrar la distancia que nos separa—, pero no que yo piense en ello.

Las puertas se abren, rompiendo el momento. Aunque pretende adelantarse, la sujeto por el brazo para colocarla detrás de mí. Me gusta bromear con ella e incomodarla, pero no olvido por qué estoy aquí. Protegerla es mi prioridad.

Me hubiese gustado tener mi arma a mano. Cuando respondí a la llamada de Cameron no pensé que algo de esto podría pasar y desde entonces ni siquiera he tenido tiempo de ir a mi casa. Si durante mi excedencia me sentí desnudo sin el arma, en este momento la sensación es todavía mayor y lamento no haber ido a por ella antes de venir al despacho. O de no haber traído la que le arrebaté a Rampsey. Pero es tarde para arrepentimientos. Habrá que improvisar, si es necesario.

—Yo entraré primero —le informo, mientras tiendo mi mano hacia ella para que me dé las llaves—. Quédate en el pasillo hasta que te llame.

—De acuerdo.

Entro en la consulta y todo parece tranquilo; aún así, hecho un vistazo rápido para asegurarme de que no haya nadie escondido. La recepción y la sala de espera están despejadas. Voy hasta los baños para revisarlos también, con el mismo resultado. Cuando me acerco a la consulta de Cameron, suena mi teléfono y se me acelera el corazón del susto.

—MacBay —digo bajo, abriendo la puerta con cuidado, aunque la llamada ha estropeado el efecto sorpresa.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —es Alec—. Te parecerá bonito. He tenido que enterarme por Thomas.

—¿De qué hablas? —la consulta está vacía también.

—De la retirada de la denuncia.

—Joder, Alec —ahora me siento fatal, pero con lo que ha estado pasado, no

he tenido tiempo ni de hablar con él todavía—. Lo siento. La verdad es que estas últimas horas han sido de locos. Ya pensaba llamarte para decirte que esta noche me pasaré por tu casa porque tenemos mucho de qué hablar, pero...

—Vayas si tenemos de qué hablar —me interrumpe.

—Y eso no es nada, Alec. Te aseguro que hay mucho más.

—Ahora ya me estás preocupando —me conoce bien.

Aviso a Cameron con un gesto de mi mano para que entre. Me quedo en la puerta, asegurándome de que el pasillo sigue libre mientras Cameron coge todo lo que necesita dentro. Supongo que no le llevará mucho tiempo.

—Dile a Kath que prepare grandes dosis de ese té tan bueno que tiene porque os debo una historia. Una muy larga.

—¿Qué clase de historia?

—La de mi pasado.

—¿Estás seguro de eso? —entiendo que dude.

—Más de lo que crees —frunzo el ceño al recordar las palabras de Cameron una vez más—. Es algo que debería haberos contado mucho antes. Os lo debo.

—No nos debes nada, Rory. Si lo haces por obligación, prefiero no saberlo.

—Cameron me ha abierto los ojos, Alec. Nunca debí ocultároslo. Necesito que lo sepáis.

—La carga se lleva mejor si es compartida —me dice y, por primera vez, estoy de acuerdo con él.

—Nos vemos esta noche, Alec —me despido, porque Cameron está tardando demasiado y quiero ir a buscarla.

—Te esperamos.

—Alec —lo llamo antes de que cuelgue—. Vosotros sois mi familia y os quiero. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí que es buena —ríe.

—Mierda —rio con él, al comprender lo que he dicho. Pero fue un impulso—. Acabará con mi reputación.

—Tu reputación está a salvo conmigo —bromea—. Pero no puedo responder por Kath.

—Kath ya sabe que la quiero. Me lo recuerda cada vez que nos vemos, después de aquel sábado.

—Cierto.

—Ahora sí que tengo que dejarte.

—Nos vemos pronto.

Cuelgo y me dirijo al despacho de Cameron lo más rápido que puedo. ¿Cuánto se tarda en coger una maldita agenda? Abro la puerta con energía, indeciso entre mostrarme enfadado con ella o preocupado. Lo único que tengo claro es lo que voy a decirle y no va a ser bonito.

—¿Se puede saber por qué tardas tanto, Cameron? Llevo espera...

Detengo la frase a medio camino, al igual que mis pasos. De todo cuanto esperaba encontrarme en aquella sala, esto no entraba en ninguna de mis suposiciones. Es imposible, yo mismo la revisé antes de dejarle entrar.

—Y hasta que por fin apareces, MacBay. Ya creía que tendríamos que salir nosotros a buscarte.

Rampsey tiene a Cameron sujeta frente a él a modo de escudo y le está apuntando con un arma a la sien.

—Tu amiguita —dice mientras huele su cabello y mi ira crece— no quiere decirme dónde están mi mujer y su hija, así que tal vez tú seas más... colaborador, con el estímulo adecuado.

—Ella ya no es tu mujer —ignoro su último comentario—. Perdiste el derecho a llamarla así cuando violaste a su hija.

Ni siquiera se inmuta por mi comentario. Tampoco esperaba que lo hiciese. Sé que no se arrepiente de haberlo hecho, porque nunca se arrepintió en el pasado. Ni con las prisioneras, ni con ella. No es un hombre, es un monstruo. Uno de tantos que han creado el ejército y la guerra.

—Eso tendrá que decírmelo ella, ¿no crees?

—No ha respondido a ninguno de tus mensajes ni se ha puesto en contacto contigo desde que Kelly le confesó lo que hiciste. ¿No te parece suficiente respuesta acaso?

Intento mantenerlo ocupado hasta que se me ocurra el modo de alejar ese arma de la cabeza de Cameron. Las opciones son muy escasas y el éxito no está garantizado en ninguna de ellas, por lo que no pienso arriesgarme. No con su vida en juego.

—No me importa lo que tú creas, MacBay.

—Mira tú, en eso coincidimos. Tampoco a mí me importa lo que creas tú — señalo a Cameron con la cabeza—. Ahora vas a soltarla y tú y yo tendremos una

pequeña charla. De hombre a hombre.

—Tú no estás en condiciones de darme órdenes —me apunta con el arma un segundo, antes de volver a encañonar a Cameron—. Soy yo el que tiene el arma, así que yo decidiré lo que vamos a hacer.

—Esto no va con ella —insisto—. Déjala libre.

—Me vas a llevar ahora mismo con mi mujer —aprieta el cañón contra la cabeza de Cameron, obligándola a inclinarla hacia el lado contrario— o le vuelo los sesos a la putita esta. No sería la primera vez, ¿cierto?

Los recuerdos de aquel día amenazan con nublar mi juicio. El odio que siento ahora mismo hacia Rampsey quiere gobernar mis acciones, pero lo controlo antes de saltar sobre él a lo loco y sin pensar, para arrebatarse el arma y acabar con su vida. Sé que es lo que pretende que haga. Quiere que le dé un motivo para matarla y, solo por eso, me mantengo firme en mi sitio. No voy a darle el gusto. Esta vez no ganaré él.

—Ambos sabemos que no tienes escrúpulos —digo, en cambio, fingiendo una calma que no siento—. Los perdiste hace tiempo, junto a tu honor.

Mis ojos alternan entre Rampsey, Cameron y el arma. El primero está sereno, casi diría que disfrutando del momento, lo que a mí me revuelve las tripas. Cameron, aunque aparenta tranquilidad, está asustada. Su respiración agitada la delata. Necesito alejar ese arma de su cabeza ya, pero no sé cómo hacerlo sin ponerla en peligro. Más de lo que está.

—Uno tiene que hacer lo que tiene que hacer para sobrevivir, MacBay.

—¿Esa es tu excusa? —escupo las palabras con rabia— ¿Sobrevivir a qué, Rampsey? Hasta donde yo sé, ni Norah ni Kelly amenazaron tu vida en ningún momento. Más bien todo lo contrario.

Lo he dicho. Después de tantos años, he pronunciado su nombre de nuevo y todo el dolor que sentí tras su muerte me golpea con fuerza en el pecho. Aunque lo intenté, no pude salvarla y eso es algo que me atormentará el resto de mis días. Tampoco pude hacer justicia por ella en su día, pero ahora que tengo una nueva oportunidad para resarcirme y vengarla, no voy a fallar. Esta vez no voy a detenerme, hasta verlo pagar por todo el mal que ha causado. Y que sigue causando.

—Tampoco las prisioneras te amenazaban —continúo hablando, mientras me muevo casi imperceptiblemente hacia ellos—. No eres más que un maldito hijo de puta que se aprovechó de la guerra para justificar sus actos. Para dar rienda suelta a tus más bajos instintos, sabiendo que nadie te impediría hacerlo

porque te necesitaban. Puede que entonces mirasen hacia otro lado, Rampsey, pero te diré algo que parece haber olvidado. Ya no estás allí, en medio de una guerra, sino en Edimburgo. Y aquí nadie te protegerá. Aquí, las leyes se cumplen.

—¿Y serás tú quien me detenga? —me mira con menosprecio—. No pudiste hacerlo entonces, ¿qué te hace creer que esta vez será diferente?

Sabe bien dónde darme para dañarme. Los recuerdos regresan una vez más y casi puedo escuchar aquel maldito disparo como si estuviese sucediendo de nuevo. Puedo verla arrodillada frente a él, con las manos atadas a su espalda y el arma apuntando a su cabeza. Puedo ver cómo se mantenía firme para no demostrar el miedo que sentía al saber que iba a morir. Puedo ver también la sonrisa de triunfo en el rostro de Rampsey un segundo antes de apretar el gatillo. Es como si hubiese estado esperando a que yo llegase para matarla, porque no la miraba a ella mientras le arrebatava la vida, sino a mí. No le disparó para impedir que lo delatase, pues sabía perfectamente que nadie la escucharía, así como no me escucharon a mí después. Lo hizo para vengarse de mí, por todas las veces que me enfrenté a él cuando hacía algo que iba en contra de mis principios. Por animarla a enfrentarse a él. Por arrebatarle la posibilidad de seguir abusando de ella. Si Norah está muerta, es por mí. Yo fui la causa de su desgracia.

—Porque esta vez no está solo —dice Cameron, antes de sujetar la pistola con una mano y golpear a Ramspey en el costado con el codo.

Logra liberarse de él gracias a la sorpresa y desvía el arma de su cabeza sujetándola con ambas manos. Intenta que Rampsey no le apunte de nuevo, pero es demasiado fuerte para ella y pierde terreno con rapidez. Y entonces reacciono al fin, obligando a mis recuerdos a desaparecer y los alcanzo para ocupar el lugar de Cameron. Ella se aparta entonces y corre hacia el escritorio para esconderse tras él. *Chica lista*, pienso, justo antes de centrar mi atención en mi contrincante.

Rampsey y yo forcejamos por la posesión del arma, como lo hicimos no hace tanto. Y aunque sigue siendo tan fuerte como lo recordaba, en esta ocasión conozco nuevos trucos que no dudo en usar. Lo golpeo con mi cabeza y su nariz comienza a sangrar. Retrocede varios pasos, tambaleante, mientras mancha su mano de sangre al tocarse la cara. También yo estoy algo mareado por el golpe, pero consigo mantenerme firme en mi sitio, dispuesto a abalanzarme contra él para arrebatarle el arma, que todavía está en su poder. Me apunta con ella en cuanto se recupera, pero me inclino hacia la derecha y golpeo su brazo con mi mano. El cañón se desvía lejos de mi cara y aprovecho para lanzarle una patada,

que va directa a su estómago.

Rampsey da varios pasos hacia atrás antes de apuntar de nuevo y disparar. La bala se pierde detrás de mí. Ha fallado por poco y aprovecha ese lapso de tiempo en que tardo en comprobar que estoy bien para correr fuera de la habitación. Han sido solo un par de segundos, pero son suficientes para que no consiga llegar a tiempo al ascensor para impedir que la puerta se cierre tras él.

—Joder —la golpeo varias veces, muy cabreado.

Es la segunda vez que se me escapa en cuestión de horas. Pero no intentaré darle alcance por las escaleras porque Cameron es más importante en este momento. Necesito comprobar que está bien. Admito que ha sido muy valiente, pero aún así, estoy tan enfadado con ella por exponerse de ese modo, que el alivio que pueda sentir por que siga viva no me tranquiliza en absoluto. Si le hubiese ocurrido algo... Ni siquiera soy capaz de pensar en ello sin que mi cuerpo se estremezca de miedo.

—¿Se ha escapado?

Está bajo el marco de la puerta, abrazándose, dudando sobre si salir o no de la consulta. Tiene el cabello revuelto y su ropa está arrugada. Me fijo por primera vez en que está descalza, sin saber en qué momento se ha quitado los zapatos. Pero está bien y eso es lo que me importa.

—Maldita sea —tras el alivio inicial, doy rienda suelta a mi enfado y camino hacia ella mientras hablo— ¿En qué diablos pensabas al enfrentarte a él de ese modo, Cameron? ¿Es que acaso no me escuchas cuando te hablo? Ese hombre es muy peligroso. Podría haberte matado.

—Pero no lo hizo —retrocede, al comprender que no me detendré al llegar a ella—. Rory, era necesario.

—Necesario —la miro incrédulo.

Se ha colocado tras el escritorio para impedir que la alcance. ¿De verdad piensa que una mesa me va a detener? Entonces es que no me conoce tan bien como cree porque ahora mismo sería capaz hasta de volar si fuese necesario para alcanzarla.

—¿Necesario? —repito— ¿Pero tú te oyes? ¿Te crees una maldita heroína? No estás hecha a prueba de balas, Cameron.

—Escúchame un momento, Rory —se mueve en sentido contrario al mío cada vez que intento alcanzarla. Tiene las manos en alto, como si así pudiese tranquilizarme. Debería saber que no será tan fácil.

—Absolutamente nada justifica que te expongas al peligro como lo has

hecho —no le dejo hablar—. Mierda, Cameron, ese hombre es capaz de matar a una persona con sus propias manos. Cuando amenazó con dispararte, no bromeaba. Nunca lo hace. Tampoco vacila a la hora de cumplir sus amenazas. No le habría importado acabar con tu vida. Está loco.

—Con más razón tenía que hacerlo —se defiende.

—¿Qué crees que habría pasado si no hubieses logrado desviar el arma?

—No soy estúpida, Rory. Sabía perfectamente lo que hacía.

—Oh, por supuesto —elevo mis brazos al aire antes de mirarla de nuevo— ¿Es que acaso has tenido que quitar muchas pistolas de tu cabeza últimamente?

—No, pero sé defenderme —coloca sus manos en la cadera. Ahora está enfadada— ¿O ya has olvidado nuestro encuentro en el ring?

—No los compares, Cameron. Allí nadie corría peligro de muerte.

—Eso lo dices tú —su amago de broma no funciona.

Sigo demasiado enfadado y mi paciencia está al límite. Es hora de acabar con esto y salto por encima de la mesa para atraparla antes de que pueda prever mis intenciones. Le rodeo la cintura con mis brazos para que no se escape. Sentir su fuerza mientras intenta separarnos me tranquiliza un poco. Está bien, me repito. Cameron está bien. Pero mi cuerpo no parece querer hacer caso a mi mente.

—Suéltame, Rory. Hablemos como seres civilizados que somos.

—No.

—¿Se puede saber por qué estás tan enfadado conmigo? —no deja de moverse para soltarse de mi agarre, pero yo la aprieto más—. Hice lo que creí necesario para ayudarte a capturarlo. No creo que sea para tanto. Además, aunque se haya escapado después, salió bien en su momento. Deberías estar fuera persiguiéndolo y no aquí, acusándome de poner mi vida en peligro. Él es el malo, ¿recuerdas? No yo.

—Pero a mí no me importa si él está vivo o muerto —le digo en un arrebato—. No es por él que mi corazón late desenfrenado ahora mismo. Ni es a él a quien quiero encerrar en la habitación del hotel hasta que todo esto acabe para mantenerlo a salvo.

—Rory —me mira fijamente. Hay curiosidad y dudas en sus ojos.

—Ahora mismo no me importa lo que le pase a él —continúo, aflojando mi abrazo para poder mirarla mejor a los ojos—, sino a ti.

—Es comprensible, después de lo que le pasó a Norah —asiente—. Te

sientes responsable de mi seguridad. Pero no...

—No eres una maldita responsabilidad, Cameron —la zarandeo, frustrado. No sé si conmigo, que debo estar explicándome mal o con ella, que parece no entenderlo—. Esto no tiene nada que ver con Norah. Ni siquiera con Rampsey. Esto tiene que ver contigo. Y conmigo.

—¿De qué estás hablando, Rory?

—De que temí por tu vida —sujeto su rostro con ambas manos y veo la sorpresa en sus ojos—. De que acabo de descubrir que no quiero perderte. Maldita sea, Cameron. No vuelvas a hacer algo como lo de hoy o me volveré completamente loco.

Antes de que pueda responder, ya la estoy besando como si no hubiese un mañana. Y tal vez no lo haya, porque al parecer, el gran Rory MacBay acaba de caer por una mujer. Si esto no es el fin del mundo, no sé qué puede ser.

23

—Rory —comienza a hablar en cuanto la suelto.

—No estoy preparado para hablar de esto ahora —la interrumpo, antes de que diga nada más—. Tampoco tenemos tiempo porque debemos regresar al hotel.

La tomo de la mano y camino hacia la salida, evitando así que continúe con lo que quiera que se le haya pasado por la mente después del beso. O de mi confesión. A veces la psicóloga que hay en ella me asusta, sobre todo porque suele tener razón en prácticamente todas las ocasiones en que habla conmigo.

Ahora mismo no estoy preparado para escucharla y por eso me concentro en mi teléfono mientras bajamos en el ascensor. Si no la miro, no tendremos que hablar. Aprovecho para enviar un par de mensajes y asegurarme de que Cailean no venga solo a la reunión mañana por la mañana. Es hora de empezar a mover algunos hilos y cercar a Rampsey. Después de lo que acaba de suceder, tengo más claro que nunca que no se detendrá ante nada hasta librarse de Kelly. Cuanto más tarde en encontrarlo, más peligroso será.

—Quiero ir con Kelly —dice Casey.

Estamos en la habitación de Cameron, esperando a que Kelly y Nancy se preparen para la cita con Cailean y Casey está decidida a salirse con la suya, pero de ninguna de las maneras, permitiré que salga del hotel. Voy a dejar que se encargue Cameron de hacérselo entender porque no me quiero meter entre hermanas, pero se lo diré yo si lo creo necesario. Conmigo no discutirá. No podrá.

—Es peligroso —le dice su hermana.

Antes de encontrarnos con ellas, me pidió que no les comentase nada sobre nuestro encuentro con Rampsey y accedí en seguida porque estoy totalmente de

acuerdo en que no es necesario preocuparlas más de la cuenta.

—Ese hombre podría estar ahí fuera —continúa—, esperando a que bajemos la guardia para atacar. Rory ya tiene suficiente trabajo protegiendo a dos personas, así que te quedas conmigo.

—No creo que intente nada sabiendo que Rory está con nosotras —protesta—. Ya lo detuvo antes.

—Se me escapó —intervengo, solo para aclarar ese tema. No voy a dejar que use eso contra su hermana—. Y no tiene miedo a nada. Volverá a intentarlo una y otra vez hasta que lo consiga. Estás más segura aquí.

—Pero quiero ir con Kelly. Me necesita a su lado.

—Cuando vuelva de la reunión podrás estar con ella el tiempo que quieras —insiste Cameron—. No creo que a Nancy le importe que te quedes a dormir en su habitación si se lo preguntáis.

—Pero me necesita ahora. No es justo que no pueda ir con ella.

—La vida no es justa, Casey. Acostúmbrate.

—Ah —grita—. Es tan típico de ti usar la psicología conmigo. Odio cuando lo haces. Me gusta más hablar con mi hermana.

—¿Psicología? Para nada. Es sentido común lo que estoy usando ahora, Casey. Yo también prefiero hablarte como una hermana, pero cuando te comportas como una niña caprichosa, me estás obligando a no serlo. No estamos hablando precisamente de ir a pasear, Casey. Es peligroso salir a la calle mientras ese hombre siga libre. Esto no es fácil para nadie y tu actitud no ayuda. ¿Es que has olvidado que irrumpió en casa con un arma? Si Rory no hubiese estado allí, ahora podríais estar todas muertas —noto cómo se estremece al decirlo y detengo el impulso de apoyar mi mano en su espalda para tranquilizarla—. No vas a salir de esta habitación y no hay nada más que discutir.

Casey se encierra en el baño, furiosa, y Cameron deja salir el aire de sus pulmones con impotencia. Se tira en la cama de espaldas y oculta la cabeza bajo sus brazos. Esa actitud derrotada no es algo habitual en ella. De hecho, creo que es la primera vez que la veo así, porque incluso cuando me habló de su pasado o de ese paciente que se suicidó, se mantuvo firme y segura.

—Odio pelearme con ella —dice sin mirarme—. No ha tenido una vida fácil y se ha sentido sola muchas veces, incluso teniéndome a mí. Entiendo por qué necesita apoyar a Kelly, pero no quiero que le pase nada.

—Y no le pasará nada. A ninguna de vosotras —me siento a su lado y me propongo hacerla sonreír usando mi toque personal—. El gran Rory MacBay se

hará cargo de todo, nena. No hay nada que temer.

—¿Por qué haces eso? —me mira, con una sonrisa en los labios cargada de curiosidad.

—¿Ser irresistible? —alzo una ceja y respondo a su sonrisa.

—Bromear para que no me sienta mal.

—Me ofendes, querida —llevo mi mano al pecho—. Yo no estaba bromeando.

—Siempre tuve la impresión de que era un mecanismo de defensa —continúa, ignorando mis comentarios—, pero empiezo a pensar que es todo lo contrario. En realidad, lo haces para proteger a los que... tienes a tu alrededor.

—En realidad no hago nada —ha vacilado y sé por qué, aunque le agradezco que no haya sacado el tema—. Soy así de perfecto. Acostúmbrate.

—Pues, don perfecto —se levanta de la cama—, es hora de que te vayas. Ese abogado amigo tuyo os está esperando.

—No me llores, nena —le guiño un ojo y me levanto también. Al pasar junto al baño, golpeo la puerta y añado—. Sé buena con tu hermana, Casey. Solo te está protegiendo.

No obtengo respuesta, aunque tampoco la esperaba. Recuerdo perfectamente cómo era yo a los 20 años y esa rebeldía fue lo que me llevó a ingresar en el ejército. Mi padre creyó que allí me harían un hombre de provecho, aunque jamás supo si lo habían logrado porque dejé de hablarle después de eso. Tampoco volví a saber de él desde entonces. Ni me interesa.

Nuestra relación nunca fue sencilla. Él no era como esos padres amorosos que cuidan siempre de sus hijos. Desde luego que no. Para él, educar consistía en aplicar castigos. La disciplina siempre fue más importante que el cariño en mi casa. Siempre prefirió un golpe antes que una caricia. Un grito antes que una sonrisa. O un insulto antes que un te quiero. Aprendí a temerlo y, cuando por fin me atreví a rebelarme contra él, me envió a la guerra.

En su momento lo odié por eso, pero ahora estoy extrañamente agradecido, porque en mis primeros años en el ejército descubrí lo que era tener una familia. Gente que realmente se preocupa por ti y te apoya. Mis compañeros. Mis amigos. Lástima que la mala sangre no fuese solo cosa de mi padre y me topase con hombres como Rampsey en el camino.

—Buenas tardes —Cailean tiende una mano amigable hacia Nancy para saludarla en cuanto llegamos—. Cailean Mackenzie.

Nos citó en el despacho que hace años ocupaba en el bufete que montó con dos de sus compañeros de estudios nada más salir de la universidad. Al parecer, cuando conoció a su esposa, lo dejó todo atrás para mudarse a Inverness y así estar más cerca de su familia. Actualmente, según me dijo Keenan, viene a Edimburgo solo cuando se lo exige su trabajo.

—Nancy Ruskin —está nerviosa, algo comprensible.

Kelly permanece a mi lado, observando a Cailean en la distancia. Imagino que estará decidiendo si puede confiar en él o si debe salir corriendo como hizo con el otro abogado. Aunque Cailean no la esté mirando todavía y se dedique a hablar con Nancy, es totalmente consciente de su escrutinio. Su tono de voz pausado y los gestos lentos que usa al expresarse están dirigidos a ella y no a su madre. Pretende tranquilizarla, estoy seguro de ello, y ya solo por eso, me cae bien. Aunque ya tenía plena confianza en él al saber que es primo de Keenan. De cualquier otro modo, no le habría hablado a Nancy de él.

—Hola, Kelly —la saluda ahora, sin acercarse en ningún momento. Imagino que Nancy ya lo habrá puesto al tanto de ella, cuando hablaron por teléfono y por eso es tan cauteloso— ¿Te parece bien si nos sentamos? Estaremos más cómodos.

Kelly asiente y yo decido que este es el momento perfecto para desaparecer. Mientras estén junto a Cailean, no me necesitarán. Además, Keenan me está esperando fuera y necesito hablar con él también. En cuanto le diga quién está detrás de todo esto, sé que hará lo posible por encontrarlo. Después de que le conté la verdadera historia sobre lo que había pasado con Norah, intentó ayudarme a hacer justicia, aunque, por desgracia, no logramos nada. Ese cabrón era intocable.

—Avisadme cuando hayáis acabado —le pido a Nancy, antes de ir fuera—. Y no salgáis hasta que venga a por vosotras.

Keenan está esperándome apoyado contra la pared del edificio y se acerca a mí en cuanto me ve salir. No he querido decirle nada por teléfono, salvo que necesitaba su ayuda. Sabía que con eso bastaría para tenerlo más que dispuesto. Puede que no tenga muchos amigos, pero los que tengo, son los mejores, sin duda.

—Tú dirás.

—Busquemos donde hablar con tranquilidad —le digo, caminando hacia la primera cafetería que veo.

—¿Vas a sorprenderme con una historia de esas tan inverosímiles que

cuentas, pero que acaban resultando ser reales? —pregunta, una vez sentados en la mesa del fondo.

—No se te escapa una —rio para aligerar un poco lo peliagudo del tema—. Tan suspicaz como siempre.

—Ya me conoces —ríe mi broma.

—¿Qué sabes de Rampsey? —necesito tantear el terreno antes.

—¿Por qué preguntas? —fija su mirada en mí, intentando ver más allá de mis palabras.

—Curiosidad.

—Haré como que te creo —dice, apoyándose contra el respaldo de la silla—. Las cosas se desmadraron después de que tú te fuiste. Saber que era intocable, le dio alas. Y por desgracia, Norah fue la primera de muchas otras. Se jactaba de cada conquista, si es que se les puede llamar así. Llegó un momento en que ni siquiera se ocultaba de nosotros cuando las acosaba.

—¿Y siguieron permitiéndoselo?

—Se guardaba de los altos cargos —niega—. Pero nuestro teniente general apareció un día de improviso y lo vio propasándose con una cabo. Mandó arrestarlo de inmediato. Conseguí convencerla para que testificase contra él y detrás de ella fue el resto. Tuvo un consejo de guerra y terminaron expulsándolo del ejército con deshonor. De eso hará dos o tres de años. No he vuelto a saber de él desde entonces.

—Pues parece que no ha aprendido la lección —apenas puedo contener la rabia al hablar—. No sé si habrá sido la primera en todos estos años, pero él es quien ha violado a Kelly.

—No me jodas —pasa una mano por su pelo y se inclina hacia mí—. No es más que una niña. Maldita sea, sabes tan bien como yo lo que les hacía ese cabrón. No puede ser que...

Ni siquiera es capaz de acabar la frase y yo prefiero que no lo haga, porque no soporto la idea de que Kelly haya sufrido algo, ni siquiera similar, a lo que Rampsey le hizo a Norah. Si lo pienso, lo más probable es que acabe matándolo en cuanto tenga una oportunidad.

—Por desgracia, lo sé —bebo de mi cerveza, porque mi garganta está seca—. Tenemos que detenerlo.

—Cuenta conmigo —golpea la mesa con cuidado, antes recostarse una vez más en la silla—. Conozco a unos cuantos que sabrán lo que ha estado haciendo

Rampsey estos años. Seguro que podré sacarles algo que nos ayude.

—Esta mañana intentó matarla —continúo—. Apareció con un arma por el piso donde se estaban ocultando. Por suerte, estaba allí y pude impedirselo. Lástima que se me escapase.

—Sí que fue una suerte que estuvieses con ellas —asiente.

—Y luego, más tarde, nos lo encontramos de nuevo, en la oficina de Cameron. Se mueve rápido, Keenan. Es imposible que esté en esto solo.

—Estoy seguro de que lo está —me contradice—. Para quién sabe lo que busca, es fácil recabar información en poco tiempo. Y él conoce a las personas adecuadas para que le ayuden.

—En realidad no me importa cómo lo ha hecho ni quién le ayuda. Solo quiero detenerlo antes de que intente hacer daño a alguien más.

—Haré unas cuantas llamadas y te aviso con lo que averigüe. Tú ve pensando en el modo de tenderle una trampa.

—No creo que haga falta planear mucho. Ese aparecerá cuando menos lo esperemos —todavía recuerdo cómo no lo vi al revisar la consulta de Cameron—. Solo necesitamos estar preparados la próxima vez.

—Por supuesto que lo estaremos. Tú mantenlas ocultas hasta que sepa por dónde se mueve y tal vez incluso podamos ir nosotros a por él.

—Eso sería incluso mejor, Keenan, pero no es tan estúpido como para dejarse encontrar así de fácil.

—Nunca se sabe —se encoje de hombros—. Ya pecó de arrogante una vez. ¿Por qué no dos?

—¿Porque aprende de los errores? —dudo incluso al decirlo.

—¿Rampsey? —alza una ceja—. Si ese cree que no comete errores.

—Pues si se descuida, ahí lo estaremos esperando.

En este momento me llega un mensaje de Nancy informándome de que han terminado por hoy y vamos a recogerlas. Keenan me recuerda que esté pendiente del teléfono antes de separarnos.

Después de asegurarme de que las cuatro se quedan a buen recaudo, me voy a casa de Alec. Será uno de esos momentos difíciles, pero decisivos en mi vida. Esta noche, por fin sabrán toda la verdad sobre mí y debo admitir que estoy nervioso.

—Tío Rory —Faith bosteza en brazos de su padre y yo sonrío.

—¿Mi pequeña hada tiene sueño? —digo, tomándola en brazos y depositando un beso en su cabello. Esta vez no la hago volar.

—Quiso esperar por ti —me dice Alec—. No conseguimos acostarla y eso que está más dormida que despierta.

—Ya la llevo yo —me ofrezco.

Paso por el lado de Kath en mi camino a su cuarto y la beso en la mejilla. Ella me sonrío y noto que está casi tan nerviosa como yo. Supongo que es comprensible, después de todo, hoy conocerán esa parte de mi vida que siempre les he ocultado. La misma en la que no he querido involucrarlos nunca. Pero el destino, o lo que sea que rija el universo, siempre tiene sus propios planes y esta vez ha decidido que mi pasado salga a la luz. Hubiese preferido que no fuese del modo en que lo hizo, pero tampoco en eso he tenido elección.

—En cuanto la metí en la cama, se quedó dormida —les digo, entrando en el salón. En la mesita hay té para tres y me esperan sentados, con las manos enlazadas.

—Solo aguantó para verte —dice Kath—. Ya sabes que te adora.

—Bueno —parece que ha llegado el momento—, ¿preparados para escuchar mi historia?

—Siempre que tú lo estés para contarla —responde Alec.

—Lo estoy —y por más extraño que me parezca, es cierto.

No me interrumpen en ningún momento, aunque sé que tienen muchas preguntas. Entre confesión y confesión, Kath se sienta a mi lado y me toma de las manos. No es que necesite consuelo, pues contárselo todo está resultando mucho más fácil de lo que creía, pero su gesto significa mucho para mí. Después de todo, son mi familia. Forman parte de mi vida aunque yo me haya empeñado en mantenerlos al margen de ciertos aspectos de ella por su propio bien. O porque creía que era lo mejor para ellos. Ahora, viendo el modo en que reaccionan a mi historia, ya no estoy tan seguro de que habérselo ocultado fuese lo correcto.

—Y ahora mi pasado ha decidido regresar a mí —concluyo.

—Pero esta vez estaremos a tu lado para ayudarte —dice Alec, con voz firme—. Rampsey no se escapará.

—No entiendo cómo pudieron perdonarle todo lo que hacía —Kath parece necesitar el apretón de manos mucho más que yo—. Que fuese un buen soldado no debería exculparlo de sus crímenes.

—No debería, pero lo hizo.

Aunque he intentado suavizar el tema para que no resultase tan duro, sobre todo para Kath, he sido lo suficientemente explícito como para que sepan cómo es realmente Rampsey y de lo que es capaz porque necesito que entiendan lo peligroso que es.

—Ahora no podrá escudarse en eso —continúa Alec—. Estamos en Edimburgo y aquí se castiga con dureza a la gentuza como él.

—Es mucho más peligroso de lo que creéis —ahora viene la parte en que debo convencer a Kath de que se vaya hasta que esté solucionado—. Buscará nuestros puntos débiles y nos atacará en ellos. Eso siempre se le ha dado bien.

Miro a Alec y asiente para darme a entender que sabe lo que le estoy pidiendo. Con él nunca necesito decir demasiado. Después miro a Kath y ella me sonrío ignorando el intercambio silencioso que acabo de tener con su marido. Y siento el imperante deseo de abrazarla, como si con eso pudiese protegerla de cualquier mal. Por primera vez en mucho tiempo, me dejo llevar y lo hago. Ni siquiera me importa si después me lo recuerda todos los días. Me siento liberado.

—Necesito que me hagas un favor, Kath —le digo al soltarla.

—Después de este abrazo, lo que quieras —sonrío, sorprendida de mi arrebató.

—Menos sexo —recalca Alec, haciéndonos reír a todos.

—Eso te lo dejo a ti, que parece que la dejas bien satisfecha —digo, tocando su vientre. Todavía no se le nota a simple vista, pero al pasar mi mano sobre él, se hace más evidente que dentro de ella está creciendo un pequeño ser.

—¿Qué es lo que quieres? —Kath parece avergonzada y aparto mi mano. Sé, por lo que me ha dicho Alec en más de una ocasión, que tiene miedo de que suceda lo mismo que la otra vez y por eso intenta ser prudente a la hora de expresar sus ansias por que avance el embarazo.

—Alec me ayudará a capturar a Rampsey —asiente, conforme con eso— y si él llegase a descubrir que está casado y tiene una niña pequeña... Bueno, prefiero que no estés cerca para no tener que preocuparme por vosotras.

—¿No creerás que pueda venir a por nosotras? —parece que la idea le espanta, y con razón, después de lo que les he contado sobre él.

—Prefiero no averiguarlo.

—Mis padres estarán encantados de acogeros unos cuantos días —

interviene ahora Alec— Y así también puedes controlar cómo va mi padre con sus achaques.

—Si creéis que es lo mejor, hablaré mañana por la mañana con Adelaide para que me sustituya.

—Y os vais en cuanto lo tengas todo listo —le pido.

—Yo me encargo de que sea así —me asegura Alec.

—Bien. En cuanto las metas en el avión, me avisas y te digo dónde reunirnos. Quiero presentarte a algunas personas.

Ninguno de ellos me pregunta por la policía porque saben que no voy a esperar por ellos. Ni siquiera le diré a Gordon lo que tengo pensado hacer para que no me lo impida.

—Tengo que irme —me levanto y me imitan—. Mañana hablamos, Alec. Y tú, cuídate mucho, Kath.

—Tú también —me abraza y noto su preocupación en ese gesto.

—Eh, ¿a qué viene tanto sentimentalismo? —bromeo—. Sabes que soy el gran Rory MacBay. Nada puede conmigo.

—Incluso los héroes tienen sus debilidades —me mira preocupada.

—Eso solo pasa en las películas —le guiño un ojo y la beso en la mejilla—. Despídeme de mi pequeña hada. La extrañaré mucho.

Alec me acompaña a la puerta y nos despedimos con la promesa de hablar mañana para concretar dónde nos veremos. Después, me dirijo al hotel porque necesito comprobar que están todas bien antes de irme a casa.

Me paso por la habitación de Nancy y su hija en primer lugar porque siento curiosidad por saber cómo se está Kelly después de haber hablado con Cailean. Cuando las llevé al hotel no quise preguntarles. Ninguna de ellas parecía dispuesta a decir nada, de todas formas.

Golpeo la puerta un par de veces y de repente, pienso en que tal vez ya estén durmiendo. Tardan tanto en abrir, que temo que las he despertado. Es Casey quien aparece por la puerta, alisando su camiseta. Sus labios parecen haber sufrido un buen asalto, pero intento ignorarlo para no incomodarla más de lo que ya parece. Desde luego, Kelly y ella no se aburren estando juntas.

—Nancy duerme —me dice sin que pregunte y muerdo mi lengua para contener una réplica, quizá demasiado mordaz para ella.

—Solo quería comprobar que estaban bien, pero veo que contigo aquí está todo controlado —no puedo evitar decirlo. Casey aparta la mirada, fingiendo

que observa el interior de la habitación—. Buenas noches. Dáselas también a Kelly.

—Sí, lo haré —me mira ahora, con más convicción—. Y tú dáselas a mi hermana.

Me sonrío justo antes de cerrarme la puerta en las narices y me deja con la sensación de que no apartó la mirada por vergüenza, sino porque simplemente estaba mirando hacia Kelly. Está claro que la subestimé, pero me gusta su actitud. Y creo que Cameron tiene razón al decir que será de gran ayuda para Kelly. Ahora mismo necesita a alguien en su vida que la anime. Y desde luego, Casey parece estar animándola mucho.

Al llegar a la habitación de Cameron vacilo. Saber que está sola me pone nervioso. Temo que quiera mantener esa conversación que dejamos a medias en la consulta y no siento que esté más preparado que entonces para hacerlo. Sin embargo, necesito saber que está bien, así que llamo a la puerta, decidido a irme en cuanto compruebe que no hay ningún problema.

—Rory —parece sorprendida de verme.

Yo sí lo estoy, desde luego, porque lleva un pijama que deja muy poco a la imaginación. Y aunque mi idea era largarme nada más verla, cuando se hace a un lado para dejarme entrar, ni lo dudo. Camino hasta la ventana y me siento en una de las butacas que alguien ha sabido colocar estratégicamente para disfrutar de las vistas de la ciudad. De noche, con todas las luces, es mucho más impresionante.

—¿Todo bien? —me pregunta, después de sentarse frente a mí.

Antes de marcharme, le dije que iría a hablar con mis amigos. Aparte de alabarme por tomar esa decisión, me aseguró que me sentiría mucho mejor después de hacerlo y una vez más, no se equivocaba.

—Más que bien, diría —asiento, mirando hacia al exterior—. Fue... liberador. Nunca supe cuánto necesitaba que lo supiesen, hasta que empecé a contárselo.

—El primer paso siempre es el más difícil.

—¿Y ahora qué? —la miro al fin— ¿Cuál es el siguiente paso?

—Reconciliarte con tu pasado —mantiene mi mirada—. Aceptar que en la guerra no siempre se gana y que las muertes que se producen en ella no son culpa más que de la propia guerra. Está claro que cuando tienen nombre y apellidos es más duro, pero no dejan de ser víctimas de las circunstancias, Rory. La muerte de Richard pudo haberse producido antes de que te salvase o incluso

mucho después. La casualidad hizo que ocurriese en ese mismo instante. Y Norah, bueno, tú intentabas salvarla de algo mucho peor que la muerte.

—Y la arrastré hacia ella —me duele decirlo.

—No, Rory. Eso no es así. ¿Crees que sería más feliz si estuviese viva, pero sufriendo abusos? La mente de las personas tiene sus límites y habría acabado rebelándose o...

—Quitándose la vida —acabo por ella, al ver que le cuesta decirlo. Sé que está pensando en su paciente.

—Exacto —es su turno para mirar por la ventana.

—Tampoco fue culpa tuya, Cameron.

Me mira y sonrío, pero veo la tristeza que esconde ese gesto. No me gusta verla así y decido que es hora de cambiar de tema. Me levanto y le ofrezco mi mano para que haga lo mismo. La mira con curiosidad sin llegar a moverse.

—Bailemos —sonrío.

—¿Bailar? —alza una ceja— ¿Con qué música?

—No me digas que nunca has bailado sin música —la sujeto por las manos y la obligo a levantarse—. Que poco has vivido. Deja que el maestro te enseñe, nena.

Consigo arrancarle una pequeña risa, que va en aumento a medida que la hago girar sobre sí misma. Nos movemos al compás que marco, aunque sin música puedo cambiar el ritmo a mi antojo, lo que la mantiene sonriendo todo el tiempo. Y yo tampoco puedo dejar de hacerlo. Nunca antes me había sentido así junto a una mujer. Era de los que evitaban momentos íntimos más allá de la cama y ahora con Cameron, busco mucho más que sexo. Ella lo ha cambiado todo.

Lo negué durante demasiado tiempo, disfrazándolo de juego, de reto, pero ver el arma contra su cabeza me abrió los ojos. En su momento se lo dije y no pienso retractarme. No quiero perderla. Ahora que ha entrado en mi vida, quiero que se quede en ella. ¿Por cuánto tiempo? Todavía no lo sé, pero estoy dispuesto a averiguarlo. Por primera vez en mi vida, me veo al lado de una mujer en todas esas situaciones que me describió Cameron el día que me confesó que le gustaba. No, no al lado de una mujer, sino a su lado. Solo a su lado.

—Gracias —me dice, sacándome de mis pensamientos.

—Gracias a ti —le contesto, antes de besarla.

Y tampoco es un beso pasional como los que suelo dar, que solo sirven para

avivar el deseo y dejar a un lado los sentimientos. Es un beso pausado, cargado de intenciones. Pretendo decirle con él, todo lo que con palabras, no me atrevo. Pero como todo con ella, se vuelve más intenso a medida que nuestras ganas crecen. Antes de pensar en lo que estamos haciendo, ya la he tendido en la cama, conmigo encima.

—¿Estás seguro de esto? —me pregunta.

—¿No debería ser yo el que te lo pregunte?

—Ya sabes lo que yo siento, Rory. ¿Sabes lo que sientes tú?

Por un momento me quedo observándola sin decir o hacer nada. Se ve perfecta, esperando mi respuesta, recostada en la cama, mirándome con esos ojos tan especiales que cambian de color solo para torturarme. No creo que consiga averiguar alguna vez si son azules o verdes. Y así, comprendo que no me importaría tenerla a mi lado hasta que lo descubra.

—Espero poder demostrártelo esta noche —le digo, deslizándome sobre ella de nuevo para alcanzar su boca.

En mi camino, me llevo su camiseta conmigo y cuando la beso, ya la tengo desnuda de cintura para arriba. Lo aprovecho y bajo con mi boca, barriendo cada centímetro de su piel hasta llegar a sus pechos, donde me demoro. Está tan receptiva, que con cada toque, se retuerce de placer y me enciende por dentro. Pero no quiero apresurarme. Esta vez voy a disfrutar del momento. Esta vez quiero que sea mucho más que simple sexo.

Continúo mi camino de descenso y me ayudo de las manos y los dientes para liberarla del resto de su ropa. Juego a provocar el deseo en ella hasta que la tengo temblando entre mis brazos. Me levanto, entonces, para desnudarme y Cameron me observa con descaro. Puedo ver hambre en su mirada. Hambre de mí. Y sé que mi idea de hacerlo despacio no va a funcionar, así que me coloco la protección y regreso con ella a la cama.

—Es mi turno —dice, obligándome a recostarme sobre mi espalda y subiéndose encima.

—Quería hacerlo especial —protesto, con poco entusiasmo.

—Y lo será —sonríe, antes de besarme con toda la pasión que he estado intentando mantener a raya en mí.

Su boca destroza mi control sin problema y me pierdo en un mar embravecido de deseo. Sus caricias me enloquecen y mi cuerpo se consume en la necesidad de sentirme dentro de ella. Como si lo supiese, Cameron me monta y empieza a moverse sobre mí. Me incorporo para besarla y ayudarla a alcanzar

la cumbre y la acompaño casi al momento, incapaz de aguantar más. Con ella, todo es intenso. Absolutamente todo.

—¿Ha sido lo suficientemente especial para ti? —me pregunta en cuanto regreso con ella. Tiene el cabello revuelto, las mejillas sonrojadas y una expresión de satisfacción plena en su cara.

—¿Lo ha sido para ti? —le respondo, recostado a su lado—. Porque de eso se trataba.

—Es la primera vez que realmente hacemos el amor —no aparta la mirada mientras habla—. Eso ya lo hace especial, ¿no crees?

Me está ofreciendo la posibilidad de confesarle lo que siento, sin necesidad de que lo haga realmente. Y me siento tentado, pero creo que sería quedarme a medias con ella y he decidido que no es eso lo que quiero en mi vida. Después de hablar con Alec y con Kath, me prometí a mí mismo que no volvería a entregarme a medias. Que nunca más ocultaría nada a mis seres queridos. Y por más que haya estado intentando negarlo, Cameron ya forma parte de ellos.

Me acerco a ella y le acaricio la mejilla. Es una mujer paciente y espera a que hable sin presionarme, aunque sé que está deseosa de escucharme. Siempre ha sido así. Sus intentos por ayudarme iban más allá de lo estrictamente profesional, no porque hiciese lo mismo con todos, sino porque le importo. Se merece algo más que una simple afirmación.

—Creo que me estoy enamorando de ti, Cameron Waters —le digo antes de besarla para que no pueda responder. Ya habrá tiempo para eso más tarde.

24

CAMERON

Rory duerme a mi lado y parece totalmente relajado. Aunque no lo estaba cuando me despertó hace media hora. Puedo imaginar lo que estaba soñando y que debe ser así en una gran mayoría de sus noches con todo lo que ha vivido, pero mis caricias en su pelo y mi voz en su oído lo relajaron al momento, sin que llegase a despertarse. Todavía es de madrugada y debería aprovechar para dormir otro poco, pero no puedo dejar de mirar para él.

Su confesión, dicha de golpe y sin que me la esperase, me dejó inquieta. Porque aunque es algo que he querido escuchar desde que descubrí lo que sentía por él, sé que Rory es un hombre de los que huyen del compromiso. Al menos de aquel que implique a una sola mujer en su vida y de manera permanente. Sé que ha cambiado su comportamiento y su forma de pensar en muchos aspectos desde que lo conozco. Que haya decidido confiar al fin en sus amigos es uno de los pasos más significativos que ha dado y sé que solo es el principio, pero no puedo dejar de pensar en que, en cualquier momento, cambiará de opinión con respecto a lo que cree sentir por mí.

No sería el primero, ni será el último que, después de salir del hoyo donde se encontraba, cree estar enamorado de la persona que le ayudó, cuando en realidad lo que siente es tan solo un profundo agradecimiento. Me asusta pensar que a Rory le pase eso. Y, sin embargo, se sintió tan real. No únicamente con sus palabras, sino en el modo en que hicimos el amor después. Algo cambió con respecto a las otras veces y aunque intenté no sentir que había algo especial, fue imposible. Me enamoró.

Pero no me quiero hacer ilusiones ni adelantar acontecimientos. Mi experiencia en el campo de la psicología me ha enseñado que no se pueden apurar las cosas, que todo sucederá cuando deba. Sin embargo, esta noche supe que ya no puedo seguir siendo su psicóloga. Si alguien descubriese lo que hemos

estado haciendo, sería mi ruina profesional y no puedo permitírmelo. He tenido que luchar muy duro para conseguir el título y mucho más para labrarme una reputación entre mis colegas una vez graduada. No puedo echarlo todo a perder ahora. Debo traspasar su caso a un compañero, tanto si Rory lo entiende o como si no.

Me levanto y voy al baño porque necesito moverme. Refresco mi rostro y me miro al espejo sin verme, mientras me pierdo en mis pensamientos. Sacudo mi cabeza para regresar al presente y vuelvo a la cama. Rory continúa durmiendo y me recuesto a su lado. Apenas nota mi presencia, pasa un brazo por mi cintura y me atrae hacia su cuerpo desnudo. Oculta su rostro en mi cuello y su aliento caliente choca contra mi piel, provocando que mi corazón bombee fuerte. Y aunque creo que no podré dormir, lo hago.

De repente, un ruido me despierta y me siento en la cama de golpe. Ahora mi corazón late con rapidez al igual que antes, pero por distinto motivo. Lo primero que noto es que estoy sola en la cama. Busco a Rory y lo veo cerca del baño, vistiéndose. Me mira a su vez, sorprendido por mi reacción. Esboza una pícaro sonrisa que sé que vendrá acompañada de una de sus típicas respuestas graciosas.

—Tranquila, nena, que no me he ido todavía —me guiña un ojo—. No me eches de menos antes de tiempo.

—No es eso lo que me preocupa —intento aparentar que no me afecta y creo que lo consigo—. Puedes irte cuando quieras.

—¿En serio? —alza una ceja— ¿No estarías ni un poquito dolida si me voy sin despedirme?

—¿No lo estarías tú si te vas sin hacerlo?

—Me encantaría hacerlo contigo —malinterpreta mis palabras a propósito—, pero me están esperando, querida.

Se acerca a la cama antes de que pueda levantarme y se inclina sobre mí hasta tumbarme en ella, aplastándose con el peso de su cuerpo. Su boca busca la mía y me besa con una delicadeza de la que no lo creía capaz. Intento atraparlo con mis brazos, pero se levanta con rapidez. Su sonrisa me indica que lo ha hecho a propósito.

—Piénsame —me dice, antes de girar sobre sí mismo y salir de la habitación, dejándome con ganas de más.

Recuesto mi cabeza de nuevo en el colchón y tapo mis ojos con un brazo. Como si con ello pudiese olvidar lo que he sentido con ese beso de despedida.

Después de unos minutos, me levanto y me doy una ducha que dura más de lo habitual. En cuanto estoy lista, me acerco hasta la habitación de Nancy para bajar con ellas a desayunar al restaurante del hotel.

—¿Qué tal la noche, Cam? —la sonrisa de Casey y el tono que usa me alertan.

—¿Qué tal la tuya? —contraataco. Rory me contó lo que creía que había pasado entre ella y Kelly anoche, así que puedo molestarla si quiere pasarse de lista conmigo.

Debe haber captado la indirecta porque guarda silencio. Kelly me mira sonrojada y yo le guiño un ojo para que sepa que no me molesta que estén juntas. Tal vez no sea un método profesional para ayudarla con el trauma de haber sido violada, pero no seré yo quien lo impida. Porque Kelly parece sentirse bien con Casey y eso es lo que importa.

—¿Cuándo crees que nos trasladarán al piso custodiado? —Nancy parece nerviosa.

—No creo que tarden —apoyo mi mano en su brazo—. Nancy, no te preocupes tanto. No va a pasar nada malo.

—Trabajó para el ejército —susurra y oculta su boca con la mano, supongo que para que no se enteren las chicas de lo que dice—. Tengo miedo de que use sus conocimientos para localizarnos.

—Rory lo sabe —le respondo en bajo también—. Se conocieron allí, así que sabe cómo funciona. Si estamos aquí, es porque este es un lugar seguro. No te preocupes más.

—No puedo evitarlo —mira hacia Kelly.

—No fue culpa tuya, Nancy —la obligo a mirarme—. Esos hombres son manipuladores. Saben qué decir y cómo decirlo para que sus víctimas no hablen. Kelly fue muy valiente al delatarlo.

—Han sido meses, Cameron —me mira con lágrimas en los ojos—. Meses en que Kelly dejó de hablar. Solo de pensar que...

—No lo pienses —la interrumpo—. Debes centrarte en tu hija y en ayudarla a superarlo. Pensar en lo que pasó no servirá de nada. Debes mirar hacia adelante. Ella lo está haciendo muy bien.

—Ella tiene a tu hermana.

—Está siendo un gran apoyo para Kelly —no sé hasta qué punto es consciente de lo que hay entre ellas y no quiero decir algo que no deba. Ni

siquiera sé cómo reaccionaría ante eso.

—Es más que un apoyo —las mira, ahora con cariño—. Creo que es su primer gran amor.

No sé qué decir a eso, así que me limito a entrar con ellas en el restaurante y busco una mesa vacía para nosotras. Desayuno en silencio. Nancy parece sumida en sus pensamientos de nuevo y las chicas hablan entre ellas. Su complicidad crece cada día y se nota en Kelly que le hace bien. No solo está más comunicativa, sino que parece más centrada y su determinación es más fuerte.

Nancy me dijo que no vaciló al contestar a las preguntas que le hizo el abogado, ni cuando le pidió a Nancy que los dejase solos. La seguridad que le demostró, fue lo que la decidió a salir del despacho. Cuando se reunió con ellos de nuevo, Kelly tenía los ojos rojos de llorar, pero estaba tranquila. Cailean las despidió, asegurándoles que se haría cargo del caso y que lograría meterlo en la cárcel. Pero para eso hay que capturarlo antes.

Nada más terminar el desayuno, Nancy se retira a su habitación al recibir una llamada de su jefe. Su situación es complicada en este momento. Necesita el trabajo, pero no puede salir del hotel si exponerse a que Rampsey intente acercarse a ella. Ha podido aplazar sus citas hasta la semana que viene, pero su jefe es muy insistente y no la deja tranquila.

—Ayer me enteré de que en la azotea hay habilitada una zona con tumbonas —me dice Casey en el ascensor— ¿Podríamos subir? La habitación es un poco agobiante.

—Está bien —asiento. Después de todo, estarán dentro del hotel—. Ten el teléfono a mano por si tuviese que avisaros para bajar.

—Sí, tranquila, Kelly también llevará el suyo.

—De acuerdo. Si necesitáis algo, estaré en la habitación.

No me apetece quedarme en el hotel, pero tampoco puedo salir después de haber tenido un arma apuntándome a la cabeza. Si Rory no lo vio cuando revisó el despacho, quiere decir que es un hombre con muchos recursos. Prefiero no darle la oportunidad de atraparme de nuevo. Pensarlo me provoca un escalofrío y me abrazo instintivamente.

—¿Qué pasa? —Casey me conoce demasiado bien.

—Nada —le sonrío—. No te preocupes.

—Tú también puede contarme tus problemas —me mira fijamente a los ojos, buscando la verdad en ellos— ¿Lo sabes, no?

—No te sienta nada bien el papel de psicóloga —me burlo.

—Interpreto a la hermana —me responde.

—Aún así, no te preocupes. Disfrutad de la azotea. Tal vez pronto tengamos que mudarnos a un piso y te aseguro que será mucho más pequeño e incómodo que este hotel.

Eso la convence para no seguir preguntando. Me bajo en nuestra planta y ellas continúan subiendo. Cuando llego a la habitación, enciendo la televisión, pero no hay nada interesante y la apago. Las horas pasan lentas cuando no tienes nada que hacer y yo soy una mujer de acción. No puedo simplemente quedarme quieta. Cuando mi teléfono suena, lo descuelgo al segundo tono.

—Cameron, soy Gordon.

—¿Ocurre algo? —no es normal que me llame en fin de semana.

—Perdona que te moleste, pero no soy capaz de localizar a Rory y necesito notificarle que el piso ya está disponible. Como estabais juntos ayer en comisaría, pensé que tal vez tú podrías avisarlo. Al menos para que nos diga en qué hotel están alojadas para ir a recogerlas.

—Yo sé en qué hotel están —le digo—. Estamos hospedadas aquí también, por precaución.

—Es verdad, Rory me lo dijo —suena avergonzado y sonrío—. Tengo tantas cosas en mente que se me olvidó que antes estaban en tu casa.

—Tranquilo. Te doy el nombre y las aviso para que se preparen. Si no te importa, iremos con ellas.

Sé que Rory no ha querido contarle lo de nuestro incidente en mi despacho, así que no lo mencionaré por el momento.

—Me parece una gran idea —escucho ruido de cajones abriéndose y cerrándose—. Dime el nombre y nos vemos en una hora.

Cuelgo nada más decírselo y llamo a Nancy a la habitación para que vaya preparando las maletas mientras yo hago lo mismo con las nuestras. En cuanto esté todo listo, iré a buscar a las chicas. Se merecen un momento más a solas antes de que la realidad las golpee de nuevo, porque el piso se parecerá más a una cárcel que a un refugio. Sé cómo funciona eso. Colaborar con la policía me ha abierto los ojos en más de una ocasión.

—Dejaré aquí las maletas —le digo a Nancy, en cuanto entro en su cuarto — e iré a por las chicas.

—De acuerdo —está más nerviosa que antes.

—¿Ocurre algo?

—Nada —suspira—. Bueno, mi jefe. Eso es lo que ocurre. Me está presionando para que enseñe mañana una casa. Dice que es un cliente importante y que quiere que yo le atienda. Al parecer, no es la primera vez que le muestro una casa y se siente cómodo conmigo.

—No creo que se sienta tan cómodo cuando te vea llegar con la policía detrás para protegerte.

—Eso le he dicho a mi jefe, pero solo le importa la venta.

—Hablaemos con Gordon de eso en cuanto llegue. Tal vez haya un modo más discreto de hacerlo.

—Eso sería perfecto —suspira, esta vez aliviada.

—Voy a por las chicas —le digo, abrazándola—. No hay nada en este mundo que no tenga solución. No te preocupes.

Aunque hay unos cuantos pisos hasta la azotea, decido ir por las escaleras. Necesito moverme y hacer algo de ejercicio. Echo de menos el gimnasio y, ahora que no puedo ir, es cuando me doy cuenta de ello. Y cuando más me lo pide el cuerpo. Claro que el estrés de estos días tampoco es que me ayude demasiado.

En cuanto llego a la azotea, las busco. La zona habilitada es más grande de lo que esperaba y me cuesta saber dónde han ido. Las llamo, pero no me contestan. Entonces, encuentro la chaqueta de Kelly tirada en el suelo y la cojo. Camino más rápido, hasta llegar a una zona donde una de las tumbonas está volcada. Miro alrededor preocupada y vuelvo a gritar sus nombres.

Me siento perdida y no dejo de dar vueltas sobre mí misma, con las manos en mi cabeza, esperando verlas aparecer en cualquier momento. Continúo llamándolas, pero no me responden. Estoy realmente asustada, incluso más que cuando aquella arma me apuntaba a la cabeza. Me falta la respiración y necesito apoyar mis manos en mis rodillas para intentar recuperarla. Y para no entrar en pánico. No puede pasarles nada. A ellas no.

Trato de conservar la calma o recuperarla más bien, aunque me resulte difícil. Necesito pensar con coherencia porque la histeria no me ayudará. Marco el número de Casey y ruego que conteste cuanto antes. Sin embargo, escucho el sonido cerca y corro hacia él, temiendo encontrármelo tirado en el suelo. Sin embargo, las veo a ellas caminando cogidas de la mano, ignorantes de lo que ha estado pasando por mi mente en los últimos minutos. Casey está revisando su teléfono, que todavía suena por mi llamada. A pesar del alivio que siento al ver que están sanas y salvas, no se van a librar de la bronca.

—¿Se puede saber dónde diablos estabais? Os busqué por todas partes y ni una señal de vosotras —digo, enfadada. Sé que estoy gritando, pero no puedo evitarlo— ¿Es que queréis que me dé un infarto?

—¿Qué pasa? —Casey me mira preocupada y guarda el teléfono en su bolsillo trasero.

—¿Qué pasa? Pasa que he subido a buscaros y me encuentro con una tumbona tirada y la chaqueta de Kelly en el suelo. Y vosotras desaparecidas y sin contestarme cuando os llamo.

No sé si Kelly consigue leer mis labios porque estoy tan alterada, que hablo demasiado rápido, pero entiende la preocupación en mi tono y en mis gestos y oculta su rostro, avergonzada. Casey arruga la frente al escucharme y aprieta el agarre de su mano. Tengo los nervios a flor de piel y no sé si seguir regañándolas o abrazarlas de alivio. Finalmente decido que es más importante que estén bien y antes de que puedan decir algo más, las abrazo.

—No volváis a hacerme algo así —estoy temblando.

—Ni siquiera sé qué te hemos hecho —dice Casey, acariciando mi espalda—. Ni me has dado tiempo a contestar al teléfono, Cam. Eres una impaciente.

—Os llamé a gritos —le digo soltándolas.

—Esto es enorme —realiza un arco con su brazo para abarcar la azotea—. Si quieres esconderte del mundo, es el lugar ideal.

—¿Eso es lo que hacíais? —el reproche no le pasa desapercibido.

—Solo estábamos explorando —encoge los hombros.

—¿Y la tumbona tirada? —en cuanto pregunto, me arrepiento. Al ver sus caras, puedo imaginar que no solo estaban explorando—. Sabes, prefiero que no respondas. Tenemos que bajar. Gordon está a punto de llegar para llevarnos al piso.

—¿Ya nos vamos? —Kelly me mira nerviosa.

Sé que este paso es difícil para ella porque supone la vuelta a la realidad. Y no a una realidad demasiado halagüeña, he de decir. El hotel le ha permitido evadirse de todo. De alguna manera, lo veía como un oasis en su ahora caótica vida. Marcharnos supone enfrentarse de nuevo a lo que le ha ocurrido y tener que ir hasta el final. Este será el primer paso de muchos otros que vendrán y probablemente, el más difícil después de la confesión. Sin duda, ese fue el peor de todos. Le tomo las manos y la miro fijamente hasta que centra su atención en mí. Necesito que entienda que no pasará por esto sola.

—No tienes que preocuparte por nada, pequeña —la libero y hablo con las manos también porque parece no atreverse a mirarme a la cara—. Sé que es difícil y que tienes miedo, pero no vas a estar sola. Hay muchas personas que se preocupan por ti y que harán lo que sea para protegerte y ayudarte.

—¿Rory vendrá con nosotras? —no puedo evitar sonreír cada vez que veo en sus manos el signo con que lo ha rebautizado.

—Rory está con unos amigos ahora mismo, pero te prometo que lo llamaré en cuanto lleguemos al piso para que sepa dónde encontrarnos. Él, más que nadie, quiere que esto se termine ya —la abrazo cuando asiente, conforme con lo que le he dicho.

Sé que en algún momento tendremos que tratar la dependencia que tiene de Rory ahora. Lo está idealizando y convirtiéndolo en parte esencial de su mundo y, aunque tenerlo en su círculo de amistades le hará bien, los extremos nunca son buenos. No debe asociar seguridad con él. Y eso me recuerda que también tendré que estudiar hasta dónde llegan sus sentimientos por Casey. Una cosa es que se apoye en ella para salir adelante en un momento difícil y otra que se obsesione. Con sus antecedentes de timidez extrema, eso es lo último que necesita. Pero por ahora, lo dejaré estar. Necesita sentirse arropada.

—Bajemos —repito, más tranquila ahora.

Cuando estamos cerca del ascensor, recuerdo que la chaqueta de Kelly se quedó fuera y regreso por ella. Coloco la tumbona en su sitio y corro hacia el interior para alcanzarlas, pero no me han esperado. Pulso el botón y aguardo impaciente a que el ascensor suba a por mí. Después del susto que me he llevado, prefiero no perderlas de vista en una buena temporada. Al menos hasta que mi corazón se recupere. En cuanto se abren las puertas, me llega un mensaje de Casey avisándome de que Gordon ya ha llegado y de que me esperarán en recepción con las maletas.

Los escasos minutos que me separan de la planta baja, se me antojan eternos en un ascensor solitario, donde solo se escucha esa irritante musiquita que suelen poner de fondo. No sé a quién se le ocurrió la brillante idea de que eso relaja, porque está claro que no lo pensó demasiado. La melodía se te mete en la cabeza y terminas tarareándola durante horas. Es de lo más estresante.

—Cameron —Gordon me sonríe en cuanto me ve y luego me aleja del resto antes de volver a hablar— ¿Has localizado a Rory? Estoy preocupado por él.

—Sabe cuidarse solo —intento restarle importancia al asunto para que no insista. Creo que Rory no quiere que lo localice.

—Investigando a Barry Rampsey he descubierto que trabajó en el ejército —finjo sorpresa para que no descubra que lo sé—. Temo que hayan sido compañeros en algún momento e intente dar con él por sus propios medios. Rory es muy impulsivo y es capaz de cometer alguna estupidez por atraparlo.

—Rory es un hombre inteligente. No dejará que sus sentimientos interfieran —lo defiendo—. Si pensase capturarlo, seguramente te informaría de ello primero.

No creo que se trague mi mentira, pero tengo que intentarlo.

—No lo conoces tan bien como yo —ríe, antes de ponerse serio de nuevo—. Son demasiados años colaborando. Si se conocen, se lo tomará como algo personal. Hazme un favor y si hablas con él, intenta convencerlo de que me llame.

—Lo intentaré.

—¿Cómo están? —mira hacia las demás.

—Nerviosas, asustadas, preocupadas. Y eso, que no saben toda la verdad sobre el hombre que las está buscando.

—¿Qué verdad? —sus ojos me estudian en busca de la respuesta.

He metido la pata porque aunque lo haya investigado, no puede saber que ha violado y asesinado a Norah. No habrá nada en el expediente de Rampsey sobre ella porque se supone que murió en combate. Pienso en algo que decirle y que suene convincente antes de que insista más.

—Tengo entendido que lo expulsaron del ejército. Algo muy malo ha debido hacer para eso.

—Sí —respiro aliviada—. El motivo de su expulsión es información clasificada, lo que me hace pensar que fue mucho peor de lo que podemos imaginar.

Esta vez no abriré la boca por si digo algo que no deba, así que lo tomo del brazo y nos dirijo hacia los demás. Es hora de irnos.

—¿Cómo sabías tú que lo expulsaron? —me pregunta, con el ceño fruncido, segundos después.

—Pues... —está claro que hoy no es mi día.

Mi teléfono comienza a sonar, salvándome de dar explicaciones que no tengo. Contesto antes del tercer tono y creo que incluso sueno aliviada.

—¿Me echas de menos, nena? —es Rory, como no.

—Gordon está aquí —eludo su pregunta—. Nos llevará ahora al piso

custodiado.

—Tengo varias llamadas tuyas —ríe, divertido—. Se estará tirando de los pelos por no saber de mí.

—Algo así —miro hacia Gordon sin poder evitarlo.

—Envíame por mensaje la dirección y nos vemos allí. Esto ya está casi listo.

—¿Y llamabas por algo en particular? —le pregunto, antes de que cuelgue.

—Solo quería saber qué tal estabas —su confesión, dicha de una manera tan natural, me deja perpleja. Todavía sigo esperando la broma cuando habla de nuevo—. ¿No dices nada?

—Estoy bien —aclaro mi voz— ¿Ahora es cuando me sueltas una de tus gracias?

—¿Debería? —noto cierta diversión en su voz—. Me lo pensaré por el camino. Por el momento, recuérdale a Gordon que no debería ser tan evidente y que habíamos acordado mantener lo nuestro en secreto.

—Este sí es el Rory que conozco —rio—, pero eso se lo tendrás que decir tú o te acusará de haberos delatado.

—Ya sabía yo que no debería haberte dicho nada —ríe conmigo—. Aunque estoy seguro de que nos guardarás el secreto.

—¿Un amor prohibido? —finjo pensarlo—. Creo que es demasiado jugoso como para callármelo.

—Algo encontraré con lo que convencerte para que no hables —suena a promesa y mi cuerpo responde.

—Tengo que colgar —decido pararlo antes de que empiece porque no estoy sola—. Te envío la dirección en un minuto.

—Piénsame, querida —cuelga.

Gordon ha llegado con tres coches patrulla y ocho hombres para escoltarnos. Se toma muy en serio su trabajo y yo lo agradezco. Kelly y Casey van en uno de los coches y Nancy me acompaña en otro. Gordon se sube con nosotras. El tercer coche nos cubre la retaguardia.

—El lunes enviaré a alguien a por ti —me dice por el camino— para que no tengas que ir sola a la comisaría. Y te acompañarán hasta tu consulta también. No correremos ningún riesgo.

Nancy parece dispuesta a hablar y le aprieto una mano para que no diga nada. Estoy segura de que Rory preferirá acompañarla cuando vaya a enseñar la

casa. Será una buena oportunidad para capturar a Rampsey, si intentase acercarse a ella, aprovechando que no tiene vigilancia policial. Niego con la cabeza tan despacio que no sé si lo nota, pero como permanece en silencio, imagino que lo ha entendido y le sonrío agradecida.

—Me parece bien —le digo a Gordon—. Creo que aprovecharé todo esto para ir traspasando a mis pacientes.

—¿Aceptarás al fin mi oferta? —me mira esperanzado.

—Sí —asiento—. No puedo conservar ambos trabajos sin que me pase factura en mi rendimiento. Y creo que ha llegado la hora de dar un cambio a mi vida.

—No te arrepentirás —sonríe abiertamente ahora—. Has tomado la decisión correcta.

No sé si lo sea, pero es la que me parece más adecuada para el momento que estoy viviendo ahora mismo. Sin embargo, no voy a darle explicaciones sobre los motivos por los que hago esto.

Cuando llegamos al edificio donde nos hospedaremos, Rory nos espera, apoyado en su moto. Con cazadora de cuero y gafas de sol se ve como el chico malo de la historia. Ese que sabes que te meterá en problemas, pero del que no puedes alejarte aunque lo intentes. Por suerte para mí, sé la clase de hombre que es en realidad y que merece la pena tenerlo al lado.

—Ya me hago cargo, Gordon —dice en cuanto las demás entran en el edificio—. Vuelve a tu cueva y no salgas hasta que encuentres al malo.

—¿A mi cueva? —lo mira divertido.

—Con esos pelos y esa barba te pareces a un cavernícola —ríe—. Te estás descuidando, tío. Ya no te encuentro tan atractivo como el día que nos conocimos.

—No necesito gustarte —sonríe—. No me interesas.

—Eso duele. Que sepas que has roto mi pobre corazón —se lleva la mano al pecho—. Sobre tu conciencia recaerá si muero de pena.

—Habrá una patrulla de incógnito fuera —me dice, entregándome una tarjeta e ignorando a Rory, que golpea su hombro—. Este es el número al que debéis llamar si hay algún problema. O si tenéis dudas. No salgáis solas bajo ningún concepto. La despensa está llena y tenéis ropa de cama limpia en los armarios. Si necesitáis algo más, llamad al número y se os traerá.

—Parecerá que somos nosotras las encarceladas —susurro.

—Por el momento tendrá que ser así —me ha oído—. Nos vemos mañana, Cam. Cuídalas, Rory.

—Siempre.

Subimos en silencio. Me muero por preguntar cómo le fue en su reunión, pero me contengo. No creo que las escaleras sean el lugar ideal para hablar. Todavía recuerdo cómo terminó nuestra última conversación en otras escaleras. Sin embargo, el piso no será tampoco un buen sitio porque imagino que estará lleno de micros. Lo que me recuerda que debo advertir a las chicas, por si no quieren que la policía escuche sus conversaciones privadas.

—Dentro no podremos hablar con libertad —me dice Rory antes de detenerme en un descansillo— ¿Cómo os ha ido esta mañana?

—Bien —prefiero no contarle el susto que me han dado las chicas porque no ha sido más que eso—. Nancy tiene que ir el lunes a mostrar una casa. Su jefe no deja de molestarla con eso.

—¿Lo sabe Gordon?

—No. Pensé que no querías que se lo contase.

—Esa es mi chica —sonríe y toma mi rostro entre sus manos para darme un beso rápido—. Mañana hablaré con los muchachos para planearlo todo. Con suerte, ese cabrón creerá que esa es su oportunidad para acercarse a ella y podremos capturarlo.

—¿Cómo estás tan seguro de que sabrá que Nancy irá a trabajar?

—De la misma forma en que supo dónde vivías tú o dónde tenías la consulta. Rampsey no es estúpido y, por desgracia, tiene más amigos de los que me gustaría. Hará que alguien investigue por él hasta dar con ellas.

—¿Será capaz de encontrar este sitio?

—Con el tiempo, quizá —se encoge de hombros—. Pero cuento con encontrarlo a él primero.

—¿Qué harás cuando des con él? —me lo he estado preguntando desde el día en que me dijo que no colaboraría con Gordon en la investigación.

—Lo que querría hacer y lo que haré son dos cosas muy distintas. Aunque se merezca una muerte lenta y dolorosa, se lo entregaré a Gordon. No mancharé mis manos con su sangre, Cam —sujeta mi rostro y me besa hasta que consigue que me olvide incluso de dónde estamos—. Subamos. Nos estarán esperando.

No hemos vuelto a hablar del tema desde que me confesó que se creía enamorado de mí, y sé que debemos hacerlo. Mi parte racional, la que controla

la psicóloga, me lo exige, pero la mujer enamorada me ruega que lo deje estar por ahora y que disfrute del momento. No todo en esta vida tiene por qué ser producto de algún problema. Hay cosas que suceden sin más.

25

Aunque las ganas de estar a solas con Cameron me pueden, me paso por cada habitación antes, para comprobar que todas estén bien. Voy primero a ver a Casey, que tiene la puerta abierta. Está colocando en el armario la poca ropa que se ha traído de la casa. La pequeña maleta todavía está sobre la cama. Me acerco a ella con cuidado de no alertarla de mi presencia porque pretendo darle un pequeño susto.

—¿Todo bien? —le pregunto y pega un bote.

—Joder, Rory —me fulmina con la mirada—. Me has dado un susto de muerte.

—Esa boca, Casey —sonrío.

—Como si la tuya estuviese más limpia —bufa. Continúa colocando la ropa después de sacarme la lengua.

—Pero la tuya es demasiado bonita para ensuciarla de ese modo —bromeo con ella.

—No necesitas ganar puntos conmigo, Rory —me dice—. Me parece perfecto que bebas los vientos por mi hermana.

—¿Quién dice que haga eso?

—Nadie —ríe con la cabeza todavía dentro el armario—. Tu secreto está a salvo conmigo. No tienes que preocuparte por eso.

—Pena que tu secreto no lo sea tanto —me mira de nuevo con los ojos achinados y ahora soy yo el que ríe.

—Yo no me oculto. Es diferente.

—Tampoco yo lo hago —aunque no sea cierto. Sé lo que supondría para Cameron que descubriesen lo que nos está pasando.

Mientras hablamos, mi mirada se pierde por la habitación como buscando

algo inusual en ella. Costumbre, supongo.

—Te creo —escucho la burla en su voz, porque tiene la cabeza de nuevo en el armario.

Mi mirada se posa ahora en su maleta y allí, en medio de la ropa interior, veo a medio esconder un consolador. No puedo evitar reír todavía más alto cuando Casey me mira interrogante. Como soy incapaz de hablar, señalo la maleta y le provoco un intenso sonrojo. Coge el aparato de mala manera y lo guarda en el cajón de la mesita de noche.

—Cuando uno se va a toda prisa de la casa —consigo decir al fin—, siempre debe llevarse lo indispensable. ¿No es así?

—Cállate ya y largo de mi habitación —me empuja hacia la salida.

—Disfruta de la noche, boca sucia —río y me cierra la puerta en las narices.

Todavía estoy riendo cuando Nancy me da permiso para entrar en su cuarto. Está sentada frente a un portátil, visionando fotos de una casa enorme y me imagino que es la que ha de enseñar el lunes. Me acerco y me siento en la silla que queda libre a su lado para hablar de eso. Suerte que en las habitaciones no hay micros para salvaguardar la privacidad de los protegidos.

—¿Trabajo?

—El lunes debo enseñar la casa —suspira—. Hubiese preferido que eligiese a otro agente, pero poco importa, la verdad.

—¿Por qué?

—Porque tengo muchas más casas para enseñar y si no vuelvo al trabajo pronto, lo perderé. Mi jefe insiste en que está perdiendo dinero por mi culpa y que me dará solo un par de días más para reincorporarme antes de dar mis casas a otros agentes.

—¿Sabes por qué tu jefe quiere que seas tú quien muestre esa?

—Por el cliente —baja la tapa del portátil y me mira—. Ya lo atendí con anterioridad, aunque no me acordaba de él hasta que vi su foto en el expediente. Es un hombre muy rico y busca discreción con sus compras. Ya ha tenido problemas con otros agentes, así que ahora solo quiere tratar conmigo.

—Hablaré mañana con mis amigos para organizar la vigilancia —le digo—. Estaremos pendientes por si Rampsey intenta acercarse.

—¿Tan peligroso es? —me mira entre apenada y temerosa—. No lo parecía cuando nos conocimos. Era un hombre tan considerado y atento conmigo. Me hacía reír y olvidarme de lo mal que lo he pasado en los últimos años. Cuando

por fin se lo presenté a Kelly hacía varios meses que nos veíamos a escondidas de ella. Nunca imaginé que pasaría esto. No sé cómo me pude equivocar tanto con él.

—No te tortures así, Nancy. Para ellos, engañar es como respirar, les sale solo.

—¿Y si le ocurrió algo terrible en el ejército que lo trastornó?

—No voy a decir nada sobre eso —niego—. Es mejor que no sepas. Ocúpate de ayudar a tu hija a superarlo y olvídate de Rampsey. Él es cosa mía ahora.

—No quiero que se acerque de nuevo a Kelly —veo el miedo en sus ojos.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que eso no suceda.

—Sé que lo harás.

La fe que depositan en mí me halaga, aunque el miedo a fallarles atenaza mi corazón por veces. Sobre todo cuando recuerdo lo que sucedió con Norah. Temo que la historia se repita de alguna forma. No soportaría otra muerte en mi conciencia.

—Iré a ver cómo está Kelly —me levanto para no tener que seguir hablando de eso.

—Le he dejado la habitación que tiene el interruptor de la luz por fuera —me dice—. Acciónalo varias veces para que ella sepa que alguien quiere entrar en su cuarto.

No había caído en eso y se lo agradezco con una sonrisa y un pequeño movimiento de cabeza. Mientras me dirijo a su cuarto, pienso en todas esas cosas que han de hacer de diferente forma porque ella no puede oír. Se desenvuelve tan bien, que incluso llegas a olvidarte de ese detalle.

—¿Todo bien? —le pregunto en cuanto me abre la puerta. Puedo ver a Casey tras ella, sentada en la cama y le guiño un ojo, a lo que me responde enseñándome su dedo corazón.

—Sí —asiente— ¿Te quedarás en el piso con nosotras?

Una vez más, siento esa presión a la que yo mismo me someto para intentar que todo salga bien, e intento ignorarla, lo mismo que el sonrojo de Kelly. Confía ciegamente en mí y con lo que ha pasado, eso es algo que valoro por encima de todo. Solo espero no decepcionarla nunca.

—Por el momento sí —le sonrío.

Kelly me sonrío de vuelta y puedo notar el alivio que le supone que esté

aquí. Quisiera haber podido evitarle todo esto y ahora, más que nunca, me arrepiento de no haber insistido más para que lo encarcelaran cuando mató a Norah. Si yo no me hubiese rendido tan pronto, Kelly nunca se habría topado con él. Pero, si algo he aprendido en estas últimas semanas con Cameron, es que no sirve de nada lamentarse del pasado. Así que miraré al futuro y me centraré en lo que sí puedo hacer ahora.

—Sé de una que estará feliz de que te quedes —dice Casey, con la diversión bailando en sus ojos.

—¿Te has traído el juguetito, Casey? —bromeo con ella, incapaz de contenerme.

—Sigue donde lo guardé. Digo, por si lo necesitáis mi hermana y tú.

—Yo ya tengo mi propio juguete —rio.

Kelly nos mira confusa, pero nada más lejos de mi intención el aclarárselo. Me despido de ellas y voy en busca de Cameron. La encuentro en la cocina, revisándolo todo. Se ve tan concentrada, que no puedo evitar pensar en hacerle alguna maldad. Siempre se lo toma todo con demasiada seriedad, necesita aprender a divertirse. Me acerco a ella con sigilo y la atrapo por la cintura desde atrás. Cubro su boca con mi mano para que no se escuche su grito porque no es cuestión de alertar a todos.

—Me has asustado —golpea mi pecho cuando la giro hacia mí.

—Preferiría hacerte otra cosa —susurro en su oído.

—Rory —me golpea de nuevo.

Sé que lo hace por los micrófonos y descubro que me resulta excitante provocarla sabiendo que eso la incomoda. La aprisiono contra la encimera y acerco mis labios a su cuello sin llegar a tocarla. Sonrío al notar cómo contiene la respiración. Me gusta romper esa fachada de mujer fría que mantiene por costumbre y hacerle perder el control. Sé que en el fondo es más espontánea de lo que quiere hacer creer a todos y yo quiero verla desatada a todas horas. Quiero a la Cameron real siempre. Para siempre.

—¿Te ayudo a revisarlo... —hago una pausa a propósito, antes de continuar — todo?

—¿Te crees muy gracioso? —intenta separarse.

—No lo creo, nena, lo soy —le guiño un ojo y aflojo mi abrazo—, pero te ayudaré para que veas que también puedo ser serio. No dejaremos que se nos mueran de hambre.

Le doy un beso rápido, antes de soltarla y abrir la nevera. La verdad es que estoy hambriento porque apenas desayuné. Cojo algunas cosas, mientras veo a Cameron buscando una sartén. Está agachada a mi lado y me da una muy buena vista de su trasero. Antes de que pueda parar mi mano, ya la he golpeado en él.

—Rory —protesta, girándose hacia mí.

—Estabas a tiro, nena —sonrío y sigo con lo mío.

Mientras preparamos la comida, su seriedad me tienta de nuevo y termino lanzándole harina a la cara en un arrebato. Me mira con esa cara que suelen poner las madres a sus hijos cuando los regañan y yo le lanzo más harina.

—Para ya, Rory —me amenaza con el dedo.

—¿O qué? —le lanzo otra poca, provocándola.

—Sabes que tendrás que limpiarlo todo tú solo, ¿verdad?

—¿O qué? —repito sonriendo.

De repente, coge un puñado de harina y lo restriega por mi cara. Y empezamos una guerra, que termina con el suelo tan blanco como nosotros y con la cocina llena de risas. Me gusta verla tan relajada y estoy dispuesto a conseguir que sea siempre así, al menos cuando no esté en la consulta. Me gustan sus sonrisas.

La sujeto por la cintura y la atraigo hacia mí para estampar mis labios contra los suyos, acallando su risa y empezando la guerra que más me gusta vivir con ella. Sus manos buscan mi piel bajo la camiseta y me estremezco al sentir las acariciarme la espalda. Me muevo con ella hacia la única encimera que está libre y la siento en ella para poder colarme entre sus piernas. Los besos se vuelven más salvajes cuando mis manos vuelan a su trasero para acercarlo al borde y a mí.

—Que hay menores aquí —la voz de Casey nos interrumpe.

—La casa es grande, Casey —digo sin separarme de Cameron—. Id a explorarla.

De repente, Cameron empieza a reírse y la miro extrañado. Esa no es ni de cerca mi mejor gracia y no entiendo el por qué de su reacción. Aunque intenta hablar en varias ocasiones, no puede. Le ha dado un ataque de risa y no es capaz de parar. La bajo de la encimera porque, me guste o no, se acabó lo bueno. Todavía tarda todavía un par de minutos en controlar la risa, antes de que pueda hablar.

—Es una larga historia —dice, sin dar más explicaciones—. Será mejor que

me vaya a duchar. Y tú, limpia todo esto.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Tú lo empezaste, tú lo acabas.

Sin más se marcha, dejándome solo con Casey y Kelly, que me miran, la una con diversión y la otra con vergüenza. Suspiro y empiezo a limpiar. Después de un par de minutos observándome sin decidirse a irse o a ayudarme, las miro y les lanzo un trapo a cada una, que capturan al vuelo.

—A trabajar —les digo—. Para algo os pago.

—Yo quiero ver ese dinero al terminar —me advierte Casey.

Kelly está tan entretenida limpiando uno de los estantes que yo aprovecho para meterme con Casey. La hermana de Cameron es muy ágil de mente y me encanta intentar dejarla sin palabras. En muchos sentidos me recuerda a mí cuando tenía su edad.

—Le pago en especias a tu hermana —susurro para que tampoco lo capten los micrófonos—. Luego ella os dará vuestra parte como mejor le parezca.

—Que gracioso.

—Así es la vida del proletariado. Los jefes joden y los empleados se quedan con las ganas. Cuanto antes lo aprendáis, mejor. Y os esforzaréis en ascender rápidamente para ser quien jode.

—Lecciones de vida —dice, mientras pasa su mano por delante de su rostro, como si estuviese leyendo un cartel de publicidad— por Rory.

—No —la corrijo, sonriendo—. Deberías haber dicho: Lecciones de vida, por el gran Rory MacBay.

—Menudo ego tienes.

—El que me venía de serie.

—Seguro —sonríe—. Y no lo has alimentado nada todos estos años.

—Sigue así y llegarás lejos —la señalo—. Tienes potencial.

—¿Para ser tu digna sucesora?

—Para eso todavía te falta demasiado.

—Seguiré practicando, entonces.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí? —Nancy está en la puerta, con los ojos abiertos de par en par.

—Un pequeño accidente con la harina —digo.

—Que desastre —coge la escoba y empieza a barrer, pero levanta más polvo del que atrapa—. Iré a buscar la fregona. ¿Es que os habéis dedicado a lanzaros harina los unos a los otros?

En cuanto lo dice, estallo en carcajadas. Si Nancy supiese que ha dado de pleno. Por suerte para mí, ha ido a por la fregona y no tengo que darle explicaciones por mi arrebato. Pero se agradece su ayuda, cuando regresa, porque terminamos en un suspiro. Y justo cuando la cocina está medianamente presentable, aparece Cameron ya limpia. Me hubiese gustado compartir la ducha con ella, pero tendrá que ser en otra ocasión. *Demasiadas personas en un solo piso*, pienso de camino al baño.

26

El lunes por la mañana ya tenemos todo preparado para cuando Nancy llega a su trabajo. Alec y yo la seguimos desde allí en la distancia, mientras que Keenan nos espera en la casa que va a enseñar. Él es el experto en reconocimiento del terreno y estará buscando las posibles vías de escape que Rampsey pueda usar si se decide a aparecer e intentar algo. Intentará inutilizar algunas porque solo somos tres y nos será imposible cubrirlas todas.

Aunque no nos vendría mal la ayuda, por el momento no quiero avisar a nadie más. Cuantos más lo sepan, más riesgo habrá de que Gordon se entere de lo que planeamos. Por desgracia, ya se huele algo, así que debemos andar con pies de plomo en torno a él. Alec y Keenan opinan como yo, lo que nos evita discusiones innecesarias.

—Dentro de la casa está todo despejado —nos informa Keenan por teléfono en cuanto lo avisamos de que nos acercamos a la zona—. Y he bloqueado un par de vías fuera. Nos vemos en el edificio blanco de enfrente. Tiene buena perspectiva del lugar.

En cuanto Nancy se encuentra con el cliente frente a la casa y comprobamos que no hay nada raro, nos reunimos con Keenan. La única condición que nos impuso Nancy para que pudiésemos acompañarla, fue que su cliente no nos viese. Trabajaba con ella por su discreción y no quería que creyese que estaba intentando aprovecharse de él. De todas formas, tampoco habría forma de explicarle nuestra presencia sin contarle lo que le había ocurrido a Kelly y eso no es de su incumbencia. Y Nancy tampoco quería que le mintiésemos, así que no podremos entrar en la casa bajo ningún concepto mientras permanecen en ella. Salvo que corra peligro, por supuesto.

—¿Estás seguro de que no había nadie dentro? —le pregunto, un tanto ansioso, a Keenan. No quiero que se repita lo del otro día en la consulta de Cameron.

—La revisé dos veces —asiente, conocedor de la historia—. Tres, en aquellos lugares en los que yo me habría escondido si quisiese pasar desapercibido. Está totalmente limpia.

—Bien —asiento—. Ahora toca esperar.

—Será divertido —susurra Alec, mirándome. Esperar nunca fue mi fuerte y él lo sabe.

—Esta vez no podré adelantarme —le sonrío.

—Me extrañaría que no lo hicieras igualmente.

—Ya me conoces —me encojo de hombros—. Eso de esperar no va conmigo.

—Pues muy tranquilo te he visto yo estos últimos días —sé que siente curiosidad sobre lo que he estado haciendo, pero no me animo a decirle nada porque cuando descubra lo de Cameron se volverá insoportable. Ya ni digamos lo que hará Kath. A ella le tengo más miedo todavía.

—Habrá estado ocupado con la morena esa —dice Keenan, sin saber que acaba de meter la pata hasta el fondo. A buena hora le hablé de ella.

—¿Qué morena? —pregunta Alec interesado.

—Una a la que está ayudando también —antes de que pueda callarlo ya lo ha soltado.

—Descríbemela.

—¡Eh, chicos, es Rampsey! —exclamo y ambos se ponen alerta—. Vaya, falsa alarma.

Me miran con censura, pero al menos he logrado que dejen de hablar de Cameron. No estoy preparado para que Alec lo sepa por ahora. Necesito que Rampsey esté primero encerrado para poder centrarme en Cameron y en lo que pasará cuando acabe con mis sesiones con ella.

—En cuanto a la morena esa —Alec no tarda ni cinco minutos en volver al ataque y yo me desespero.

—¿Cómo están Kath y mi pequeña hada? —lo interrumpo— ¿Y tus padres?

—Mis padres encantados —he capeado el temporal, al menos por un tiempo—. Kath ya no tanto. Mi madre no le deja ayudarla con nada y eso la tiene de los nervios.

—Que disfrute de las vacaciones —rio—. Puede que sean las únicas que tenga. El marido no se la lleva a ningún lado.

—El marido se la llevará en cuanto ella deje de poner excusas.

—Sí, claro. Ahora échale la culpa a ella. Como no está aquí para defenderse. Muy bonito, tío, muy bonito. Te creía más maduro. Eso es de críos.

—Vete a la mierda, Rory.

—¿Te das cuenta de que siempre acabamos las conversaciones del mismo modo?

—¿Contigo rebozado en mierda? —sonríe.

—Contigo esperando que eso suceda —rio—. Pero no lo verán tus ojos.

—Mis ojos prefieren ver a esa morena que te trae tan ocupado —me mira de un modo tan significativo que sé que ha averiguado la verdad. Al menos parte de ella.

—Sois un caso los dos —Keenan ríe, rompiendo nuestro momento de miradas enfrentadas.

—Él es un caso perdido —digo—. Yo soy de lo mejorcito que hay.

—Más quisieras.

—Sin pelearse, niños —Keenan no puede dejar de reír—. Aquí el único que merece la pena soy yo. Por lo que sé, vosotros habéis caído ya.

—Yo no he caído —protesto.

—Eso díselo a Cameron si te atreves —dice Alec con una sonrisa de suficiencia.

Lo fulmino con la mirada y se ríe porque acabo de confirmárselo sin decir nada. Me doy un golpe mental en la frente por ello. No debí pensar que podría escondérselo a Alec. Él siempre consigue descubrirlo todo. Es un hombre muy intuitivo y observador. Son precisamente esas cualidades las que admiro en él y las que nos han servido en muchas ocasiones en nuestro trabajo, aunque en este caso no me han beneficiado.

—Tú —señalo a Alec—, ni una palabra a Kath de esto todavía. Y tú, bueno, tú ya has dicho suficiente.

—¿Qué? —Keenan me mira sin entender nada.

—Aquí el gran Rory MacBay se jactaba de ser un alma libre —le explica Alec—, pero ha caído como todos. Y pretendía callárselo, pero tú lo has delatado.

—Ya bueno —se encoje de hombros—, mientras no sea contagioso, está bien.

Las risas amenazan con escucharse en la calle y bajamos el tono. No es cuestión de que alertemos a Rampsey. Si es que aparece, que ya empiezo a dudarlo. Nancy estará a punto de terminar la visita y no hay rastro de ese cabrón. Me niego a pensar que no sabía que iba a venir. Él jamás dejaría escapar una oportunidad como esta para hablar con ella. O lo que se suponga que quiera hacerle ahora.

—Tal vez sea más precavido, ahora que sabe que estás al tanto de todo — sugiere Alec, leyéndome una vez más la mente.

—Joder —digo—. Kath tiene razón.

—¿En qué?

—En que tienes súper poderes —rio.

—Eso es solo que te conozco bien —sonríe.

—¡Eh! —Keenan llama nuestra atención—. Fijaos allí. En la esquina norte.

Mi mirada se topa con un hombre oculto tras una capucha, que no deja de observar la casa donde está Nancy. No puedo verle el rostro, pero su constitución me recuerda dolorosamente a la de Rampsey. Me adelanto un par de pasos antes de que Alec me detenga. Lo miro y niega en silencio.

—Debemos asegurarnos primero —me dice.

Y una vez más, tiene razón. Si me ve salir y es él, se me escapará una tercera vez. No puedo consentirlo.

—Nos separamos y lo rodeamos —digo entonces.

Pero antes de terminar de hablar, el individuo comienza a andar con rapidez hacia la casa. Mira a todos lados, como esperando que alguien aparezca para detenerlo y sus manos escondidas en los bolsillos de la chaqueta me preocupan. Podría sacar de ellas cualquier cosa.

—Mierda —Keenan señala hacia la casa.

—Joder —exclamo—. No. Ahora no.

Nancy y el cliente acaban de salir. Probablemente haya sido eso lo que activó al hombre porque va directo a ellos. Sin decir nada, salgo corriendo de nuestro escondite sin mirar atrás, porque sé que me seguirán. Se acabaron las sutilezas desde el momento en que Nancy hizo acto de presencia en la escena.

A pesar de estar cerca, los metros que nos separan se me hacen demasiados. Me desespero cuando un coche pasa por la calle y tengo que esperar para cruzar al otro lado. No puedo fallar esta vez. No puedo llegar tarde otra vez.

—¡Eh! —grito cuando le veo sacar un arma del bolsillo.

Hago lo propio con la mía y Alec se sitúa a mi lado, apuntándole con la suya. Keenan es el tercero en desenfundar, pero él ni nos mira. Simplemente levanta el arma y apunta hacia Nancy.

—¡Quieto! —grito, ahora más cerca de él.

Esta vez no solo él nos escucha. Nancy grita y su cliente la cubre con su cuerpo, protegiéndola del hombre que pretende disparar. No puedo dejar de admirar su valentía, aún cuando mi atención está centrada en el otro.

—Suelta el arma —dice Alec ahora.

El hombre parece vacilar. Le apunto mejor para que sepa que no es un farol y entonces nos lanza el arma en un movimiento tan rápido, que logra sorprendernos. Empieza a correr calle abajo y Alec lo sigue, con Keenan siguiendo su estela. Yo me acerco a Nancy para comprobar que esté bien.

—No se preocupe —dice el hombre, que todavía la sostiene en sus brazos—. Yo la cuido. Cojan a ese hombre.

Voy por el coche y los sigo. Si logro atajar, podría cortarle el paso en alguna de las calles. Esta vez no permitiré que se escape. En cuanto los localizo, giro hacia una de las calles contiguas para intentar colocarme delante. Si no puedo detenerlo, al menos lo haré frenar para que Alec o Keenan lo alcancen.

Después de varios intentos, en los que el demasiado ágil hombre logra deshacerse de mí, empiezo a dudar de que sea Rampsey. Por más que se haya mantenido en forma, no lo creo capaz de semejante aguante. Por suerte, en mi última arremetida logro golpearlo y cae al suelo rodando. Alec lo sujeta y se coloca sobre él, manteniendo los brazos contra su espalda para impedirle que se levante. Aparco el coche de mala manera y corro hacia ellos. Keenan le está retirando la capucha cuando llego y por más que debiera sorprenderme, no lo hago.

—No es Rampsey —dice Keenan.

—No —respondo con seguridad—. Ese cabrón es más listo de lo que pensaba.

—O está más asustado de lo que crees —remarca Alec.

—Ese no tiene miedo a nada ni nadie —niega Keenan, que no deja de mirar hacia el hombre del suelo—, pero este... hummm. Este haría bien en rezar por su vida.

Sé lo que pretende y sonrío. Aunque algo me dice que arrancarle una confesión no será tan divertido como piensa Keenan. Por la cara que acaba de poner al oírlo, creo que resultará demasiado fácil. No tendré ni para empezar,

aunque tal vez sea mejor así porque no tenemos tanto tiempo.

—Lo llevaremos a la central —dice Alec—. Es hora de que Thomas sepa lo que ocurre.

Puede que no me guste la idea, pero confío en Thomas. No he querido contar con él antes porque hacerlo supondría tener que contarle la verdad sobre mi pasado y no me sentía preparado. Pero ahora necesito que Alec use su equipamiento para intentar localizar a Rampsey y no quiero mentirle al jefe, así que tocará apechugar. Al parecer, una vez que sacas fuera la mierda, todos acaban por olerla.

—De acuerdo —asiento—. Dadme un minuto.

Llamo a Nancy para decirle que vaya cuanto antes al piso y me sorprende explicándome que está en el hotel donde se aloja su cliente y que esperará allí a que vaya a por ella porque tiene miedo a salir a la calle sola. Como no me convence que se quede con él, le pasa el teléfono para que hable conmigo. Después de un pequeño interrogatorio, me convengo de que no es tan mala idea como creía. Ese hombre tiene sus propios guardaespaldas y me promete que la vigilarán, por si Rampsey quisiese acercarse a ella en mi ausencia. Así que, antes de ir a la central, le envió un mensaje a Cameron para contarle el cambio de planes. Cuando me asegura que se encargará de explicárselo a Kelly, me quito otra preocupación de encima.

Después de eso, viajamos en silencio. Y Alec es quien se encarga de explicarle a Thomas por qué estamos llevando al tipo a la sala de interrogatorios, mientras yo me preparo para hacerle hablar. Keenan se queda tras el cristal, pero veo la diversión en su cara. Sabe, tan bien como yo, que no nos dará demasiado trabajo. Se le ve tan asustado que empezará a cantar en cuanto se lo pida.

—Está cagado —dice riendo, antes de que me decida a entrar en la sala.

—Eso es bueno para mí —le guiño un ojo—. Menos trabajo.

—Se te echará a llorar.

Le enseño la caja de pañuelos de papel que me llevo conmigo y sus carcajadas se escuchan en toda la habitación. Keenan no era de los que participaban activamente en los interrogatorios, pero sabe lo suficiente como para hacerlo si fuese necesario.

—¿Quieres hacer los honores? —le pregunto, en cuanto aparecen Thomas y Alec.

—Te lo dejo a ti —sonríe—. Prefiero mirar.

—Eres de los míos —dice Alec.

—Bien —me encojo de hombros—. Empecemos de una vez.

Entro en la sala de interrogatorios y el individuo me mira con recelo. Ciertamente, parece a punto de llorar, y por eso le lanzo los pañuelos. Cierra los ojos, creyendo que es cualquier otra cosa destinada a dañarlo y me rio en su cara.

—Tú y yo vamos a tener una pequeña charla —digo, sentándome frente a él— ¿Te parece?

—No me haga daño —el temblor en su voz me hace reír de nuevo. Esto será muy divertido.

—Si colaboras, no tendré que hacerlo —le digo y sus ojos se abren más a medida que hablo—. Aunque admito que me encantaría que te resistieses. Hace tiempo que no rompo algunos huesos y tengo mono.

—Soy inocente. No he hecho nada —habla atropelladamente y se remueve inquieto en la silla, como queriendo desaparecer sin lograrlo.

—¿Apuntar con un arma no es nada? —alzo una ceja. Luego me acerco a él y lo amenazo con la mirada— ¿Intentar matar a una persona no es nada? No sé en qué mundo vives, tío, pero en el mío eso es grave. Muy grave.

—Ni siquiera estaba cargada —traga con dificultad y se echa hacia atrás en la silla—. No pensaba matar a nadie. No soy un asesino.

—¿Qué no estaba cargada? —echo un vistazo rápido al espejo para indicarles que comprueben si es cierto o no.

—Bueno, sí —titubea—, pero son balas de fogeo. Solo para asustar a la mujer. Yo no mataría a nadie.

—Explícate —me acerco a él y se encoje de miedo.

—El hombre que me pagó dijo que quería gastarle una broma a su mujer — está tan asustado que dudo que me esté mintiendo—. Se suponía que tenía que apuntarle y disparar. Después aparecería él y le diría la verdad. Me parecía un poco cruel, pero me pagó bien. Necesito el dinero. Yo no sabía que la policía estaba metida en esto. No quiero líos con la policía.

—Siento decirlo, pero ya estás metido en líos —finjo pensar—. No. En realidad no lo siento. Estás en tremendo lío y necesitaré que me des algo útil con lo que trabajar o no podré ayudarte a salir de esta. Y te aseguro que disfrutaré sacándote la información que busco, si no estoy conforme con la que me proporcionas.

En realidad las amenazas no son necesarias porque está cagado de miedo, pero necesito que me dé hasta el más mínimo detalle de lo que ha pasado. El

resto lo sacaré por mi cuenta. Cada gesto y cada movimiento que haga, incluso el más leve pestañeo, me ayudarán a saber más que sus palabras. Así nos han entrenado en el ejército y así funcionamos durante los interrogatorios.

—Empecemos por algo básico —le digo, al ver que no sabe cómo continuar—. Tu nombre.

—Monroe Boyd —dice sin vacilar.

—Bien, Monroe —me siento de nuevo— ¿Cómo un hombre que a simple vista parece honrado, acepta semejante encargo?

No diría que honrado, pero tampoco parece un delincuente. Tal vez necesite un buen corte de pelo y un largo baño, ropa nueva y un buen afeitado, pero no parece mala persona. Cuanto más lo miro, más convencido estoy de que dice la verdad y Rampsey lo engañó para cumplir con la tarea de distraernos. Lo que es muy preocupante porque eso quiere decir que tiene algo más grande planeado. Necesito averiguar qué es.

—Perdí el trabajo hace meses —parece avergonzado—. A mi edad no es fácil encontrar a alguien que quiera contratarme, así que hago chapuzas por las casas. El señor Kidd me contactó a través de uno de mis clientes habituales y me ofreció mucho dinero por hacerle el favor. No creí que fuese a suceder esto. Yo no quería dañarla, lo juro. No soy un mal hombre.

No paso por alto que ha usado otro nombre. Rampsey se habrá querido cubrir las espaldas por si lo capturábamos. Desde luego no ha dejado ningún cabo suelto.

—Solo estás pasando una mala racha —digo, pero no endulzo mi expresión porque me conviene mantenerlo asustado— ¿Dónde os visteis para hablar de... la broma?

—Me citó en los jardines de la calle Princesa.

—¿Acaso vive cerca? —es un lugar muy concurrido y tiene sentido que lo eligiese como lugar de encuentro.

—No lo sé —parece más nervioso ahora.

—Eso no me ayuda, Monroe.

—No hablamos de eso, de verdad. Solo me explicó lo que quería hacer y el dinero que me daría si le ayudaba.

—Y lo creíste sin más. Incluso cuando la broma implicase un arma, por muy de fogueo que fuesen las balas, no te preocupó lo más mínimo —no estoy preguntando y aún así, espero una respuesta por su parte.

—Me dijo que solían hacer ese tipo de cosas entre ellos. Que era como una especie de competición a ver quién era más ingenioso y asustaba más al otro.

—¿Y le creíste? —repito, esta vez preguntando.

—Me pagó bien —baja la mirada, avergonzado—. Y yo necesitaba el dinero.

Lo observo durante un interminable minuto en el que él no me devuelve la mirada ni una sola vez. Y entonces comprendo que me ha mentado. No sé todavía en qué exactamente, pero lo ha hecho. O me ha ocultado información, que viene a ser lo mismo en casos como este. La omisión puede dañar casi tanto como la mentira. A veces, incluso más. Sea lo que sea, voy a averiguarlo.

Me levanto de golpe, haciendo rechinar la silla a propósito, y él se encoje en la suya. Cuando rodeo la mesa para levantarlo, ya ha cubierto el rostro con los brazos. Imagino que piensa que lo golpearé y la verdad es que ganas no me faltan, pero prefiero empujarlo contra la pared y aprisionarlo allí por el momento. Le obligo a mirarme a los ojos para que vea las amenazas que cargo en los míos. Antes de hablarle, sus ojos me muestran su miedo.

—No me tomes por idiota, Monroe —lo amenazo—. Podría salirte demasiado caro.

—No sé de qué me hablas —titubea.

—Lo sabes perfectamente —aprieto mi brazo contra su cuello y lo veo abrir más los ojos, asustado. Ahora cree que lo ahogaré y no se equivoca tanto, porque lo estoy deseando—. Dime eso que te estás guardando o...

La puerta se abre y miro hacia quien entra, sin soltar a Monroe. Alec se acerca a mí y me susurra al oído antes de salir de nuevo. Puedo ver cómo Monroe trata de decirle con la mirada que no nos deje solos porque no le sale la voz. Tampoco le habría hecho caso.

—El arma estaba cargada —le digo sujetándolo más fuerte—. Con balas de verdad.

—¿Qué? —deja escapar el aire de sus pulmones, a pesar de mi agarre, y la sorpresa se refleja en su rostro—. Imposible. Me dijo que eran de fogeo.

Empieza a jadear y decido soltarlo. Su reacción parece genuina, así que le daré tiempo para que se tranquilice antes de seguir con el interrogatorio. Su respiración continúa entrecortada y se lleva la mano al pecho. Temo que le vaya a dar un infarto así que lo acerco a la silla y le obligo a sentarse. Antes de que pueda decir nada, Alec entra de nuevo con un vaso de agua en las manos.

—¿Estás bien? —le pregunta.

—Me mintió —dice. Le tiemblan las manos al tomar el vaso entre ellas—. Ese hombre me mintió. Pretendía que la matase.

Percibo miedo en sus movimientos, en su voz, en su respiración. Y esta vez no puedo negar que se ve muy convincente. Tal vez Rampsey lo haya utilizado, después de todo. Tal vez le contó la verdad a medias, a su conveniencia. No me extrañaría.

—Cuéntamelo todo —le pido, con un tono más suave. Alec decide quedarse, por si le pasase algo al hombre.

—Él... —vacila—. Él... Me dijo que...

Nos mira alternativamente sin llegar a fijar sus ojos en ninguno. Sus manos continúan temblando y las aprieta contra el vaso. Las aletas de su nariz se dilatan en cada respiración. Un ligero rubor cubre ahora su rostro y una gota de sudor resbala por su cuello. Y entonces las alertas saltan en mí de nuevo. Este hombre es bueno, mucho más bueno de lo que esperaba. Logró engañarnos a todos con su actuación, cuando le dije lo que las balas.

Joder, ha logrado engañarme por segunda vez. A mí. Observo las señales con más atención y comprendo que ha estado jugando conmigo. Que el miedo no es por Rampsey y que sabe más de lo que dice. Tal vez no todo, porque Rampsey no se la jugaría de ese modo, pero lo suficiente para considerarlo su cómplice.

—Vamos, hombre —finjo hastío y miro a Alec intentando hacerle entender que debe seguirme la corriente—. Habla de una maldita vez.

—Rory —Alec me mira con reproche. Lo hace tan bien, que casi me creo que va en serio.

—¿Qué? —le digo, sin dejar de observar a Monroe a hurtadillas—. Nos está mintiendo a la cara, Alec. ¿Y tú lo defiendes? Estamos perdiendo un tiempo valioso, que pagará en sus propias carnes. Eso dalo por seguro.

—No debes ser tan duro con él. ¿No ves que lo está pasando mal? Rampsey lo engañó —usa el nombre real a propósito y noto que Monroe da un leve respingo en la silla—. Ha estado a punto de cometer un asesinato sin saberlo.

—No seas tan iluso, Alec. Sabía perfectamente lo que hacía. Es tan culpable como el propio Rampsey —otro pequeño salto. Creo que ni sabe que lo está haciendo—. Se pudrirá en la cárcel. Eso si no acabo yo antes con él por mentiroso.

—Yo no quería matarla —dice entonces, más nervioso que nunca, mirando a Alec—. No mentía al decir que eran balas de fogueo. Lo juro.

—Son balas de verdad, cabrón —le digo, gritando y se encoje en la silla.

—Yo no lo sabía. Él me aseguró que eran inofensivas.

—No mientas —dice Alec con calma. Se le da de vicio esto de poli bueno, poli malo. Tengo que convencerlo para usarlo más veces en el futuro—. Será peor.

—No miento —intenta acercarse a él, pero apoyo los puños en la mesa con fuerza y trata de mimetizarse con la silla de nuevo.

—No puedo creerte —le dice sin alzar la voz.

—No debes creerle una mierda —grito yo y Monroe me mira con miedo. Así es cómo debió ser desde el principio—. Te arrancaré la verdad aunque tenga que hacerlo a golpes.

—No miento —repite.

Me canso de escucharle siempre lo mismo y decido llevarlo más lejos. Lo sujeto por el cuello y lo empotro contra la pared una vez más. Intenta liberarse de mi mano cuando empieza a faltarle el aire, pero no lo logra. Aunque sea corpulento, yo le gano en fuerza y en práctica. No es rival para mí.

—Dinos la verdad —le pide Alec, ahora a mi lado—. No lo hagas más difícil. Yo solo no podré separarlo de ti y si voy a por ayuda, estarás muerto antes de que regresemos.

Sus ojos se abren de par en par y veo el terror en ellos. Hemos pasado al siguiente nivel y sé que no tardará en hablar. Tal vez al principio me engañase con su buen hacer, pero no más. Monroe no está lo suficientemente preparado para lo que se avecina y lo sabe. Lo veo en su mirada, lo siento en la rigidez de su cuerpo, en el sudor que le cae por el rostro, en su mirada perdida entre Alec y yo.

—Me dijo que las balas eran de fogueo y que no quería que la matase — parece que quisiera llorar, pero no aflojo mi agarre. No hasta que lo diga todo—. Solo quería asustarla.

—Rampsey no es de los que solo asustan —digo, apretando más mi brazo contra su cuello. En cuanto empieza a ponerse morado y aflojo lo justo para que entre algo de aire en sus pulmones.

—Ella no era su objetivo —susurra con voz ronca—. Yo solo debía distraeros mientras él llevaba a cabo el verdadero plan.

—¿Qué plan? —Alec pone una mano en mi hombro para que lo libere porque, sin darme cuenta, he vuelto a apretar su cuello y está al borde del desmayo.

En cuanto lo suelto, toma aire con dificultad y empieza a toser. Creo que esta vez se me ha ido de las manos, pero saber que el verdadero plan de Rampsey no era Nancy me ha puesto muy nervioso porque sé perfectamente a por quién ha ido. Mis ganas de ir al piso para comprobar que Kelly esté a salvo ganan terreno a mi deseo de seguir interrogando a Monroe. La mano de Alec, todavía en mi hombro, es lo único que me mantiene aquí.

—No me lo contó —niega—. Solo dijo que tenía cuentas pendientes con alguien y que necesitaba que yo os distrajeses para que no lo molestaseis.

—Va a por Kelly —le susurro a Alec y él asiente. Aprieta mi hombro antes de soltarme.

—¿Te dio algún nombre?

—No —lo miro, amenazante, y se encoje contra la pared—. Solo sé que es una mujer. Nada más, lo juro.

Le creo. Ahora le creo porque ha visto la muerte muy cerca y no quiere repetir. Para mí es suficiente y abandono la sala sin decir nada más. Alec se encargará del resto. Ahora mismo necesito ver a Kelly y saber que está bien. Pensar en que Rampsey la tenga en su poder me revuelve las tripas.

—Otra vez no —me repito, mientras salgo de la central—. Otra vez no.

Keenan me sigue de cerca y no se lo impido. Ni siquiera protesto cuando se ofrece a llevarme. Tal vez sea lo mejor porque estoy demasiado alterado y no quiero provocar un accidente. Retuerzo mis manos nada más sentarme y una de mis piernas se mueve incontroladamente. Este será un viaje un tanto angustioso para mí.

—No se repetirá, Rory —me dice Keenan, seguro de que eso es lo que estoy pensando. No dice nada más, pero tampoco hace falta que lo haga.

Asiento, aunque no esté convencido de ello, porque si Rampsey logra capturar a Kelly, no vacilará en matarla. No le importará no estar en el ejército, donde su reputación lo amparaba. Está loco, completamente loco.

Apenas aminora la marcha al llegar frente al edificio, salgo del coche, ignorando los gritos de advertencia de Keenan. Necesito llegar cuanto antes al piso y comprobar que Kelly sigue aquí. Ni siquiera espero al ascensor. Subo las escaleras de dos en dos y llego a mi destino, ignorando mi respiración acelerada y el peso que oprime mi pecho.

La puerta está abierta y el mal presentimiento que tenía se hace más fuerte, más real. Entro y veo a un par de policías hablando con Cameron. Ella se abraza a sí misma y parece totalmente derrotada. Antes de que me digan lo que sucede,

ya lo sé.

—Rory —Cameron corre hacia mí y suelta por fin las lágrimas que mantenía a raya—. Las tiene. Rampsey las tiene a las dos.

Lo único que consigo hacer es abrazarla para que lllore contra mi pecho. Estoy totalmente perdido.

CASEY

Tengo a tu madre. Si quieres verla con vida, reúnete conmigo en el parque Holyrood. En la entrada. En una hora. Nada de policía o morirá. Nada de llamadas o morirá. Nada de retrasos o morirá.

No estoy segura de lo que estamos haciendo, pero tampoco es que tenga elección. Desde que Kelly recibió el mensaje, me fue totalmente imposible convencerla de hacer cualquier otra cosa más que acudir a la cita. Se dedicó a ignorarme, preparándose para salir a hurtadillas, hasta que le prometí que iría con ella.

Y ahora estamos de camino al parque, tras haber esquivado, no sé ni cómo, a los policías que vigilan el piso, con los nervios a flor de piel y más asustadas de lo que jamás lo hemos estado. Por lo menos yo. Pero como Kelly no tiene intención de detenerse, no pienso dejarla sola, así que seguiremos adelante con este loco plan. Que tampoco es un plan en sí, pues vamos a hacer lo que un hombre peligroso y ruin le ha pedido a Kelly que haga. Simple y loco. Totalmente insensato y estúpido.

Sé que debería haber intentado mil cosas más para detenerla o al menos para no irnos sin avisar a nadie de nuestra intención, pero salió del piso sin mí y lo único que pude hacer, antes de correr tras ella, fue dejarle una nota garabateada a mi hermana con el nombre de Rampsey y Holyrood. No pude explicar nada y me temo que tampoco servirá de nada porque para cuando lea la nota, a saber dónde estaremos ya. Ese hombre no esperará en el parque a que intenten rescatarnos. Eso sería estúpido.

Aunque Kelly se ha creído totalmente lo que decía el mensaje, yo tengo mis dudas y me van carcomiendo por dentro mientras caminamos hacia el lugar de encuentro. Si al menos lograrse que me escuchase antes de llegar. Si pudiese

convencerla de que se asegure antes de que su madre fue realmente secuestrada. Pero no atiende a razones.

—Esto es una locura —la detengo al fin para hablarle cuando veo a lo lejos la entrada del parque. Es ahora o nunca—. Tenemos que llamar a Rory. Él podrá ayudarnos.

—La matará —las lágrimas inundan sus ojos y le tiembla la voz, así que termina usando la lengua de signos, aunque sus manos no están mucho mejor—. Tú no lo conoces. Ese hombre está loco.

—¿Y si es una trampa? —insisto una vez más—. Se supone que tu madre está trabajando y que Rory y sus amigos la vigilan. ¿De verdad crees que pudo llevársela así sin más?

—No voy a arriesgarme —sigue caminando.

—Al menos déjame llamar a Rory para asegurarnos —la freno de nuevo. Necesito hacerla cambiar de opinión, porque esto no me gusta nada.

Saco el teléfono para marcar el número de Rory, pero el terror que ese hombre le provoca, le hace arrebátarmelo de las manos y lanzarlo contra una pared, destrozándolo completamente.

—Todavía lo estaba pagando —protesto, aunque sé que no puede leerme los labios. La miro antes de continuar— ¿Por qué lo has hecho?

—Nada de llamadas o morirá —recita parte del mensaje.

—Él no iba a saberlo.

—Supo cómo encontrarnos en casa de tu hermana.

En eso tiene razón, pero estoy segura de que fue porque rastreó sus teléfonos. No tiene modo de saber mi número. ¿O sí?

—¿Y qué harás al llegar al parque? —cambio de táctica, intentando hacerla entrar en razón una vez más— ¿Entregarte? ¿Y después qué? ¿Crees que liberará a tu madre si lo haces? Os matará a las dos. Y a mí también, por ir contigo. ¿Es eso lo que quieres, Kelly? ¿Qué nos mate a las tres?

Tras mis duras palabras, Kelly rompe a llorar y yo la abrazo con fuerza, arrepentida. Tiene que ser muy difícil para ella pasar por todo. No puedo ni imaginar lo que estará sufriendo, por más que hayamos hablado de ello cientos de veces. Hay ocasiones en las que ponerse en la piel del otro es tan sencillo. No me queda otra opción que intentar consolarla, a mi torpe manera, porque esto nunca se me ha dado bien. Cameron es la experta, no yo.

—Regresemos —le pido una última vez—. Esto es una locura. ¿Qué

podemos hacer dos chicas contra un loco?

Veo la duda en sus ojos y sé que puedo acabar convenciéndola. Solo debo buscar las palabras correctas y cederá. Ojalá supiese cuales son.

—Busquemos un teléfono público —le digo—. Llamaremos desde él a mi hermana. O a tu madre, si lo prefieres.

Parece que eso es justo lo que la anima a aceptar mi sugerencia. Estoy segura de que en cuanto hable con ella, se convencerá al fin de que Rampsey le ha mentado. Porque yo tengo fe en Rory y sé que no dejará que nadie le haga daño.

Nos movemos en dirección contraria, alejándonos del parque y a cada paso que damos, me siento más segura. Aunque los nervios de Kelly aumentan. Supongo que yo me sentiría igual si fuese mi hermana la que estuviese en peligro.

—Allí —señalo una cabina telefónica al otro lado de la calle.

El tráfico está imposible y nos toca esperar un buen rato antes de poder cruzar. A esta hora hay demasiada gente por esta zona de la ciudad. La mayoría son turistas que visitan el parque y el castillo de Holyrood. Rampsey sabe lo que hace al elegir un lugar así. En las películas, los malos siempre eligen un lugar concurrido donde sea fácil emboscar a su víctima y perderse luego de vista si alguien intenta seguirlos. Me alivia saber que nos iremos de aquí después de llamar por teléfono.

Busco monedas en mis bolsillos y Kelly hace lo mismo. Entre las dos logramos reunir lo suficiente para hacer una sola llamada y, después de pensarlo detenidamente, decidimos que lo mejor es hablar con Rory.

—MacBay —suelto un suspiro de alivio al escucharlo.

—Soy Casey. Estoy con...

—¿Estás bien? —no me deja hablar y lo noto muy nervioso— ¿Está Kelly contigo? Mierda, Casey, menudo susto nos habéis dado.

—Lo siento. Kelly no razonaba conmigo y tuve que seguirla.

—¿Dónde estáis? —pregunta.

—Cerca del parque Holyrood. No llegamos a entrar en él. ¿Nancy está bien? —pregunto ante la insistencia de Kelly.

—Está a salvo. Pero vosotras tenéis que regresar inmediatamente al piso. No estáis seguras ahí.

—Ahora mismo vamos —asiento aunque no pueda verme.

—Yo diría que no.

Una voz, excesivamente masculina, me provoca un escalofrío de terror por todo el cuerpo. Ni siquiera necesito verlo para saber quién es. Al girarme, me lo encuentro cara a cara. Está sujetando a Kelly por un brazo con firmeza. Ella está pálida y parece haber menguado considerablemente. Nunca fue muy alta, pero ahora parece tan pequeña como una niña. Ese hombre la acobarda con su sola presencia.

—Pásame el teléfono, niña —me dice—. Con cuidado.

Kelly cierra los ojos cuando él se mueve y veo el arma que está apuntando a su costado. Hago lo que dice sin vacilar porque no quiero que la use, pero intento mantenerme firme para que no crea que le tengo miedo. Sin embargo, mis manos amenazan con delatarme y las enlazo para que dejen de temblar.

Rampsey empuja a Kelly dentro de la cabina sin preocuparse por que yo pueda escapar. Sabe que no lo haré mientras la tenga en su poder. No la voy a dejar sola por más miedo que le tenga.

—Cambio de planes —le escucho decir—. Las muchachas se vienen conmigo.

No sé qué dice Rory, pero comienza a reírse como si le hubiese contado un chiste. Miro disimuladamente hacia la calle, pero a nadie le resulta extraño que un hombre esté en una cabina junto a dos chicas con cara de asustadas. Me planteo la idea de llamar la atención sobre alguien, pero Kelly está tan cerca de él, que no lo hago por miedo a que le pase algo malo.

—Siempre fuiste un perdedor, MacBay. ¿Qué importa que fueses buen soldado, si a la hora de la verdad, eras débil? Te preocupas demasiado por la gente y eso te hace vulnerable.

Siento nuevos escalofríos por todo el cuerpo. Busco la mirada de Kelly, pero está hecha un ovillo, en el interior de la cabina. La rabia y la impotencia me invaden y desearía tener más fuerza para poder enfrentarme a Rampsey.

—Dile a Nancy que se despida de su hija —contengo la respiración al escucharlo y me alegro de que Kelly pueda hacerlo—. No debió involucrar a nadie en nuestros asuntos. Es hora del castigo.

Necesito encontrar el modo de huir, pero cualquier plan que se me ocurre es inútil mientras mantenga a Kelly en la cabina. La miro una vez más, rogando que me devuelva la mirada, y en esta ocasión sus ojos me están observando con auténtico pavor y me ruegan que le ayude. Ojalá supiese cómo.

—Escaparemos de él —le digo en lengua de signos—. Estate atenta.

A pesar del miedo, asiente y yo me siento un poco más segura. Si no sucumbimos a la desesperación, tal vez podamos lograrlo. Al menos mientras permanezcamos en la calle.

—¿Sabes? —presto atención a Rampsey de nuevo—. Fue de lo más gratificante para mí ver la impotencia con que me miraste hace años, cuando acabé con tu amiguita, así que creo que te daré la oportunidad de intentarlo de nuevo. Te llamaré esta noche para decirte dónde y cuándo. Y esta vez, no llegues tarde.

Su última frase suena a burla y creo ver cierto rastro de diversión en su rostro. No sé a qué ha venido todo eso, pero me preocupa que haya dicho que acabó con la amiga de Rory. Al parecer Kelly tenía razón y este hombre es capaz de matarnos sin sentir luego remordimientos.

Cuando cuelga, me preparo para intentar poner en marcha mi plan. Es un poco suicida, pero si no lo hago, acabaremos muertas igualmente. Como escuché una vez en algún lado, mejor morir peleando que vivir huyendo. Aunque si logramos huir, seré feliz.

—Ni lo intentes, niña —me dice, posando en mí una fiera mirada. Es como si me hubiese leído la mente—. No me importa lo más mínimo matarte ahora mismo.

—¿Incluso con tantos testigos? —me siento un tanto segura por la gran cantidad de gente que pasa a nuestro lado.

—Conozco muchas formas de matar, niña —suena a amenaza y mi determinación flaquea—. Y para cuando descubriesen que estás muerta, yo ya estaría muy lejos de aquí.

Trago con dificultad y el miedo se refleja en mis ojos. Cuando da un paso hacia mí, yo retrocedo dos y ríe satisfecho.

—Ahora nos iremos los tres de aquí, sin llamar la atención. Porque no queremos que nadie resulte herido, ¿verdad?

Asiento antes de enganchar mi brazo con el de Kelly. Rampsey va detrás de nosotras y siento una presión en mi espalda. Quiero pensar que no es el arma, pero sería engañarme a mí misma.

—¿Sabes conducir? —me pregunta al llegar a su coche.

—Sí.

—Hazlo —me lanza las llaves y apenas consigo cogerlas al vuelo—. Sin trucos, niña. Kelly irá detrás conmigo.

Ha sonado a advertencia y me lo creo, por lo que decido seguir sus indicaciones sin protestar. Llegamos a una casa en un barrio de los alrededores de Edimburgo. No conozco su nombre. Jamás había estado en este lugar.

Nos obliga a entrar a punta de pistola y nos sentamos en un sofá un tanto destartalado. Todo en la casa parece viejo y en desuso y no puedo evitar pensar que es un escenario perfecto para una película de terror. Maldita imaginación la mía.

—Tenemos todavía unas cuantas horas por delante —nos dice y se sirve un trago de whisky—. Poneos cómodas.

Kelly se encoge en una esquina del sofá, rodeando sus piernas con los brazos y aunque deseo acercarme a ella para consolarla, la sutil negativa que me da con la cabeza me disuade. Entonces recuerdo cómo empezó todo esto y entiendo que Kelly no quiera que Rampsey sospeche que somos algo más que amigas. Mejor no provocarlo.

Un par de horas más tarde y con una botella de whisky menos en las manos, Rampsey se acerca a Kelly. Y aunque debería estar borracho y debería resultarle difícil mantener el equilibrio, no es así. Este hombre tiene mucho aguante.

—¿Me has echado de menos, Kelly? —toma uno de sus mechones y lo huele— ¿Ya sabes apreciar lo que un hombre de verdad te puede ofrecer o necesitas más ayuda?

La rabia incendia mi rostro y aprieto los puños con fuerza para controlarme. Kelly parece querer desaparecer y al final no puedo aguantarlo más y me levanto en cuanto acerca su rostro a ella.

—Déjala en paz —le grito—. Es solo una niña, cabrón de mierda.

—Tú no te metas —me grita a su vez y si no temiese lo que pueda querer hacerle a Kelly, me habría acobardado.

—Y tú no la toques —solo por eso, lo enfrento.

Con mis palabras consigo que suelte a Kelly y se olvide de ella, pero ahora tengo toda su atención y empiezo a sentir miedo. Me mira de arriba a abajo de un modo que me produce repugnancia y asco, pero me obligo a mantenerme firme. Por Kelly.

Se acerca a mí y mientras lo hace, no deja de devorarme con los ojos. Me siento desnuda frente a su mirada y me cuesta reprimir el impulso de cubrir mis pechos con la manos, incluso sabiendo que la ropa los oculta.

—¿Acaso quieres ocupar su lugar? —me susurra en el oído. Da una vuelta a mi alrededor—. Eres una muchacha muy guapa. Estoy seguro de que pasaríamos

un buen rato juntos.

Puede que Kelly no haya podido leer sus labios, pero su mirada asustada y el gesto negativo que hace con la cabeza es suficiente para saber que se lo imagina. Sus lágrimas me deciden a hablar.

—Si con ello consigo que dejes a Kelly tranquila.

—No —susurra ella después de leer mis labios.

—Tentador.

Rampsey no parece haberla oído o simplemente la ha ignorado, pues está demasiado concentrado en mí. Cuando sus manos me tocan los pechos, aprieto mis puños con fuerza a mis costados para no apartarlo de un golpe.

—No —grita Kelly esta vez. Y se levanta, dispuesta a atacarlo, pero Rampsey la golpea tan fuerte, que cae de nuevo en el sofá y se hace un ovillo. Cuando comienza a llorar, llamo la atención de Rampsey sobre mí para que la deje en paz.

—Vayamos a un lugar más privado.

Lo sujeto por un brazo ignorando el miedo que se apodera de mí y lo arrastro hacia una de las puertas que veo al fondo de la sala. Mientras lo hago, busco un modo de evitar lo que estoy a punto de hacer, sin morir en el intento.

Rampsey toma el control y me arrastra hasta la que debe ser su habitación. Está desordenada y huele a apestosa humanidad, así que arrugo mi nariz, intentando no respirar el ambiente viciado del lugar. Pero antes de que Rampsey pueda hacerme algo, me coloco frente a él e intento desabrochar su cinturón. Prefiero ser yo quien lleve la iniciativa para intentar alargarlo cuanto pueda. Y aunque parece sorprendido, me deja hacer.

—Veamos la mercancía primero —siento náuseas solo de pensarlo, pero me obligo a continuar. Incluso me agacho cuando bajo los pantalones y el calzoncillo. Aparto la mirada, asqueada, y cierro los ojos. Está muy excitado.

—Vamos, niña. Enséñame lo que sabes hacer —me sujeta por la cabeza para obligarme a mirarlo—. Si no consigo lo que busco, iré por Kelly.

Y ese comentario me da el valor que necesitaba para golpearlo con fuerza en la entrepierna. Su grito me dice que he acertado, pero no me paro a comprobarlo. Me levanto y salgo corriendo. Tal vez logremos escaparnos antes de que se recupere.

—Vamos, Kelly —tiro de ella, para levantarla.

Está en la misma posición en la que la dejamos y tiene los ojos rojos e

hinchados de llorar. Se abraza a mí al verme, pero nos separo y corro hacia la salida. No hay tiempo que perder.

Justo cuando alcanzo el pomo de la puerta y casi puedo saborear la libertad, suena un disparo y escucho un grito, pero no estoy segura de si lo he dado yo o ha sido Kelly. Lo único que sé es que el miedo me paraliza y me quedo completamente inmóvil con el cuerpo cubriendo a Kelly para protegerla. Siento cómo tiembla en mis brazos y la aprieto más.

—Eso ha sido una pésima idea, niña.

Rampsey se acerca a nosotras apuntándonos con el arma. Lleva los pantalones todavía desabrochados y le cuesta caminar bien, pero contengo una sonrisa porque temo que me dispare. Esta vez seguro que no falla. Aunque estoy segura de que si hubiese querido matarnos, ya lo habría hecho.

—Al sofá —grita—. Las dos.

Ayudo a Kelly a moverse y nos siento a ambas. Esta vez no dejo de abrazarla, aunque no sé si para infundirle ánimo a ella o para recordarme a mí misma que no debo perder la esperanza de salir ilesas de esta situación. Porque he empeorado las cosas con mi intento de fuga.

—Debería pegarte un tiro ahora mismo —me apunta con el arma e intento mantenerme firme para que no vea que estoy asustada—. Un problema menos para mí. Pero te necesito, así que puedes considerarte afortunada.

—Afortunada seré cuando Rory acabe contigo —sé que no debería provocarlo, pero soy incapaz de callarme—. Y estaré en primera fila para verlo.

—Desde luego que estarás en primera fila para verlo —ríe—, pero no seré yo quien pierda.

Continúa apuntándonos con el arma mientras busca algo en el mueble de la sala. Le vemos sacar una cuerda y Kelly sofoca un sollozo. Yo me recuerdo que debo ser fuerte por ambas. Si me dejo llevar por el pánico, acabaremos muertas.

—Por favor —escucho decir a Kelly mientras la ata— deja ir a Casey. Haré lo que quieras, pero no le hagas daño.

—Tarde para eso —le dice y me sorprende que lo haga despacio para que pueda leerle los labios. Habría creído que es todo un detalle por su parte sino fuese porque es un cabrón desalmado que ha abusado de ella más de una vez—. Tengo planes para las dos.

En cuanto se asegura de que Kelly está bien atada, la amordaza, supongo que para impedir que grite, y empiezo a preocuparme. ¿Qué diablos piensa hacernos para tener que callarnos de ese modo? Me remuevo en el sofá cuando

se dirige a mí. No voy a ponérselo tan fácil como Kelly porque si me ata, estaremos a su merced para que nos haga lo que quiera.

—Y tú, niña —su mirada me aterroriza— vas a terminar lo que has empezado.

Intento soltarme de él cuando me levanta del sofá. Empleo toda mi fuerza en ello: lo golpeo, lo araña, incluso intento morderlo, pero nada le afecta. Es demasiado fuerte para mí y me lleva casi en volandas hasta su habitación.

—Suéltame, maldito hijo de puta —le grito.

Me golpea en el rostro y se me nubla la vista. Siento palpar mi mejilla y noto el sabor de la sangre en mi boca, pero aún así, no dejo de luchar contra él para liberarme. Sé que es inútil, pero no dejaré de hacerlo. Solo de pensar en que Kelly pasó por esto, me entran ganas de matarlo con mis propias manos. Lástima que me falta fuerza para eso.

—Vamos a ajustar cuentas —me dice, lanzándome a la cama sin miramientos—. Veamos lo valiente que eres en cuanto te tenga debajo de mí.

Me levanto rápidamente e intento alejarme de él bajando por el otro extremo de la cama pero tiene buenos reflejos y sujeta mi pie antes de que lo consiga. Tira con fuerza de él y me gira para dejarme boca arriba. Una de sus manos sujeta las mías sobre mi cabeza y me aprisiona con su cuerpo para que no me mueva. Siento impotencia y rabia. Asco. Miedo.

—Ya no eres tan valiente, ¿verdad? —repite riendo.

Intenta besarme y aparto la cara. Me remuevo para impedir que su mano siga quitando mi ropa, pero todo es inútil. Y Kelly pasó por esto tanta veces. Las ganas de llorar son grandes, pero no le daré esa satisfacción. Pelearé hasta el final y no verá la derrota en mis ojos. Jamás.

Cuando ya tiene mis pantalones a medio bajar se escuchan unos golpes en la puerta de entrada y Rampsey cubre mi boca con su mano antes de que pueda siquiera pensar en gritar para pedir ayuda.

—Si gritas, mato a Kelly —me amenaza, antes de buscar algo con lo que amordazarme.

Los golpes se suceden con regularidad, pero no los atiende hasta que me tiene bien atada. Parece que no le preocupa quien esté al otro lado. Después de comprobar que no pueda liberarme, sale de la habitación para regresar poco después con Kelly en brazos. La deja en la cama conmigo y se va. Creo que enciende la televisión porque escucho ruido de fondo antes de que abra la puerta.

—Buenas tardes —lo oigo saludar y suena tan relajado que dará el pego—

¿En qué puedo ayudarles?

—Hemos recibido una llamada de uno de sus vecinos asegurando que había escuchado un disparo proveniente de su vivienda.

Es la policía. Intento soltar las cuerdas de mis manos, pero están demasiado apretadas. Me muevo, desesperada, y termino en el suelo. Me arrastro hasta la puerta, pero cuando intento abrirla con la cabeza, consigo justo lo contrario y se cierra del todo. Ya no puedo salir del cuarto y es justo en este momento en que me rompo. No puedo más. Estar tan cerca de la salvación y no ser capaz de alcanzarla me supera. Kelly solloza en silencio, cerca de mí y regreso con ella. Apoyo la espalda contra la cama y la suya se acerca al borde para mirarnos a los ojos. Me uno a su llanto, completamente derrotada. He llegado a mi límite.

Con cada palabra de Rampsey, mi corazón se oprime más. Está convenciéndolos de que fue la televisión lo que escucharon sus vecinos. No sé si ya lo tenía previsto o si fue simple coincidencia, pero hay una película de acción en la televisión que da veracidad a sus palabras y sé que no van a entrar a comprobar que todo esté en orden. Me siento perdida, porque en cuanto se vayan, nada le impedirá terminar lo que ellos interrumpieron.

—Por poco —se burla cuando regresa a la habitación.

Me tenso cuando se acerca a nosotras y me levanta del suelo. Doy pequeños saltos para no caerme, pero me siento en la cama de mala manera. Parece enfadado, no sé si con nosotras o con la policía. O con el vecino que tuvo a bien llamarlos al escuchar el disparo. Lástima que no sirviese de nada.

—Se acabó la diversión —dice con fastidio—. Tengo que preparar la visita de mi amigo MacBay. Os quedaréis aquí mientras me hago cargo de algunos detalles. Sed buenas o tendré que castigaros. Y nada me gustaría más.

Mientras habla, toma un mechón de mi cabello y se lo lleva a los labios. Aparto la cabeza con brusquedad para que lo suelte y él se ríe. Su mirada me provoca escalofríos y me encojo de miedo. Kelly tiene razón, está loco.

—Lástima —chasquea la lengua, echándome un último vistazo que me deja temblando.

Por suerte, a Kelly ni la mira. En cuanto cierra la puerta con llave, dejándonos encerradas en la habitación, suspiro de alivio. No me molestan ni las ataduras ahora. Miro a Kelly y asiento hacia ella para que vea que estoy bien. Después le ayudo a incorporarse y nos quedamos sentadas en el borde de la cama, mirando hacia la puerta. Ojalá pudiese abrazarla y decirle que todo saldrá bien.

Los minutos se convierten en horas, o eso creo, porque no hay ningún reloj, pero para cuando Rampsey regresa, casi no siento las manos. Nos suelta las piernas sin hablarnos ni mirarnos y nos obliga a caminar con él. Mis piernas también están dormidas y si no me estuviese sujetando, me habría caído al suelo.

—Vamos —dice al fin, tirando de nosotras. Creo que Kelly tiene las mismas dificultades que yo y por eso protesta.

Salimos de casa y descubro con sorpresa que está anocheciendo. ¿Tanto tiempo nos ha dejado solas? Se me hizo eterno, pero no pensé que realmente hubiesen pasado tantas horas. Me acerco a Kelly en cuanto nos encierra en la parte de atrás de su coche y trato de darle ánimos con mi simple presencia, porque todavía estamos atadas.

Conduce en silencio por calles desiertas y me muero por saber a dónde nos está llevando, pero trato de no pensar en ello porque saberlo nos acerca demasiado al momento final de esta historia. Y no sé si estoy preparada para saber si viviremos o moriremos, pues eso es lo que le dijo a Rory. Le dará una oportunidad para salvarnos, si llega a tiempo. Y algo me dice que no será tan fácil.

En cuanto veo que nos metemos en el parque de Holyrood, mis esperanzas de ser encontradas disminuyen drásticamente porque este lugar es inmenso. ¿Cómo diablos nos va a encontrar Rory aquí? Ni siquiera intento soltarme ya cuando Rampsey nos baja del coche y nos adentramos en el interior del parque. Ahora estoy segura de que no saldremos vivas de esta. Miro hacia Kelly y le pido perdón con la mirada. Ella parece pensar lo mismo.

—Tengo una pequeña sorpresa preparada para MacBay —se ríe—. Como le dije, le daré la oportunidad de salvar a Kelly. Lástima que si lo hace, tú morirás. O al revés, en caso de que te elija a ti.

Sus palabras se clavan como puñales en mi pecho y siento que duele. ¿Pretende hacerle elegir entre ambas? Es un sádico, un loco, un degenerado. No entiendo cómo pudo engañar a Nancy, porque de buen hombre no tiene nada. Emanada maldad por cada poro de su piel.

—Será divertido —continúa—. Siempre se las ha dado de héroe en el ejército, queriendo salvar a todo el mundo, luchando contra lo que su estúpido código ético le decía que no estaba bien. Habría llegado lejos si me hubiese hecho caso, pero tenía que ser noble. La nobleza no sirve en la guerra. Los débiles son los primeros en caer.

Me gustaría decirle que Rory no es débil y que es infinitas veces mejor que él, pero la mordaza me lo impide. Tal vez sea mejor, porque no me haría ningún

bien enfrentarlo ahora. Está furioso y sería capaz de matarme si lo provoco. Miro hacia Kelly y la veo sumida en sus pensamientos, como cuando quiere escapar de la realidad. Debe haberse colapsado y no me extraña.

—Sentaos aquí —aunque nos lo ha ordenado, él mismo nos obliga a hacerlo mientras habla—. Tengo una llamada que realizar antes de subir.

¿Subir a dónde? Miro a nuestro alrededor y descubro que nos ha traído al Arthur's Seat. Si pretende que subamos a la cima, nos llevará un buen rato. Además, me duelen las piernas y no estoy segura de que lo logre. Kelly está peor que yo, así que será un ascenso lento.

—MacBay —lo escucho con atención— ¿Preparado para tu prueba? Tienes una hora para averiguar dónde estamos. Después, pienso matarlas a la dos. Tu pista: sentado en su trono, el rey observa a su pueblo a sus pies. Cuidado, no te acerques al borde o podrías despeñarte.

En cuanto acaba de recitar las frases, demasiado cultas para la clase de hombre que está demostrando ser, cuelga. Se guarda el teléfono en el bolsillo y nos obliga a ponernos en pie.

—Arriba —dice—. Tenemos poco tiempo y hay mucho que hacer.

Nos dirige a los riscos de Salisbury y entiendo a qué se refería con la pista. Estos taludes tienen más de 46 metros de altura, así que una caída desde ahí, sería mortal. Y el rey que observa a su pueblo desde su trono es Arturo, por supuesto. Espero que Rory lo descubra pronto porque tengo la sensación de que las que se despeñarán, seremos nosotras.

Una vez en la cima, veo dos tablones precariamente colocados en el borde del risco más alto. Y aunque no lo haya dicho antes, sé cómo pretende hacer que Rory no pueda salvarnos a las dos. Por más rápido que sea, si Rampsey suelta los tablones al mismo tiempo, Rory no podrá alcanzarnos a ambas.

—Eres un sádico —le digo en cuanto libera mi boca—. Sé que vas a hacer, pero no te saldrás con la tuya. Rory no vendrá solo.

—No importa, niña —ríe—. Desde aquí lo veré llegar a él y a todos cuantos traiga consigo. En cuanto los divise, vosotras caeréis. Ni siquiera será capaz de llegar a tiempo para salvar a una.

—Estás loco —intento liberarme cuando me arrastra hasta una de las plataformas.

—Tengo visión de futuro —dice, con la seguridad de quien se cree poseedor de la única verdad—. Hago lo que tengo que hacer para sobrevivir.

—Ya no estás en la guerra, cabrón —lo golpeo, en vano. No soy lo

suficientemente fuerte—. Irás a la cárcel después de esto.

—Puede —su sonrisa hiela mi sangre—. Pero tú no lo verás porque estarás muerta.

28

Acabará por volverme loco. No importa que Cameron diga que no es culpa mía porque veo su preocupación y su miedo. O que Alec me diga que todo saldrá bien y que me anime como hice yo hace dos años con él cuando secuestraron a Kath. Yo conozco a Rampsey y sé que no me permitirá acercarme a las chicas. Las matará en cuanto se asegure de que puedo verlo todo. Está loco.

—Tenemos que hablar —Alec me lleva aparte para que nadie nos escuche.

Estamos en la central, donde Alec lleva horas intentando dar con Rampsey. Fue sencillo descubrir desde qué cabina telefónica se realizó la llamada, pero después de eso, no hay nada más. Ni un solo rastro de él ni de dónde pueda tener encerradas a las chicas mientras no me muestra sus cartas.

—¿Algo nuevo? —pregunto, ansioso.

—Siéntate.

—Joder, Alec, no me asustes.

—Tranquilo, hombre —sonríe, aunque está tan preocupado como yo—. Estás muy alterado. Siéntate e intenta relajarte un poco.

—¿Has encontrado algo o no?

—Todavía no, pero no es de eso de lo que tenemos que hablar.

—¿Ah, no? —aunque pregunto, lo conozco bien y sé lo que me va a decir a continuación. Lo extraño es que no lo hubiese hecho ya. Supongo que la búsqueda lo ha mantenido ocupado.

—Sabes que no podemos hacer esto solos —ahí está—. Es hora de llamar a Gordon.

Sé que tiene razón, pero mi cabeza me sigue alertando sobre lo perjudicial que sería eso para las chicas. Si Rampsey se enterase, no dudaría en matarlas. Sin embargo, pensar que llevan horas en su poder, me pone enfermo. La muerte,

en ciertas ocasiones, no es la peor de las opciones.

—Mira, Rory —empieza a hablar, pero el sonido de mi teléfono lo interrumpe.

—MacBay —contesto al momento. Es Rampsey. Habla rápido y no me da tiempo a decir nada antes de que cuelgue. Mi rostro ha de estar completamente descompuesto porque Alec me mira con preocupación—. Era Rampsey. Llama a Gordon. Tenemos una hora para averiguar dónde están y trazar un plan de rescate. Por la pista que me ha dado, vamos a necesitar toda la ayuda de la que podamos disponer.

—¿Qué pista?

—Sentado en su trono —lo miro mientras recito—, el rey observa a su pueblo a sus pies. Cuidado, no te acerques al borde o podrías despeñarte.

—Los riscos de Salisbury en Arthur's Seat —dice al momento.

—Era fácil —asiento—. Lo difícil será alcanzarlos sin que nos vea.

—Avisaré a Gordon.

—Que se dé prisa, solo tenemos una hora.

Mientras Alec se encarga de todo, yo me acerco a Cameron. Está como ausente, mirando al vacío. Sostiene una taza de té en sus manos, pero no bebe. Aunque ha estado intentando mantenerse fuerte, sé que por dentro se está muriendo de preocupación por las chicas. Y no sé cómo consolarla porque me siento igual que ella. Me siento a su lado y permanecemos en silencio un buen rato. Espero que con mi presencia sea suficiente.

—Sé que las encontraréis —me dice al fin—. Pero te juro que si les ha hecho daño, yo misma me encargaré de hacer de su vida un infierno.

—Si las ha tocado, no hará falta que hagas nada —tomo su mano entre las mías—. No vivirá para ver un nuevo día.

Apoya su cabeza en mi hombro y la rodeo con el brazo. Cuando la tengo cerca, me siento invencible. Su presencia me da fuerzas para enfrentar lo que sea y me juro no fallarle. Trazaré un plan que sorprenda a Rampsey y recuperaré a las chicas. No le dejaré que gane esta vez.

Mi mirada se pasea por la sala y se cruza con la de Keenan. Me sonrío sin entusiasmo y lo imito. Entonces, recuerdo algo y me levanto. Cameron me mira con curiosidad, pero no dice nada. Le guiño un ojo antes de ir a hablar con Keenan.

—¿Sigues siendo francotirador?

—El que nace francotirador, muere francotirador, tío —asiente— ¿A quién quieres que mate?

—En principio a nadie, aunque sea de lo más tentador —agradezco su intento de hacerme sonreír—. Pero tal vez puedas entretener a Rampsey para darme tiempo a llegar hasta él.

—Consígueme un fusil y soy tu hombre.

Palmeo su hombro en agradecimiento por su lealtad y voy hacia Alec, que está hablando con Thomas. Quiero comentarles el plan mientras esperamos a que llegue Gordon. Ellos me ayudarán con los detalles.

—Ya vienen de camino —me dice Alec nada más verme—. Ha dicho que pondrá todos los recursos de la policía a nuestra disposición. Está preocupado por las chicas.

—Quien no —digo—. He pensado en algo. En un modo de distraer a Rampsey mientras nos acercamos porque desde Salisbury tiene una visibilidad del 100% incluso por la noche.

—Mucho más por la noche —me corrige Thomas—. No podéis subir a ciegas a esos riscos. Necesitareis luces para ver por dónde vais.

—Tendremos que conformarnos con la luz de la luna —niego—. No pienso darle pistas sobre nuestra situación. No ha elegido el sitio solo por lo estratégico que es, sino porque estamos en luna llena y nos verá llegar sin necesidad de recurrir a la visión nocturna.

—Joder —Alec despeina su cabello con la mano, como siempre que algo le preocupa— ¿Es que este tío no comete fallos?

—No demasiados —admito a regañadientes.

—Haremos que los cometa —dice Keenan, que también ha estado escuchando la conversación—. Yo me encargaré de ello.

—¿Cómo? —pregunta alguien a nuestras espaldas y nos giramos hacia él.

Gordon camina con decisión. Le acompañan dos de sus mejores hombres y parecen venir dispuestos a todo. Aunque nunca quise que Gordon supiese que estaba intentando capturar a Rampsey por mi cuenta, ahora me alegro de que haya venido. Y tal vez, aunque jamás lo admitiré en voz alta, debería habérselo contado antes, como me sugirió Cameron.

—Conseguídmelo un fusil y haré que baile para mí —le dice—. Solo tendréis que preocuparos de recuperar a las chicas.

—Salisbury Craggs no es un lugar de fácil acceso —le recuerda Alec,

siempre tan sensato—. No sé a cuánta distancia puedes disparar, Keenan, pero no hay ningún lugar apto donde apostarse. ¿Cómo pretendes hacerlo?

—Yo me encargo de eso. Me deben un par de favores y creo que me los cobraré esta noche. Es más —añade, con una sonrisa en los labios—, ni siquiera necesitaré que me consigáis el fusil. Usaré uno de los míos. Los fusiles del ejército son menos precisos que los policiales, pero tienen mayor alcance. Vamos a necesitar esa distancia para que Rampsey no descubra el helicóptero.

—¿Helicóptero? —Gordon no parece convencido con su idea—. En pleno silencio nocturno se escuchará a kilómetros.

—No si usamos un helicóptero furtivo.

—Keenan, eres un genio —le digo, entusiasmado.

—Lo sé —me guiña un ojo.

Empiezo a animarme a medida que el plan cobra forma. Puede que en el pasado haya fallado, no se puede estar en todas partes y en todo momento cuando estás solo, pero ahora no lo estoy. Ahora cuento con un gran equipo y tenemos una oportunidad de lograrlo. Con cada detalle que vamos concretando, una parte de la culpa que me consumía hasta ahora va desapareciendo y para cuando acabamos, sé que si esta operación sale bien, mi pasado dejará de torturarme por las noches. Definitivamente esta es la mejor terapia. Ni loqueros ni confesiones, poder resarcirme de algún modo de lo que ocurrió hace seis años me liberará. No me gusta que Kelly y Casey tengan que pasar por esto para que yo me recupere, pero las mantendré a salvo. Ahora sé que puedo.

—Norah estaría orgullosa de ti —me dice Keenan, justo antes de buscar un teléfono desde el que llamar para pedir esos favores que le deben.

Seguramente tiene razón. Ella siempre fue una luchadora. Puede que Rampsey la acobardase por un tiempo, pero no logró matar su espíritu combativo ni sus ganas de superarse a sí misma. Fue por eso, que finalmente aceptó denunciarlo. Tal vez la animase a hacerlo, pero ahora comprendo que si ella no quisiese, yo jamás la habría convencido. Ella fue quien dijo basta y decidió romper las cadenas invisibles que Rampsey le había impuesto. Luchó por su libertad. Y fracasó, pero estoy seguro de que no se arrepintió. Ahora que el velo de la culpa no me ciega, lo veo con claridad.

—Estás muy pensativo —Cameron rodea mi cintura con sus brazos y apoya la cabeza en mi espalda.

—Acabo de comprender que, lo que le pasó a Norah, no fue culpa mía —le digo sorprendido.

—Por supuesto que no lo fue —la obligo a colocarse frente a mí—. Cada uno toma sus decisiones, para bien o para mal. Los demás podemos aceptarlas o no. O estar ahí para apoyarlos o no. Pero las consecuencias de esas decisiones son de quien las toma.

—Tan sabia como siempre —la beso. Lo necesito como respirar.

Me he estado conteniendo por miedo a que me rechazase. Sabe que mis compañeros la han reconocido y pensé que no querría que supiesen lo que pasa entre nosotros. Sentir cómo responde aligera mi preocupación.

—Sabes que cuando todo esto acabe, tendré que delegar tu caso en un colega —me dice al separarnos—. Ya no puedo seguir siendo tu psicóloga.

—Te juegas tu reputación y tu licencia —asiento. No me gusta la idea, pero lo entiendo y lo acepto. No quiero perjudicarla.

—No quedan demasiadas sesiones —continúa—, así que será fácil. Además, con todo lo que está pasando, dudo que las necesites ya. Enfrentarte a tu pasado es la mejor terapia.

—Eso mismo pienso yo —sonríó antes de continuar— ¿Significa eso que puedo saltármela?

—Por supuesto que no —usa ese tono profesional que tanto llegué a odiar—. No puedes...

—Era broma, Cam —la beso de nuevo para callarla.

—Eres imposible.

—Pero me adoras.

—Hago mucho más que eso —me abraza con fuerza—. Ten cuidado, Rory, por favor.

—Siempre lo tengo —no le diré que en realidad suelo exponerme más que cualquier otro porque no es lo que necesita oír—. No te preocupes.

—Sé que no tengo derecho a pedírtelo ni debería cargarte con esta responsabilidad ahora que estás superando tu pasado —me mira con lágrimas en los ojos—, pero tráelas de vuelta, por favor. No dejes que les pase nada.

Debe estar realmente asustada para hacer semejante petición. Y aún a riesgo de deshacer todo lo que he avanzado, asiento. Haré todo lo posible por salvarlas. Y lo imposible también.

—Antes del amanecer, podrás abrazarlas a ambas —le aseguro—. O regañarlas por actuar de un modo tan irresponsable. Eso lo dejo a tu elección.

—Yo solo quiero recuperarlas sanas y salvas.

—Y yo —la abrazo con fuerza.

Alec me avisa de que hay reunión y me despido de Cameron con otro beso. No estoy seguro de cuál de los dos lo necesita más. Alec palmea mi espalda y la sonrisa que muestra me lo dice todo incluso sin palabras. Blanqueo los ojos y lo empujo, alejándolo de mí. Me espero alguna broma a mi costa después de esto y, puede que en el fondo, me alegre, porque ayudará a aliviar mi preocupación. La risa siempre funciona.

—Rory —ríe—, ya te veo renunciando a tus bolas en breve.

—Ya te gustaría a ti ver eso —le respondo.

—Lo veré, de eso puedes estar seguro.

—Sigue soñando, Alec.

—Y tú sigue negando lo evidente.

En cuanto entramos en el despacho de Thomas, se terminan las bromas porque es hora de poner nuestras cartas sobre la mesa y combinarlas para lograr la baza ganadora. No podemos fallar, la vida de dos muchachas depende de ello. Poco después, salimos dispuestos a darlo todo para capturar a Rampsey y recuperarlas a ellas. Y aunque somos seis contra uno, sé que no será tan fácil. Rampsey es peligroso y siempre se guarda lo mejor para el final.

—Mejor sería que m dejaseis pegarle un tiro —dice Keenan, a mi lado—. Se acabaría el problema de una vez por todas.

—No quiero que se libre tan fácilmente —luego, susurro para que nadie más nos escuche—. Merece sufrir un poco antes de acabar con él.

—¿Vas a matarlo?

—Prefiero que se pudra en la cárcel —niego—. Allí le darán de su propia medicina. Aunque no te negaré que tengo ganas de darle antes una paliza de muerte.

—Cuenta conmigo para lo que sea —asiente—. Ese cabrón merece sufrir por todo el daño que ha hecho.

—Debería deciros que no lo hagáis —Alec nos ha escuchado—, pero en este caso, haré oídos sordos. Y puede que os eche una mano también, si es necesario.

—Os lo agradezco, muchachos, pero es algo que debo hacer solo. Rampsey y yo tenemos cuentas pendientes que saldar.

El camino no es largo, pero vamos con el tiempo justo. Espero que Rampsey esté lo suficientemente ansioso por que presencie la muerte de las

chicas, como para que esperar incluso pasado el plazo. De cualquier otro modo, estaremos en graves aprietos.

—Halcón en posición —nos informa Keenan por radio y no puedo evitar sonreír al escucharlo— ¿Cómo van las comadreas?

—¿Comadreas? —rio—. Serás cabrón.

—¿Topos? —sugiere.

—Ratones, no te jode —contesto.

—Atentos, muchachos —Gordon nos reprende como se tratase de niños y Alec sonrío, divertido.

Sé que está pensando en lo histérico que se va a poner Gordon cuando me vea tomar decisiones fuera del plan establecido. Ya hemos colaborado en más ocasiones, pero nunca hemos estado en el mismo grupo y no sabe cómo trabajo. Será interesante ver su reacción.

—Todo controlado —le digo—. No te preocupes antes de tiempo.

—Tenemos un plan que seguir —me recuerda.

—A veces hay que improvisar —me encojo de hombros.

—No se puede razonar con él —le dice Alec—. Déjalo hacer y te irá mejor. Ir en su contra es una batalla perdida.

—¿Entonces para qué molestarse en planearlo todo?

—Para que los demás sepáis qué hacer —rio de nuevo—. Sigamos, ya deberíamos estar cerca de la cima.

Ninguno protesta porque saben que es verdad. En apenas cinco minutos se cumplirá la hora y aún nos queda un buen trecho por subir. Si queremos alcanzar la cima a tiempo, nos tocará correr. Y parece que no soy el único que lo piensa, porque lo hacemos sin necesidad de que nadie lo diga.

El sonido amortiguado de nuestras pisadas es lo único que se escucha en el silencio de la noche. La luna llena ilumina nuestro camino, tal y como previene. Aunque eso significa que Rampsey podrá vernos llegar si no somos cuidadosos. Y si nouviésemos a Keenan dispuesto a mantenerlo ocupado para nosotros. No sé si funcionará realmente, pero hay que intentarlo.

—Con cuidado ahora —susurra Gordon, que lidera al grupo porque Thomas decidió no unirse a nosotros. Cada vez sale menos de la oficina pues, como dice él, los años pesan. Aunque sé que lo hizo para acompañar a Cameron mientras dura la misión de recate.

Ni a Alec ni a mí nos ha molestado que sea Gordon el líder. Es un excelente

policía y muy profesional. Podría impedirnos colaborar con ellos, pues no es nuestra jurisdicción, pero entiende por qué lo hacemos y lo respeta. Lo que me hace pensar que tal vez debí sincerarme antes con él.

—Alec —me acerco para susurrarle y que Gordon no me escuche—. Necesitamos sorprenderlo por varios frentes.

—Solo hay un acceso, Rory —me dice— ¿Cómo piensas hacerlo?

—¿Tú qué crees? —sonrío y miro hacia los riscos.

—Joder —exclama— ¿No hablarás en serio?

—Mira —saco el material de escalada de mi mochila y le sonrío de nuevo.

—¿Sabes lo que tardaremos en llegar arriba?

—No mucho —calculo—. Son fáciles de escalar. El material es solo para asegurarnos de no caer si damos un traspie porque iremos muy rápido.

—No puedo creer que esté pensando en hacer esto —dice, con el arnés ya en su mano—. Joder, Rory. Estás loco.

—No más que tú —rio bajito.

—¿Qué coño creéis que estáis haciendo? —Gordon nos descubre ya en la base de la montaña y nos mira con cara de espanto.

—Improvisar —le digo.

—Esto —señala las cuerdas— no es improvisar.

—Seguid ascendiendo —lo ignoro—. Os alcanzaremos en breve.

—No puedo dejaros hacer eso. Es demasiado peligroso.

—Para nada —niego, luego lo miro, serio—. Gordon, confía en mí. Si no atacamos a Rampsey por varios flancos, estamos perdidos.

—¿Perdidos, uno contra seis? —alza una ceja, incrédulo.

—No le importa nada. Matará a las chicas y nos atacará sin miedo a morir. Está loco. Necesitamos desconcertarlo, que no sepa de dónde le llegará el ataque. Solo así tendremos una oportunidad de salvarlas.

—Lo pintas como si fuese Terminator —dice Alec.

—Igual lo es. Nunca he mirado bajo su piel por si tuviese metal.

Gordon nos mira por un largo minutos, imagino que sopesando las opciones, y empiezo a impacientarme. Estamos perdiendo un tiempo valioso. Un grito, alto y claro, es el detonante para que se decida.

—Subid ya —nos dice, mientras él comienza a correr hacia la cima—.

Deprisa.

Estoy seguro de que ha sido Kelly y, aunque no soy demasiado religioso, rezo para que no le haya pasado nada. Y mientras subimos, me arriesgo más de la cuenta olvidando fijar la cuerda en la roca en varias ocasiones, porque necesito llegar arriba ya. Pensar que Rampsey la haya matado me está asfixiando. Cuando resbalo al colocar el pie en un saliente inestable, me obligo a ir con más cuidado.

—Si te matas no podrás ayudarlas —me dice Alec. Tiene razón.

—Lo sé, maldita sea —estoy furioso, pero no sé si por mi torpeza o porque me siento impotente.

—Estará bien, Rory —no puede saberlo, pero le agradezco el gesto igualmente.

Intento tranquilizarme y centrar mi atención en lo que estamos haciendo. Tal y como le dije a Alec, hemos avanzado rápido y ya casi estamos en la cima. Pero a un par de metros de la zona más alta, escuchamos el primer disparo. Miro a Alec y veo la duda en sus ojos. Sin embargo, yo sé que ha sido Keenan. Ese sonido es inconfundible. Señalo hacia arriba con la cabeza para continuar ascendiendo y Alec me sigue sin necesidad de palabras. Al poner los pies en tierra firme, escuchamos un segundo disparo. Parece que Rampsey se está movilizandoy Keenan intenta mantenerlo a raya.

—Policía de Edimburgo —escuchamos el grito de Gordon—. Tira el arma y coloca las manos en alto donde pueda verlas.

Alec y yo nos acercamos con sigilo para no alarmar a Rampsey, pero este no tiene miedo a morir y comienza a dispararles antes, incluso, de ocultarse detrás de una protección que ha preparado para la ocasión. Está tan cerca y al mismo tiempo tan lejos, que me frustra saber que, si intento acercarme a él, me verá.

—Allí —Alec señala hacia el este— ¿Las ves?

Las chicas están situadas en sendas plataformas, de una más que dudosa consistencia, y suspendidas en el aire de forma precaria. De sus manos atadas sale una cuerda que llega hasta un soporte de fabricación casera. No necesito acercarme para saber que eso es lo único que impide que se despeñen. Rampsey está tan cerca de él, que un pequeño golpe las enviará a ambas al vacío.

—Joder —susurro. Este cabrón sabe lo que se hace. Está claro que pretendía obligarme a elegir entre ambas—. Intentaré entretener a Rampsey. Ve a por ellas.

—No, Rory.

Pero ya es tarde para que me detenga. He salido de mi escondite para acercarme a él lo más rápido que puedo. Sé que Keenan le impedirá tocar el soporte de las cuerdas, al menos mientras no tenga que recargar el arma. Después, estará a su disposición por unos interminables segundos. Debo alejarlo de ahí como sea. No puedo fallar.

Veo por el rabillo del ojo cómo Alec se acerca a ellas por el otro extremo, para que Rampsey no lo descubra. Por eso, empiezo a correr para llamar su atención sobre mí y así evitar que lo vea. Al menos esa es la teoría. En mi cabeza siempre suena mejor de lo que luego suele ser.

Rampsey se gira hacia mí cuando todavía me faltan un par de metros para alcanzarlo y trata de alcanzar el soporte para soltar las cuerdas, pero el disparo certero de Keenan le obliga a volver a su posición detrás del parapeto. Ese movimiento me permite alcanzarlo y lanzarme contra él.

El primer golpe contra su cara hace crujir mis nudillos, pero no siento dolor. La adrenalina que recorre mi cuerpo ahora siempre ha sido el mejor de los anestésicos.

—Cabrón de mierda —le digo, asestando a su costado, otro golpe que apenas logra detener—. Eres un maldito hijo de puta.

—Siempre fuiste un boca sucia, MacBay —se ríe, lanzándome un rechazazo que impacta en mi mejilla—. Pero se quedaba en pura palabrería.

—Esto no es palabrería —lo golpeo con fuerza en el estómago y consigo que retroceda un par de pasos—. Ni esto.

Llevo mi puño hacia su cara y a duras penas lo detiene. La pelea nos tiene dando y recibiendo golpes durante un buen rato, pero me ayuda a entender que ya no es el hombre de ataño. Puede que siga siendo el mismo estratega y que tenga la misma mente retorcida, pero le faltan la fuerza y el ímpetu que tenía hace seis años. No me resulta complicado reducirlo tras varios golpes más y para cuando lo hago, su rostro está totalmente desfigurado.

Gordon se acerca a nosotros en cuanto lo tengo atrapado bajo mi cuerpo y me ayuda a espararlo. Y sin embargo, al verlo en el suelo, con las manos atadas en su espalda, no me siento tan bien como habría esperado. Ha sido tan fácil, que me cuesta creerlo. O guardaba en mi mente un recuerdo distorsionado de lo que ocurrió en el pasado o realmente los años le han pasado factura, tal y como me pareció durante la pelea.

—No creas que has ganado —me dice, con una sonrisa desquiciada en el

rostro ensangrentado—. Tengo una última sorpresa para ti, MacBay. Como recuerdo de los viejos tiempos.

Y justo en ese momento llega Alec con Kelly en brazos. Casey lo sigue de cerca con lágrimas en los ojos. Me acerco a ellos y veo, con incredulidad, que se está desangrando. Rampsey ha cortado una vena en su brazo y yo reacciono instintivamente.

—Vete al infierno, maldito cabrón —le digo, apuntándole con mi arma a la cabeza.

—Rory, no —Gordon está a mi lado, intentando tomar el arma de entre mis manos—. No merece la pena.

—Vaya si la merece.

—La cárcel será más infierno que la muerte.

—Kelly nos necesita ahora —dice Alec, todavía sosteniéndola—. Se está muriendo, Rory.

Dejo el arma y llamo a Keenan por radio. No tarda en aparecer con el helicóptero. No es el más adecuado para un traslado al hospital, pero no podemos esperar a uno medicalizado. Aunque Alec ha intentado detener la hemorragia, sigue sangrando. Está tan pálida, que temo que no lleguemos a tiempo de salvarla.

—Aguanta, Kelly —le ruego, sin saber si puede oírme. Me siento impotente.

—No puede morir —solloza Casey—. No merece morir.

La abrazo para darle el poco consuelo que puedo. Ahora mismo no estoy mejor que ella. Las imágenes de la muerte de Norah me asaltan sin descanso. Tardé demasiado en averiguar que se la había llevado y todavía más en localizarlo. Para cuando llegué, Rampsey le disparó en la cabeza sin que pudiese hacer nada.

En aquel momento también quise matarlo, al igual que hoy, pero me quedé paralizado y se largó, dejándome solo con el cadáver de Norah. Me limité a abrazarla hasta que la noche se nos echó encima. Para cuando conseguí reaccionar, era demasiado tarde y nuestros superiores se encargaron de tapar todo el escándalo.

Ahora reaccioné a tiempo pero fue Alec quien realmente detuvo mi mano con sus palabras. Gordon solo me recordó que la cárcel será mejor castigo para un hombre como él. Ya no es el de antes y sé que se lo comerán vivo. Su perversa mente no le ayudará esta vez, porque en la cárcel hay gente mucho más

cabrona que él y que odian a los violadores, sobre todo a los que se atreven a tocar a menores. Rampsey se arrepentirá de haberse metido con Kelly porque me encargaré de correr la voz en la cárcel sobre lo que le hizo.

—Estamos llegando —anuncia Keenan—. Los avisé antes por radio y nos están esperando.

En cuanto los médicos se hacen cargo de Kelly, llamo a Cameron para contarle lo que ha pasado. Y para que vayan a por Nancy, que sigue bajo el cuidado de Connor, su misterioso cliente. Ese hombre ha resultado ser de gran ayuda.

Cuando llegan, Cameron abraza a su hermana y lloran juntas. De alivio y de pena, supongo. Nancy viene del brazo de Connor y sus ojos rojos me indican que ha estado llorando.

—¿Cómo está? —me pregunta Cameron, después de besarme.

—No lo sé —susurro para que Nancy no me escuche—. Pero estaba muy débil cuando se la llevaron. Perdió mucha sangre, Cameron.

En este momento, el médico que se la llevó entra en la sala de espera y nos observa. Nancy se adelanta para preguntarle por su hija y apenas se le entiende entre sollozo y sollozo. Connor no se separa de ella en ningún momento.

—Debemos hacerle una transfusión inmediata —le explica—. Como supongo que ya sabrá, su hija es 0 negativo y solo puede recibir sangre de alguien con el mismo tipo y me temo que en nuestras reservas de sangre, no tenemos suficiente. ¿Cuál es su tipo?

—No somos compatibles —dice angustiada.

—¿Conoce a alguien que pueda donarle sangre?

—Creo que no —suenan en apenas un susurro.

—Haga un esfuerzo en recordar —le insiste—. Si no encontramos a nadie en la próxima media hora, me temo que Kelly no llegará a mañana.

Nancy se desploma de la impresión y Connor apenas consigue sostenerla antes de que se dé contra el suelo.

29

Noto movimiento a mi lado después de horas y miro hacia la cama donde hasta hace segundos dormía plácidamente Kelly. He perdido la cuenta del tiempo que llevamos enganchados, con mi sangre fluyendo hacia ella lentamente.

—Hola —le digo en cuanto me enfoca bien, aunque todavía parece desorientada—. Bienvenida al mundo de los vivos.

Lo observa todo alrededor y sus ojos se abren de par en par al comprender que le he estado dando mi sangre. Nunca antes me he alegrado tanto de ser donante universal. Salvar su vida me está ayudando a soltar los últimos lastres del pasado que todavía se resistían a desaparecer. Es como si cada gota de sangre que sale de mi cuerpo, vaya barriendo una culpa, un remordimiento, un miedo. Ahora que Kelly ha abierto por fin los ojos, me siento liberado.

—Estoy cansada —me dice.

—Es normal —le sonrío—. Perdiste mucha sangre.

—Gracias —realiza con una mano el signo que ha elegido para mí.

—El único héroe que hay aquí, eres tú. Has sido muy valiente.

—¿Barry? —lo pronuncia con miedo y me duele.

—Está donde debe estar —le digo—. Y donde recibirá el castigo que se merece. No volverá a hacerte daño.

—Gracias —las lágrimas corren por sus mejillas, pero ni siquiera lo nota. Quisiera poder levantarme para abrazarla, pero tengo que conformarme con ofrecerle mi mano, que toma con emoción.

—Gracia a ti, Kelly —aprieto su mano—. Aunque no lo creas, me has ayudado. Me diste algo que llevaba mucho tiempo buscando.

—¿Qué?

—Paz.

El médico nos interrumpe al entrar para comprobar cómo sigue Kelly. Ha estado viniendo con frecuencia, esperando encontrarla despierta en cada ocasión y saliendo decepcionado en cada una de ellas. Pero ahora sonrío, aliviado, al verla y se acerca a mirar que todo esté bien antes de dar orden de desconectarnos.

Una vez sale de la habitación, Nancy no tarda en aparecer y en abrazar a su hija llorando. Me encuentro algo débil todavía, pero trato de ponerme en pie porque siento que necesitan intimidad en un momento como este. Sin embargo, me fallan las fuerzas y Nancy llama a una enfermera para que se asegure de que estoy bien. Pero mi único problema, en realidad, es el modo en que me mira y todas las gracias que he escuchado salir de sus labios desde que me ofrecí a donar mi sangre. No lo hice para que me deban nada, sino porque Kelly me necesitaba. Y es por eso que le pido a la enfermera que me ayude a salir de aquí.

Me lleva a otra sala, donde me da algo de comer para reponer fuerzas. En unos minutos estoy como nuevo. O lo suficiente para poder caminar por mi cuenta hasta la sala de espera. Allí me encuentro con Cameron y Casey, que están tan concentradas hablando entre ellas, que ni se percatan de mi presencia hasta que me siento a su lado. Casey me sonrío y Cameron rodea mi cintura con uno de sus brazos. Yo le paso otro por los hombros y la beso.

—¿Cómo está? —me pregunta.

—Cansada, pero bien. Viva, que ya es más de lo que esperábamos cuando me estaban preparando para la transfusión.

Durante interminables minutos, temieron no conseguirlo. Hubo que reanimarla en una ocasión y casi la dieron por perdida al ver que no reaccionaba. Creo que hasta mi corazón se detuvo con el suyo todo ese tiempo. Por suerte, Kelly es una joven luchadora y no se dejó vencer. Lograron estabilizarla y en cuanto mi sangre comenzó a fluir hacia ella, le regresó el color a las mejillas y su corazón no falló más.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —me mira preocupada. Supongo que tengo un aspecto terrible ahora mismo.

—Tan bueno que quito el aliento —le digo, provocando la risa de Casey, que fingía no escucharnos. Ella sola se delata.

—¿Es que os cortan a todos por el mismo patrón? —me dice Casey después—. Keenan es igual de egocéntrico que tú.

—Son demasiados años juntos. Todo se pega —sonrío.

Hace algo más de una hora que Keenan entró en la habitación para

despedirse de mí. Ahora que Rampsey está entre rejas a la espera del juicio, quiere acabar de disfrutar de los pocos días de permiso que le quedan con su familia. No puedo culparlo, pues yo también querría si estuviese en su lugar. Suficiente hizo con ayudarnos a capturarlo usando sus contactos en el ejército. Me temo que sin él, todo habría acabado de una manera diferente.

—Voy a por algo de beber —dice Casey, levantándose—. No hagáis cochinas, que estamos en un lugar público.

—Me encanta tu hermana —le digo a Cameron en cuanto se va.

—¿Por qué será? —ríe—. Sois igualitos.

—Para nada —la beso antes de susurrarle al oído—. Yo te pongo a cien.

—Acaban de sangrarte —ríe de nuevo— ¿Ya pensando en eso?

—Cuando te tengo al lado, siempre pienso en eso —rio con ella.

—Pues te quedarás con las ganas —dice—. Al menos hasta que el color regrese a tu cara. Estás tan pálido que pareces un muerto.

—Sería una nueva experiencia para ti. Hacerlo... —me tapa la boca antes de que pueda terminar de hablar.

—Ni se te ocurra decirlo.

—Podríamos buscar una habitación libre —continúo, solo para mortificarla un poco—. Por supuesto, tú tendrías que hacer todo el trabajo porque no creo que yo pueda, con toda la sangre que me han sacado.

—Ya te gustaría a ti.

—No sabes cuánto.

Connor entra, de repente, en la sala de espera con varias bolsas, interrumpiendo nuestra conversación. Lo saludo con una sonrisa amigable y él hace lo propio. Se sienta a nuestro lado y coloca todo en la mesita auxiliar, después de apartar las revistas que nadie lee, pero que no deben faltar en un lugar como este.

—He ido a por algo de comer —nos informa, aunque es evidente—. Creo que no vendrá bien a todos reponer fuerzas.

—Bien pensado —mi estómago protesta, incluso después de haber comido lo que me entregó la enfermera—. Me apunto.

Connor distribuye la comida y las bebidas en silencio. Casey se une a nosotros a tiempo de recibir su parte. Nancy permanece todavía con Kelly, pero veo que Connor le ha guardado su parte. Ha estado a su lado en todo momento, acompañándola en la espera y anticipándose a sus necesidades. Empiezo a

pensar que ese interés por ayudar va más allá de la simple caballerosidad. Cuando miro hacia Cameron, su sonrisa me confirma que piensa como yo.

—Gracias por cuidar de Nancy antes —le digo durante la comida—. No tener que preocuparse de ella también ha sido un alivio para nosotros.

—No es nada —niega—. Ha sido un placer cuidar de ella. Nancy es una mujer excepcional y no merecía pasar por algo así con su hija. Me alegro de que la muchacha ya esté bien. Espero que a partir de hoy, las cosas vayan mejor para ellas.

—Estoy seguro de que así será. Y de que no estará sola para salir adelante.

Intento picarlo con el tema, pero me ignora educadamente. Sin embargo, sus mejillas se colorean ligeramente. Está claro que el tema le incomoda. Veo la sonrisa que Casey intenta esconder tras su bocadillo y la que Cameron no se preocupa por ocultar y me entran ganas de decir algo más pero me contengo.

—¿Alec? —pregunto de repente, consciente de que falta.

—Salió fuera para llamar a Kath poco antes de que llegases tú —Cameron mira su reloj—. Ya lleva un buen rato.

—Si está hablando con Kath, puede demorarse horas —rio—. Esos dos no saben vivir el uno sin el otro.

—Como harán otros dos que yo me sé —murmura Casey, antes de morder su bocadillo y arrancar un buen bocado.

—O como otras que no se separan ni un solo momento —sonrío, devolviéndole la pulla—. Creo que hasta comparten el...

—Cállate —me interrumpe, con la boca llena, para que no termine la frase. Sabe perfectamente lo que iba a decir y ahora luce un rostro incluso más rojo que el de Connor.

—Va a ser divertido vernos más a menudo —le digo y blanquea los ojos.

—Me gusta escuchar eso —Alec ha llegado en el momento justo para oír mi comentario. Se sienta a mi lado y Connor le ofrece de comer.

—Ya, bueno —lo miro—, supongo que en algún momento tenía que ser.

No voy a negar lo evidente. Sería de hipócritas y yo soy muchas cosas, pero no un falso. Además, si Cameron y su hermana van a formar parte de mi vida, tendré que hacerme a la idea de que escucharé muchas bromas al respecto de su parte. Después de todas las veces que yo me he metido con él, bien puedo dejarle que me devuelva algunas.

—Otro momento épico en la vida del gran Rory MacBay —ríe—. Verás

cuando se lo cuente a Kath.

—Déjame al menos un margen de... —finjo pensarlo— ¿diez años?

—Ten cuidado, Cameron —sigue riendo—. Parece que tendrás Rory para rato.

—A mí no me importa —dice, sonriendo.

La miro, como viéndola por primera vez, porque aunque aquella noche me sinceré con ella y ahora me veo compartiendo mi día a día con ella, en realidad nunca pensé en ello a largo plazo. Pero debo admitir que no me molestaría estar a su lado en diez años. Ni en muchos más. Pero lo más sorprendente es que saber que ella siente lo mismo, no me asusta.

Nancy se nos une en este momento y se sienta junto a Connor, que le ofrece comida con una tierna sonrisa en los labios. Y de repente, es como si se hubiesen encerrado en su propio mundo, rodeados de un aura que no nos incluye a ninguno de nosotros. Cameron sonrío y Casey finge no darse cuenta, aunque Alec los mira tan extrañado como yo. Desde luego, entre ellos ha tenido que pasar algo.

—Esta noche me quedaré con Kelly —nos dice, después, a todos—. Ya está bien, así que es mejor que os vayáis a casa y descanséis. Es una tontería que estemos todos aquí.

Casey insiste en quedarse y no hay forma de hacerla cambiar de opinión, así que Connor se ofrece a llevarnos a todos a casa. Nos acerca a Cameron y a mí hasta mi apartamento primero porque está más cerca del hospital y luego se lleva a Alec.

Una vez en casa, me doy una ducha rápida y me cambio de ropa. Le dejo algo que ponerse a Cameron cuando me dice necesita ducharse también y la espero en la sala. Y aunque enciendo la televisión, en realidad ni la miro. En mi cabeza, repaso una y otra vez lo que sucedió la noche en que capturamos a Rampsey y, en esta ocasión, no hay nada que me perturbe. No hay sensación de no haber hecho todo lo que debía o de haberle fallado a alguien. Estoy en paz conmigo mismo.

—¿Estás bien?

Cameron se ve sexy con mi camiseta y los pantalones cortos de deporte que le he prestado y sonrío. Luego le ofrezco mi mano, sin responder todavía, y tiro de ella hasta colocarla en mi regazo.

—Ahora estoy mejor que bien —le digo, besando su cuello—. Creo que tenemos algo pendiente, nena.

—No estás en condiciones para eso, Rory —su voz suena débil por mis besos.

Escucho un suspiro cuando mis manos se cuelan por debajo de la camiseta y yo contengo el aliento al toparme con sus pechos desnudos. Los libero de la ropa, para deleitar la vista y algo en mí despierta cuando noto cómo responden a mis caricias.

—Tú te encargas del sobreesfuerzo, ¿recuerdas? —le digo antes de apoderarme de uno de sus pechos con la boca.

El calor va en aumento a medida que exploro su cuerpo y el resto de la ropa desaparece en segundos. Nunca antes sentí algo así por nadie ni me permití hacerlo. Ahora, lo disfruto, sabiendo que, si yo no quiero, no tiene por qué terminar. Cameron quiere intentarlo y no la defraudaré. Porque con ella, todo se siente de diferente manera. Con ella, me entregaré por entero. Con ella, hago el amor.

Se levanta a por un preservativo y sigo el movimiento sensual de sus caderas al caminar. Me tiene totalmente hipnotizado y basta un solo beso para que Cameron me encienda de nuevo.

—Déjalo ya, ¿quieres?

Estamos acostados en la cama, abrazados y desnudos. Como me he salido con la mía, ahora tengo esa sonrisa de autosuficiencia que tanto le molesta. Rio con su comentario y la beso, solo por el placer de provocarla un poco más.

—Creo que me gustará esto —digo después.

—¿De verdad vamos a intentarlo? —me mira.

—¿Otra vez? Eres insaciable, nena.

—Rory —me golpea en el pecho—. Sabes que no hablo de eso.

—Lo sé. Y sí, vamos a intentarlo. Si tú quieres.

—¿Tú quieres?

—Yo lo quiero todo contigo, Cam —la beso otra vez—. Todo lo que tú quieras darme.

—Qué bonito —ríe.

—Y lo que no quieras darme —continúo, ignorando su comentario y alzando una ceja, divertido—, te lo robaré.

—Ya me parecía a mí —ríe más—. No serías tú sin la puntilla.

—La puntilla y el resto de él, nena.

Me encanta su risa y estoy dispuesto a provocarla tantas veces como me sea posible. Porque me encanta la Cameron relajada y feliz. Y porque nunca me cansaré de ver cómo se le marcan los pómulos al sonreír ni ese brillo en sus ojos, que me deslumbra. Unos ojos de un color que sigue siendo un misterio para mí, pero que me gustará desentrañar, aunque eso me lleve toda mi vida.

—Te amo, Cameron —le digo, sorprendiéndola. Y puede que hasta a mí mismo, porque es la primera vez que se lo digo a alguien y no creí que me resultase tan fácil.

Después de tantos años autoconvenciéndome de que no debía sentir nada permanente por nadie, ahora no puedo imaginarme sin Cameron a mi lado. Y aunque creí que eso me asustaría, no lo hace. Estoy deseando vivir esta nueva aventura junto a ella.

—Y yo a ti, Rory —sonríe, emocionada, antes de besarme.

—¿Por qué no lloras? Deberías estar llorando —bromeo después—. No todos los días el gran Rory MacBay entrega su corazón a una mujer.

—Tal vez deberías hacerlo tú —me sigue la broma—. Porque no todos los días la mejor psicóloga de Escocia se permite olvidar sus principios para entregar su corazón a uno de sus pacientes.

—Lloremos juntos entonces —rio, antes de colocarme sobre ella—. O podríamos hacer algo más... placentero para celebrarlo.

—¿Otra vez? Eres insaciable, nene —repito mis palabras.

—Contigo, siempre —la beso, dispuesto a demostrárselo.

EPÍLOGO

Es mi última visita al psicólogo. Estoy deseando terminar con las sesiones para liberarme de esta obligación de una vez por todas. Aunque debo admitir que estas últimas consultas han ido mucho más suaves.

—Buenas tardes, Rory.

—Buenas tardes, Stuart.

Sí, Cameron trasladó mi caso a manos de uno de sus colegas tal y como me dijo que haría. Y sí, es el mismo colega que está colado por ella y que hace todo lo que le pide sin poner objeciones, aún cuando eso suponga tener que tratar a su novio. Que soy yo.

Todavía me resulta extraño pensar en ello. Yo, que siempre juré no implicarme con ninguna mujer, estoy planeando ahora un futuro nuevo en el que Cameron formará parte activa. Casey ya está instalada en un piso de estudiantes cerca de la universidad, así que Cameron pasa mucho tiempo en mi apartamento, que es más grande que el suyo y está más cerca de nuestros trabajos. Porque al final Cameron dejó su consulta y ahora trabaja para la policía a tiempo completo.

Y justo anoche decidimos trasladar sus cosas permanentemente. Es un paso más para afianzar la relación. Y, por qué negarlo, me gusta tenerla a mi lado todo el tiempo. Me gusta verla dormir por las noches abrazada a mí. Me gusta despertarme con el calor de su cuerpo templando mi piel. Me gusta mirarla mientras se prepara para ir al trabajo. Me gusta desayunar junto a ella. Me gusta reencontrarme con ella después y comentar nuestros días. Por el momento me conformo con eso. Y Cameron también.

—Bueno, Rory —dice, mirando mi expediente—. Aunque se supone que hoy tenemos la última sesión, te veo tan bien, que no creo que te haga falta.

—¿Me puedo ir, entonces? —lo miro esperanzado.

Es un buen profesional, pero tan serio y aburrido, que ni siquiera sabe

encajar una broma. Después de varios intentos, decidí que era mejor no intentarlo más. Aunque contenerme no siempre ha resultado fácil, porque es de esas personas perfectas para recibir pullas. Con su traje de estilo retro y su pajarita y con su corte de pelo perfecto y sus gafas inmaculadamente limpias. No es feo y estoy seguro de que si cambiarse su estilo, triunfaría entre las mujeres, pero no es asunto mío hacérselo saber. Sobre todo si a quien aspira a conquistar es a Cameron.

—Antes tengo algo que comentarte —aclarar la garganta y se sienta más recto, si eso es posible, en la silla—, a título personal.

—Tú dirás —siento verdadera curiosidad por saber qué se le está pasando por la cabeza.

—Aunque Cameron no me haya dicho nada al respecto —parece incómodo—, sé que tu traslado se debe a que... entre vosotros... ha pasado algo.

—Ajá —no se lo pondré fácil. Quiero ver hasta dónde es capaz de llegar.

—No es de mi incumbencia, por supuesto.

—Desde luego que no —lo miro serio aunque esté deseando soltar una carcajada que lo deje todavía más mortificado.

—Solo me preocupo por ella y quiero asegurarme de que estará bien. A veces, cuando logramos superar un trauma gracias a una persona, creemos sentir... cosas... por esa persona cuando... en realidad no es más que un profundo agradecimiento. No se debe confundir lo uno con lo otro.

Está tan nervioso, que tengo la sensación de que empezará a hiperventilar en cualquier momento. Aún así, no lo detengo. Voy a disfrutar de esto durante bastante tiempo. No puedo esperar a contárselo a Cameron. Su soso colega intentando protegerla de mí. Me ofendería, si no supiese que a él le gusta mi novia.

—No seré yo quien os diga cómo llevar el asunto —en realidad lo está haciendo—, pero creo que, tal vez, una pequeña separación os vendría bien para saber si realmente es algo más que gratitud lo que sientes.

—No fue Cameron quien me liberó de mi pasado —decido detener su monólogo, antes de que se deshidrate de tanto sudar—, así que no debería preocuparte que esté a su lado por gratitud. No tengo por qué darte explicaciones, pero lo haré igualmente. La amo y eso es algo que he intentado evitar con todas mis fuerzas. No me sentía merecedor de ella, pero la amo. Y ella me ama. No hay nada que puedas hacer para separarnos, así que te aconsejo que empieces a buscarte otra colega a la que idolatrar. Cameron es mía.

Ha sonado un tanto posesivo, pero creo que necesita escucharlo para comprender que no tiene opciones con ella. Y qué cojones, es mi mujer. Así como yo soy su hombre. No estoy diciendo nada que no sea verdad.

—Por supuesto —se levanta, para no tener que mirarme a la cara—. Solo trátala bien.

Creo entender una amenaza velada en sus palabras y si no me rio en su cara es por respeto. Porque a pesar de todo lo patético que parezca su intento, solo busca proteger a Cameron. Y eso es digno de loanza, aunque no lo quiera cerca de ella más allá de lo estrictamente profesional.

—Ni lo dudes —le digo.

—Mañana enviaré el informe a tus superiores —dice, tendiéndome la mano, ya más seguro de sí mismo—. Estás dado de alta.

—Gracias —aprieto su mano.

—No es nada que no te hayas ganado.

Me gustaría decirle que lo sé, pero no entenderá el trasfondo divertido de la afirmación, así que me limito a asentir y salgo de la consulta. Por fin soy libre. Por fin puedo dejar de temer que me aparten del único trabajo que me gusta y me llena.

—¿Cómo te fue? —Cameron está preparando la cena cuando llego a casa.

—Ese hombre cree que te partiré el corazón —le digo, después de darle un beso—. Me costó un mundo no reírme en su cara ante su patético intento de defenderte.

—Stuart es...

—¿Idiota? —le ayudo, cuando veo que no encuentra una palabra adecuada — ¿Patético?

—Un buen hombre —sonríe—, pero un poco...

—¿Aburrido? —la interrumpo— ¿Retro?

—Rory —aunque pretende que suene a reprimenda, su risa le resta credibilidad.

—No importa —la abrazo por la espalda—. Puede ser como quiera y decir lo que quiera porque él está solo y yo te tengo a ti. Con eso me basta.

—No tienes nada que temer —ríe—. No te voy a dejar por él.

—Nunca lo he pensado —me empujo contra ella mientras le beso el cuello para que sienta el efecto que causa en mí su cercanía.

—Insaciable —ríe de nuevo.

—Siempre.

—Por cierto —se pone tan seria, que dejo los juegos—, tengo una noticia para ti. Bueno, dos en realidad. Una buena y otra mala.

—Empecemos por la buena.

—Nancy y Connor están juntos —sonríe—. Y Kelly está encantada.

—Eso se veía venir —asiento—. Me alegro de que por fin les vaya bien. Se merecen toda la felicidad del mundo. Sobre todo Kelly.

Cameron sigue tratándola personalmente, pero desde que salió del hospital ha mejorado mucho. Con suerte, en pocos meses le podrá dar el alta.

—La mala, que bien mirado tampoco es tan mala, supongo —verla vacilar me hace prestarle más atención.

—Dicho así suena un tanto confuso, nena. Explícate mejor.

—Gordon me ha dicho esta mañana que encontraron a Rampsey muerto en su celda. Al parecer fue víctima de numerosos abusos y acabó quitándose la vida.

—Aunque me hubiese gustado que cumpliera la condena entera y que sufriese mucho más —digo, después de sopesar la noticia—, creo que es un final perfecto para él. Siempre se burló de los prisioneros que acababan con sus vidas por no seguir sufriendo torturas. Decía que eran débiles, que eran cobardes. Así que es de justicia que haya terminado igual que ellos.

—Y con su muerte hay un violador menos en este mundo.

—Poco a poco iremos limpiándolo de delincuentes —la abrazo con fuerza.

—Te amo, Rory.

—Y yo a ti, nena —la beso, ahora sí, dispuesto a obtener mucho más de ella.

5 MESES DESPUÉS

—¿Quieres darte prisa, nena? —estoy muy nervioso y ni siquiera me concierne directamente.

—Tranquilízate, Rory —Cameron ríe—. Kath está bien. Y Alec se las arreglará unos minutos más sin nosotros.

—Mi pequeña hada me está esperando —le digo, impaciente—. Va a ser la hermana mayor en unas horas.

Nos llamó Alec en plena noche para decirnos que Kath se había puesto de parto y que nos esperaba en el hospital para cuidar de Faith mientras él entraba en el paritorio con su mujer. Pero al parecer, Cameron se está tomando su tiempo en prepararse y yo estoy histérico.

—El día que te toque estar en el lugar de Alec, directamente te morirás —ríe, sin ser consciente de que lo que acaba de decir me ha dejado paralizado.

¿Estar en su lugar? ¿Tener un hijo con Cameron? Nunca se había pasado por la cabeza hasta el momento, la verdad. De hecho, ni siquiera he pensado en llevar nuestra relación más lejos de lo que tenemos ahora. Sé que ella quiere casarse algún día y que también quiere formar su propia familia, pero yo no me lo había planteado en ningún momento. Estamos bien así. ¿O no?

—No quise decir ahora, Rory —dice al descubrir mi desconcierto—. Puedo esperar unos años más. No hay prisa.

Se acerca y me besa antes de tirar por mí hacia la salida. Puedo ver su sonrisa y sé que no le ha molestado que me asustase por lo que ha dicho. Aún así, yo ya tengo algo en lo que pensar en las horas en que estemos esperando a que Kath dé a luz. Sobre todo mientras la veo jugar con Faith.

Las risas que le provoca, la paciencia con que atiende a todas sus demandas, las muestras de cariño que se dan. Me gusta verlas así y no dejo de sonreír. Poco a poco, la imagen de Cameron con nuestro propio hijo se va formando en mi cabeza con nitidez y, aunque unas horas antes la idea me espantaba, ahora no estoy tan seguro de que sea tan terrible.

Para cuando Kath le permite tomar en brazos al pequeño Colin McNeil, un niño tan pelirrojo como su madre, que no deja de removerse a pesar de tener solo dos horas de vida, siento que no seríamos tan malos padres si decidiésemos dar el paso.

—Ya tienes la parejita, Kath —le digo— ¿Te llegan o irás por más?

—¿Por qué tanto interés en eso? ¿Es que quieres igualarme? —no ha dejado de burlarse de mí desde que supo de nuestra relación. Para compensar todas las que yo le hice, dijo—. Pues tendrás que empezar pronto o te quedarás rezagado.

—En realidad estaba pensando en que si tienes otra niña, podrías regalarme a mi pequeña hada. Está medio criada y nos llevamos muy bien, ¿verdad, pequeña hada? —la tengo en brazos y asiente mientras nos deleita con una de sus sonrisas más bellas. Adoro a esta niña.

—Lo siento, pero tendrás que hacer los tuyos propios, Rory —me dice—. Seguro que Cameron estará encantada de ayudarte.

—Ven con papi —le dice Alec a Faith—. Deja que tío Rory cargue a Colin un poquito. A ver si así se anima y fabrica uno pronto.

—Muy agradecidos estáis todos hoy —rio mientras Cameron me pasa al bebé. Le susurro al oído—. Te sienta fenomenal.

—No mejor que a ti —me responde, sonriendo.

Todavía recuerdo la primera vez que sostuve a Faith en brazos. Tenía tanto miedo a que se rompiera, que me quedé totalmente paralizado y con la cara descompuesta. Mis brazos temblaban. Ahora con Colin es diferente. Sé cómo debo sujetarlo bien y me dedico simplemente a disfrutar. Es un niño muy inquieto y me saca más de una sonrisa.

—¿De verdad no quieres uno? —Kath me mira divertida.

—¿Me lo regalas?

—Ni lo sueñes.

Después de permanecer un par de horas más con ellos y que las enfermeras nos echen de la habitación, nos llevamos a Faith con nosotros a casa. Y por más que Kath le insiste a Alec en que se venga con nosotros, finalmente se queda con ella y con el bebé.

Aunque ya es de día, mi pequeña hada se duerme por el camino y tengo que subirla en brazos hasta el apartamento. Cameron se encarga de ponerle el pijama sin despertarla y yo la observo, con una tonta sonrisa en los labios e infinito amor en la mirada. En cuanto está bien arropada, Cameron se gira hacia mí para salir del cuarto y me mira con curiosidad.

—¿Y esa cara? —me pregunta una vez fuera.

—Es la cara que te enamoró —bromeo.

—Contigo no se puede —ríe. Me sobrepasa y se va a la sala.

—Kath sabe bien cuándo dar a luz —me siento a su lado y la rodeo con mi brazo—. Un domingo, para que todos estemos disponibles para ella.

—Es una mujer previsora —sonríe—. Tiene visión de futuro.

—Hablando de futuro —me mira, todavía más curiosa—. No estoy diciendo que vaya a ser ahora mismo, porque preferiría disfrutar de ti para mí solo todavía algún tiempo más, pero creo que me encantaría tener un hijo contigo.

—Vaya. Esa es toda una concesión, viniendo de ti —ahora sí está sorprendida—. Creía que no querías.

—Tampoco quería tener una sola mujer y mírame ahora —rio—.

Condenado a soportarte día sí y día también.

—No sé quien sufre más en esta relación —me golpea con cariño en el pecho y aprovecho para apoderarme de su mano y besarla.

—Lo digo en serio, Cam. Cuando los dos estemos preparados para dar el paso, estaré encantado de recorrer ese camino junto a ti.

—De vez en cuando te sale la vena romántica —me sonrío— y haces que me enamore un poco más de ti.

—Creía que te gustaba mi parte granuja —alzo una ceja, fingiendo que me ha ofendido con su declaración.

—Me gustan todas tus partes. Incluso esa —se me adelanta, antes de que pueda soltar una de mis gracias.

—Sobre todo esa —digo, no obstante.

—Bueno, ten en cuenta que es la parte que necesitaremos para hacer un hijo juntos —se coloca en mi regazo—. El día en que decidamos ir a por él.

—Mientras tanto —la beso— podemos ir practicando.

—Me parece una excelente idea, señor MacBay.

—Y a mí también, señorita Waters.

—Te amo —me besa.

—No, yo te amo más.

—Cursi —ríe.

—Pero me adoras.

FIN DE AÑO

Después de dos años viviendo juntos, puedo decir que ya me conozco cada faceta, escondida o no, de Cameron. Supongo que a ella le sucede lo mismo conmigo. Y extrañamente, todavía no nos hemos cansado el uno del otro. Al final tendrá razón y la convivencia no es algo malo.

Sin embargo, yo intento sorprenderla cada poco tiempo con algo nuevo, no sea que decida cambiarme por otro más divertido. Eso dolería en mi ego. Y en mi corazón, por qué no decirlo, aunque ella no lo sabrá nunca. Es una buena alumna y si no me ando con cuidado, pronto me pasará delante con las bromas. Y yo soy el rey, por supuesto.

—¿Cuánto tarda una mujer en estar lista, Cam? —le grito a través de la puerta del baño. Lleva más de una hora dentro.

No es que me importe esperarla, pero me encanta meterme con ella. Adoro la forma en que me enfrenta, hasta que comprende que estoy bromeando. Su lado serio todavía le puede a veces.

—Déjame en paz, Rory —me devuelve el grito—. Me lo agradecerás después.

—Sí —admito—. Cuando salgas por fin, haré una fiesta. Justo antes de irnos a la verdadera fiesta.

La conozco tan bien que sé que estará sacando su dedo corazón hacia mí y sonrío al imaginarla. Regreso al salón y me siento a esperarla. También sé que merecerá la pena hacerlo. Siempre está impresionante cuando decide arreglarse. Claro que para mí lo está incluso sudorosa y despeinada. Y si es en una cama, ni me quejaría por ello.

Hoy es la última noche del año y la pasaremos con Alec y Kath. Kelly ha invitado a Casey a su casa con su nueva familia, que marcha de maravilla y los niños estarán con la niñera. Son pocas las ocasiones en que podemos estar los cuatro solos. Aunque no me importa si no es así. Faith es mi pequeña hada y la adoro, siempre lo haré. Y Colin ha resultado ser toda una revelación. Creo que será de los míos, para desesperación de su madre.

Pero este fin de año, es nuestro. De los cuatro. Es algo que llevo planeando unos cuantos meses y ahora estoy un poco nervioso. Quiero que todo salga a la perfección.

Ya me han fallado Duncan y Sally por culpa de ese reportaje fotográfico que está realizando en algún maldito lugar perdido de la mano de dios y que lo tiene incomunicado la mayor parte del tiempo. No quiero que nada más se estropee.

—Lista. ¿Mereció la pena esperar?

Me giro hacia ella y me quedo mudo por un momento. ¿Que si merece la pena? Por verla así, esperaría toda una eternidad. Está hermosa. Más que eso. No hay palabras para describir lo que me ha hecho sentir al verla. Mierda, me estoy volviendo un maldito romántico.

—Tampoco es para tanto —le digo, levantándome para acercarme a ella—. Te lo podría haber hecho yo en la mitad del tiempo. De hecho, te lo desharé en menos todavía.

—Ni se te ocurra —me dice, colocando una mano sobre mi pecho.

—Solo quería decirte algo, mujer —rio—. No voy a estropear te.

Quita la mano y le rodeo la cintura para pegarla a mí. Justo ahí es donde

quisiera tenerla siempre, tan cerca de mí, que no se sepa dónde empieza uno y dónde acaba el otro. Acercó mi boca a su oído y aprovecho para besarle antes el cuello, provocando que se estremezca. Adoro eso.

—Me encantas, Cam —le susurro—, pero lo harías incluso sin nada encima.

—Sobre todo sin nada encima —ríe, rodeando mi cuello con sus brazos—. Tú estás impresionante también.

—Como siempre —le guiño un ojo—. Y en mucho menos tiempo.

—No em...

—Vámonos —la interrumpo—, antes de que cambie de opinión y empiece la fiesta privada antes que la pública.

La tomo de la mano y la arrastro a la salida pensando en que si no hubiese planeado la velada durante tanto tiempo, tal vez la estuviese llevando realmente hacia el dormitorio y no a la cena con nuestros amigos.

Cuando llegamos, Kath y Alec ya nos esperan tomando una copa en la barra y hablando entre ellos, tan concentrados que ni nos ven acercarnos.

—¿No forman una bonita pareja? —me dice Cameron.

—La mejor —contesto sin pensármelo.

—Vaya —la miro y está sorprendida—. Creía que tú eras el mejor en todo.

—Por más que te quiera, nena —admito, sin pena—. Kath y Alec siempre serán la mejor pareja.

—Eso es amor del bueno —me besa en la mejilla y luego la limpia con sus dedos—. Te he pintado.

—Podías haberlo dejado —sonrío con picardía—. Así entenderían el porqué de nuestro retraso.

—No llegamos tarde —protesta.

—¿Quién ha dicho nada de eso?

—Eres imposible —me golpea en el pecho.

—Pero me adoras —mi frase favorita para ella y para Kath.

—Hago más que eso —la rodeo por la cintura—. Te amo.

—Y yo a ti, nena.

—Pero qué bonito. La parejita feliz haciéndose arrumacos.

Alec no deja lo pasar y se burla de mí. Como ha estado haciendo durante

los últimos dos años y medio. Claro que no me importa, porque yo hago lo mismo con él.

—Teníamos que entretenernos de algún modo —sonríó—, porque los tórtolos parecían ignorarnos.

—Cam, estás guapísima —Kath simplemente nos ignora.

—Tú también, Kath —Cameron la imita.

—Muy bonito, Kath. ¿Para mí no hay piropo?

—Tú siempre estás hermoso, Rory —intenta besarme en la mejilla.

—Tarde —me yergo para que no llegue. Soy mucho más alto que ella así que no es complicado—. Ya no es lo mismo.

—Tú te lo pierdes.

Cuando se va hacia el restaurante, la tomo de la cintura y soy yo quien le da el beso en su mejilla, tan sonoro, que consigo que se sonroje intensamente. Me encanta eso.

—Maldito —susurra.

—Pero me adoras —repito mi frase favorita.

—Por desgracia, sí —finge estar enfadada pero no lo hace tan bien porque se le escapa la sonrisa.

Nos escoltan hasta nuestra mesa y comienzan a servirnos nada más tomamos asiento. La buena conversación no falta durante la cena, pero estoy tan nervioso, que mi toque especial falla en demasiadas ocasiones y todos lo notan. Y es por eso que decido que ha llegado la hora. Pensaba esperar al brindis final, pero ya no importa.

—Disculpadme un momento —les pido y me levanto.

Finjo ir al baño, pero me desvío hasta las cocinas. Mi amigo Mike está dando los últimos retoques al que será nuestro postre.

—Ya veo que está listo —le digo.

—Casi —me sonrío—. Falta el detalle final.

—He cambiado de opinión —le digo, borrando su sonrisa—. No en lo básico, sino en la forma.

—Ya me habías asustado, tío —ríe.

—¿Podrías poner un mensaje en la tarta?

—Creo que sé lo que quieres que escriba y será un placer.

—De cuerdo. En cuanto vayas a sacar la tarta, empiezo la función.

—Quien lo diría... el gran Rory MacBay...

—Ni lo digas —lo interrumpo—. No vaya a estropearse.

Salgo de la cocina y le doy los cinco minutos de margen que me pidió. Aprovecho para comprar champán en la barra del bar y espero que la ocasión lo merezca.

—Ya estoy de vuelta —coloco las botellas en el centro de la mesa, pero no me siento en la silla todavía.

Me giro hacia Cameron e inspiro profundamente. Me mira con curiosidad, sin decir nada, algo que le agradezco porque no sé bien cómo empezar y necesito pensarlo bien.

—Sabes que estas mierdas no me van —empiezo, fiel a mi estilo—. Y que nunca he sido un romántico ni lo seré, pero por ti, estoy dispuesto a intentarlo, al menos por esta noche.

—Rory —frunce el ceño— ¿Estás bien?

—Déjale seguir —dicen Kath y Alec al mismo tiempo. Estos dos ya se imaginan a dónde quiero llegar.

—Solo diré que estos dos últimos años han sido los mejores de mi vida —continúo.

La tarta sale de la cocina y la miro, interrumpiendo mi discurso, que no se parece en nada al que tenía preparado.

—Espero que te guste —le digo en cuanto colocan la tarta frente a ella— y que digas que sí.

Veo cómo lee el mensaje que Mike ha escrito minutos antes y su boca se abre por la sorpresa casi tanto como sus ojos.

—No creo en eso y lo sabes —le digo—, pero una vez me dijiste que era algo que esperabas obtener algún día y quiero dártelo. Si lo aceptas.

—Rory —las lágrimas brillan en sus ojos y las está conteniendo a duras penas—. Claro que acepto.

Se levanta y me abraza. La beso delante de todos mientras Kath lee en voz alta el mensaje.

—¿Quieres casarte conmigo? —abre los ojos también— ¡Oh, por Dios, Rory! Y luego dices que no eres romántico. Alec, le ha pedido matrimonio.

Salta de emoción y se abraza a él como si se lo hubiesen pedido a ella. Ni

siquiera le importa que la vean llorar. Kath es un caso.

—Rory —me abraza a mí, después—, qué orgullosa estoy de ti. Me has hecho una mujer feliz.

—No me voy a casar contigo, Kath.

—Pero te vas a casar —sonríe, emocionada— ¿Y cuándo viene el bebé? Quiero un bebé vuestro, Rory.

—Con calma, mamá Kath —me saca la lengua—. Vamos por pasos.

—Aburrido —me suelta para ir a felicitar a Cameron.

Ambas miran el anillo de compromiso que le he regalado y que me costó encontrar porque no pude pedir consejo. Quería que fuese una sorpresa para todos.

Cuando Alec se acerca a mí me preparo para sus burlas. Porque sé que las habrá, su sonrisa lo delata.

—Alguien ha decidido perder sus bolas al fin —me dice, dándome un fuerte abrazo—. Me alegro de que des el paso, hermano. No te arrepentirás.

—Lo hago por ella, Alec —le confieso—. No necesito firmar un papel para demostrarle que voy en serio.

—Lo sé y Cam también. Eso lo hace más especial para ella —sonríe maliciosamente—. Y me da carta blanca para meterme contigo, blando.

—Eh —lo amenazo con el dedo—, sigo siendo el gran Rory MacBay.

—El gran romántico y enamorado Rory MacBay —matiza.

—El mejor e incomparable Rory MacBay —lo corrijo.

—El más dulce y amoroso Rory MacBay —dice Kath, abrazándome de nuevo—. Ya vas a estar del otro lado. Qué ganas tenía de que llegara ese día.

—Todavía puedo volverme atrás.

—No, si quieres vivir —dice Cameron.

—Era broma, nena —la acerco a mí—, pero no me van a dejar en paz nunca más.

—Lo sé —sonríe satisfecha.

—Quien me mandaría a mí hacer esto con testigos —elevo los ojos al cielo—. Debí secuestrarte y llevarte a Gretna Green. Habríamos regresado casados y nadie tenía por qué saberlo.

—Te habría colgado de las pelotas, Rory —ese vocabulario saliendo de boca de Kath, nos sorprende a todos— ¿Qué? ¿Acaso sois los únicos que podéis

hablar así?

Estallamos en carcajadas y las bromas sobre el compromiso terminan. No así la noche, que continúa mucho después de la cena. Para cuando se acerca la medianoche, ya hemos bebido bastante y la Kath divertida está haciendo de las suyas.

No sé cómo, pero consigue meternos en primera fila ante la gran pantalla donde se realizará la cuenta atrás. La adoro y se lo hago saber con un beso en la mejilla.

—Reserva tu beso para tu mujer, Rory —me dice—. Yo ya tengo quien me bese en Año Nuevo. Hoy y cada día del resto de mi vida.

Dicho eso, se abraza a Alec y se sumergen en su propio mundo. En ese donde solo existen ellos dos. Yo me acerco a Cameron y rodeo su cintura con mis brazos.

—Nunca quise estar con una sola mujer —le digo, mientras cantan la cuenta atrás—, pero si he de hacerlo, no hay nadie mejor que tú. Te amo, Cameron.

—Te amo, Rory —me sonrío—. Y que sepas que superas todas mis expectativas.

—Lo sé, nena. Soy el gran Rory MacBay.

La beso en cuanto entramos en un nuevo año. Y sé que este será nuestro año. Yo me encargaré de ello.